

BILL
CLINTON

Y

JAMES
PATTERSON

EL PRESIDENTE
HA
DESAPARECIDO

El thriller que sólo un presidente podía escribir



Lectulandia

SINOPSIS

Hay secretos que sólo un presidente puede saber. Hay situaciones que sólo un presidente puede resolver. Pero hay decisiones que ni siquiera un presidente querría tomar.

BILL CLINTON Y JAMES PATTERSON

EL PRESIDENTE HA DESAPARECIDO

Traducción de Pilar de la Peña Minguell, María José Díez Pérez y Julio
Hermoso

Queremos enviar un agradecimiento especial a Robert Barnett, nuestro abogado y amigo, que nos convenció para que escribiéramos juntos esta novela, nos ha aconsejado, engatusado y, de vez en cuando, amenazado con sacar el látigo.

Gracias también a David Ellis, siempre paciente, siempre sabio, que se mantuvo a nuestro lado durante la investigación, el primer y segundo esbozo y los múltiples borradores. Esta historia no sería lo que es sin la ayuda e inspiración de David.

A Hillary Clinton, que ha convivido con esta amenaza y se ha enfrentado a ella y a las consecuencias de las advertencias desoídas, por su incesante apoyo y su empeño en que se ajustara a la realidad.

A Sue Solie Patterson, que ha aprendido el arte de la crítica y del estímulo positivo, a menudo simultáneos.

A Mary Jordan, que es capaz de mantener la cabeza en su sitio cuando todos los demás la pierden.

A Deneen Howell y Michael O'Connor, que se encargan de que respetemos contratos, plazos y normas.

A Tina Flournoy y Steve Rinehart, por ayudar al socio novato a cumplir su parte del acuerdo.

Y a los hombres y mujeres del servicio secreto de Estados Unidos y a todos los miembros de los cuerpos de seguridad, del ejército, del servicio de inteligencia y del cuerpo diplomático, que dedican su vida a mantenernos seguros y a salvo a los demás.

JUEVES 10 DE MAYO

1

—Se abre la sesión de la comisión de investigación de la Cámara...

Los tiburones dan vueltas en círculo, excitados por el olor de la sangre. Son trece, para ser exactos, ocho de la oposición y cinco de mi partido, para enfrentarme a los cuales he estado organizando mi defensa con abogados y asesores. He aprendido por las malas que, por muy preparado que estés, ante un depredador, pocas defensas valen. Llega un momento en que no te queda otra que entrar al trapo y contraatacar.

«No lo haga, señor —volvió a suplicarme anoche mi jefa de gabinete, Carolyn Brock, como lo ha hecho ya tantas veces—. No acuda a la vista oral de esa comisión. Tiene todas las de perder.

»No puede responder a sus preguntas, señor.

»Será el fin de su presidencia.»

Exploro los trece rostros que tengo enfrente, sentados en una fila interminable, como una moderna Inquisición española. El hombre de pelo cano instalado en el centro, detrás de una placa que reza Sr. Rhodes, se aclara la garganta.

Lester Rhodes, presidente de la Cámara, no suele participar en las vistas de la comisión, pero esta vez ha hecho una excepción y ha llenado su lado del pasillo de miembros del Congreso cuyo objetivo principal en la vida parece ser sabotear mi agenda y destrozarme, política y personalmente. La brutalidad en la conquista del poder es más antigua que la Biblia, pero algunos de mis rivales me odian a muerte. No les basta con hacerme perder el cargo. No se darán por satisfechos hasta que me metan en la cárcel, me destripen y me descuarticen, y me borren de los libros de historia. Dios, si por ellos fuera, prenderían fuego a mi casa de Carolina del Norte y escupirían sobre la tumba de mi esposa.

Estiro del todo el soporte flexible del micrófono para acercármelo a la boca. No quiero inclinarme para hablar mientras los miembros de la comisión están erguidos en sus sillones de piel como reyes y reinas en sus tronos. Inclinado parecería débil, sumiso, y daría la impresión de que me encuentro a su merced.

Estoy solo en mi sitio. Sin asesores, ni abogados, ni apuntes. El pueblo estadounidense no me va a ver cuchicheando con ningún letrado, ni tapando el micro con la mano y destapándolo después para declarar: «No tengo un recuerdo específico de eso, congresista». No me escondo. No tendría que estar aquí y, desde luego, no me apetece nada estar aquí, pero estoy. Yo solo. El presidente de Estados Unidos frente a una turba de acusadores.

En un rincón de la sala se encuentra el triunvirato de mis colaboradores más cercanos: la jefa de gabinete, Carolyn Brock; Danny Akers, amigo de toda la vida y consejero de la Casa Blanca; y Jenny Brickman, subjefa de gabinete y mi principal asesora política. Todos ellos estoicos, impassibles, preocupados. Ninguno quería que hiciese esto. Los tres pensaban que iba a cometer el mayor error de mi presidencia.

Pero aquí estoy. Ha llegado el momento. Ahora sabremos si estaban en lo cierto.

—Señor presidente...

—Señor presidente de la Cámara...

En teoría, en este contexto, debería llamarlo «señor portavoz», claro que lo llamaría muchas otras cosas, pero no voy a hacerlo.

Esto podría empezar de muy distintas maneras: con un discurso de autobombo disfrazado de pregunta del presidente de la Cámara, con unas discretas preguntas introductorias... Pero he visto suficientes vídeos de Lester Rhodes interrogando a testigos antes de que fuese presidente, cuando era un congresista más de la comisión de supervisión de la Cámara, para saber que suele empezar fuerte, ir directo a la yugular, desconcertar al testigo. Es consciente —lo es todo el mundo desde que, en el debate presidencial de 1988, Michael Dukakis dio una respuesta poco convincente a la primera pregunta sobre la pena de muerte—, es consciente de que, si das el mazazo al principio, nadie recuerda nada más.

¿Seguirá el mismo plan de ataque con un presidente en activo?

Pues claro que sí.

—Presidente Duncan —empieza—, ¿desde cuándo nos dedicamos a proteger a terroristas?

—No lo hacemos —contesto tan rápido que casi no lo dejo terminar de hablar, porque no se puede dar pábulo a una pregunta así—. Ni lo haremos jamás. Al menos mientras yo sea presidente.

—¿Está seguro de eso?

¿He oído bien? Se me enciende la cara. No ha pasado ni un minuto y ya ha conseguido irritarme.

—Señor presidente de la Cámara —contesto—, si lo digo es porque lo creo así. Que quede claro desde el principio. No nos dedicamos a proteger a terroristas.

Hace una pausa después de ese recordatorio.

—Bueno, señor presidente, a lo mejor se trata de una sutileza lingüística. ¿Considera usted a los Hijos de la Yihad una organización terrorista?

—Por supuesto.

Mis asesores me han aconsejado que no diga «Por supuesto»; puede sonar pretencioso y condescendiente si no se emplea en el momento oportuno.

—Y ese grupo ha recibido el apoyo de Rusia, ¿no es así?

Asiento con la cabeza.

—Rusia ha ofrecido apoyo ocasional a los Hijos de la Yihad, sí. Y nosotros hemos condenado ese apoyo a este grupo y a otras organizaciones terroristas.

—Los Hijos de la Yihad han cometido atentados en tres continentes, ¿correcto?

—Ésta es una afirmación acertada, sí.

—¿Son responsables de la muerte de miles de personas?

—Sí.

—¿Ciudadanos estadounidenses entre ellos?

—Sí.

—¿De las explosiones del hotel Bellwood Arms de Bruselas, donde fallecieron cincuenta y siete personas, incluida una delegación de legisladores de California? ¿Del pirateo del sistema de control del tráfico aéreo de la República de Georgia que hizo caer a tres aviones, uno de los cuales trasladaba al embajador georgiano a Estados Unidos?

—Sí —digo—. Ambos atentados ocurrieron antes de que yo fuera presidente, pero, sí, los Hijos de la Yihad reivindicaron los dos...

—De acuerdo, entonces hablemos de lo sucedido desde que usted es presidente. ¿No es cierto que, hace sólo unos meses, los Hijos de la Yihad piratearon los sistemas militares israelíes e hicieron pública información clasificada sobre operativos y movimientos de tropas secretos?

—Sí, es cierto —contesto.

—Y mucho más cerca de aquí, en la vecina Canadá —prosigue—, la semana pasada sin ir más lejos, el viernes 4 de mayo, ¿no piratearon los Hijos de la Yihad los ordenadores que controlan el metro de Toronto para apagarlos, con lo que causaron un descarrilamiento en el que fallecieron diecisiete personas, hubo decenas de heridos y miles de viajeros quedaron atrapados en la oscuridad durante horas?

Es cierto que aquello también fue obra de los Hijos de la Yihad, y su recuento de víctimas es exacto, pero la organización terrorista no lo consideró un atentado, sino un ensayo.

—Cuatro de las personas fallecidas en Toronto eran estadounidenses, ¿correcto?

—Correcto —digo—. Los Hijos de la Yihad no reivindicaron ese atentado, pero creemos que fue obra suya.

Asiente, consulta sus apuntes.

—El líder de los Hijos de la Yihad, señor presidente, es un hombre llamado Sulimán Cindoruk, ¿es así?

Ya empezamos.

—Sí, Sulimán Cindoruk es el líder de los Hijos de la Yihad —digo.

—El ciberterrorista más peligroso y activo del mundo, ¿verdad?

—Yo diría que sí.

—Un musulmán nacido en Turquía, ¿correcto?

—Nació en Turquía, pero no es musulmán —le corrijo—. Es un nacionalista extremo laico que se opone a la influencia de Occidente en Europa central y del sudeste. Su «yihad» no tiene nada que ver con la religión.

—Eso es lo que dice usted.

—Eso es lo que dicen todos los informes de inteligencia que he leído hasta la fecha —contesto—, y usted también, señor presidente de la Cámara. Si quiere convertir esto en una diatriba islamofóbica, adelante, pero con eso no conseguirá que nuestro país esté más seguro.

Logra esbozar una sonrisa burlona.

—En cualquier caso, es el terrorista más buscado del mundo, ¿cierto?

—Queremos atraparlo —digo—. Queremos atrapar a cualquier terrorista que intente hacer daño a nuestra nación.

Hace una pausa. No tiene claro si volver a preguntarme: «¿Está seguro de eso?». Como lo haga, me va a costar una barbaridad no volcar esta mesa y agarrarlo por el cuello.

—Entonces, para que quede claro —prosigue—: Estados Unidos quiere capturar a Sulimán Cindoruk.

—No es necesario aclararlo —le suelto—. Nunca ha habido ninguna confusión al respecto. Jamás. Llevamos diez años persiguiendo a Sulimán Cindoruk. Y no pararemos hasta que lo atrapemos. ¿Le queda lo bastante claro a usted?

—Señor presidente, con el debido respeto...

—No —lo interrumpo—. Si empieza la frase así, es porque lo que va a decirme no es nada respetuoso. Piense lo que quiera, señor presidente de la Cámara, pero sea respetuoso, si no conmigo, al menos con las demás personas que dedican su vida a acabar con el terrorismo y a mantener a salvo nuestro país. No somos perfectos, ni lo seremos jamás, pero nunca vamos a dejar de hacer todo lo que esté en nuestra mano. Adelante, haga la pregunta —añado, con un gesto de desdén.

Acelerado, tomo aire y miro de reojo a mi trío de colaboradores. Jenny, mi asesora política, cabecea afirmativamente; siempre ha querido que fuera más agresivo con el nuevo presidente de la Cámara. Danny se muestra impasible. Carolyn, mi sensata jefa de gabinete, está inclinada hacia delante, con los codos clavados en las rodillas, las manos cruzadas bajo la barbilla. Si fueran jueces olímpicos, Jenny me daría un nueve por ese exabrupto, pero Carolyn no me concedería ni un cinco.

—No voy a tolerar que cuestione mi patriotismo, señor presidente —dice mi canoso adversario—. El pueblo estadounidense está muy preocupado por lo sucedido en Argelia la semana pasada, y aún no hemos hablado de eso. Los ciudadanos de esta nación tienen derecho a saber de qué lado está usted.

—¿De qué lado estoy?! —espeto tan bruscamente que casi tiro el micrófono de la mesa—. Estoy del lado del pueblo estadounidense, ¡de ese lado estoy!

—Señor pres...

—Estoy del lado de los que trabajan las veinticuatro horas del día por la seguridad de nuestro país, de los que no piensan en postures y a los que no les importa en qué dirección soplen los vientos políticos, de los que no buscan el reconocimiento de sus triunfos ni pueden defenderse cuando se les critica. De ese lado estoy.

—Presidente Duncan, yo apoyo incondicionalmente a los hombres y las mujeres que luchan a diario por mantener a salvo nuestra nación —dice—. Esto no es por ellos. Esto es por usted, señor. Aquí no estamos jugando a nada. Yo no obtengo ninguna satisfacción de todo esto.

En otras circunstancias me habría reído. Lester Rhodes esperaba la vista de la comisión de investigación con más ilusión que un universitario su vigésimo primer cumpleaños.

Todo esto es un paripé. El presidente de la Cámara ha orquestado esta comisión para que sólo pueda terminar de un modo: con el descubrimiento de suficiente falta de ética presidencial para derivar el asunto a la comisión judicial de la Cámara y que ésta inicie el proceso de destitución. Los ocho miembros del Congreso que están de su parte se encuentran en distritos seguros, manipulados con tanto descaro que seguramente podrían bajarse los pantalones en plena sesión y empezar a chuparse el pulgar y no sólo los reelegirían dentro de dos años, sino que, además, nadie se opondría a su candidatura.

Mis colaboradores tienen razón: da igual que las pruebas contra mí sean convincentes, no convincentes o inexistentes; la suerte está echada.

—Haga sus preguntas —digo—. Terminemos ya con esta farsa.

En el rincón, Danny Akers tuerce el gesto y le susurra algo a Carolyn, que asiente pero mantiene su cara de circunstancias. A Danny no le ha gustado que hable de farsa, ni le agradan mis salidas de tono. Me ha dicho más de una vez que lo que he hecho «pinta mal, muy mal» y que es motivo suficiente para una investigación del Congreso.

En eso no se equivoca. Pero no conoce la historia completa. No dispone de la habilitación de seguridad necesaria para saber lo que yo sé, lo que sabe Carolyn. Si así fuera, lo vería de otro modo. Estaría al tanto de la amenaza a que se enfrenta nuestro país, una amenaza de proporciones inusitadas para nosotros hasta la fecha.

Una amenaza que me ha llevado a hacer cosas que jamás pensé que haría.

—Señor presidente, ¿llamó usted a Sulimán Cindoruk el domingo 29 de abril del año en curso, hace algo más de una semana? ¿Se puso o no en contacto telefónico con el terrorista más buscado del mundo?

—Señor presidente de la Cámara —digo—, como he declarado en numerosas ocasiones, y como usted debería saber ya, no todo lo que hacemos para mantener a salvo nuestro país puede ser del dominio público. El pueblo estadounidense comprende que en el mantenimiento de la seguridad de la nación y en la resolución de cuestiones internacionales intervienen muchos agentes, que se realizan muchas operaciones complejas y que parte de la labor de mi administración debe ser material clasificado. No porque queramos mantenerlo en secreto, sino porque debemos hacerlo. Para eso está el privilegio ejecutivo.

Rhodes probablemente me rebatirá la aplicabilidad del privilegio ejecutivo a material clasificado, pero Danny Akers, mi asesor, dice que ganaré esa batalla porque se trata de la autoridad que me otorga la Constitución en asuntos exteriores.

De todas formas, se me encoge el estómago al pronunciar esas palabras, pero, según Danny, no invocar el privilegio implicaría renunciar a él. Y, al renunciar a él, tendría que responder a la pregunta de si llamé por teléfono a Sulimán Cindoruk, el terrorista más buscado del mundo, hace dos domingos.

Y ésa es una pregunta que no voy a contestar.

—Bueno, señor presidente, no sé si el pueblo estadounidense consideraría válida esa respuesta.

«Bueno, yo tampoco sé si el pueblo estadounidense lo consideraría válido a usted, claro que no ha sido el pueblo estadounidense quien lo ha elegido presidente de la Cámara, ¿verdad? Consiguió ochenta mil miserables votos en el tercer distrito congresual de Indiana. Yo obtuve sesenta y cuatro millones de votos. Pero sus colegas de partido lo hicieron líder porque recaudó muchísimo dinero para ellos y les prometió mi cabeza en una pica.»

Eso no quedaría muy bien en televisión.

—Entonces no niega haber llamado por teléfono a Sulimán Cindoruk el 29 de abril, ¿me equivoco?

—Ya he respondido a su pregunta.

—No, señor presidente, no lo ha hecho. ¿Sabe usted que el diario francés *Le Monde* ha publicado unos registros de llamadas filtrados, junto con declaraciones de una fuente anónima, que indican que llamó usted a Sulimán Cindoruk el domingo 29 de abril del año en curso y habló con él? ¿Lo sabe?

—He leído el artículo —contesto.

—¿Lo niega?

—Le digo lo mismo que antes. No voy a hablar de ese asunto. No voy a entrar en su juego de si hice o no hice esa llamada. Ni confirmo ni desmiento, ni siquiera comento las medidas que he tomado para mantener a salvo nuestro país. Menos aún cuando se me exige que las mantenga en secreto en pro de la seguridad nacional.

—Bueno, señor presidente, si uno de los diarios de mayor tirada de Europa lo publica, dudo que siga siendo un secreto.

—Mi respuesta es la misma —digo.

Dios, parezco imbécil. Peor aún: parezco un abogado.

—*Le Monde* informa de lo siguiente —dice, sosteniendo en alto el periódico—: «El presidente de Estados Unidos, Jonathan Duncan, organizó y tomó parte en una conversación telefónica con Sulimán Cindoruk, líder de los Hijos de la Yihad y uno de los terroristas más buscados del mundo, con el fin de hallar una vía de consenso entre la organización terrorista y Occidente». ¿Lo niega, señor presidente?

No puedo contestar, y lo sabe. Está jugando conmigo como un gatito con su madeja de lana.

—Ya he respondido —digo—. No voy a repetirme.

—La Casa Blanca no ha comentado en ningún momento ese artículo de *Le Monde*, ni en un sentido ni en otro.

—Correcto.

—Pero Sulimán Cindoruk sí, ¿verdad? Ha hecho público un vídeo en el que dice: «El presidente puede suplicar clemencia todo lo que quiera. No seré compasivo con los estadounidenses». ¿No es eso lo que ha dicho?

—Eso es lo que ha dicho.

—En respuesta, la Casa Blanca ha publicado unas declaraciones en las que afirma que «Estados Unidos no responderá a los atroces insultos de un terrorista».

—Eso es —digo—. No lo haremos.

—¿Le ha suplicado clemencia, señor presidente?

Mi asesora política, Jenny Brickman, está a punto de tirarse de los pelos. Tampoco ella tiene la habilitación de seguridad necesaria ni conoce toda la historia, pero su principal preocupación es que quiere que dé la imagen de luchador en esta vista. «Si no va a poder defenderse, no vaya —me ha dicho—. Se convertirá en su piñata política.»

Y tiene razón. En estos momentos, le toca a Lester Rhodes ponerse una venda en los ojos, sacudirme con un palo y esperar a que broten de mi torso un montón de información clasificada y pifias políticas.

—Niega usted con la cabeza, señor presidente. Para que quede claro: ¿está negando que ha suplicado clemencia a Sulimán Cindo...?

—Estados Unidos jamás suplicará nada a nadie —digo.

—De acuerdo, entonces desmiente la afirmación de Sulimán Cindoruk de que suplicó...

—Repito: Estados Unidos jamás suplicará nada a nadie. ¿Queda claro, señor presidente de la Cámara? ¿Quiere que se lo repita?

—Bueno, si no le ha suplicado...

—Siguiente pregunta —digo.

—¿Le ha pedido amablemente que no nos ataque?

—Siguiente pregunta —vuelvo a decir.

Hace una pausa, repasa sus apuntes.

—Se me agota el tiempo —advierte—. Me quedan ya pocas preguntas.

Uno menos, o casi, pero aún tienen que interrogarme otras doce personas, todas ellas cargadas de frases ingeniosas, comentarios agudos y preguntas capciosas.

El presidente de la Cámara es conocido tanto por sus primeras preguntas como por las últimas. En cualquier caso, ya sé lo que va a decir. Y él sabe que no voy a poder contestar.

—Señor presidente, hablemos del martes 1 de mayo, en Argelia. —De eso hace poco más de una semana—. El martes 1 de mayo —prosigue—, un grupo de separatistas proucranianos y antirrusos asaltó una granja en el norte de Argelia donde

se creía que se ocultaba Sulimán Cindoruk. Y, de hecho, así era. Lo habían localizado y se habían desplazado a la granja con la intención de asesinarlo. Pero un equipo conjunto de efectivos de las Fuerzas Especiales y de la CIA les desbarató el operativo y Sulimán Cindoruk consiguió escapar. —Me quedo completamente inmóvil—. ¿Ordenó usted ese contraataque, señor presidente? —pregunta—. Y si lo hizo, ¿por qué? ¿Por qué razón iba a enviar un presidente de Estados Unidos fuerzas militares estadounidenses para salvarle la vida a un terrorista?

—La mesa identifica al caballero de Ohio como señor Kearns.

Me pellizco el puente de la nariz y procuro ignorar la fatiga que empiezo a acusar. No he dormido más que un puñado de horas en la última semana y la gimnasia mental que tengo que hacer para defenderme con una mano atada a la espalda es agotadora. Pero, sobre todo, estoy contrariado. Tengo cosas que hacer. No dispongo de tiempo para esto.

Miro a la izquierda; el jurado está a la derecha. Mike Kearns es el presidente de la comisión judicial de la Cámara y el protegido de Lester Rhodes. Le gusta llevar pajarita para que todos sepamos lo inteligente que es. Yo he visto pósts de mayor complejidad.

Pero el tío sabe hacer preguntas. Antes de entrar en el ruedo de la política, fue fiscal federal durante muchos años. Entre los trofeos que cuelgan de las paredes de su despacho se encuentran las cabezas de dos directivos de la industria farmacéutica y de un exgobernador.

—Coincidirá conmigo, señor presidente, en que impedir el terrorismo es decisivo para la seguridad nacional...

—Completamente.

—Entonces también estará de acuerdo en que cualquier ciudadano estadounidense que interfiera en nuestras posibilidades de impedir el terrorismo sería culpable de traición...

—Yo condenaría un acto de esa naturaleza —digo.

—¿Sería un delito de traición?

—Eso es algo que deben decidir los abogados y los tribunales.

Los dos somos abogados, pero mi postura ha quedado clara.

—¿Sería motivo de destitución para un presidente su interferencia en la lucha contra el terrorismo?

Gerald Ford dijo una vez que es motivo de destitución lo que diga la mayoría de la Cámara de Representantes.

—Eso no depende de mí —contesto.

Asiente con la cabeza.

—No, no depende de usted. Antes se ha negado a confirmar si ordenó que un equipo conjunto de las Fuerzas Especiales y la CIA impidiera un ataque a Sulimán Cindoruk en Argelia.

—Ya he dicho, señor Kearns, que algunas cuestiones de seguridad nacional no pueden debatirse públicamente.

—Según *The New York Times*, se sirvió usted de información clasificada que revelaba que esa milicia antirrusa había localizado a Sulimán Cindoruk y estaba a punto de asesinarlo.

—Lo leí, sí. No voy a discutirlo.

Tarde o temprano, todo presidente debe afrontar decisiones cuya primera opción significaría hacer mala política, al menos a corto plazo. Si es mucho lo que está en juego, uno debe hacer lo que cree correcto y confiar en que cambie la marea. Es lo que un presidente promete hacer.

—Señor presidente, ¿conoce el artículo 18 de la sección 798 del Código de Estados Unidos?

—No me sé de memoria todos los apartados del Código de Estados Unidos, señor Kearns, pero supongo que se refiere a la Ley de Espionaje.

—Usted lo ha dicho, señor presidente. Contempla el uso indebido de información clasificada. La parte que nos atañe señala que el empleo deliberado de información clasificada de forma que resulte perjudicial para la seguridad y los intereses de Estados Unidos constituye un delito federal, ¿no es así?

—Estoy seguro de que lo ha leído usted correctamente, señor Kearns.

—Si el presidente utilizara deliberadamente información clasificada para proteger a un terrorista empeñado en atacarnos, ¿se le aplicaría esta ley?

No, según mis asesores, que afirman que esa sección no podría aplicarse al presidente, que constituiría una interpretación novedosa de la Ley de Espionaje y que un presidente puede desclasificar toda la información que quiera.

Pero eso da igual. Aunque optara por entrar en un debate jurídico-semántico sobre el alcance de la ley federal, algo que no voy a hacer, pueden destituirme por cualquier otra cosa que se les antoje. No hace falta que sea delito.

Todo lo que he hecho lo he hecho para proteger a mi país. Y volvería a hacerlo. El problema es que no puedo desvelar nada de eso.

—Sólo puedo decir que siempre he actuado pensando en la seguridad de mi país. Y seguiré haciéndolo.

Veo a Carolyn en el rincón, mirando la pantalla del móvil, escribiendo. Mantengo el contacto visual por si tengo que dejarlo todo e intervenir. ¿Algo relacionado con el general Burke, del Mando Central? ¿Con el subsecretario de Defensa? ¿Con el Equipo de Actuación ante Amenazas Inminentes? Tenemos muchos frentes abiertos ahora mismo, por la necesidad de controlar esta amenaza y defendernos de ella. Podrían tirarnos el otro zapato en cualquier momento. Pensamos que aún disponemos de otro día, o eso esperamos. Pero lo único seguro es que no hay nada seguro. Hay que estar preparado en todo momento, ahora mismo, por si...

—¿Llamar a los líderes del Estado Islámico es proteger a nuestro país?

—¿Qué? —digo, centrándome de nuevo en la vista—. ¿De qué está hablando? Yo jamás he llamado a los líderes del Estado Islámico. ¿Qué tiene que ver el Estado Islámico con todo esto?

Antes de completar mi respuesta, me doy cuenta de lo que he hecho. Ojalá pudiera alargar la mano, atrapar las palabras que acabo de decir y volver a metérmelas en la boca. Pero es demasiado tarde. Me ha pillado distraído.

—Ah —dice—, así que, si le pregunto si ha llamado a los líderes del Estado Islámico, contesta que no, rotundamente, pero cuando el presidente de la Cámara le pregunta si ha llamado a Sulimán Cindoruk, se acoge al «privilegio ejecutivo». Creo que el pueblo estadounidense sabrá ver la diferencia.

Resoplo y miro de reojo a Carolyn Brock, que se mantiene impasible, aunque detecto en sus ojos entornados un «Se lo advertí».

—Congresista Kearns, estamos tratando una cuestión de seguridad nacional, no jugando al pillapilla. Éste es un asunto serio. Cuando me haga preguntas serias, contestaré encantado.

—Un compatriota murió en ese conflicto de Argelia, señor presidente. Un agente de la CIA llamado Nathan Cromartie falleció cuando intentaba impedir que la milicia antirrusa matase a Sulimán Cindoruk. Creo que para el pueblo estadounidense eso es algo serio.

—Nathan Cromartie se comportó como un héroe —digo—. Lamentamos su pérdida. Lamento su pérdida.

—¿Ha oído lo que ha dicho su madre al respecto? —pregunta.

Lo he oído. Todos lo hemos hecho. Tras lo ocurrido en Argelia, no desvelamos nada. No podíamos. Pero la milicia publicó en internet un vídeo del estadounidense fallecido y Clara Cromartie no tardó en identificar en él a su hijo, Nathan. Además, desveló que era agente de la CIA. Un error descomunal que nos ha salpicado a todos. Los medios acudieron de inmediato a ella y, en cuestión de horas, exigía saber por qué su hijo había tenido que morir por proteger a un terrorista responsable de la muerte de cientos de inocentes, entre ellos muchos estadounidenses. Presa del dolor y de la pena, prácticamente escribió el guion de la vista oral del comité de investigación.

—¿No cree que le debe una explicación a la familia Cromartie, señor presidente?

—Nathan Cromartie se comportó como un héroe —repito—. Como un patriota. Y entendía como cualquiera que buena parte de lo que hacemos en pro de la seguridad nacional no puede debatirse públicamente. He hablado en privado con la señora Cromartie y lamento muchísimo lo que le ocurrió a su hijo. Me abstengo de comentar nada más. No puedo, y no voy a hacerlo.

—Bueno, *a posteriori*, ¿no le parece que su empeño en negociar con terroristas no ha funcionado muy bien?

—Yo no negocio con terroristas.

—Póngale el nombre que quiera —dice—: llamarlos, dialogar con ellos, mimarlos...

—Yo no mimo...

Parpadean las luces del techo, dos cortes rápidos. Se oyen algunas protestas y Carolyn Brock se yergue en el asiento y toma nota mental.

El congresista aprovecha la coyuntura para saltar a otra pregunta.

—No es ningún secreto, señor presidente, que antepone el diálogo a las demostraciones de fuerza, que preferiría resolver verbalmente sus diferencias con los terroristas.

—No —respondo con contundencia, y me noto el pulso en las sienes, porque ésa es la clase de simplificación que resume todos los errores de nuestra política—. Lo que he dicho en repetidas ocasiones es que siempre hay un modo pacífico de resolver un conflicto y que ese modo pacífico es preferible. Entablar un diálogo no es rendirse. ¿Hemos venido a hablar de política exterior, congresista? No querría interrumpir esta caza de brujas con un debate sesudo.

Echo un vistazo al rincón de la sala y veo a Carolyn Brock hacer una mueca, algo inusual en su semblante impasible.

—Lo que para usted es entablar un diálogo con el enemigo, señor presidente, para otros es mimarlo.

—Yo no «mimo» a nuestros enemigos —replico—. Ni renuncio al empleo de la fuerza en el trato con ellos. La fuerza siempre es una opción, pero no voy a usarla salvo que lo considere necesario. A lo mejor a un niño pijo y consentido que se ha pasado la vida vaciando barriles de cerveza, organizando novatadas en una hermandad universitaria secreta y llamando a todo el mundo por la inicial de su nombre le cuesta entenderlo, pero yo me he enfrentado al enemigo cara a cara en un campo de batalla. Me lo pensaré dos veces antes de enviar a nuestros hijos e hijas a la guerra, porque yo fui uno de esos hijos y conozco sus peligros.

Jenny se inclina hacia delante, a la expectativa, deseando, como siempre, que me explaye con los pormenores de mis años de servicio. «Hábleles de sus misiones. Hábleles de cuando fue prisionero de guerra. Hábleles de las heridas, de la tortura.» Fue una lucha interminable durante la campaña presidencial, uno de los elementos de mi candidatura que dio mejores resultados. Si hubiera sido por mis asesores, no habría hablado de nada más. Pero no cedí. Hay cosas que es mejor callar.

—¿Ha terminado, señor pres...?

—No, no he terminado. Ya expliqué todo esto en su momento a los líderes de la Cámara, a su presidente y a otros. Les dije que no podía celebrar esta vista. Podían haber dicho: «De acuerdo, señor presidente, nosotros también somos patriotas y respetamos lo que está haciendo, aunque no pueda contárnoslo todo». Pero no fue así, ¿verdad? No podían dejar pasar la ocasión de ponerme en tela de juicio y anotarse unos tantos. Así que permítame que diga en público lo que les he contado en privado. No voy a responder a preguntas concretas sobre las conversaciones que he mantenido o las medidas que he tomado, porque son peligrosas. Constituyen una amenaza para la seguridad nacional. Si tengo que perder mi cargo por proteger a esta nación, lo

haré. Pero no se equivoquen: jamás he tomado una sola medida ni pronunciado una sola palabra sin tener presente por encima de todo la seguridad y la protección de Estados Unidos. Y nunca lo haré.

A mi interpelante no lo desalientan en absoluto los insultos que le he dedicado. Sin duda lo envalentona que sus preguntas hayan logrado irritarme. Vuelve a consultar sus apuntes, su relación de preguntas y subpreguntas mientras yo procuro sosegarlo.

—¿Cuál es la decisión más difícil que ha tomado esta semana, señor Kearns? ¿Qué pajarita ponerse para la vista? ¿De qué lado peinarse los cuatro pelos de esa ridícula cortinilla con la que no engaña a nadie?

»Yo, últimamente, paso casi todo el tiempo intentando mantener a salvo este país. Eso conlleva decisiones difíciles. A veces hay que tomarlas, aunque existan muchas incógnitas. A veces todas las opciones son una mierda y tengo que elegir la menos mierdosa de todas. Como es lógico, me pregunto si habré obrado bien y si mi decisión dará resultado. Así que lo hago lo mejor que puedo. Y me atengo a las consecuencias.

»Eso significa que también debo aceptar las críticas, aunque vengan de un politicastro oportunista que ha decidido mover ficha sin saber cómo va la partida y darle la vuelta después a esa jugada ignorando por completo el peligro en el que podría estar poniendo a nuestra nación.

»Señor Kearns, me encantaría seguir comentando con usted todas las medidas que he tomado, pero existen consideraciones de seguridad que me lo impiden. Sé que lo sabe, por supuesto, pero también sé que cuesta no atacar a un blanco tan fácil.

En el rincón, Danny Akers pide tiempo con las manos.

—Sí, ¿sabes qué? Que tienes razón, Danny. Ya es hora. Ya está. Se acabó. Hemos terminado con esto.

Me levanto tan bruscamente que tiro el micrófono de la mesa y vuelco la silla.

—Lo pillo, Carrie. Es mala idea testificar. Me van a hacer pedazos. Lo pillo.

Carolyn Brock se pone de pie, se estira el traje.

—Bueno, gracias a todos. Desalojad la sala y dejadnos a solas, por favor.

«La sala» es el Salón Roosevelt, enfrente del Despacho Oval. Un buen sitio para celebrar una reunión o, en este caso, un simulacro de vista oral de la comisión, porque en ella están el retrato de Teddy Roosevelt a caballo en su uniforme Rough Rider, y el Premio Nobel de la Paz que le concedieron por resolver el conflicto bélico entre Japón y Rusia. La estancia no tiene ventanas y las puertas se pueden blindar fácilmente.

Se levantan todos. Mi secretario de prensa se quita la pajarita, un detalle curioso de su propia ocurrencia con el que ha querido complementar su papel de congresista Kearns. Me mira como disculpándose, pero yo lo tranquilizo con un gesto

despreocupado. Sólo ha interpretado su papel, procurando presentarme el peor escenario posible en caso de que lleve adelante mi decisión de testificar la próxima semana ante el comité de investigación.

Uno de mis abogados de la Casa Blanca, que hoy ha interpretado el papel de Lester Rhodes e incluso se ha puesto una peluca cana con la que se parece más a Anderson Cooper que al presidente de la Cámara, me mira también como avergonzado y yo lo tranquilizo del mismo modo.

Mientras se va vaciando la sala, sufro un bajón de adrenalina que me deja agotado y desanimado. Algo que nunca te dicen de este cargo es lo mucho que se parece a la primera vez que te montas en una montaña rusa: subidas emocionantes, bajadas hasta el subsuelo...

Luego me quedo solo, contemplando el retrato del Rough Rider colgado sobre la chimenea y oyendo los pasos de Carolyn, Danny y Jenny, que se acercan con cautela al animal herido y enjaulado.

—Me ha encantado lo de «la menos mierdosa de todas» —dice Danny sin inmutarse.

Rachel siempre me decía que digo demasiados tacos, que su uso denota falta de creatividad. No lo tengo tan claro. Cuando la cosa se pone fea de verdad, puedo ser muy creativo con mis palabrotas.

De todas formas, Carolyn y mis otros colaboradores cercanos saben que este simulacro de vista oral me está sirviendo de terapia. Confían en que, si no consiguen disuadirme de que testifique, con esto al menos me desharé de la frustración, en su manifestación más pintoresca, y podré centrarme en ofrecer respuestas más presidenciales y menos obscenas cuando empiece el espectáculo.

—Sería una imbecilidad que testificara la semana que viene —dice Jenny con la sutileza que la caracteriza.

Hago una seña con la cabeza a Jenny y a Danny.

—Necesito a Carrie —digo, porque es la única de los presentes con la habilitación de seguridad necesaria para hablar conmigo en estos momentos.

Se marchan los dos.

—¿Alguna novedad? —le pregunto a Carolyn cuando ya estamos solos.

Ella niega con la cabeza.

—Nada.

—¿Sigue previsto para mañana?

—Que yo sepa, sí, señor presidente. Tienen razón, ¿sabe? —dice, señalando con la cabeza hacia la puerta por la que acaban de salir Jenny y Danny—. Esa vista oral del lunes será un desastre sí o sí.

—No vamos a seguir hablando del tema, Carrie. He accedido a hacer el simulacro. Os he concedido una hora. Se acabó. Ahora mismo tenemos cosas más importantes en que pensar, ¿no?

—Sí, señor. El equipo está listo para la reunión informativa, señor.

—Quiero hablar con los de Amenazas Inminentes, con Burke y con el subsecretario. En ese orden.

—Sí, señor.

—Los espero allí.

Carolyn se marcha. Solo en la sala, contemplo el retrato del primer presidente Roosevelt y pienso. Pero no pienso en la vista del lunes.

Pienso en si aún tendremos país el lunes.

Cuando asoma por la puerta del aeropuerto Reagan National se detiene un momento, en apariencia para examinar los rótulos y orientarse, aunque, en realidad, está disfrutando del espacio abierto después del vuelo. Inspira hondo y se mete un caramelo de jengibre en la boca, mientras en sus auriculares de botón suena suave el caprichoso primer movimiento del Concierto para violín n.º 1 de Wilhelm Friedemann Herzog.

«Procura parecer feliz», te aconsejan. Mostrarse feliz, dicen, es lo ideal cuando uno está bajo vigilancia, lo que menos sospechas despierta. Una persona sonriente, contenta y satisfecha, que incluso ríe y bromea, nunca parece una amenaza.

Ella prefiere parecer sexy. Es más fácil dejar de fingirlo cuando está sola y siempre da resultado: la sonrisa de medio lado, el contoneo al caminar mientras arrastra la maleta de ruedas Bottega Veneta por la terminal... Es un papel como cualquier otro, un abrigo que se pone cuando hace falta y se quita cuando ya no, pero que funciona, porque los hombres intentan establecer contacto visual con ella, le miran el canalillo, que se ha asegurado previamente de enseñar permitiendo un discreto bote de sus chicas para que sea memorable. Las mujeres repasan con envidia su figura de metro setenta y cinco, desde las botas Gucci de caña de color chocolate hasta la melena de un rojo intenso, y luego miran a sus maridos para ver qué les parece.

Será memorable, desde luego, esa pelirroja alta de pecho abundante y piernas largas escondida a plena vista.

Debería estar a salvo ya, cruzando la terminal hacia la parada de taxis. Si la hubieran reconocido, lo sabría. No la habrían dejado llegar tan lejos. Pero aún no está fuera de peligro y no baja la guardia. Jamás. «En cuanto te despistes, cometerás un error», le dijo el hombre que le puso un rifle en las manos por primera vez, hace unos veinticinco años. *Desapasionada y lógica* son las palabras que rigen su vida. Siempre pensando, nunca desvelando.

El trayecto le resulta angustioso, pero sólo se le nota en la mirada afligida, oculta tras unas gafas de sol Ferragamo. En los labios mantiene la sonrisa de satisfacción.

Consigue llegar a la parada de taxis y agradece el aire, aunque los gases de escape de los vehículos le producen náuseas. Los empleados del aeropuerto gritan a los taxistas y dirigen a los viajeros hacia los coches. Los padres controlan a sus hijos mientras tiran de las maletas.

Ella se sitúa en el pasillo central y busca el coche con la matrícula que se ha aprendido de memoria, el que lleva una pegatina de Correccaminos en la puerta. Aún no ha llegado. Cierra los ojos un instante y sigue el compás de los instrumentos de cuerda que suenan por los auriculares, el movimiento andante, su favorito, al principio triste y melancólico, luego sedante, casi contemplativo.

Cuando abre los ojos, el taxi que busca, el de la pegatina de Correccaminos en la puerta del copiloto, ha entrado ya en la cola. Arrastra el equipaje hasta él y sube. El hedor intenso a comida rápida casi le hace vomitar el desayuno. Consigue evitarlo y se recuesta en el asiento.

Apaga la música cuando el concierto está entrando en su último movimiento frenético, el *allegro assai*. Se quita los auriculares y se siente desnuda sin la reconfortante compañía de los violines y los celos.

—¿Cómo está el tráfico hoy? —pregunta en inglés, con acento del Medio Oeste.

Los ojos del taxista la estudian de pronto por el retrovisor. Seguramente le han advertido que no le gusta que la escudriñen.

«No mires fijamente a Bach.»

—Hoy, bastante bien —contesta él, midiendo cada palabra, pronunciando el código de «todo en orden» que ella confía en oír. No esperaba complicaciones tan pronto, pero nunca se sabe.

Ahora que puede relajarse un momento, cruza las piernas y baja la cremallera de una bota, luego hace lo mismo con la otra. Suelta un pequeño gemido de alivio al liberar los pies de ese calzado y de las alzas de diez centímetros que lleva dentro. Estira los dedos y se pasa con firmeza el pulgar por el arco de ambos pies, lo más parecido a un masaje que puede darse en el asiento de atrás de un taxi.

Con un poco de suerte, no tendrá que volver a medir un metro setenta y cinco en lo que le queda de viaje; bastará con sus diez centímetros menos. Abre el bolso de viaje, guarda las botas dobladas y saca unas zapatillas de tenis Nike.

Cuando el taxi se incorpora al tráfico, Bach mira por la ventanilla de la derecha, luego por la de la izquierda. Agacha la cabeza y la mete entre las piernas. Cuando vuelve a alcanzarla, la peluca pelirroja está en su regazo y, en su lugar, hay una melena negra azabache, recogida sin piedad en un moño.

—¿Ya te sientes más... tú misma? —le pregunta el taxista.

Ella no contesta. Lo estudia con frialdad, pero él no la mira por el retrovisor. Ya debería saberlo: «A Bach no le gusta la cháchara».

Además, hace mucho que no «se siente ella misma». A lo sumo, de vez en cuando tiene algún momento de relax. Pero, cuanto más tiempo lleva en esta línea de trabajo y más veces tiene que reinventarse, reemplazando una fachada por otra, unas veces ocultándose en las sombras y otras escondiéndose a plena vista, menos recuerda su verdadero yo o incluso que tiene una identidad propia.

Eso cambiará pronto, se lo ha prometido.

Después de quitarse las botas y la peluca, cerrar el bolso de viaje y dejarlo en el asiento, a su lado, alarga la mano hacia la alfombrilla que tiene bajo los pies. Con los dedos, palpa los bordes, tira y suelta los anclajes de velcro.

Debajo hay una trampilla enmoquetada y asegurada con cerrojos. Levanta los cerrojos de ambos lados y tira de la trampilla.

Se incorpora y comprueba el velocímetro para asegurarse de que el taxista no es tan estúpido de acelerar, de que no pasa por su lado un coche patrulla de la policía en ese momento.

Entonces vuelve a agacharse y saca el maletín de tapa dura del compartimento secreto. Pone el pulgar en el cierre de seguridad, que tarda un instante en reconocer la huella y abrirse.

Quienes la han contratado no tienen motivos para manipular su herramienta de trabajo, pero más vale prevenir que curar.

Abre el maletín para inspeccionar su contenido rápidamente.

—Hola, Anna —susurra, porque ése es el nombre que le ha puesto a lo que hay dentro.

Anna Magdalena es una preciosidad, un rifle semiautomático negro mate que puede disparar cinco cartuchos en menos de dos segundos y montarse y desmontarse en menos de tres minutos con un destornillador. Hay modelos más nuevos en el mercado, por supuesto, pero Anna Magdalena jamás le ha fallado, a cualquier distancia. Decenas de personas podrían confirmar su precisión —en teoría—, entre ellas un fiscal de Bogotá que, hasta hace seis meses, tenía una cabeza encima de los hombros; y el líder de un ejército rebelde de Darfur al que hace dieciocho meses de pronto le reventó el cerebro sobre el guiso de cordero que tenía en el regazo.

Ha matado en todos los continentes. Ha asesinado a generales, activistas, políticos y empresarios. Sólo la conocen por su sexo y por su compositor de música clásica favorito. Y por su índice de acierto del cien por cien.

—Éste será tu mayor desafío, Bach —le dijo el hombre que la contrató para este trabajo.

—No —lo corrigió ella—, será mi mayor éxito.

VIERNES 11 DE MAYO

Me despierto sobresaltado, miro fijamente a la oscuridad y busco a tientas el móvil. Son poco más de las cuatro de la madrugada. Mando un mensaje a Carolyn. ¿Se sabe algo?

Su respuesta es inmediata, no duerme. Nada, señor.

Lo suponía. Carolyn me habría llamado enseguida si hubiera novedades. Pero ya se ha acostumbrado a estos mensajes que le envío a horas intempestivas desde que descubrimos a lo que nos enfrentábamos.

Suspiro hondo y estiro los brazos para deshacerme de los nervios. Dudo mucho que vuelva a dormirme. Hoy es el día.

Paso un rato en la cinta de correr que tengo en el dormitorio. Nunca, desde que jugaba al béisbol, he dejado de necesitar un buen entrenamiento matinal, sobre todo con este trabajo. Es como un masaje con el que encarar el estrés de la jornada. Cuando reapareció el cáncer de Rachel, pedí que me instalaran aquí la cinta de correr para poder vigilarla incluso mientras hacía ejercicio.

Hoy no corro, ni siquiera camino rápido, me limito a pasear, dada mi forma física, la recaída que he sufrido de mi enfermedad, que es lo último que necesito ahora mismo.

Me lavo los dientes y, al terminar, examino el cepillo. No hay nada en él más que restos pringosos de pasta de dientes. Sonrío de oreja a oreja al espejo y me miro bien las encías.

Me desnudo y me vuelvo para verme en el espejo por detrás. Tengo cardenales sobre todo en las pantorrillas, pero también en la parte posterior de los muslos. Está empeorando.

Después de la ducha, llega el momento de leer el Informe diario del presidente y de enterarme de cualquier suceso de última hora no recogido en él. Luego desayuno en el comedor. Era algo que Rachel y yo solíamos hacer juntos. «El resto del mundo te tiene las otras dieciséis horas —me decía—. Yo te tengo en el desayuno.»

Y normalmente en la cena. Sacábamos tiempo como fuera, aunque, cuando vivía Rachel, ni desayunábamos ni cenábamos en este comedor; solíamos comer en la mesita de la cocina de al lado, que es más íntima. A veces, cuando de verdad queríamos sentirnos personas normales, para variar, hasta cocinábamos nosotros. Algunos de nuestros mejores momentos en esta casa los pasamos haciendo tortitas y amasando pizzas, los dos solos, como en nuestra Carolina del Norte natal.

Casco el huevo duro con el tenedor y miro distraído por la ventana a Blair House, al otro lado de Lafayette Park, con el murmullo del televisor de fondo. El aparato es nuevo; Rachel no lo conoció.

No sé por qué me molesto en ver las noticias. Sólo hablan de la destitución: todas las cadenas conducen sus reportajes por el mismo camino.

En MSNBC, un corresponsal asegura que el gobierno israelí va a trasladar a un notorio terrorista palestino a otra prisión. «¿Será esto parte del “acuerdo” al que el presidente ha llegado con Sulimán Cindoruk? ¿Un acuerdo relacionado con Israel y con un intercambio de presos?»

CBS News dice que estoy considerando la posibilidad de cubrir una vacante en Agricultura con un senador sureño de la oposición. «¿Pretende el presidente acallar las demandas de destitución repartiendo cargos en el gobierno?»

Supongo que, si pongo Food Network ahora mismo, estarán diciendo que, cuando los invité a la Casa Blanca hace un mes y les comenté que mi cereal favorito es el maíz, mi intención oculta era ganarme el favor de los senadores de Iowa y Nebraska, que forman parte del bloque que está deseando destituirme.

Fox News, bajo el titular ALBOROTO EN LA CASA BLANCA, afirma que mi equipo está claramente dividido en cuanto a si debería testificar o no, y que Carolyn Brock, la jefa de gabinete, encabeza el grupo de los que están a favor y la vicepresidenta, Katherine Brandt, el de los que están en contra. «Ya se está ideando un plan de contingencias con el que poder declarar que las vistas de la Cámara son una farsa partidista para que el presidente pueda cambiar de opinión y negarse a asistir», dice un periodista apostado delante de la Casa Blanca justo ahora.

En el programa *Today*, muestran un mapa con marcas de color de los cincuenta y cinco senadores de la oposición y los senadores de mi partido pendientes de reelección, que podrían terminar entre los doce tránsfugas necesarios para condenarme en un proceso de destitución.

La CNN dice que mi equipo y yo estamos llamando a los senadores desde esta mañana para asegurarnos su voto de «inocente» en el proceso de destitución.

En *Good Morning America* dicen que fuentes de la Casa Blanca revelan que yo ya he decidido no presentarme a la reelección y que intentaré llegar a un acuerdo con el presidente de la Cámara para ahorrarme la destitución si accedo a ocupar el cargo durante un solo mandato.

¿De dónde sacan esas chorradas? Debo reconocer que es sensacionalista y lo sensacionalista siempre vende más que la verdad.

Aun así, la constante especulación sobre la destitución está resultando muy dura tanto para mis colaboradores, la mayoría de los cuales ignora lo que ocurrió en Argelia o durante mi conversación telefónica con Sulimán Cindoruk, como para el Congreso, los medios de comunicación o el pueblo estadounidense. Pero de momento están aguantando los ataques a la Casa Blanca, porque para ellos seguir al pie del cañón es motivo de orgullo. No se imaginan lo mucho que eso significa para mí.

Pulso una tecla del teléfono. Rachel me mataría por tener un teléfono delante mientras desayuno.

—JoAnn, ¿dónde está Jenny?

—Está aquí, señor. ¿La necesita?

—Por favor. Gracias.

Entra Carolyn Brock, la única persona que se tomaría la libertad de importunarme mientras como. En realidad, nunca he dicho que no entre nadie más. Es una de las muchas cosas que un jefe de gabinete hace por ti: optimizar, hacer de guardián, mantener a raya al equipo para que yo no tenga que pensar en esas cosas.

Siempre es muy discreta, viste traje de chaqueta elegante, el pelo oscuro peinado hacia atrás, y jamás baja la guardia ante las cámaras. Su trabajo, como me ha dicho en más de una ocasión, no consiste en hacerse amiga de mis colaboradores, sino en tenerlos organizados, elogiar el trabajo bien hecho y ocuparse de los detalles para que yo pueda centrarme en lo complicado, en lo importante.

Pero eso es subestimar muchísimo su papel. Nadie tiene un trabajo tan duro como el de la jefa de gabinete de la Casa Blanca. Se encarga de las cosas pequeñas, desde luego, de las cuestiones de personal y de agenda, pero también me ayuda en las cosas importantes. Tiene que hacerlo todo porque, además, es la persona a la que recurren los miembros del Congreso, el gabinete, los grupos de presión y los medios. No tengo mejor sustituta. Se encarga de todo eso sin que se le suba a la cabeza. Si intentas hacerle un cumplido, se lo sacude de encima como haría con una pelusa de su traje impecable.

Hubo un tiempo, no hace mucho, en que se predijo que Carolyn Brock llegaría a ser presidenta de la Cámara. Fue congresista durante tres legislaturas, una progresista que logró hacerse con un distrito conservador de la Cámara en el sudeste de Ohio y que ascendió rápidamente en la jefatura del gobierno. Era inteligente, agradable y telegénica, el equivalente político de un deportista de élite. Fue todo un éxito en el circuito de recaudación de fondos y forjó alianzas que le permitieron ocupar el codiciado puesto de directora del brazo político de nuestro partido, el comité de la campaña congresual. Apenas tenía cuarenta años y ya la proponían para el puesto de máxima responsabilidad de la Cámara, si no para un cargo mayor.

Entonces llegó 2010. Se sabía que iban a ser unas elecciones de mitad de mandato muy crudas para nuestro partido. Además, los del otro bando presentaban a un candidato fuerte, el hijo de un exgobernador. A una semana de las elecciones, la carrera electoral era un empate estadístico.

Cuando faltaban sólo cinco días, mientras se desfogaba con sus dos asistentes de mayor confianza delante de una botella de vino a medianoche, Carolyn hizo un comentario despectivo sobre su rival, que acababa de publicar una nota de prensa en la que atacaba con saña a su marido, por entonces un destacado abogado defensor. Un micro captó el comentario. Nadie sabe quién lo grabó ni cómo. Ella pensaba que estaba sola con sus dos asistentes en un restaurante cerrado.

Dijo que su oponente era un «mamón». El audio se propagó por televisión y por internet en cuestión de horas.

En esos momentos tenía opciones. Pudo haber negado que la voz de la grabación fuera la suya. Cualquiera de sus asistentes, ambas mujeres, podría haberse atribuido el comentario. O podía haber argüido lo que seguramente ocurrió en realidad: que estaba cansada, algo piripi y furiosa por la nota de prensa en la que se atacaba a su marido.

Pero no hizo nada de eso. Se limitó a decir lo siguiente: «Lamento que alguien haya sido testigo de esa conversación privada. Si lo hubiera dicho un hombre, no sería un problema».

A mí me encantó su reacción. Hoy en día funcionaría, pero entonces... Perdió el apoyo de los conservadores y con ello las elecciones. Sabía que, con la palabrota adherida para siempre a su nombre, probablemente nunca le dieran otra oportunidad. La política puede ser cruel con sus víctimas.

Su pérdida se convirtió en ganancia para mí. Montó una asesoría política y aprovechó sus aptitudes y su inteligencia para conseguir victorias para políticos de todos los estados. Cuando decidí presentar mi candidatura a la presidencia y necesité alguien que me llevara la campaña pensé sólo en ella.

—Debería dejar de ver esa basura, señor —dice mientras un asesor político del que nunca he oído hablar afirma en la CNN que estoy cometiendo «un grave error táctico» al negarme a comentar la llamada telefónica y permitir que el presidente de la Cámara «controle el discurso».

—Por cierto —digo—, ¿sabías que tú quieres que testifique ante la comisión de investigación, que lideras las fuerzas protestimonio en la guerra civil que se libra en la Casa Blanca?

—No tenía ni idea, no.

Se acerca despacio al papel pintado del comedor, decorado con escenas de la guerra de Independencia. La primera que lo puso fue Jackie Kennedy; se lo regaló una amiga. A Betty Ford no le gustaba y lo quitó. El presidente Carter volvió a ponerlo. Desde entonces, lo han estado poniendo y quitando. A Rachel le encantaba ese papel, así que volvimos a ponerlo.

—Tómame un café, Carrie. Me estás poniendo nervioso.

—Buenos días, señor presidente —dice Jenny Brickman, mi subjefa de gabinete y mi asesora política.

Llevó mis campañas para gobernador y trabajó a las órdenes de Carolyn en la presidencial. Es menuda en todos los sentidos, lleva el pelo rubio oxigenado hecho un revoltijo y habla como un camionero. Es mi belicosa sonriente. Iría a la guerra por mí si se lo permitiera. Y no se limitaría a diseccionar a mis rivales. Si no la atase corto, los abriría en canal, de la barbilla al ombligo. Los destriparía con la contención de un pitbull y mucho menos encanto.

Tras mi victoria, Carolyn se dedicó a las leyes. No ha dejado completamente de lado la política, pero ahora su principal cometido es llevar mi agenda en el Congreso e impulsar mi política exterior.

Jenny, en cambio, se centra sólo en la política, en conseguir que me reelijan. Y por desgracia, en preocuparse por si lograré siquiera concluir mi primera legislatura.

—Nuestro *caucus* aguanta de momento —dice, después de haber consultado a nuestro bando de la jefatura de la Cámara—. Dicen que están impacientes por oír su versión de lo ocurrido en Argelia.

No logro reprimir una sonrisa socarrona.

—Más bien te habrán dicho: «Dile que se deje de tonterías y se defienda». ¿Me equivoco?

—Casi lo ha clavado, señor.

No se lo estoy poniendo fácil a mis aliados. Quieren defenderme, pero mi silencio lo hace prácticamente imposible. Merecen más, pero no puedo dárselo aún.

—Ya habrá tiempo para eso —digo.

No nos hacemos ilusiones con los votos de la Cámara. Lester tiene la mayoría y su *caucus* está deseando pulsar el botón de la destitución. Como el presidente de la Cámara pida que se vote, estoy frito.

Pero con una defensa fuerte en la Cámara será mucho más probable que prevalezcamos en el Senado, donde el partido de Lester tiene cincuenta y cinco votos, pero necesita una mayoría absoluta de sesenta y siete para destituirme. Si se mantiene nuestro *caucus* en la Cámara, será más difícil que deserten los nuestros en el Senado.

—Lo que se dice en nuestro bando del Senado es similar —tercia Jenny—. Jacoby está intentando que nuestro *caucus* adopte una postura de «apoyo hipotético», en sus propias palabras, porque la destitución es una solución extrema y deberíamos saber más antes de tomar una decisión tan importante. Pero, ahora mismo, no están dispuestos a hacer otra cosa que mantener una mentalidad abierta.

—Nadie parece muy dispuesto a defenderme.

—No les está dando muchos motivos, señor. Está dejando que Rhodes lo machaque sin contraatacar. No paro de oír que «Lo de Argelia pinta mal, muy mal. Más vale que tenga una buena explicación...».

—Vale, estupendo, Jenny. Siguiendo asunto.

—Si pudiéramos quedarnos aquí una legislatura más...

—Siguiendo asunto, Jenny. Ya te he dado diez minutos para hablar de la destitución y anoche le dediqué una hora a ese simulacro. No vamos a seguir hablando de eso. Tengo otras cosas en la cabeza. ¿Algo más?

—Sí, señor —interviene Carolyn—: ¿el plan de contingencias que estábamos preparando para la reelección? Deberíamos ponerlo en marcha ahora con las cuestiones que sabemos que preocupan a los estadounidenses y que cuentan con su apoyo: el salario mínimo, la prohibición de las armas de asalto y los préstamos universitarios. Necesitamos buenas noticias que compensen las malas. De ese modo,

transmitiremos el mensaje de que, a pesar de los chanchullos políticos, está decidido a impulsar el país hacia delante. Que ellos sigan con su caza de brujas mientras usted intenta resolver los problemas reales de la gente de verdad.

—¿No quedará enterrado con todo este asunto de la destitución?

—La senadora Jacoby no lo cree así, señor. Están deseosos de que haya un buen tema que poder apoyar.

—Yo he oído lo mismo en la Cámara —dice Jenny—. Si les da algo a lo que hincarle el diente, algo que de verdad los preocupe, recordarán lo importante que es proteger la presidencia.

—Necesitan un recordatorio —digo con un suspiro.

—Francamente, señor, ahora mismo..., sí, lo necesitan.

Levanto las manos, como rindiéndome.

—Muy bien. Adelante, cuéntame.

—Empiece por la subida del salario mínimo, la semana que viene —dice Carolyn—. Luego la prohibición de las armas de asalto. Después los préstamos universitarios...

—Es tan probable que la Cámara apoye la prohibición de las armas de asalto como que le pongan mi nombre al Reagan National.

—Eso es cierto, señor: no la aprobarán. —Sé que Jenny no insiste en la prohibición de las armas de asalto porque vayamos a conseguir que la apruebe, al menos, el Congreso actual. Prosigue—: Pero usted cree en ella y cuenta con la credibilidad necesaria para defenderla. Luego, cuando la oposición la tumbe y haga lo mismo con la subida del salario mínimo, ambas propuestas apoyadas por la mayoría de los estadounidenses, usted dejará al descubierto la clase de personas que son. Y se lo pondrá muy difícil al senador Gordon.

Lawrence Gordon, tres veces senador de mi lado del pasillo, cree, como todos los senadores, que debería ser presidente, pero, al contrario que la mayoría de ellos, está pensando en enfrentarse al presidente en activo desde su propio partido.

Además, está en el bando equivocado del partido y de la opinión pública en ambas cuestiones. Votó en contra de la subida del salario mínimo, y prefiere la Segunda Enmienda, al menos tal y como la define la NRA, la Asociación Nacional del Rifle, a la Primera, la Cuarta y la Quinta juntas. Jenny quiere quitarlo de en medio para que no sea un estorbo.

—Gordon no se enfrentará a mí en las primarias —digo—. No tiene pelotas.

—Nadie tiene más controlado lo de Argelia que Gordon —dice Jenny.

Miro a Carolyn. Jenny posee un marcado instinto político, pero Carolyn, además de tener instinto, conoce bien las instituciones de Washington, por el tiempo que estuvo en el Congreso. Y es la persona más inteligente que he conocido jamás.

—A mí no me preocupa que Gordon llegue a enfrentarse a usted en las primarias —comenta Carolyn—. Lo que me preocupa es que esté pensando en hacerlo. Que fomente la especulación en círculos privados. Que se deje cortejar. Que hablen de él

en *The Times* o en la CNN. ¿Qué tiene que perder? A la larga lo beneficiará. Y ahora le inflará el ego. ¿Hay alguien más popular que el que desafía al candidato principal? Es como un *quarterback* de reserva: todo el mundo lo adora mientras está sentado en el banquillo. Lo único que conseguirá con eso será sacarle brillo a su vanidad, pero, entretanto, la credibilidad del presidente, señor, se verá socavada en cuestión de segundos. Él es el candidato nuevo y resplandeciente; usted, el débil. —Asiento con la cabeza. Me parece lógico—. Yo creo que deberíamos llevar a la Cámara la propuesta de subida del salario mínimo o la de prohibición de las armas de asalto —dice—. Haremos que Gordon venga a pedirnos que le demos carpetazo. Entonces estará en deuda con nosotros y sabrá que, si nos fastidia, le meteremos un buen puro.

—Recuérdame que nunca te cabree, Carolyn.

—La vicepresidenta está conforme con esto —dice Jenny.

—Pues claro que lo está —espeta Carolyn con una mueca.

Recela de Kathy Brandt, que fue mi principal rival en la nominación. Era la opción más acertada para la vicepresidencia, pero eso no la convierte en mi mayor aliada. En cualquier caso, Kathy estará haciendo las mismas cábalas en su propio interés. Si a mí me destituyen, ella será presidenta, y convocará elecciones casi de inmediato. No necesita las maquinaciones de Gordon ni de nadie.

—Aunque estoy de acuerdo con tu análisis del problema —digo—, creo que la solución que propones es demasiado comedida. Quiero mostrarme inflexible con ambas medidas, pero no daré marcha atrás por Gordon. Apretaremos las tuercas a la oposición. Es lo correcto y, ganemos o perdamos, nosotros seremos los fuertes y ellos los que están equivocados.

—Ésa es la persona a la que voté, señor —salta de pronto Jenny—. Creo que tendría que hacerlo, pero sigo pensando que no será suficiente. Ahora mismo parece usted muy débil, y dudo que eso se pueda arreglar con ninguna medida de política interior. Con la llamada a Sulimán, con la pesadilla de Argelia, necesita una decisión de comandante en jefe, algo con lo que ganarse el favor de...

—No, Jenny —digo, leyéndole el pensamiento—. No voy a ordenar un ataque militar sólo para parecer duro.

—Hay unos cuantos blancos seguros, señor presidente. No le estoy sugiriendo que invada Francia. ¿Qué le parece uno de los objetivos de los drones de Oriente Próximo, pero escalado a ataque aéreo compl...?

—No. Ya he dicho que no.

—Su esposa tenía razón —replica, meneando la cabeza con los brazos en jarras—. De verdad es usted un político espantoso.

—Pero ella me lo decía como cumplido.

—Señor presidente, ¿puedo serle franca? —pregunta.

—¿No lo has sido ya?

Estira los brazos al frente, como si quisiera enmarcarme el asunto, o a lo mejor me está suplicando.

—Lo van a destituir —dice—. Y si no hace algo para darle la vuelta a la tortilla, algo drástico, los senadores de su propio partido abandonarán el barco. Y sé que usted no va a dimitir. No es su forma de hacer las cosas. Lo que significa que la historia recordará al presidente Jonathan Lincoln Duncan por una cosa, sólo una: será el primer presidente obligado a abandonar el cargo.

Después de hablar con Jenny y Carolyn, cruzo el pasillo en dirección a mi dormitorio, donde Deborah Lane abre el maletín en el que lleva sus útiles de trabajo.

—Buenos días, señor presidente —dice.

Me deshago el nudo de la corbata y me desabrocho la camisa.

—Muy buenos días, doctora.

Me mira de arriba abajo y no parece satisfecha. Por lo visto, últimamente tengo ese efecto en la gente.

—Se le ha vuelto a olvidar afeitarse —dice.

—Luego lo haré.

En realidad, ya llevo cuatro días sin hacerlo. Cuando estudiaba en la Universidad de Carolina del Norte tenía una manía: nunca me afeitaba durante la semana de exámenes finales. Resultaba chocante porque, aunque mi pelo es más bien castaño claro, mi barba no es igual: tengo por ahí algún pigmento naranja que le da un intenso tono rojizo. Y me crece muy rápido; cuando terminaban los finales, todos me decían que me parecía al legendario leñador gigante Paul Bunyan.

No había vuelto a pensar mucho en eso desde la universidad. Hasta ahora.

—Parece cansado —me dice—. ¿Cuántas horas ha dormido esta noche?

—Dos o tres.

—No es bastante, señor presidente.

—Ahora mismo tengo unas cuantas pelotas en el aire.

—Con las que no va a poder hacer malabares si no duerme.

Me pone el fonendoscopio en el pecho.

La doctora Deborah Lane no es mi médico oficial, sino una especialista en hematología de Georgetown. Se crio en Sudáfrica, bajo el *apartheid*, pero huyó a Estados Unidos para iniciar sus estudios secundarios y jamás volvió a su país. Su pelo cortísimo ya está completamente gris. Su mirada es penetrante, pero amable.

Durante la última semana ha estado viniendo a la Casa Blanca todos los días porque es más fácil y más discreto que una mujer de aspecto profesional, aunque lleve un maletín médico apenas disimulado, visite la residencia presidencial que mandar al presidente a diario al hospital universitario MedStar de Georgetown.

Me envuelve el brazo con el brazaletes del tensiómetro.

—¿Cómo se encuentra?

—Tengo un enorme grano en el culo —digo—. ¿Podría mirar si es el presidente de la Cámara? —Me mira, pero no se ríe. Ni siquiera sonrío—. Por lo demás, me encuentro bien.

Me ilumina el interior de la boca con una linternita. Me examina detenidamente el torso, el abdomen, los brazos y las piernas; me da la vuelta y hace lo mismo por el otro lado.

—Los cardenales están empeorando —dice.

—Lo sé.

Antes parecían sarpullidos. Ahora parece que alguien me haya estado aporreando la parte posterior de las piernas con un martillo.

Durante mi primer mandato como gobernador de Carolina del Norte, me diagnosticaron un trastorno de la sangre conocido como púrpura trombocitopénica idiopática, o PTI, que básicamente se debe a un recuento bajo de plaquetas. Mi sangre no coagula siempre como debería. Lo hice público en su momento y conté la verdad: en la mayoría de los casos, la PTI no es un problema. Me aconsejaron que evitase cualquier actividad que pudiera producirme hemorragias, algo nada difícil para un cuarentón. Ya hacía tiempo que no jugaba al béisbol y nunca me han llamado mucho la atención ni el toreo ni el lanzamiento de cuchillos.

Tuve dos brotes durante mi época de gobernador, pero la enfermedad me dio un respiro en la campaña presidencial. Reapareció cuando volvió el cáncer de Rachel — mi doctora está convencida de que el exceso de estrés es una de las principales causas de recaída—, pero me recuperé pronto. Hace una semana empezaron a salirme los primeros cardenales en las pantorrillas. La rápida decoloración y propagación de los hematomas nos dice a los dos lo mismo: que es el peor brote que he tenido hasta ahora.

—¿Dolores de cabeza? —me pregunta la doctora Lane—. ¿Mareos? ¿Fiebre?

—No, no y no.

—¿Fatiga?

—Por la falta de sueño, claro.

—¿Hemorragias nasales?

—No, señora.

—¿Sangrado de encías?

—No mancho el cepillo de dientes.

—¿Sangre en la orina o en las heces?

—No.

Cuesta ser humilde cuando suena una canción cada vez que entras en una sala, los mercados financieros del mundo entero dependen de lo que tú digas y estás al mando del mayor arsenal militar del planeta, pero, si te quieres bajar un poco los humos, prueba a hurgar en tus propias heces para ver si hay restos de sangre.

Retrocede y canturrea para sí.

—Voy a sacarle sangre otra vez —dice—. El recuento de plaquetas de ayer me dejó muy preocupada. Estaba por debajo de las veinte mil. No sé cómo conseguí convencerme para que no lo hospitalizase de inmediato.

—La convencí porque soy el presidente de Estados Unidos —replico.

—Siempre se me olvida.

—Puedo llegar a las veinte mil, doctora.

El recuento plaquetario normal es de entre ciento cincuenta mil y cuatrocientas cincuenta mil por milímetro cúbico, así que a nadie le entusiasma una cifra inferior a veinte mil, pero todavía no he llegado al nivel crítico.

—¿Se está tomando los esteroides?

—Religiosamente.

Hurga en su maletín, luego me frota el brazo con un algodoncito mojado en alcohol. No me apetece mucho que me saque sangre porque no se le dan bien las agujas. Ha perdido la práctica. Con su elevado nivel de especialización, suele contar con alguien que realice por ella las tareas básicas. Pero debo limitar al mínimo el número de personas de mi mundo que estén al corriente de esto. Aunque mi PTI sea del dominio público, nadie tiene por qué saber lo mal que me encuentro ahora, precisamente ahora, con lo que, de momento, tengo que conformarme con ella.

—Hagamos un tratamiento proteínico —me dice.

—¿Cómo..., hoy?

—Sí, hoy.

—La última vez que lo hice no fui capaz de formular una frase completa en prácticamente todo el día. Imposible, doctora. Hoy no.

Se detiene, recorriéndome el brazo con el algodón hasta los nudillos.

—Pues una perfusión de esteroides.

—No. Las pastillas ya me trastornan bastante el cerebro.

Ladea un poco la cabeza y medita su respuesta. A fin de cuentas, no soy un paciente cualquiera. La mayoría hace lo que su médico le manda. Pero no son líderes del mundo libre.

Continúa preparándome el brazo para la extracción, muy ceñuda, hasta que tiene la aguja colocada.

—Señor presidente —me dice en el tono que solían usar mis profesores de primaria—, usted le puede decir al mundo qué hacer, pero no puede controlar el funcionamiento de su cuerpo.

—Doctora, no...

—Podría sufrir una hemorragia interna —espeta—. Una hemorragia cerebral. Podría darle un ictus. Sea lo que sea lo que tiene entre manos, dudo que le merezca la pena correr ese riesgo. —Me mira a los ojos. No respondo, lo que de hecho ya es una respuesta—. ¿Tan grave es el asunto? —susurra. Niega con la cabeza y me hace un gesto con la mano—. No. Ya..., ya sé que no me lo puede contar.

Sí, tan grave es el asunto. Y el ataque podría tener lugar dentro de una hora o al final del día. Podría haber ocurrido hace veinte segundos y Carolyn podría entrar corriendo a informarme ahora mismo.

No puedo estar fuera de combate ni siquiera una hora, menos aún varias. No puedo arriesgarme.

—Tiene que esperar —digo—. Un par de días, probablemente.

Algo alterada por lo que no sabe, la doctora Lane se limita a asentir con la cabeza y procede a pincharme.

—Doblaré la dosis de esteroides —dice, con lo que me sentiré como si me hubiera bebido cuatro cervezas en lugar de dos.

No me queda otro remedio que ceder un poco: no puedo estar fuera de combate, pero debo seguir vivo.

Termina su trabajo en silencio, guarda la sangre que me ha extraído en su maletín y se prepara para marcharse.

—Usted hace su trabajo y yo el mío —comenta—. Los resultados del laboratorio estarán listos en dos horas, pero ambos sabemos que el recuento de plaquetas está cayendo en picado.

—Sí, así es.

Se detiene en el umbral de la puerta y se vuelve hacia mí.

—No dispone de un par de días, señor presidente —me advierte—. Puede que no disponga ni de uno.

Hoy, y sólo hoy, lo van a celebrar.

Tiene que concederles eso. Su pequeño equipo ha trabajado día y noche, con determinación y entusiasmo y con excelentes resultados. Necesitan un descanso.

La brisa del río le alborota el pelo. Le da una calada al cigarrillo y la punta anaranjada brilla a la escasa luz del anochecer. Disfruta de las vistas desde la terraza del ático que da al Spree, de la ciudad bulliciosa al otro lado del agua: la East Side Gallery, el centro de ocio... En el Mercedes Benz Arena hay un concierto esa noche. El nombre de la banda no le suena, pero, por el ruido sordo que llega desde la otra orilla, sabe que es un grupo de guitarras potentes y bajo rotundo. Esa parte de Berlín ha cambiado mucho desde la última vez que él estuvo allí, hace apenas cuatro años.

Se vuelve hacia el interior del ático, ciento sesenta metros cuadrados, cuatro dormitorios y cocina abierta de diseño donde su equipo ríe y gesticula, bebiendo champán, probablemente medio borrachos. Cuatro genios por mérito propio, ninguno de más de veinticinco años, algunos seguramente aún vírgenes.

Elmurod enseña la tripa por encima del cinturón, lleva la barba descuidada y una gorra azul claro en la que pone VET WWIII, veterano de la Tercera Guerra Mundial. Mahmad ya se ha quitado la camisa y exhibe sus bíceps decididamente insignificantes como si fuera un culturista. Se vuelven los cuatro hacia la puerta y Elmurod se acerca a abrir. Entran ocho mujeres con el pelo cardado y vestidos ajustadísimos, todas con cuerpos de revista, todas contratadas a un precio desorbitado para que proporcionen a sus chicos la noche de su vida.

Se mueve con cautela por la terraza, receloso de los sensores de calor y presión —desactivados en ese momento, claro—, configurados para hacer saltar por los aires la terraza entera si cualquier cosa más pesada que un pájaro se posara en ella. Casi un millón de euros le han costado esas precauciones.

Pero ¿qué es un millón de euros cuando uno está a punto de ganar cien?

Una de las prostitutas, una asiática que no tendrá más de veinte años, con unos pechos que no pueden ser de verdad y un súbito interés por su persona que tampoco parece sincero, se acerca a él cuando entra de nuevo en el ático y cierra el balcón.

—*Wie lautet dein Name?* —pregunta. «¿Cómo te llamas?»

Él sonríe. La joven coquetea, representa su papel. Le da igual lo que él le diga.

Pero hay personas que pagarían lo que fuera, que harían lo que fuera por conocer la respuesta. Y por una vez, le gustaría poder bajar la guardia y contestar sinceramente.

«Me llamo Sulimán Cindoruk —querría decir— y estoy a punto de reiniciar el mundo.»

Cierro la carpeta que tengo encima de la mesa después de revisar los diversos documentos que mi asesor, Danny Akers, y su equipo me han preparado en colaboración con el fiscal general: el borrador de un decreto presidencial por el que se declara el estado de sitio en toda la nación y un informe jurídico en el que se explora la constitucionalidad de dicha medida; el borrador de una ley para el Congreso y el de un decreto presidencial por los que se ordena la suspensión del hábeas corpus en todo el país; un decreto presidencial por el que se instauran el control de precios y el racionamiento de diversos bienes de consumo y la correspondiente autorización de la legislación necesaria.

Ojalá no llegue la sangre al río.

—Señor presidente —me dice JoAnn, mi secretaria—, el presidente de la Cámara.

Lester Rhodes sonrío educadamente a JoAnn y entra de una zancada en el Despacho Oval con la mano tendida.

—Buenos días, señor presidente —dice, estrechándome la mano y escudriñándome, probablemente intrigado por mi barba de varios días.

—Señor presidente de la Cámara —digo.

Suelo continuar con un «Gracias por tu visita» o un «Me alegro de verte», pero no me apetece intercambiar cumplidos con este hombre. A fin de cuentas, Rhodes ha sido el artífice de la reclamación de su partido a la Cámara durante las elecciones de mitad de mandato, basada únicamente en la promesa de «recuperar nuestro país» y en ese absurdo «boletín de notas» sobre mi rendimiento que hizo público a todos los candidatos y en el que me puntuaba con «Suspenso» en política exterior, economía y un montón de asignaturas polémicas.

Se sienta en el sofá y yo en la silla. Se tira de los puños de la camisa y se pone cómodo. Hoy va vestido de legislador poderoso: camisa de color azul pizarra con los puños y el cuello blancos y corbata de un rojo intenso con el nudo perfectamente hecho en los que están representados todos los colores de la bandera.

Aún luce esa sonrisa de autocomplacencia de quien acaba de adquirir el poder. Sólo hace cinco meses que es presidente. Aún no es consciente de sus limitaciones. Eso lo hace más peligroso, no menos.

—Me preguntaba por qué me habría invitado a venir —prosigue—. Ya sabe que uno de los rumores que se oyen en las noticias es que vamos a llegar a un acuerdo: usted accede a no presentarse a la reelección y yo suspendo las vistas orales. —Asiento despacio con la cabeza. Yo también lo he oído—. Pero yo les he dicho a mis

colaboradores: «Repasad los vídeos de los soldados a los que capturaron en la Operación Tormenta del Desierto junto con el cabo Jon Duncan. Fijaos en lo asustados que estaban. Pensad en el miedo que debían de tener para denunciar a su propio país ante una cámara. Y cuando hayáis visto eso, preguntaos lo que debieron de hacerle los iraquíes a Jon Duncan, el único prisionero de guerra estadounidense que se negó a hablar a cámara. Y cuando lo tengáis claro, preguntaos si Jon Duncan es la clase de individuo al que acobarda tener que enfrentarse a un puñado de congresistas».

Lo que significa que sigue sin saber para qué lo he llamado.

—Lester, ¿sabes por qué nunca hablo de eso, de lo que me pasó en Irak?

—No —contesta—. Por modestia, supongo.

Niego con la cabeza.

—En esta ciudad, nadie es modesto. No, la razón por la que nunca hablo de ello es que hay cosas más importantes que la política. La mayoría de los miembros ordinarios del Congreso nunca van a necesitar aprender esa lección, pero, para que el gobierno funcione y por el bien del país, el presidente de la Cámara, sí. Cuanto antes, mejor. —Hace un gesto de desconcierto con las manos, como indicando que está esperando el golpe de efecto—. Lester, ¿cuántas veces he dejado de comentar las operaciones secretas con los comités de inteligencia desde que soy presidente? ¿O con el Grupo de los Ocho cuando eran particularmente delicadas?

La ley establece que, para poder iniciar una operación secreta, debo haber hecho un descubrimiento y habérselo comunicado a los comités de inteligencia de la Cámara y del Senado, a ser posible antes de iniciar la operación. Pero, si el asunto es muy delicado, puedo informar únicamente al Grupo de los Ocho: el portavoz y líder de la minoría de la Cámara, los líderes de la mayoría y de la minoría del Senado y los presidentes y miembros destacados de los dos comités de inteligencia.

—Señor, ya hace unos meses que soy presidente de la Cámara, pero, en ese tiempo, que yo sepa, usted siempre ha sido fiel a su obligación de informar.

—Y seguro que tu predecesor te habrá dicho que también lo fui siempre mientras él ocupaba el cargo de presidente de la Cámara.

—Eso tengo entendido, sí —confirma—. Por eso es tan preocupante que ni siquiera el Grupo de los Ocho sepa una sola palabra de lo ocurrido en Argelia.

—Lo que a mí me parece preocupante, Lester, es que no sepas ver que debe de haber una buena razón para que no haya informado esta vez.

Aprieta la mandíbula, su tez pálida se vuelve colorada.

—¿Aun después de conocidos los hechos, señor presidente? Se le permite actuar primero e informar después, si el tiempo apremia, pero usted no está informando ni siquiera ahora, tras la debacle de Argelia. Después de que dejara escapar a ese monstruo. Está usted quebrantando la ley.

—Pregúntate por qué, Lester. —Me recuesto en la silla—. ¿Por qué haría yo algo así, sabiendo cómo reaccionarías, sabiendo que te estoy poniendo en bandeja mi destitución?

—Sólo puede haber una respuesta, señor.

—¿En serio? ¿Y qué respuesta es ésa, Lester?

—Bueno, si se me permite hablar con absoluta libertad...

—Aquí dentro estamos solos...

—De acuerdo, pues —dice, cabeceando afirmativamente—. La respuesta es que no tiene una buena justificación para lo que ha hecho. Pretende pactar una tregua con ese cabrón terrorista e impidió que esa milicia lo asesinara para poder seguir negociando ese acuerdo de paz, amor y armonía que parece creer que puede conseguir. Y ha estado a punto de salirse con la suya. Jamás nos habríamos enterado de lo de Argelia, porque lo habría negado todo. —Se inclina hacia delante, apoyándose en las rodillas, y me mira fijamente, tanto que casi le lloran los ojos—. Pero entonces murió asesinado ese chico estadounidense y lo grabaron en vídeo para que lo viera el mundo entero. Lo pillaron a usted con los pantalones bajados. ¡Y sigue sin querer contárnoslo! Porque no quiere que nadie sepa lo que está haciendo hasta que esté firmado y bien firmado —dice, señalándome con el dedo—. Pues bien, el Congreso no tolerará que se le niegue su función supervisora en este asunto. Mientras yo sea presidente de la Cámara, ningún presidente de Estados Unidos firmará con terroristas ningún acuerdo que, de todos modos, después no podrá cumplir y nos hará quedar como imbéciles. Mientras yo sea...

—Basta ya, Lester.

—Mientras yo sea presidente de la Cámara, este país...

—¡Basta! —Me levanto. Un segundo después, Lester se levanta también, perplejo—. Que te quede claro —le digo—: aquí no hay nadie grabando. Deja de fingir que sabes de lo que hablas. Deja de fingir que de verdad piensas que me despierto todas las mañanas susurrando palabras de amor a algún terrorista. Tú y yo sabemos que me desharía de ese capullo ahora mismo si pensara que eso es lo mejor para nuestro país. Es una buena jugada política, Lester, tengo que reconocértelo, toda esa basura que estás soltando sobre que quiero «hacer el amor y no la guerra» con los Hijos de la Yihad, pero no entres en el Despacho Oval aparentando ni por un instante que lo crees de verdad. —Parpadea, desconcertado. Ya no está acostumbrado a que nadie le levante la voz. Pero guarda silencio porque sabe que tengo razón—. Os lo estoy poniendo muy fácil, Lester. Os estoy instigando y secundando con mi silencio. Con cada segundo que pasa sin que diga nada, echo más leña a vuestro fuego. Me estáis dando una paliza de órdago en público. Y yo estoy ahí sentado diciendo: «Gracias, ¿me zurra otra vez, señor?». No me cabe duda de que eres lo bastante listo para darte cuenta de que, si estoy desoyendo todos mis instintos políticos al guardar silencio, debe de haber una puñetera razón de peso para que lo haga. Tiene que haber en juego algo de suma importancia.

Lester me sostiene la mirada todo lo que puede. Luego mira al suelo. Se mete las manos en los bolsillos y se balancea sobre los talones.

—Entonces cuéntemelo —dice—. No a Inteligencia. No al Grupo de los Ocho. ¡A mí! Si es tan importante como asegura, dígame qué pasa.

Lester Rhodes es la última persona del planeta a la que le daría todos los detalles, pero no quiero que sepa que pienso eso.

—No puedo, Lester. No puedo. Te ruego que confíes en mí.

Hubo un tiempo en que una petición así, de un presidente a un presidente de la Cámara, habría bastado. Ese tiempo ya pasó hace mucho.

—No puedo hacer eso, señor.

Interesante elección de palabras: «no puedo», no «no quiero». Lester está bajo mucha presión de su *caucus*, sobre todo de los exaltados que entran al trapo de absolutamente todo lo que se dice en las redes sociales y en los debates radiofónicos y empeoran la situación. Tanto si es cierto como si no, tanto si Lester lo cree como si no, los medios han hecho de mí una caricatura y el presidente de la Cámara no puede permitir que se sepa que ha decidido confiar en esa caricatura en un momento tan importante.

—Piensa en el ciberataque de Toronto —le digo—. Los Hijos de la Yihad no lo han reivindicado. Piensa en eso. Esos tipos siempre reivindicaban sus atentados. Todos sus ataques hasta la fecha han venido acompañados de la advertencia a Occidente de que se mantenga alejado de su parte del mundo, Europa central y del sudeste, de que saquemos de allí nuestro dinero, nuestras tropas. Pero esta vez no. ¿Por qué, Lester?

—Seguro que usted me lo puede decir.

Le hago una seña para que se siente y me siento yo también.

—Pero no puede saberlo nadie más —digo.

—No, señor.

—No sabemos por qué, pero ¿qué creo yo? Que lo de Toronto fue una prueba. Una demostración de que disponía del material. Probablemente para que le abonaran el anticipo del trabajo de verdad.

Me recuesto en el asiento y dejo que lo digiera. Lester pone la cara de vergüenza de un niño que sabe que se espera de él que entienda algo que no entiende, pero no quiere reconocerlo.

—¿Y por qué no lo matamos? ¿Por qué lo rescatamos del ataque de Argelia?

Lo miro fijamente.

—Eso sólo puedo saberlo yo —digo—. No puedo contarte todos los detalles, pero sí darte algo que rumiar. No pretendíamos rescatarlo. Íbamos a capturarlo.

—Entonces ¿por qué detuvieron a la milicia? —pregunta sorprendido.

—Ellos no querían capturarlo, Lester. ¡Querían asesinarlo! Iban a disparar misiles portátiles contra su casa.

—¿Y qué? —dice, encogiéndose de hombros—. Un terrorista capturado, un terrorista muerto... ¿Qué diferencia hay?

—En este caso, la diferencia es enorme —replico—. Necesito a Sulimán Cindoruk vivo. —Lester se mira las manos, da vueltas a su alianza de boda. Se queda en modo escucha, sin revelar nada por su parte—. Por nuestro servicio de inteligencia nos enteramos de que esa milicia lo había encontrado. No sabíamos nada más. Lo único que podíamos hacer era aprovecharnos de su operación en Argelia, intentar impedir un ataque en toda regla y capturar nosotros a Sulimán. Impedimos el ataque, pero Sulimán escapó en el tumulto. Y, sí, murió un soldado estadounidense. Algo que queríamos que fuese alto secreto se hizo viral en las redes sociales en cuestión de horas. —Procesa lo que le cuento, con los ojos entornados, y asiente—. Dudo que trabaje solo —añado—. Creo que alguien lo ha contratado. Y me parece que lo de Toronto fue el calentamiento, la prueba, el aperitivo.

—Y nosotros somos el plato principal —susurra Lester.

—Correcto.

—Un ciberataque —masculla—. Mayor que el de Toronto.

—Lo bastante grande para que, a su lado, lo de Toronto parezca una nimiedad.

—¡Dios!

—Necesito vivo a Sulimán porque puede que él sea el único capaz de impedirlo. Además, puede identificar a quien lo ha contratado y a los que trabajan con él, si es que hay alguien más. Pero no quiero que nadie sepa lo que yo sé ni lo que pienso. Estoy intentando algo tremendamente difícil para Estados Unidos: volar por debajo del radar.

Por su expresión, parece que Rhodes ha caído en la cuenta de algo. Se recuesta en el sofá con la cara del que tiene todas las cartas.

—¿Insinúa que nuestras vistas orales interferirán en lo que está haciendo?

—Sin la menor duda.

—Entonces ¿por qué ha accedido a testificar?

—Para ganar tiempo —contesto—. A principios de esta semana, queríais sentar a todo mi equipo de Seguridad Nacional ante vuestra comisión. No podía consentirlo. Me ofrecí a intervenir en su lugar para retrasarlo.

—Pero ahora necesita más tiempo aún. Más allá del lunes que viene.

—Sí.

—Y quiere que yo vaya a mi *caucus* y los convenza para que se lo concedamos.

—Sí.

—Pero no puedo decirles por qué. No puedo contarles nada de lo que usted me ha contado. Debo limitarme a decir que he decidido «confiar» en usted.

—Tú eres su líder, Lester. Lidera. Diles que has decidido que lo mejor para nuestra nación es que se suspendan temporalmente las vistas.

Agacha la cabeza y se frota las manos, preparándose para el discurso que probablemente haya recitado una decena de veces delante del espejo antes de venir.

—Señor presidente —dice—, entiendo que no quiera que se celebren esas vistas, pero igual que usted tiene sus obligaciones, nosotros tenemos la de supervisar la actividad del ejecutivo. Hay personas entre los míos que me han elegido para asegurarse de que esa supervisión se lleva a cabo. No puedo volver a mi *caucus* y decirles que vamos a pasar por alto esa obligación.

Estaba cantado que lo que le he explicado hoy no iba a servir de nada. Tiene un manual de instrucciones y lo está siguiendo. El patriotismo no iba a ser un factor digno de consideración. Como decía mi madre, si este tipo tuviese alguna vez un pensamiento desinteresado, ese pensamiento moriría de soledad.

Pero no voy a rendirme aún.

—Si sale bien —le digo— y conseguimos impedir este ataque terrorista, tú estarás conmigo. Le contaría al mundo que el presidente de la Cámara dejó de lado las diferencias ideológicas e hizo lo correcto para este país. Te pondré como ejemplo de lo que funciona bien en Washington D. C. Serás presidente de por vida.

Continúa asintiendo con la cabeza, se aclara la garganta. Empieza a golpetear el suelo con un pie.

—Pero y si...

No consigue terminar la frase.

—¿Si sale mal? Yo asumiré la culpa. Toda.

—¡Pero también me culparán a mí! —dice—. Porque habré suspendido las vistas sin dar ninguna explicación a los miembros de mi *caucus*, ni a la ciudadanía. No puede prometerme que saldré indemne de esta...

—Lester, éste es el trabajo para el que juraste el cargo. Lo sepas o no, te guste o no. Tienes razón: no puedo prometerte nada. No hay nada seguro. Yo soy el comandante en jefe que te mira a los ojos y te dice que está en peligro la seguridad nacional y que necesito tu ayuda. ¿Vas a ayudarme o no?

No tarda en contestar. Aprieta la mandíbula, se mira las manos...

—Señor presidente, me gustaría ayudarle, pero tiene que comprender que tenemos la obligación de...

—¡Maldita sea, Lester, pon a tu país por delante! —Me levanto de la silla demasiado rápido y noto que me flojean las piernas, que la rabia me consume—. Estoy malgastando saliva contigo.

Lester se levanta del sofá, vuelve a tirarse de los puños de la camisa, se endereza la corbata.

—Entonces, nos vemos el lunes.

Como si no hubiera oído nada de lo que le he dicho. Lo único que le importa es volver con su *caucus* y contarles que me ha plantado cara.

—Crees que sabes lo que haces —le digo—, pero no tienes ni la menor idea.

Cuando Rhodes se va, me quedo mirando la puerta. No sé bien qué esperaba de él. ¿El patriotismo de toda la vida? ¿Cierta sentido de la responsabilidad, quizá? ¿Un poco de confianza en el presidente?

Sigue soñando. Ya nadie confía en nadie. En el entorno actual, no merece la pena. Tanto incentivo empuja a la gente en direcciones opuestas.

Rhodes volverá a su rincón, a dirigir una carga que, en realidad, no controla porque su *caucus* se crispa con cada tuit. Algunos días mi bando tampoco es mejor. La participación en nuestra democracia parece impulsada por los mundos de gratificación instantánea de Twitter, Snapchat, Facebook y el constante circular de noticias las veinticuatro horas del día. Nos servimos de la tecnología para volver a formas primitivas de relación humana. Los medios saben lo que venden: conflictos y división. Además, es rápido y fácil. Con demasiada frecuencia, la rabia funciona mejor que las respuestas; el resentimiento, mejor que la razón; la emoción se antepone a la evidencia. Un comentario ingenioso, mojigato y desdeñoso, por falaz que sea, se ve como una opinión sincera, mientras que una respuesta serena y bien argumentada se considera preparada y falsa. Me recuerda al viejo chiste político: «¿Por qué enseguida te cae mal la gente? Porque ahorra mucho tiempo».

¿Qué ha sido de la información fidedigna, basada en hechos comprobados? Ya casi no se puede ni definir porque la línea que separa los hechos de la ficción, la verdad de la mentira, cada día es más borrosa.

No podemos sobrevivir sin una prensa libre, dedicada a preservar esa fina línea y lo bastante segura para seguir los hechos a donde conduzcan. Pero el entorno actual obliga irremediabilmente a los periodistas, al menos a los que informan de política, a hacer justo lo contrario: a ejercer su propio poder y a, como decía un sabio columnista, «anormalizar» a todos los políticos, incluso a los sinceros y capaces, a menudo por cuestiones relativamente insignificantes.

Los estudiosos lo llaman «falsa equivalencia». Significa que, cuando encuentras una montaña que destapar sobre una persona o un partido, debes buscar un grano de arena en el otro bando y convertirlo en una montaña para que no te acusen de parcialidad. Además, los granos de arena convertidos en montañas tienen grandes ventajas: mayor cobertura en las noticias de la noche, millones de retuits y más difusión en los debates televisivos. Cuando las montañas y los granos de arena son iguales, las campañas y los gobiernos dedican muy poco tiempo y energía a debatir los asuntos que más interesan a nuestros ciudadanos. Aun cuando intentamos hacer eso, a menudo nos eclipsa el notición del día.

Todo esto tiene un coste real: favorece la frustración, la polarización, la parálisis, las malas decisiones y la pérdida de oportunidades. Pero, como no hay incentivos para lograr algo de verdad, cada vez más políticos se dejan llevar y avivan las llamas de la rabia y del resentimiento, cuando deberían ser quienes las apagarán. Todo el mundo sabe que está mal, pero la recompensa inmediata es tan grande que seguimos avanzando a trompicones, dando por supuesto que nuestra Constitución, nuestras instituciones públicas y el imperio de la ley pueden soportar cada nueva embestida sin que nuestras libertades y nuestra forma de vida sufran daños.

Me presenté a la presidencia para poner fin a ese círculo vicioso. Confío en poder hacerlo aún. Pero, ahora mismo, tengo que ocuparme del lobo que nos acecha.

Entra JoAnn y dice:

—Danny y Alex están aquí.

JoAnn trabajaba para el gobernador al que yo sucedí en Carolina del Norte. Cuando él dejó su cargo y yo lo reemplacé, me impresionó la eficacia con que ella gestionó la transición. Todo el mundo le tenía miedo. Me aconsejaron que no la contratara porque venía «del otro bando», del partido político rival, pero JoAnn me dijo: «Señor gobernador electo, me acabo de divorciar, tengo dos niños pequeños y estoy sin blanca. Nunca llego tarde, nunca me pongo enferma, tecleo más rápido de lo que usted puede escupir y, si hace alguna estupidez, seré la primera en decírselo». Lleva conmigo desde entonces. El mayor de sus hijos acaba de entrar en el Departamento del Tesoro.

—Señor presidente —dice Danny Akers, consejero de la Casa Blanca.

Danny y yo éramos vecinos en el condado de Wilkes, en Carolina del Norte, y nos criamos en un pueblecito de como mucho un par de kilómetros cuadrados de extensión, encuadrado entre una autopista y un semáforo. Nadábamos, pescábamos, montábamos en monopatín, jugábamos a la pelota y cazábamos juntos. Aprendimos juntos a hacernos el nudo de la corbata, a arrancar un coche a empujones, a montar una caña de pescar y a lanzar una bola curva. Pasamos por todo juntos, desde primaria hasta la universidad. Hasta nos alistamos juntos en los Rangers como cabos, después de la universidad. Lo único que no vivimos juntos fue la Operación Tormenta del Desierto: a Danny no lo asignaron a la Compañía Bravo como a mí, así que nunca presencié la acción en Irak.

Mientras yo intentaba en vano recuperarme de mis heridas de la Tormenta del Desierto y jugar al béisbol profesional en la categoría Doble A de las Ligas menores de Memphis, Danny empezaba a estudiar Derecho en la Universidad de Carolina del Norte. Fue él quien le habló de mí a Rachel Carson, alumna de tercero, cuando entré en la facultad.

—Señor presidente —me saluda Alex Trimble.

Con ese pecho musculoso y ese pelo rapado, se sabe a primera vista que pertenece al servicio secreto. No es precisamente la alegría de la huerta, pero es tan correcto y tan firme como se puede ser y lleva mis asuntos de seguridad con tanta

eficiencia como si se tratase de una operación militar.

—Sentaos, sentaos.

Yo debería volver a mi mesa, pero me siento en el sofá.

—Señor presidente —dice Danny—, mi memorándum sobre el artículo 18, sección 3056 —añade, y me pasa el documento—. ¿Quiere la versión larga o la corta? —pregunta, aunque ya sabe la respuesta.

—La corta.

Lo que menos me apetece ahora mismo es leer un informe en jerga legal. No me cabe duda de que el memorándum se ha preparado con esmero. Cuando era fiscal, me encantaba el campo de batalla que se formaba en la sala del tribunal, pero Danny era el experto, el que ahondaba en los nuevos dictámenes del Tribunal Supremo por diversión, debatía las sutilezas de la ley y valoraba la palabra escrita. Dejó su bufete para ser mi consejero cuando yo era gobernador de Carolina del Norte. Se le estaba dando fenomenal, hasta que el entonces presidente le ofreció un cargo en el Tribunal de Apelaciones de la Cuarta Demarcación. Le encantaba ese trabajo y podría haberlo conservado de por vida muy a gusto si a mí no me hubieran elegido presidente y le hubiera pedido que volviera a formar parte de mi equipo.

—Dime simplemente qué puedo hacer y qué no —digo.

Danny me guiña un ojo.

—Según la ley, no puede rechazar la protección. Pero hay un precedente de rechazo temporal como parte de su derecho a la intimidad.

Alex Trimble ya me está lanzando una mirada asesina. He abordado este tema con él anteriormente, así que tampoco le sorprende del todo, pero es evidente que confiaba en que Danny me convencería para que lo olvidase.

—Señor presidente —dice Alex—, con el debido respeto, ¿no lo dirá en serio?

—Completamente en serio.

—Precisamente ahora, señor...

—Está decidido —sentencio.

—Podemos crear un perímetro amplio —dice—. O al menos hacer algún trabajo preliminar.

—No.

Alex se agarra con fuerza a los brazos de la silla, con la boca entreabierta.

—Necesito un minuto a solas con mi consejero —le pido.

—Señor presidente, por favor, no...

—Alex —insisto—, déjame a solas con Danny.

Suspirando hondo y negando con la cabeza, Alex se marcha.

Danny se vuelve hacia la puerta para asegurarse de que estamos solos y me mira.

—Hijo, estás más loco que una cabra —dice, imitando el acento de mi madre al pronunciar su frase favorita.

Se las sabe todas tan bien como yo. Los padres de Danny eran personas buenas y trabajadoras, pero pasaban mucho tiempo fuera de casa. Su padre hacía muchas horas extra en una empresa de transportes y su madre hacía el turno de noche en la fábrica del pueblo.

Mi padre era profesor de matemáticas en un instituto y murió en un accidente de tráfico cuando yo tenía cuatro años. Así que, durante mi infancia, vivíamos de la pensión parcial de un profesor de secundaria y de lo que mi madre ganaba sirviendo mesas en Curly Ray's, junto a Millers Creek. Pero ella siempre estaba en casa por las noches y ayudaba a los Akers con Danny. Lo quería como a un segundo hijo; pasaba tanto tiempo en nuestra casa como en la suya.

Cuando evoca esos recuerdos, siempre me saca una sonrisa. Esta vez, en cambio, me inclino hacia delante y me froto las manos.

—Vale, ¿me quieres contar qué pasa? —tantea—. Me estás empezando a acojonar.

Bienvenido al club. Estando a solas con Danny, noto que empiezo a bajar la guardia poco a poco. Desde que ocupó este cargo, Rachel y él siempre han sido mi refugio en la tormenta.

Lo miro.

—Esto no es como cuando pescábamos truchas en Garden Creek —le digo.

—Mejor. Porque difícilmente salvarías el pellejo tirando la caña. —Tampoco esta vez sonrío—. Estás en tu sitio, presidente —dice—. Si empieza a salpicar la mierda, quiero que seas tú quien esté al mando. —Suspiro, asiento con la cabeza—. ¡Eh! —Se levanta de la silla y se sienta a mi lado en el sofá. Me da un puñetazo cariñoso en la rodilla—. Que estés al mando no significa que estés solo. Yo sigo aquí, donde siempre, tengas el cargo que tengas. Y no pienso moverme.

—Sí, lo... lo sé. —Lo miro—. Lo sé.

—Esto no es por la chorrada de la destitución, ¿verdad? Porque eso se arreglará solo. ¿Por Lester Rhodes? Ese tío es tan tonto que no podría sacarse el pis de las botas si las instrucciones estuvieran en la suela.

Está rescatando todo el repertorio, desempolvando otro de los grandes éxitos de mamá Lil. Se propone que la recuerde, que recuerde su fortaleza. Tras la muerte de mi padre, sacudía el látigo tan fuerte como cualquiera de los sargentos de instrucción que conocí después; me daba una colleja si me oía usar una doble negación o una contracción vulgar; me decía que, como no fuera a la universidad, me pondría el culo como un tomate. Se iba temprano a trabajar y volvía por la tarde con dos envases de poliestireno que contenían la cena de Danny y la mía. Yo le daba un masaje en los pies mientras ella nos revisaba los deberes y nos preguntaba qué tal nos había ido en el cole. Solía decirnos: «Vosotros, chicos, no sois lo bastante ricos para permitir os el lujo de no prestar atención».

—Es por eso otro, ¿no? —dice Danny—. ¿Eso que no puedes contarme y que te ha hecho cancelar la mitad de tu agenda durante las dos últimas semanas? ¿La razón por la que de pronto te interesan tanto el estado de sitio, el hábeas corpus y el control de precios? ¿Lo mismo que te tiene tan callado sobre Sulimán Cindoruk y Argelia mientras Lester Rhodes te vapulea?

—Sí —contesto—. Eso mismo.

—Sí. —Danny se aclara la garganta, tamborilea con los dedos—. En una escala de uno a diez —dice—, ¿cómo de malo es?

—Mil.

—Madre mía. ¿Y es necesario que saltes sin red? Te voy a decir una cosa: me parece una idea terrible. —Posiblemente lo sea, pero es la mejor que tengo—. Estás asustado —dice.

—Sí. Sí, lo estoy.

Guardamos silencio un buen rato.

—¿Sabes cuándo fue la última vez que te vi tan asustado?

—¿Cuando Ohio me colocó por encima de los doscientos setenta votos?

—No.

—¿Cuando me enteré de que la Compañía Bravo iba a desplegarse?

—No, señor.

Lo miro.

—Cuando llegamos a Fort Benning en aquel autobús —dice— y oímos gritar al sargento Melton: «¿Dónde están los cabos? ¿Dónde andan esos condenados gusanos universitarios?». Ni siquiera nos habíamos bajado aún del puñetero autobús y el sargento ya estaba arremetiendo contra los universitarios, que podíamos entrar en el ejército con más rango y mejor paga.

Me río.

—Me acuerdo.

—Sí. Hay cosas que nunca se olvidan, ¿eh? Te vi la cara cuando nos disponíamos a enfilear el pasillo de aquel autobús. Probablemente la misma que puse yo. Teníamos más miedo que un ratón en un pozo de serpientes. ¿Recuerdas lo que hiciste?

—¿Me meé encima?

Danny se vuelve y me mira a la cara.

—Claro, no te acuerdas, ¿no, ranger?

—Te juro que no.

—Pasaste delante de mí.

—¿Eso hice?

—Lo recuerdo vivamente. Yo iba sentado en el pasillo y tú junto a la ventanilla, así que salí primero, pero, en cuanto el sargento empezó a despotricar de los cabos, te colaste delante de mí para bajar antes y ser tú quien le plantase cara. Con lo asustado que estabas, ésa fue tu reacción instintiva: protegerme.

—Ajá.

No me acuerdo de eso.

Danny me da una palmadita en la pierna.

—De modo que me da igual que estés asustado, presidente Duncan —dice—.
Sigo queriendo que seas tú quien nos proteja.

Mientras el sol le calienta el rostro y los auriculares de botón la inundan de la música de Wilhelm Friedemann Herzog interpretando la serie completa de sonatas y partitas para solo de violín de Johann Sebastian, Bach decide que hay peores formas de pasar el tiempo que hacer turismo por National Mall.

El Lincoln Memorial, con sus columnas griegas y la imponente estatua de mármol encaramada en lo alto de una escalera en apariencia interminable, resulta inoportunamente magistral, más propio de una deidad que de un presidente venerado por su humildad. Aunque esa contradicción es característica en los estadounidenses, típica de una nación construida sobre la premisa de la libertad, de la independencia y de los derechos individuales, pero que pisotea alegremente esos principios en otros países.

Sus pensamientos son meras observaciones; no la mueve la geopolítica. Además, como el país, ese monumento no es menos espléndido por resultar paradójico.

El estanque de aguas cristalinas que brilla al sol del mediodía y los monumentos a los veteranos, sobre todo a los de la guerra de Corea, la llevan en una dirección inesperada.

Pero su atracción favorita es la que ha visitado antes, esa misma mañana: el teatro Ford, lugar del asesinato presidencial más audaz de la historia de la nación.

Hace un sol lo bastante intenso para tener que fruncir los ojos, por lo que no se quita en ningún momento las enormes gafas de sol. Saca partido a la cámara que lleva colgada del cuello, asegurándose de tomar múltiples instantáneas de todo —del Monumento a Washington; de Abe, FDR y Eleanor en primeros planos; de las inscripciones de los monumentos a los veteranos— para cubrirse en el caso improbable de que alguien le preguntara por casualidad cómo ha pasado el día Isabella Mercado, que es el nombre que figura en su pasaporte.

Por los auriculares suenan ahora las voces conmovedoras del coro, los violines danzarines de la *Pasión según san Juan*, el dramático enfrentamiento entre Poncio Pilato, Cristo y las masas.

Weg, weg mit dem, kreuzige ihn!
¡Lléváoslo, lleváoslo y crucificadlo!

Cierra los ojos, como hace a menudo, se deja llevar por la música, se imagina sentada en la iglesia de San Nicolás, en Leipzig, donde se estrenó la *Pasión*, en 1724, y se pregunta qué debió de sentir el autor al oír cómo cobraba vida su obra, al ver

cómo su belleza impregnaba a los asistentes.

Ha nacido en el siglo equivocado.

Cuando abre los ojos, ve a una mujer en un banco, dándole el pecho a su bebé. Se estremece de emoción. Se quita los auriculares y observa a la mujer, que contempla, con una leve sonrisa en el rostro, cómo mama su criatura. A eso se refieren, Bach lo sabe, cuando hablan de «amor».

Ella recuerda el amor. Recuerda a su madre, más una sensación que una imagen visual, pero alimenta esta última gracias a las dos fotografías con las que logró escapar. A su hermano lo recuerda mejor, aunque, por desgracia, cuesta evocar otra cosa que no sea el ceño fruncido, la mirada de puro odio de la última vez que se vieron. Ahora está casado y tiene dos hijas. Es feliz, cree Bach. Tiene amor, o eso espera.

Se mete otro caramelo de jengibre en la boca y para un taxi.

—A M Street sudoeste con Capitol Street sudoeste —dice, y seguramente parece una turista, pero le viene bien.

Reprime la arcada que le producen el olor a grasa y el bamboleo del vehículo. Vuelve a ponerse los auriculares para no tener que hablar con el parlanchín taxista africano. Paga en efectivo y respira aire fresco unos momentos antes de dirigirse al restaurante.

«Pub», lo llaman, y sirven en platos enormes y con un surtido de verduras fritas toda clase de animales sacrificados. Pruebe nuestros nachos, reza una invitación, algo que, al parecer, consiste en un plato de tortitas de maíz fritas con queso procesado, algunas verduras simbólicas y más carne de más animales sacrificados.

Ella no come animales. Jamás mataría a uno. Los pobres no han hecho nada para merecerlo.

Se sienta en un taburete delante de una barra pegada al ventanal y pensada para clientes que van solos, con vistas a la calle, a los vehículos inmensos detenidos en el semáforo, a los carteles publicitarios de diversas cervezas y comida rápida y préstamos para la compra de automóviles y tiendas de ropa y películas, que van desplazándose unos a otros. Las calles están atestadas de gente; el restaurante, no. Son sólo las once de la mañana, con lo que la hora punta de la comida, como la llaman, aún no ha empezado. En la carta no hay prácticamente nada que ella tolere. Pide un refresco y una sopa y espera.

El cielo ha empezado a cubrirse de nubes de color ceniza. Según el periódico, la probabilidad de lluvia es del treinta por ciento, lo que significa que tiene un setenta por ciento de probabilidades de llevar a cabo el encargo esa noche.

Un hombre ocupa el asiento de al lado, a su izquierda. Ella no se vuelve. Con la mirada al frente, se limita a contemplar la barra, a la espera del crucigrama.

Al poco, el tipo suelta de golpe el periódico en la barra, doblado por la página del crucigrama, con una palabra escrita en la primera horizontal: CONFIRMADO.

Ella consulta su plano de National Mall y, con un bolígrafo, escribe arriba, en un espacio en blanco: «¿Montacargas?».

El hombre golpea con el lápiz la palabra ya escrita en el crucigrama como si estuviese pensando en otra pista.

Llega el camarero con el refresco. Ella le da un sorbo largo y disfruta del efecto calmante que la bebida carbonatada produce en su estómago revuelto. Luego escribe: «¿Refuerzos?».

Él toca de nuevo la palabra del crucigrama con el lápiz, a modo de confirmación.

Después, en una vertical, escribe: TIENESCARNET.

«Lo tengo», escribe ella. Y añade: «Si llueve, ¿a las nueve?».

El hombre pone: NOLLOVERÁ.

Bach se enfurece, pero no dice ni hace nada, sólo espera.

SÍALASNUEVE, escribe él en una horizontal de abajo.

Se levanta antes de que el camarero le pregunte qué quiere, y deja el crucigrama en la barra, al lado de ella. Bach se acerca el periódico y lo despliega, como si estuviese interesada en uno de los artículos. Destruirá el periódico y el plano y los tirará a papeleras diferentes.

Ya está deseando marcharse esa noche. Está convencida de que hará su trabajo. Lo único que no puede controlar es la lluvia.

No ha rezado en su vida, pero, si lo hiciera, suplicaría que no lloviese.

Da la una y media en la sala de crisis, fría, insonorizada, sin ventanas.

—Montejo va a declarar el estado de sitio en todo Honduras mañana —dice Brendan Mohan, mi asesor de Seguridad Nacional—. Ya ha encarcelado a la mayoría de sus rivales políticos. Hay escasez de alimentos, así que probablemente implantará controles de precios para mantener calmada a la gente unos días más hasta que esté completamente al mando. Según nuestros cálculos, los Patriotas cuentan con un ejército de doscientos mil efectivos en la vecina Managua, esperando órdenes. Si Montejo no dimite...

—No lo hará —afirma la vicepresidenta Kathy Brandt.

A Mohan, exgeneral, no le agrada la interrupción, pero es consciente del lugar que ocupa en la cadena de mando. Encoge sus enormes hombros y se vuelve hacia ella.

—Coincido con usted, señora vicepresidenta: no lo hará. Pero puede que no consiga contener al ejército. Si no lo logra, lo derrocarán. Si lo hace, según nuestros cálculos, en Honduras estallará una guerra civil en cosa de un mes.

Me vuelvo hacia Erica Beatty, la directora de la CIA, una mujer culta, de voz suave, ojos oscuros, profundas ojeras y pelo corto entrecano. Es una espía de la cabeza a los pies, una agente de carrera. La CIA la reclutó en la universidad, la convirtió en agente clandestina y la destinó a Alemania del Oeste en los ochenta. En 1987, la secuestró la Stasi, el órgano de inteligencia de Alemania del Este, que aseguraba que la habían sorprendido en su lado del Muro de Berlín con un pasaporte falso y unos planos del cuartel general de la RDA. Antes de soltarla, la interrogaron y la tuvieron retenida durante casi un mes. Los informes de la Stasi, que se hicieron públicos tras la caída del muro y la reunificación alemana, demostraron que, aunque la torturaron brutalmente, no desveló ninguna información.

Concluidos sus años como agente clandestina, ascendió de categoría y se convirtió en una de las principales expertas en Rusia de nuestro país, asesora de la Junta de Jefes de Estado Mayor y directora de la División de Eurasia Central de la CIA, encargada de supervisar las operaciones de inteligencia en los antiguos satélites soviéticos y en los países del Pacto de Varsovia, y por último, miembro del Servicio Superior de Inteligencia. Fue la principal asesora sobre Rusia de mi campaña. Rara vez habla sin que nadie le pregunte, pero, cuando le tiras de la lengua, te puede contar más del presidente Dmitri Chernokev que probablemente él mismo.

—¿Qué piensas tú, Erica? —pregunto.

—Montejo le está haciendo el juego a Chernokev —dice—. El presidente ruso lleva buscando un modo de meterse en Centroamérica desde que tomó posesión del cargo. Ésta es su mejor oportunidad hasta la fecha. Montejo se está volviendo fascista, otorgando credibilidad a los Patriotas, haciendo que parezcan defensores de la libertad en lugar de marionetas de los rusos. Está representando precisamente el papel que Chernokev ha escrito para él. Es un cobarde y un imbécil.

—Pero es nuestro cobarde imbécil —tercia Kathy.

Kathy tiene razón. No podemos dejar que los Patriotas, respaldados por los rusos y marionetas de Chernokev, entren en esa región. Podríamos declarar golpe de Estado cualquier derrocamiento de Montejo y cortarles toda la ayuda estadounidense, pero ¿en qué contribuiría eso a nuestros intereses? Sólo serviría para que el gobierno hondureño se opusiera aún más a nosotros, y Rusia estaría encantada de contar con un punto de apoyo en Centroamérica.

—¿Tengo alguna buena opción en este asunto? —pregunto. A nadie se le ocurre ninguna—. Hablemos, entonces, de Arabia Saudí —digo—. ¿Qué demonios ha pasado?

Me responde Erica Beatty.

—Los saudíes han detenido a varias decenas de personas en lo que, según afirman, era un complot para asesinar al rey Saad bin Saúd. Al parecer, han encontrado armas y explosivos. No llegó a ser un atentado contra su vida, pero los saudíes aseguran que estaban «a punto» de terminar de organizarlo cuando la policía secreta de Arabia Saudí, el Mabahith, llevó a cabo las redadas y los arrestos masivos.

Saad bin Saúd, hijo menor del rey anterior, sólo tiene treinta y cinco años. Hace apenas uno, su padre remodeló el gabinete de gobierno y sorprendió a unos cuantos nombrándolo príncipe de la corona, heredero al trono. Disgustó a muchos miembros de la familia real. Tres meses después del ascenso, murió el padre y Saad se convirtió en el rey más joven de Arabia Saudí.

Desde entonces, su mandato ha sido un camino repleto de obstáculos, algo que él ha sobrecompensado sirviéndose del Mabahith, para tomar medidas enérgicas contra los disidentes, y en una sola noche, hace varios meses, ejecutó a más de una decena de ellos. A mí no me gustó, pero había poco que yo pudiera hacer. Lo necesito en esa región. Su país es nuestro mayor aliado y, sin una Arabia Saudí estable, nuestra influencia se verá comprometida.

—¿Quién está detrás, Erica? ¿Irán? ¿Yemen? ¿Fue algo interno?

—No lo saben, señor. No lo sabemos. Las ONG de derechos humanos aseguran que no hubo complot para asesinar, que no es más que una excusa para acorralar a más rivales políticos del rey. Lo que sí sabemos es que también se han quitado de en medio a algunos de los miembros ricos pero menos influyentes de la familia real. Van a ser unos días muy duros por allí.

—¿Estamos ayudando?

—Nos hemos ofrecido. De momento, han hecho caso omiso. La situación es... tensa.

Malestar en la parte más tranquila de Oriente Próximo mientras yo me enfrento a esto en casa. Lo que me faltaba.

A las dos y media, de nuevo en el Despacho Oval, digo al teléfono:

—Señora Kopecky, su hijo se ha portado como un héroe. Honramos su servicio a este país. Rezo por usted y por su familia.

—Él amaba... amaba a su país, presidente Duncan —dice ella con voz temblorosa—. Creía en su misión.

—Estoy seguro de que...

—Yo no —espetea ella—. No sé por qué aún tenemos que estar allí. ¿No saben gobernar su puñetero país ellos solos?

Las luces del techo parpadean, un rápido pestañeo. ¿Qué pasa con las luces?

—Lo entiendo, señora Kopecky —digo.

—Llámeme Margaret, todos me llaman así —dice—. ¿Puedo llamarlo Jon?

—Margaret —le contesto a una mujer que acaba de perder a su hijo de diecinueve años—, puede llamarme como prefiera.

—Sé que está intentando salir de Irak, Jon, pero haga algo más que intentarlo. ¡Salga de ahí de una vez!

A las tres y diez en el Despacho Oval, con Danny Akers y Jenny Brickman, mi asesora política.

Entra Carolyn, me mira a los ojos y, anticipando mi pregunta, niega bruscamente con la cabeza: aún no se sabe nada, no hay cambios.

Me cuesta concentrarme en otra cosa. Pero no tengo elección. El mundo no se va a parar por esta amenaza.

Carolyn se sienta con nosotros.

—Esto es de Sanidad —dice Danny.

Yo no estaba de humor hoy para la presentación del secretario de Sanidad y Asuntos Sociales y quería reducir al mínimo el tiempo invertido en cuestiones no esenciales, así que le he pedido a Danny que se informara bien y me lo desglosara.

—Es un problema con Medicaid que afecta a Alabama —me comenta—. ¿Recuerda que Alabama fue uno de los estados que se negó a aceptar la ampliación de Medicaid conforme a la Ley de Atención Sanitaria Asequible?

—Claro.

Carolyn se levanta del asiento como un resorte y corre a la puerta, que se abre justo cuando ella la alcanza. Mi secretaria, JoAnn, le entrega una nota.

Danny deja de hablar, probablemente al verme la cara.

Carolyn lee la nota y me mira.

—Lo necesitan en la sala de crisis, señor —dice.
Si esto es lo que me temo, si ya está, lo vamos a oír juntos por primera vez.

Siete minutos más tarde, Carolyn y yo entramos en la sala de crisis.

Enseguida lo sabemos: no es lo que nos temíamos. El ataque no ha empezado. Mi pulso vuelve a la normalidad. No hemos venido a jugar y a divertirnos, pero no es la pesadilla. Aún no.

Cuando entramos, están en la sala la vicepresidenta Kathy Brandt; mi asesor de Seguridad Nacional, Brendan Mohan; el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, el almirante Rodrigo Sanchez; el secretario de Defensa, Dominick Dayton; el secretario de Seguridad Nacional, Sam Haber; y la directora de la CIA, Erica Beatty.

—Están en un pueblo llamado al-Bayda —dice el almirante Sanchez—, en Yemen central. No es un centro de actividad militar. La coalición dirigida por los saudíes se encuentra a cien kilómetros.

—¿Por qué se reúnen estos dos? —pregunto.

Me contesta Erica Beatty, de la CIA.

—No lo sabemos, señor presidente, pero Abu-Dheeq es el jefe de operaciones militares de al-Shabaab, y al-Fadhli es el comandante del ejército de AQAP, Al-Qaeda en la península arábiga —dice, enarcando las cejas.

Se están reuniendo dos generales de alto rango, de los terroristas somalíes y de AQAP.

—¿Quién más hay allí?

—Parece que Abu-Dheeq ha llevado sólo un séquito pequeño —dice Erica—, pero al-Fadhli se ha llevado a su familia. Siempre lo hace.

Cierto. Lleva siempre consigo a su familia para ser un blanco más difícil.

—¿Cuántos?

—Siete hijos —contesta—, cinco chicos y dos chicas. De dos a dieciséis años. Y su esposa.

—Decidme dónde están exactamente. No desde el punto de vista geográfico, sino en términos de posibles víctimas civiles.

—Se han reunido en una escuela de primaria —responde, y añade enseguida—: pero no hay niños allí ahora mismo. Recuerde que son ocho horas más que aquí. Es de noche.

—Querrás decir que no hay niños salvo los cinco hijos y las dos hijas de al-Fadhli.

—Por supuesto, señor.

Ese capullo, mira que usar a los niños de escudo, retándonos a que matemos a toda su familia si queremos acabar con él... ¿Qué clase de cobarde hace eso?

—¿No hay posibilidad de que al-Fadhli se separe de sus hijos?

—Parece que está en una parte distinta de la escuela, por si sirve de algo —puntualiza Sanchez—. La reunión se está celebrando en un despacho interior. Los niños están durmiendo en un espacio grande que seguramente es un gimnasio o un salón de actos.

—Pero el misil destruirá la escuela entera —digo.

—Es de suponer que sí, señor.

—¿General Burke, algún comentario? —digo al manos libres.

Burke es un general de cuatro estrellas y jefe del Mando Central de Estados Unidos, al teléfono desde Qatar.

—Señor presidente, no hace falta que yo le diga que éstos son dos objetivos muy valiosos. Son las mejores mentes militares de sus respectivas organizaciones. Abu-Dheeq es el Douglas MacArthur de al-Shabaab. Al-Fadhli no sólo es el principal mando militar, sino también el mayor estratega de AQAP. Éste sería un paso significativo, señor. Puede que no volvamos a tener una oportunidad igual.

Significativo es un término relativo. A estos hombres los reemplazarán. Y según a cuántos inocentes matemos, podríamos engendrar más futuros terroristas de los que vamos a eliminar ahora mismo. Claro que eso sería un revés para sus organizaciones, de eso no cabe duda. Además, tampoco podemos dejar que los terroristas piensen que están a salvo mientras se oculten detrás de sus familias.

—Señor presidente —dice Erica Beatty—, no sabemos cuánto durará esta reunión. Podría estar a punto de acabar. Es obvio que hay algo importante que estos dos mandos quieren decirse o compartir, y temen hacerlo a través de intermediarios o por vía electrónica. Pero calculamos que en cinco minutos se habrán ido.

En otras palabras, ahora o nunca.

—¿Rod? —le pregunto al presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, el almirante Sanchez.

—Yo recomiendo que ataquemos —contesta.

—¿Dom? —le digo al secretario de Defensa.

—Coincido.

—¿Brendan?

—Coincido.

—¿Kathy? —digo a la vicepresidenta.

La vicepresidenta se toma un momento, suspira. Se coloca un mechón de pelo cano por detrás de la oreja.

—Ha sido él, no nosotros, quien ha decidido utilizar a su familia de escudo humano —afirma—. Coincido en que deberíamos atacar.

Miro a la directora de la CIA.

—Erica, ¿tienes los nombres de los niños?

A estas alturas, ya me conoce lo suficiente. Me entrega un papelito con siete nombres escritos en él.

Los leo, desde el chico de dieciséis años, Yasin, hasta la niña de dos años, Salma.

—Salma —digo en voz alta—. Eso significa «paz», ¿no?

Se aclara la garganta.

—Creo que sí, señor.

Imagino a una niña pequeña, acurrucada en los brazos de su madre, durmiendo plácidamente, del todo ajena a un mundo lleno de odio. A lo mejor Salma se convierte en la mujer adulta que lo cambia todo. A lo mejor será ella quien nos haga olvidar nuestras diferencias y nos conduzca al entendimiento. Debemos creer que eso puede ocurrir un día, ¿no es verdad?

—Podríamos esperar a que termine la reunión —añado—. Cuando se separen, seguimos al convoy de Abu-Dheeq y lo eliminamos. Un líder terrorista menos. No serán los dos, pero es mejor que ninguno.

—¿Y al-Fadhli? —pregunta Sanchez.

—Seguimos también a su convoy y confiamos en que se separe de su familia. Entonces, atacamos.

—No lo hará, señor. Separarse de su familia, quiero decir. Volverá a una zona poblada y desaparecerá, como hace siempre. Lo perderemos.

—Al-Fadhli rara vez asoma la cabeza —dice Erica Beatty—. Por eso ésta es una tremenda oportunidad.

—Tremenda —digo con un gesto de desdén—. Sí, matar a siete niños es... tremendo.

Me levanto y me aparto de la silla, paseo junto a la pared, de espaldas a mi equipo.

—Señor presidente —oigo la voz de Kathy Brandt—, al-Fadhli no es idiota. Si eliminamos a Abu-Dheeq a uno o dos kilómetros del punto de reunión, sabrá que los hemos seguido hasta la escuela de primaria. Sabrá por qué le hemos perdonado la vida a él. Informará a sus compañeros de armas: «Si tenéis cerca a vuestros hijos, los americanos no os atacarán».

—A ellos no les importan nuestros hijos —tercia Erica Beatty.

—Entonces ¿no somos distintos? —pregunto—. ¿No somos mejores? ¿Como a ellos no les importan nuestros hijos, a nosotros no nos importan los suyos?

Kathy levanta la mano.

—No, señor, no es eso lo que digo. Ellos atacan a civiles deliberadamente. Nosotros no lo hacemos a propósito. Lo hacemos como último recurso. Llevamos a cabo un ataque militar de precisión contra un líder terrorista, no hemos elegido al azar un grupo de civiles y niños como objetivo.

El argumento es válido, desde luego, pero los terroristas a los que nos enfrentamos no ven la diferencia entre un ataque militar llevado a cabo por Estados Unidos y lo que ellos hacen. Ellos no pueden soltarnos misiles desde drones. No

pueden hacer frente a nuestro ejército, a nuestra fuerza aérea. Lo que hacen, volar por los aires o atacar objetivos civiles, es su versión de un ataque militar de precisión.

¿No somos distintos? ¿No procuramos evitar ataques militares que se cobren vidas de niños inocentes? Una cosa son las consecuencias no previstas, pero esta vez conocemos de antemano el resultado.

Rod Sanchez se mira el reloj.

—Este debate podría ser irrelevante en cualquier momento. Dudo que sigan juntos mucho más tiempo...

—Sí, eso me ha quedado claro —lo interrumpo—. Lo he oído la primera vez.

Agacho la cabeza y cierro los ojos, aislándome del resto de la sala. Cuento con un equipo de profesionales muy competentes y bien formados que me asesora, pero esta decisión la voy a tomar yo solo. Los fundadores de nuestro país pusieron un civil al mando del ejército por algo: porque no todo es cuestión de eficacia militar. También es cuestión de principios, de valores, de lo que representamos como nación.

«¿Cómo voy a matar a siete niños?»

«No lo vas a hacer. Vas a matar a dos terroristas que están maquinando su próxima masacre de civiles inocentes. Es al-Fadhli quien está matando a sus hijos escondiéndose detrás de ellos.»

«Cierto, pero eso es una mera cuestión semántica. Decido yo. Viven o mueren según lo que yo decida. ¿Cómo justificaré un día sus muertes ante Dios?»

«No es una mera cuestión semántica. Si no actúas ahora, estarás premiando sus estrategias cobardes.»

«Pero eso da igual. Lo que importa son esos siete niños inocentes. ¿Es eso lo que representa Estados Unidos?»

«Pero ¿por qué se reúnen en persona esos terroristas tan destacados? Eso nunca ha pasado antes. Deben de estar planeando algo gordo. Algo que provocará la muerte de más de siete niños. Ponle freno ya, podrías estar impidiendo un ataque, salvando muchas vidas.»

Abro los ojos, inspiro hondo, confiando en que el corazón deje de aporrear el pecho. Pero no. Se me acelera más.

Sé qué debo hacer. Siempre lo he sabido. No esperaba que nadie me lo dijera. Sólo buscaba una justificación.

Me tomo un instante más para susurrar una oración. Rezo por esos niños. Rezo por que llegue el día en que ningún presidente tenga que tomar una decisión así.

—Que Dios nos asista —digo—. Tenéis mi autorización para atacar.

Vuelvo al Despacho Oval con Carolyn cuando el reloj, lenta y angustiosamente, se aproxima a las cinco de la tarde. Guardamos silencio. Muchos hombres y mujeres trabajadores ansían que den las cinco un viernes porque significa el fin de la semana laboral, un descanso muy necesario y tiempo para estar con sus familias.

En cambio, durante los últimos cuatro días, Carolyn y yo hemos estado esperando y planeando este momento concreto de este día en particular: las cinco de la tarde, hora del este, del viernes 11 de mayo, sin saber si es el comienzo de algo, el fin de algo o ambas cosas.

Fue el lunes pasado, después del mediodía, cuando recibí la llamada telefónica en mi móvil particular. Carolyn y yo habíamos ido a la cocina a por unos sándwiches de pavo. Ya sabíamos que nos enfrentábamos a una amenaza inminente. Desconocíamos su ámbito o su magnitud. No teníamos ni idea de cómo pararla. Nuestra misión en Argelia había fracasado de forma espectacular ante los ojos del mundo entero. Sulimán Cindoruk seguía libre. Mi equipo de Seguridad Nacional al completo había recibido una citación para testificar al día siguiente, martes, ante la comisión de investigación de la Cámara.

Sin embargo, cuando solté el sándwich y atendí la llamada en la cocina, todo dio un vuelco. La dinámica cambió drásticamente. Por primera vez albergué una mínima esperanza. Aunque nunca había estado tan asustado en toda mi vida.

«A las cinco de la tarde, hora del este, el viernes 11 de mayo», me dijeron.

Y ahora que el reloj está a punto de dar las cinco de la tarde del viernes 11 de mayo, ya no pienso en los siete niños inocentes de la República de Yemen que están muertos bajo un montón de cenizas y escombros por la decisión que he tomado.

Ahora me pregunto qué demonios está a punto de ocurrirle a nuestro país y cuál será la mejor forma de gestionarlo.

—¿Dónde se ha metido esa mujer? —mascullo.

—Aún no son las cinco, señor. Ya llegará.

—Eso no lo sabes —digo, paseándome nervioso—. No puedes saberlo. Llama abajo.

Antes de que Carolyn pueda hacerlo le suena el móvil.

—Sí, Alex... ¿Ha...? Muy bien... ¿Viene sola? Sí, muy bien... Haz lo que tengas que hacer... Sí, pero date prisa.

Guarda el teléfono y me mira.

—Ya está aquí —digo.

—Sí, señor, ya está aquí. La están registrando.

Miro por la ventana, al cielo cubierto de nubarrones que amenazan lluvia.

—¿Qué nos va a decir, Carrie?

—Ojalá lo supiera, señor. Yo estaré supervisando.

Según las instrucciones que he recibido, será un encuentro cara a cara, los dos, sin salvedades. Así que estaré solo, físicamente, en el Despacho Oval con mi invitada, pero Carolyn estará vigilando desde un monitor en el Salón Roosevelt.

Me balanceo sobre las puntas de los pies, sin saber qué hacer con las manos. Tengo el estómago completamente revuelto.

—Dios, no me había puesto tan nervioso desde... —No termino la frase—. No creo que nunca haya estado tan nervioso.

—No se le nota, señor.

Asiento con la cabeza.

—A ti tampoco.

Carolyn nunca se muestra vulnerable. No es su estilo. Y ahora mismo es un consuelo, porque es la única persona con la que puedo contar.

Es la única persona del gobierno de Estados Unidos, aparte de mí, que está al tanto de esta reunión.

Se marcha. Me quedo de pie junto a mi mesa y espero a que JoAnn le abra la puerta a mi visita.

Tras un lapso de tiempo que se me hace interminable y durante el que el reloj avanza a cámara lenta, JoAnn abre la puerta.

—Señor presidente... —dice.

Cabeceo afirmativamente. Ya está.

—Hazla pasar —contesto.

La chica entra en el despacho vestida con botas de trabajo, vaqueros rotos y una camiseta gris de manga larga en la que pone PRINCETON. Está delgadísima, tiene el cuello largo, pómulos prominentes y unos ojos almendrados bastante separados que parecen indicar que procede de Europa del Este. Lleva el pelo con uno de esos peinados que nunca he entendido: el lado derecho rapado como un soldado y una melena larga en el otro lado que le llega hasta los hombros.

Un cruce entre modelo de Calvin Klein y medio punki.

Examina la estancia, pero no como lo hacen casi todos los que entran en el Despacho Oval. Quienes lo visitan por primera vez se empapan de todo, devoran todos los retratos y los elementos decorativos, se maravillan al ver el sello del presidente, el escritorio *Resolute*.

Ella no. Lo que veo en sus ojos, más allá de su semblante impenetrable, es puro desprecio. Odio hacia mí, hacia este despacho, hacia todo lo que representa.

Pero también está tensa, alerta, preguntándose si alguien se abalanzará sobre ella, la esposará y le tatará la cabeza con un capuchón.

Encaja con la descripción física que me han facilitado. A la entrada se ha presentado como esperábamos. Es ella. Pero, de todas formas, debo confirmarlo.

—Di las palabras —le ordeno. Enarca las cejas. No sé de qué se sorprende—. Dilas —insisto.

Pone los ojos en blanco.

—«Edad Media» —dice, exagerando las des, como si las palabras le envenenaran la lengua. Tiene un marcado acento de Europa del Este.

—¿Cómo sabes esas palabras?

Menea la cabeza, chasca la lengua. No me va a contestar.

—A su... servicio secreto... no le caigo bien —dice con su acento.

—Estaban saltando los detectores de metales.

—Siempre me pasa... Es por... ¿cómo se dice? Los trozos de... de...

—La metralla —digo—. Fragmentos de bombas. De una explosión.

—Sí, eso —confirma—. Me dijeron que dos... centímetros a la derecha y... no habría sobrevivido —añade, dándose unos golpecitos en la frente. Engancha un pulgar en la presilla de los vaqueros. Me mira con descaro, desafiante—. ¿Quiere saber... qué hice para merecerlo?

Voy a suponer que fue por algún ataque militar ordenado por un presidente estadounidense, quizá yo mismo, en alguna tierra lejana, pero apenas sé nada de esta mujer. No sé cómo se llama de verdad, ni de dónde es. No sé qué la motiva, ni qué se

propone. Después de ponerse en contacto conmigo, de forma indirecta, hace cuatro días, el lunes, desapareció del mapa y, aunque lo he intentado, no he conseguido averiguar nada. No sé nada de ella con certeza.

Pero estoy bastante seguro de que esta joven tiene en sus manos el destino del mundo libre.

—Llevaba... a misa a mi primo... cuando nos cayó el misil —dice.

Me meto las manos en los bolsillos.

—Aquí estás a salvo —digo.

Mira al techo y retira la mirada; se le agrandan los ojos, de un precioso color cobrizo. Ahora parece aún más joven, menos la chica dura que intenta aparentar y más la niña asustada que, en el fondo, debe de ser. Tendría que estar asustada. Confío en que esté asustada. Yo, desde luego, lo estoy, pero lo voy a disimular tanto como ella.

—No, no lo creo —dice.

—Te lo prometo.

Pestañea extrañada, mira a otro lado con desdén.

—El presidente de Estados Unidos me lo promete. —Se lleva la mano al bolsillo trasero de los pantalones y saca un sobre hecho trizas y doblado por la mitad. Lo estira y lo deja en la mesita que hay junto al sofá—. Mi compañero no sabe lo que yo sé —confiesa—. Sólo lo sé yo. No lo he escrito. Nada más lo tengo aquí —añade, dándose un golpecito en el lado derecho de la cabeza.

Se refiere a su secreto. A que no lo ha dejado en un ordenador que podamos piratear, ni en un correo electrónico que podamos interceptar. Lo tiene guardado en un solo sitio, uno que ni siquiera nuestra tecnología más compleja puede penetrar: su mente.

—Y yo tampoco sé lo que sabe mi compañero —añade.

Bien. Se ha separado de su compañero. Por lo que dice, cada uno de ellos tiene una parte del rompecabezas. Ambos son indispensables.

—Necesito a los dos. Lo entiendo. Tu mensaje del lunes lo dejó claro.

—Y usted estará a solas esta noche —me recuerda.

—Sí. Tu mensaje también dejaba eso claro. —Asiente con la cabeza, como si hubiéramos llegado a algún acuerdo—. ¿Cómo sabes lo de «Edad Media»? —insisto.

Agacha la mirada. De la mesita que hay junto al sofá, coge una fotografía de mi hija y yo yendo de un Marine One a la Casa Blanca.

—Recuerdo la primera vez que vi un helicóptero —comenta—. Era una niña. Fue en televisión. Abrían un hotel en Dubái. Mari-Poseidon, se llamaba. Un hotel espectacular en aguas del golfo Pérsico. Tenía un heli... heli... ¿helipuerto?

—Un helipuerto, sí —digo—. Una azotea donde pueden aterrizar los helicópteros.

—Sí, eso. El helicóptero aterrizó en la azotea de ese hotel. Recuerdo que pensé que, si supiéramos volar, podríamos hacer... cualquier cosa.

No tengo claro por qué me habla de hoteles en Dubái o de helicópteros. A lo mejor sólo es un parloteo nervioso.

Me acerco a ella. Se vuelve, deja la fotografía y se agarrota.

—Si no salgo viva de aquí —dice—, jamás verá a mi compañero. No podrá parar esto.

Cojo el sobre de la mesa. Apenas pesa, es muy ligero. Veo una traza de color en el papel. El servicio secreto lo habrá inspeccionado, habrá comprobado que no contiene ningún residuo sospechoso o algo similar.

Retrocede, aún recelosa, aún esperando que unos agentes del gobierno irruman en el despacho y se la lleven a una sala de interrogatorios como las de Guantánamo. Si supiera que eso va a funcionar, lo haría de inmediato. Pero ella lo ha organizado todo para que no funcione. Esta joven ha logrado hacer algo que pocas personas consiguen: me ha obligado a jugar este juego según sus normas.

—¿Qué queréis? —pregunto—. ¿Por qué hacéis esto?

Por primera vez, su expresión estoica se desmonta y se curvan sus labios, pero la suya no es una sonrisa de júbilo.

—Sólo el presidente de Estados Unidos preguntaría algo así. —Menea la cabeza, luego vuelve a poner cara de circunstancias—. Ya averiguará por qué —dice, señalando el sobre que sostengo en la mano—. Esta noche.

—Entonces tengo que confiar en ti —concluyo.

Al oír eso, me mira con una ceja enarcada y los ojos brillantes.

—¿No lo he convencido?

—Has llegado hasta aquí —digo—, pero, no, no me has convencido del todo.

Me clava la mirada, segura, atrevida, como si hubiera sido una torpeza por mi parte insinuar que lo suyo es un farol.

—Pues decida usted —espeta.

—Espera —digo, mientras se dirige a la puerta y agarra el pomo.

Se contrae, nerviosa, y se para en seco.

—Si no me deja marchar, jamás verá a mi compañero —dice, mirando aún a la puerta, no a mí—. Si me siguen, jamás verá a mi compañero...

—Nadie te va a detener —replico—. Nadie te va a seguir.

Se queda quieta, con la mano en el pomo. Pensando. Debatiéndose. Ignoro la razón. Podría llenar una habitación con todo aquello que no sé.

—Si le pasa algo a mi compañero —añade—, su país arderá.

Gira el pomo y se va. Desaparece, sin más.

Y yo me quedo solo, con el sobre. Debo dejarla marchar. No tengo elección. No puedo arriesgarme a perder mi única oportunidad.

Suponiendo que la crea, suponiendo que todo lo que dice sea cierto, tengo casi un cien por cien de probabilidades de conseguirlo, pero, en trabajos como el mío, cuesta acercarse más.

Abro el sobre, donde se me indica el lugar del próximo encuentro, esta noche. Reproduzco mentalmente todo lo que acaba de suceder, que no ha sido gran cosa. Ella apenas tenía nada sustancioso que decir.

Caigo en la cuenta de que ha cumplido dos objetivos. Uno: tenía que entregarme el sobre; y dos: quería saber si podía confiar en mí, si la dejaría marchar.

Me acerco al sofá, me siento y, mirando fijamente el sobre, trato de inferir alguna pista de lo que ha dicho. Intento anticiparme a su próxima jugada.

Llaman a la puerta y entra Carolyn.

—He aprobado su examen —digo.

—Sí —responde ella—, no era más que eso. Y eso otro —añade, señalando con la cabeza el sobre que tengo en la mano.

—Pero ¿ha aprobado ella el mío? —pregunto—. ¿Cómo sé que esto es de verdad?

—Creo que lo es, señor.

—¿Por qué?

Las luces del techo vuelven a parpadear, un momentáneo efecto estroboscópico. Carolyn levanta la vista y maldice por lo bajo. Otra cosa de la que tendrá que encargarse en algún momento, más adelante.

—¿Por qué la crees? —insisto.

—Por la misma razón por la que he tardado un poco más en entrar, señor. —Se señala el móvil—. Tenemos noticias de Dubái. Ha habido un incidente.

Un incidente en Dubái.

—¿Con un helicóptero?

Asiente con la cabeza.

—Ha explotado un helicóptero cuando iba a aterrizar en el helipuerto del hotel Mari-Poseidon. —Me llevo la mano a la cara—. He comprobado la hora de la explosión, señor. Ha ocurrido después de que ella entrara en el Despacho Oval. No pudo haberlo sabido de otro modo.

Me derrumbo en el sofá. Así que ha cumplido tres objetivos. Me ha demostrado que va en serio.

—De acuerdo —susurro—, me ha convencido.

Arriba, en la residencia privada, abro uno de los cajones de la cómoda donde guardo una sola cosa: una fotografía de Rachel. Tengo muchas por aquí, fotos de ella contenta y feliz, haciendo el tonto para la cámara, o abrazándose, o riendo. Ésta es sólo para mí. Se la hice menos de una semana antes de que muriera. Tiene la cara llena de manchas, de los tratamientos, y muy poquito pelo en la cabeza. Su rostro es casi cadavérico. Para casi todo el mundo sería una foto difícil de mirar, Rachel Carson Duncan en su peor momento, sucumbiendo por fin a una enfermedad devastadora, pero, para mí, está estupenda, más fuerte que nunca, más guapa que nunca, con esos ojos risueños, esa paz y esa determinación.

Por entonces, la lucha ya había terminado. Era cuestión de tiempo, nos habían dicho: podían ser meses, pero seguramente serían semanas. Al final fueron seis días, seis días que yo no cambiaría por ningún otro de mi vida. Sólo importábamos nosotros, nuestro amor. Hablamos de nuestros miedos. Hablamos de Lilly. Hablamos de Dios. Leímos fragmentos de la Biblia y rezamos, reímos, lloramos hasta quedarnos sin lágrimas. Jamás había disfrutado de una intimidad tan cruda y tan catártica. Jamás me había sentido tan inseparable de otro ser humano.

—Déjame que te haga una foto —le susurré.

Iba a oponerse, pero lo entendió; yo quería recordar ese momento porque era cuando la había querido más que nunca.

—Señor —dice Carolyn Brock, dando un golpecito en la puerta con los nudillos.

—Sí, lo sé.

Me llevo los dedos a los labios y toco con ellos la fotografía de Rachel. Cierro el cajón y levanto la vista.

—Vamos —digo, vestido de paisano y con una bolsa pequeña colgada del hombro.

Alex Trimble agacha la cabeza, apretando la mandíbula con desaprobación. Cuando el jefe de un servicio secreto tiene la peor de sus pesadillas, es esto. Siempre se puede consolar pensando en que le he dado una orden, que no ha tenido más remedio que dejarme marchar.

—¿Sólo un perímetro amplio? —dice—. Ni siquiera nos verá.

Le dedico una sonrisa que equivale a un no.

Alex lleva conmigo desde que me asignaron la protección de un servicio de seguridad durante las primarias, cuando era un gobernador al que se consideraba un candidato con escasas posibilidades. Hasta mi primer debate importante no subieron notablemente mis números en las encuestas, que me situaban entre los primeros

candidatos, por detrás de la favorita, Kathy Brandt. Yo ignoraba con qué criterio asignaba el servicio secreto a sus agentes, pero supuse que, siendo un segundón, no me tocaría el mejor ni el más listo. Sin embargo, Alex siempre me decía: «Gobernador, por lo que a mí respecta, usted es el presidente», y era disciplinado y organizado. Su equipo lo temía como un cadete teme a su sargento de instrucción. Además, como le dije cuando lo convertí en jefe del equipo de la Casa Blanca, no me habían matado, así que algo habría hecho bien.

Uno no intima con su equipo de seguridad y ellos no intiman con uno. Ambas partes del acuerdo comprenden la necesidad de no implicarse emocionalmente, pero yo siempre he apreciado la bondad de Alex. Se casó con su novia de la universidad, Gwen; lee la Biblia todos los días; y envía dinero a su madre todos los meses. Él es el primero en reconocer que los libros no se le daban bien, pero era un excelente bloqueador izquierdo y le concedieron una beca de fútbol para la Universidad Estatal de Iowa, donde estudió Justicia criminal, soñando con poder entrar en el servicio secreto para hacer en la vida lo mismo que hacía en el campo de fútbol: proteger el punto ciego de su cliente.

Cuando le pedí que dirigiera a mi equipo de la Casa Blanca, me miró tieso e inmutable, como siempre, pero detecté un leve brillo de emoción en sus ojos.

—Sería el mayor honor de mi vida, señor —me susurró.

—Usaremos el GPS —me anuncia ahora—. Para saber dónde está.

—Lo siento —digo.

—Controles —insiste, último intento desesperado—. Díganos sólo adónde va...

—No, Alex —respondo.

No entiende por qué. Está convencido de que podría vigilarme sin que lo vieran. Seguramente sí. Entonces ¿por qué no se lo permito?

Él no lo sabe, y yo no puedo decírselo.

—Por lo menos póngase un chaleco antibalas —dice.

—No —contesto—. Se notaría mucho. —Hasta los más modernos son demasiado aparatosos.

Alex quiere seguir discutiendo. Quiere decirme que soy un imbécil, pero él jamás me hablaría así. Repasa mentalmente la retahíla completa, probablemente no muy distinta de los argumentos que me ha expuesto, luego se rinde, derrotado.

—Cuídese —dice, algo que se usa con mucha frecuencia como inocua despedida, pero que, en este caso, está cargado de emoción y de temor.

—Lo haré.

Miro a Danny y a Carolyn, las otras dos personas que están conmigo en la habitación. Ya es hora de que me vaya, solo y extraoficialmente. Llevo años yéndome a todas horas, pero nunca solo y nunca extraoficialmente. El servicio secreto va conmigo en todo momento y al menos uno de mis colaboradores está casi siempre ahí, hasta cuando voy de vacaciones. Hay un registro de dónde estoy a todas horas.

Sé que ésta es la única solución que ahorrará al país un sufrimiento sin precedentes y me permitirá cumplir con mi obligación de preservarlo, protegerlo y defenderlo. Sé que mis conciudadanos salen solos y extraoficialmente todo el tiempo, aunque las cámaras de seguridad, los móviles, las redes sociales y los hackers informáticos reduzcan cada vez más sus áreas de intimidad. Aun así, esto es una novedad para mí y me siento un poco desorientado y desarmado.

Danny y Carolyn me acompañan mientras termino de despojarme del lujo de la presidencia. Vamos en silencio. Los dos han intentado convencerme por activa y por pasiva de que no lo hiciera. Ahora se han resignado a ayudarme a conseguir que salga bien.

Salir de la Casa Blanca sin que te vean es más complicado de lo que parece. Bajamos las escaleras hasta abajo del todo. Avanzamos despacio, cada paso es otro movimiento hacia lo que está a punto de ocurrir. Con cada paso, estoy cediendo más control esta noche a un destino incierto.

—¿Os acordáis de cuando hicimos este camino por primera vez? —pregunto, recordando nuestro recorrido poselectoral por la Casa Blanca antes de que yo jurara el cargo.

—Como si fuera ayer —dice Carolyn.

—Yo jamás lo olvidaré —tercia Danny.

—Estábamos tan llenos de... esperanza, supongo. Convencidos de que haríamos del mundo un lugar mejor.

—Lo estaría usted —espeta Carolyn—. Yo estaba muerta de miedo.

Yo también. Sabíamos qué mundo estábamos heredando. No nos hacíamos ilusiones de dejarlo todo perfecto. Cuando me metía en la cama por las noches después de esos agotadores días preinauguración, tan pronto soñaba con mejoras notables en la seguridad nacional, los asuntos internacionales, la prosperidad compartida, la sanidad y la reforma de la justicia criminal como tenía pesadillas con que lo echaba todo a perder y sumía a la nación en una crisis.

—Más seguro, más fuerte, más justo, más amable —dice Danny, recordándome los cuatro adjetivos que enumeraba todas las mañanas cuando empezamos a afinar nuestras políticas y a crear nuestro equipo para la legislatura de cuatro años a punto de empezar.

Por fin llegamos al subsótano, donde hay una bolera de una sola pista, un centro de operaciones tipo búnker pero bien amueblado que Dick Cheney ocupó después del 11S, y otras dos habitaciones pensadas para reunirse en torno a una mesa o echar una cabezadita.

Cruzamos las puertas y enfilamos un túnel estrecho que conecta el edificio con el Departamento del Tesoro, situado justo al este, en la esquina de la calle Quince con Pennsylvania Avenue. Lo que hay exactamente debajo de la Casa Blanca ha sido objeto de leyendas y rumores desde la guerra de Secesión, cuando el ejército de la Unión temía un ataque, por lo que se ideó un modo de evacuar al presidente Lincoln

y trasladarlo a una cámara de seguridad del edificio del Tesoro como último recurso. Las obras del túnel no empezaron realmente hasta Franklin D. Roosevelt y la Segunda Guerra Mundial, cuando el temor de que la residencia presidencial sufriese un ataque aéreo se convirtió en una posibilidad real. Se diseñó en zigzag precisamente para mitigar el impacto de la explosión de una bomba.

La entrada al túnel tiene una alarma en la puerta, pero Carolyn ya se ha encargado de eso. El túnel propiamente dicho sólo tiene tres metros de anchura y dos de altura; no hay mucho espacio para mí más de metro ochenta. Podría producirme claustrofobia, pero no lo noto. Para alguien que ya no está acostumbrado a ir a ninguna parte sin el servicio secreto o sus colaboradores, el espacio abierto y vacío del túnel resulta liberador.

Recorremos los tres casi todo el túnel antes de llegar a otro camino que gira a la derecha hacia un pequeño aparcamiento subterráneo reservado para altos cargos del Tesoro y visitas importantes. Esta noche también está el coche en el que voy a huir.

Carolyn me entrega las llaves, luego un móvil, que me guardo en el bolsillo izquierdo, junto con el sobre que esa chica me ha dado hace media hora.

—Ya tiene los números en la agenda —dice, refiriéndose al móvil—. Todos los que hablamos. Incluido el de Lilly.

Lilly. Algo se me rompe por dentro.

—¿Recuerda el código? —pregunta.

—Lo recuerdo. Tranquila.

De la espalda, saco un sobre mío, uno que lleva el sello presidencial y que contiene un solo papel. Cuando Danny lo ve, casi pierde la compostura.

—No —dice—. No lo pienso abrir.

Carolyn alarga la mano y me lo arrebató.

—Ábrelo —le ordeno— si necesitas abrirlo.

Danny se lleva una mano a la frente y se echa el pelo hacia atrás.

—Por Dios, Jon —susurra. Es la primera vez desde que ocupó el cargo que me llama por mi nombre de pila—. ¿De verdad lo vas a hacer?

—Danny —le susurro—, si me ocurre...

—Eh..., ¡eh! —Me agarra por los hombros. Titubea, contiene la emoción—. Ella es como de la familia para mí. Ya lo sabes. Quiero a esa cría más que a nada.

Danny está divorciado y tiene un hijo en la universidad, pero estaba en la sala de espera cuando nació Lilly, en el altar el día de su bautismo; lloró desconsoladamente en todas sus graduaciones; y la cogió de la mano en el funeral de Rachel. Antes, para Lilly, era «el tío Danny». Con el tiempo, perdió el «tío». Será lo más parecido a un padre que pueda tener.

—¿Llevas tu moneda de ranger? —me pregunta.

—¿Me vas a pasar revista ahora? —Me palpo el bolsillo—. Nunca voy a ninguna parte sin ella —comento—. ¿Y tú?

—No puedo decir que la lleve encima. Supongo que te debo una copa. Así que vas a tener que... —Se emociona—. Vas a tener que volver.

Miro fijamente a Danny, que, aunque no sea de mi sangre, es como mi familia en todo lo importante.

—Recibido, hermano.

Luego me vuelvo hacia Carolyn. No tenemos costumbre de abrazarnos —salvo en las noches en que gané la nominación y en las elecciones generales, nunca nos hemos abrazado—, pero ahora lo hacemos.

—Apuesto por usted, señor —me susurra al oído—. No saben a lo que se enfrentan.

—Si eso es cierto —le contesto—, es porque te tengo de mi lado.

Los veo marcharse, afectados pero resueltos. Las próximas veinticuatro o cuarenta y ocho horas no van a ser fáciles para Carolyn, que tendrá que ser mi persona de contacto en la Casa Blanca. Ésta es una situación sin precedentes. Estamos improvisando, en el sentido literal de la palabra.

Cuando se han ido, cuando estoy solo en el túnel, me doblo y apoyo las manos en las rodillas. Inspiro hondo unas cuantas veces para calmar los nervios.

—Espero que sepas qué demonios estás haciendo —me digo.

Luego enfilo de nuevo el túnel y sigo adelante.

Entro en el aparcamiento subterráneo del Tesoro con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos de los vaqueros, mientras mis zapatos de piel se deslizan suavemente por el asfalto. No soy la única persona que hay aquí abajo a esta hora, así que mi presencia no llama la atención en absoluto, aunque voy vestido de manera más informal que los funcionarios del Tesoro que se marchan a sus casas, con sus trajes, sus maletines y sus tarjetas de identificación. Es fácil ocultarse entre el ruido de los tacones en el pavimento, de los mandos a distancia de los coches, de la apertura de los cierres de seguridad, del encendido de los motores, sobre todo cuando a los funcionarios que terminan su jornada les preocupan más sus planes de fin de semana que el tipo en vaqueros y camisa de algodón.

Aunque me esté escondiendo y esto no sea un viaje de placer, no puedo negar la pequeña liberación que siento moviéndome entre la gente sin que nadie repare en mí. Hace más de diez años que no ponía el pie en un sitio público sin ser el centro de atención; sin tener la sensación de que alguien me podía hacer una foto en cualquier momento; sin ver a decenas de personas queriendo acercarse para estrecharme la mano, para decirme hola, hacerse un selfi conmigo, pedirme un favor o incluso comentarme alguna cuestión política de sustancia.

Como me han prometido, el coche es el cuarto desde el extremo de la izquierda, un turismo discreto, un modelo antiguo, plateado, con matrícula de Virginia. Sostengo en alto el mando, pulso el botón de desbloqueo demasiado tiempo y hago que se abran todas las puertas y que empiece a sonar una serie de pitidos. Me falta práctica. Hace dos lustros que no abro mi propio coche.

Sentado al volante, me siento como recién salido de una máquina del tiempo, transportado al futuro por este artilugio misterioso. Ajusto el asiento, arranco el motor, piso el acelerador una vez, meto la marcha atrás y vuelvo la cabeza para mirar a mi espalda, con el brazo apoyado en el asiento del copiloto. Mientras salgo despacio de mi plaza, el coche produce un pitido cada vez más urgente. Piso el freno y veo a una mujer que pasa por detrás del vehículo, camino del suyo. En cuanto ha pasado, cesa el pitido.

Una especie de radar, un sistema anticolidión. Vuelvo la vista hacia el salpicadero y veo una cámara trasera. ¿Así que puedo ir marcha atrás mirando al frente, a la pantalla? Estas cosas no existían hace diez años o, si existían, desde luego mi coche no las tenía.

Me muevo por el aparcamiento; los pasillos son estrechos, las curvas cerradas. Tardo unos minutos en cogerle el tranquillo: doy acelerones, freno muy bruscamente, pero luego me siento como cuando, a los dieciséis años, salí del concesionario de coches nuevos y usados Crazy Sam Kelsey's con un Chevy destartado por mil doscientos dólares.

Observo los coches que tengo delante en la cola para salir del aparcamiento. La barrera se levanta automáticamente cada vez que se acerca un vehículo, sin necesidad de que el conductor saque la mano por la ventanilla y arrime una tarjeta al lector ni nada por el estilo. Pienso entonces que ni siquiera se me ha ocurrido preguntar estas cosas.

Cuando llega mi turno, se levanta la barrera y me permite salir. Subo despacio la rampa hacia la luz del día, receloso de los peatones que circulan por la calle, incluso antes de salir a ella.

El tráfico es denso, con lo que mis ganas de pisar el acelerador, de disfrutar de la libertad que me concede esta independencia temporal, se ven obstaculizadas por los atascos que se forman en todos los cruces. Por el parabrisas, contemplo los nubarrones del cielo, confiando en que no llueva.

La radio. Hago clic en un mando para encenderla y no pasa nada. Pulso un botón y no pasa nada. Pulso otro botón y me sobresalta el sonido atronador de dos personas que discuten, que se gritan la una a la otra sobre si el presidente Duncan ha cometido un delito por el que merezca la destitución. Vuelvo a pulsar el mismo botón, se apaga la radio y me centro en la conducción.

Pienso en el lugar al que voy, en la persona a la que estoy a punto de ver y, como siempre, vuelvo a recordar aquel día.

El profesor Waite se paseaba por la tarima del aula con las manos a la espalda.

—¿Y en qué se basaba la disconformidad del juez Stevens? —Volvió al atril, echó un vistazo a la lista de clase—. ¿Señor Duncan? —dijo, mirándome.

Mierda. Me acababa de meter un caramelo en la boca para no quedarme dormido después de haber pasado la noche en vela haciendo el trabajo. Sólo había mirado el caso por encima. A fin de cuentas, éramos unos cien en clase, la probabilidad de que me preguntara a mí era escasa.

Pero aquél no era mi día de suerte. Era el centro de atención y no me lo había preparado.

—El juez Stevens no estaba de acuerdo con la mayoría en... con... —balbucí, pasando las hojas de mis apuntes y notando que me ponía como un tomate.

—Sí, señor Duncan, la disconformidad suele significar que alguien está en desacuerdo con la mayoría. Creo que por eso lo llaman así.

La clase entera se echó a reír.

—Sí, señor, estaba en desacuerdo con la interpretación que la mayoría hacía de la Cuarta Enmienda...

—Me parece que está confundiendo usted la disconformidad del juez Stevens con la del juez Brennan, señor Duncan. En la del juez Stevens no se menciona para nada la Cuarta Enmienda.

—Bueno, sí, estoy confundido, digo, me estoy confundiendo...

—Creo que ha acertado con la primera, señor Duncan. Señorita Carson, ¿sería tan amable de sacar al señor Duncan de su confusión?

—El argumento del juez Stevens fue que el Tribunal Supremo no debería intervenir en decisiones de los tribunales estatales que, en el peor de los casos, elevarían el suelo de la constitución federal...

Puesto en ridículo por primera vez por el célebre profesor Waite en la cuarta semana de mi primer año en la Facultad de Derecho de la Universidad de Carolina del Norte, miré a la mujer que estaba hablando, sentada al otro lado del aula, en la tercera fila, y me dije para mis adentros: «Ésta es la última vez que vienes a clase sin prepararte los temas, idiota».

Y entonces clavé los ojos en ella mientras, segura de sí misma, casi con desenfado, contestaba a la pregunta.

—... es un suelo, no un techo, y, mientras exista un fundamento estatal para tomar esa decisión...

Noté que me faltaba el aire.

—¿Quién... es ésa? —le susurré a Danny, sentado a mi lado, que me llevaba dos años de ventaja (ya estaba en tercero) y conocía a casi todo el mundo.

—Es Rachel —me contestó—. Rachel Carson, de tercero. La que me arrebató la posibilidad de ser redactor jefe de la revista jurídica de la facultad.

—¿Qué sabes de ella?

—¿Te refieres a si tiene pareja? Ni idea. Pero seguro que le has causado muy buena impresión.

Aún me iba el corazón a mil cuando sonó el timbre que anunciaba el fin de la clase. Me levanté de un brinco de mi asiento y corrí a la puerta con la esperanza de interceptarla en el pasillo, en medio de una marea de estudiantes.

Pelo corto castaño, cazadora vaquera...

... Rachel Carson... Rachel Carson...

Allí. La vi. Me abrí paso entre la multitud y le di alcance justo cuando se separaba de la masa ambulante y viraba hacia una de las puertas.

—Hola —dije con voz temblorosa. ¿Me temblaba la voz?

Ella se volvió a mirarme, con sus ojos de color verde claro, las cejas enarcadas. El rostro más perfecto y delicado que yo había visto jamás.

—Hola... —contestó con vacilación, tratando de ubicarme.

—Eh..., hola —intervine de nuevo, colgándome la mochila del hombro—. Quería... eh... darte las gracias por, ya sabes, echarme un cable ahí dentro.

—Ah. De nada. ¿Eres de primero?

—Me declaro culpable.

—Nos pasa a todos —dijo.

Inspiré hondo.

—¿Y qué... qué... qué vas a hacer ahora?

¿Qué demonios me pasaba? Me había apuntado a todos los entrenamientos especiales del sargento Melton. La guardia republicana iraquí había torturado, apaleado, colgado y simulado mi ejecución, ¿y ahora se me trababa la lengua?

—¿Ahora? Pues iba a... —dijo, señalando a un lado con la cabeza.

Por primera vez me fijé en la puerta que estaba a punto de cruzar: la del baño de chicas.

—Ah, que ibas a...

—Sí...

—Pues ve, entonces.

—¿Voy? —dijo ella divertida.

—Sí, a ver, no es bueno... aguantarse, quiero decir que, si tienes que ir, ve, ¿vale?

Por Dios, pero ¿qué demonios me pasaba?

—Vale —contestó—. Bueno..., encantada de conocerte.

La oí reírse dentro del baño.

Una semana después de haberla visto por primera vez, no me la podía quitar de la cabeza. Me reprendía a mí mismo: «El primer año de Derecho es el curso en el que hay que esforzarse más, el curso en el que te encarrilas». Pero, por más que intentaba centrarme en la doctrina de contactos mínimos de la jurisdicción personal, o en los elementos de una demanda por negligencia, o en la norma de los contratos espejo del Derecho mercantil, la chica de la tercera fila de mi clase optativa de Jurisdicción federal me venía a la memoria sin parar.

Danny me puso al corriente: Rachel era de un pueblecito del oeste de Minnesota, había cursado estudios de pregrado en Harvard y entrado en la Facultad de Derecho de la UCN con una beca de Relaciones laborales. Era redactora jefa de la revista jurídica, la primera de la clase, y la esperaba un puesto de trabajo en una organización sin ánimo de lucro que proporcionaba asesoramiento jurídico a personas sin recursos. Era agradable pero callada. No socializaba mucho y solía relacionarse con alumnos mayores que no venían directamente de pregrados.

«Bueno, joder, yo tampoco vengo directamente de un pregrado», me dije.

Al final, me armé de valor y fui a buscarla a la biblioteca, donde la encontré sentada a una mesa con varios de sus amigos. Me repetí que aquello no era buena idea, pero mis piernas no pensaban igual y, de pronto, me vi plantado delante de ella.

Cuando me vio venir, soltó el bolígrafo y se me quedó mirando.

Yo quería hacerlo en privado, pero temí que, si no lo hacía en ese momento, no lo haría jamás.

«Adelante, idiota, suéltalo antes de que alguien llame a seguridad.»

Me saqué el papel del bolsillo, lo desdoblé y me aclaré la garganta. Para entonces ya contaba con la atención de toda la mesa. Empecé a leer:

Las dos veces que me has oído hablar te habré parecido idiota.

Lo que dije era tan absurdo como una sopa de compota.

Por temor a que la tercera no fuese muy distinta, he decidido expresar mis pensamientos en esta misiva.

La miré de reojo y vi que asomaba a su rostro una sonrisa divertida. «Todavía no ha salido corriendo», me dije, y uno de sus amigos soltó una carcajada, buen comienzo.

Me llamo Jon y soy de un pueblo cercano.

Educado, atento y de humor acertado.

No tengo dinero, ni coche, ni talento para la poesía, pero sí un cerebro operativo, aunque nadie lo diría.

Con ese último verso rieron de nuevo sus amigos.

—Es verdad —le dije a Rachel—. Sé leer y escribir y todas esas chorradas.

—No lo dudo, no lo dudo.

—¿Puedo continuar?

—Por favor —dijo ella, agitando la mano para animarme.

Aquí has venido a aprender, me dicen, o de Waite te acordarás.

Pero, no sé bien por qué, me cuesta mucho estudiar.

Leo el apartado de igualdad racial, el de la ley de cuotas, pero estoy pensando en la chica de ojos verdes de Minnesota.

Rachel no pudo reprimir la sonrisa, ruborizada. Las otras chicas de la mesa aplaudieron.

Yo hice una reverencia.

—Muchísimas gracias —dije, haciendo mi mejor imitación de Elvis—. Estaré aquí toda la semana. —Rachel no me miró—. Aunque sólo sea por haberle encontrado una rima a Minnesota...

—No, eso ha sido impresionante —coincidió, con los ojos cerrados.

—Muy bien entonces. Señoras, si me disculpan, voy a hacer como que todo esto ha salido bien y me voy a retirar mientras aún pueda hacerlo dignamente.

Me marché lo bastante despacio para que me diese alcance si quería.

Salgo de mi ensoñación y meto el coche en la plaza de aparcamiento, que está justo donde me habían dicho que estaría, a menos de cinco kilómetros de la Casa Blanca. Aparco y apago el motor. No hay nadie más a la vista.

Cojo la bolsa y salgo. La entrada posterior parece un muelle de carga o algo así, con unos escalones que conducen a un portón sin picaporte por fuera.

—Identifíquese, por favor —me chilla una voz por el interfono.

—Soy Charles Kane —digo.

Al poco, se entreabre el grueso portón. Alargo la mano y lo abro del todo.

Dentro hay un almacén, sin presencia humana, atestado de cajas de UPS y FedEx, palés enormes y plataformas con ruedas. A la derecha hay un ascensor grande, con las puertas abiertas y las paredes forradas de un grueso acolchado.

Pulso el último botón y se cierran las puertas. Hago un aspaviento al ver que el ascensor reacciona de forma extraña y se desploma por un instante antes de empezar a subir con un ruido audible de engranajes.

Sufro un pequeño vahído. Apoyo la mano en la pared acolchada y espero a que se me pase mientras resuenan en mi cabeza las palabras de la doctora Lane.

Cuando llego arriba del todo y se abren las puertas, salgo con cuidado al vestíbulo bien amueblado, con las paredes pintadas de un amarillo claro y unos cuadros de Monet que me conducen a la única puerta de la última planta, del ático.

Al llegar a la puerta, ésta se abre sola, sin que yo haga nada.

—Charles Kane a su servicio —digo.

Me recibe Amanda Braidwood, con el brazo completamente extendido mientras me sujeta la puerta y me examina de arriba abajo. Viste un jersey fino que le cuelga, holgado, sobre una blusa ajustada, y pantalones negros de licra, y va descalza. Últimamente lleva el pelo largo, por la película que terminó de rodar hace un mes, pero esa noche se ha hecho una coleta, con algunos mechones sueltos que le enmarcan el contorno de la cara.

—Buenas, señor Kane —dice—. Perdone el subterfugio, pero el portero de la entrada principal es un poquito cotilla.

El año pasado una revista de entretenimiento nombró a Mandy una de las veinte mujeres más hermosas del planeta. Otra la consideró una de las veinte actrices mejor pagadas de Hollywood, menos de un año después de que se llevase a casa su segundo Óscar.

Rachel y ella compartieron piso durante los cuatro cursos de Harvard y siguieron siendo buenas amigas después, todo lo que podían serlo una abogada de Carolina del Norte y una estrella de cine internacional. El nombre en clave Charles Kane ha sido idea de Mandy: hace ocho años, delante de una botella de vino, en el jardín trasero de la mansión del gobernador, Rachel, Mandy y yo coincidimos en que la obra maestra de Orson Welles era la mejor película que se había hecho jamás.

Menea la cabeza mientras una sonrisa asoma lentamente a su rostro.

—Vaya, vaya —dice—. Patillas, barba de tres días... —añade, y me da un beso en la mejilla—. ¡Qué duro! Bueno, no te quedes ahí plantado con esa pinta de hippie... Pasa.

Su olor, el aroma de mujer, me impregna. A Rachel no le iban mucho los perfumes, pero su gel de baño y su leche corporal, o como se llamen todas esas cremas, lociones y jabones, olían a vainilla. Nunca más volveré a oler esa fragancia, mientras viva, sin recordar los hombros desnudos de Rachel y la suavidad de su cuello.

Dicen que no hay manual para sobreponerse a la pérdida de un cónyuge. Eso es aún más cierto cuando el que sobrevive es el presidente de Estados Unidos y se está desatando un infierno, porque no tienes tiempo para duelos. Hay que tomar demasiadas decisiones que no pueden esperar, se presentan constantes amenazas de seguridad que, por un solo despiste tuyo, pueden tener consecuencias catastróficas. En las últimas etapas de la enfermedad de Rachel, los dos vigilamos más atentamente que nunca a Corea del Norte, a Rusia y a China, conscientes de que los líderes de esos países estaban pendientes de cualquier indicio de vulnerabilidad o distracción en la Casa Blanca.

Consideré la posibilidad de abandonar el cargo temporalmente, incluso le pedí a Danny que preparara los documentos, pero Rachel no quiso ni oír hablar de ello. Estaba decidida a que su enfermedad no perturbara en absoluto mi presidencia. Le importaba muchísimo, hasta un punto que nunca llegó a explicarme del todo y yo jamás llegué a comprender completamente.

Tres días antes de que falleciera —para entonces habíamos vuelto a Raleigh, de forma que pudiese morir en casa—, Corea del Norte puso a prueba un misil balístico internacional en sus costas y yo ordené que enviaran un portaviones al mar Amarillo. El día que la enterramos, cuando me encontraba ante su tumba cogido de la mano de mi hija, un terrorista suicida asaltó nuestra embajada en Venezuela y al poco estaba en la cocina de mi casa rodeado de generales y otros miembros del equipo de Seguridad Nacional valorando opciones para una respuesta proporcional.

A corto plazo, probablemente resulte más fácil hacer frente a una pérdida personal cuando el mundo demanda constantemente tu atención. Al principio, andas demasiado ocupado para sentirte triste y solo. Luego caes en la cuenta de la realidad: has perdido al amor de tu vida, tu hija se ha quedado sin madre y a una mujer maravillosa se le ha negado la posibilidad de vivir una vida larga y plena. Agradeces

las exigencias de tu trabajo, pero hay momentos de intensa soledad, aun cuando eres el presidente. No lo había sentido antes. Tuve que tomar muchas decisiones difíciles durante mis dos primeros años de mandato y, en muchas ocasiones, no pude hacer otra cosa que rezar por que hubiera obrado correctamente, ocasiones en las que daba igual cuántos colaboradores tuviera porque la última palabra la tenía yo y sólo yo. Pero jamás me sentí solo. Tenía a Rachel a mi lado, dándome su opinión sincera sobre las decisiones que tomaba, diciéndome que lo hiciera lo mejor que pudiese y abrazándome cuando todo terminaba.

Aún la echo de menos a todas horas, de todas las formas que un hombre puede echar de menos a su esposa. Esta noche echo de menos ese don asombroso que tenía para saber cuándo debía reprenderme y cuándo animarme y convencerme de que, pasara lo que pasase, todo iba a salir bien.

Jamás habrá otra Rachel, eso lo sé, pero ojalá no tuviera que estar siempre solo. Rachel se empeñaba en que habláramos de lo que ocurriría después de su muerte. Solía decirme en broma que me convertiría en el soltero más apetecible del planeta. Puede. Ahora mismo me siento como un empollón despistado a punto de decepcionar a todo el mundo.

—¿Una copa? —me pregunta Mandy, volviendo la cabeza.

—No —digo—. No dispongo de mucho tiempo.

—La verdad es que ni siquiera entiendo por qué quieres hacer esto —dice—, pero estoy preparada. Vamos a ello.

La sigo al interior de su apartamento.

—Me siento rarísimo —digo.

—Lo estás haciendo muy bien —me susurra Mandy—. ¿Nadie te ha hecho esto nunca?

—No, y confío en que nadie me lo vuelva a hacer.

—Sería más agradable para los dos —comenta— si dejaras de quejarte. Por Dios, Jon, ¿te torturaron en una prisión de Bagdad y no aguantas esto?

—¿Lo haces todos los días?

—Casi todos. Estate quieto. Así es más fácil.

Más fácil para ella, a lo mejor. Procuero estar lo más quieto posible, sentado en una silla rosa en el baño del dormitorio de Mandy mientras ella me arregla las cejas con un pincel de maquillaje. A mi derecha, el lavabo está repleto de cosméticos: frasquitos, pinceles, polvos, cremas y bases de todos los tamaños y colores. Me siento como en el rodaje de una película de bajo presupuesto de zombis o vampiros.

—No me conviertas en Groucho Marx —le pido.

—No, no —dice—. Pero, por cierto...

Alarga el brazo hacia una bolsa, saca algo y me lo enseña: unas gafas de Groucho Marx, con sus cejas y su bigote bien poblados.

Se las arrebato.

—Las de Rachel —digo.

Cuando Rachel empezó a estar realmente enferma, le fastidiaba darle tanta pena a todo el mundo, así que, si iba a verla algún amigo, montaba un numerito para quitarle hierro al asunto. Yo les decía a las visitas: «Rachel está un poco rara hoy». Y, al entrar en el dormitorio, la veían en la cama con las gafas de Groucho puestas. Otras veces era una nariz de payaso. También tenía una careta de Richard Nixon que daba mucha risa.

Así era Rachel. Siempre más preocupada por los demás que por sí misma.

—Bueno —dice Mandy antes de que nos pongamos demasiado tristes—, no te preocupes por las cejas, sólo te las voy a espesar un poco. Te sorprendería lo mucho que pueden cambiar el aspecto de una persona. Los ojos y las cejas. —Echa su silla hacia atrás y me examina—. En serio, niño, esa barba que traes me ha venido de perlas. ¡Es tan rojiza que casi parece irreal! ¿Quieres que te tiña el pelo a juego?

—No, gracias.

Menea la cabeza, sin dejar de estudiarme la cara como si fuese un espécimen de laboratorio.

—Con el pelo tan corto no se puede hacer gran cosa —masculla, más para sí que para mí—. Peinar lo de la derecha hacia la izquierda no serviría de mucho. Podríamos olvidarnos de eso y peinarlo todo hacia delante. —Me pone las manos en el pelo, lo agarra, lo peina con los dedos, lo despeina—. Al menos llevarás un peinado de esta década.

—¿Y si me pongo una gorra de béisbol? —propongo.

—Ah. —Se echa hacia atrás—. Claro, sería más fácil. ¿Valdrá? ¿Has traído una?

—Sí.

Me agacho para hurgar en mi bolsa, saco una gorra de los Washington Nationals y me la pongo.

—Reviviendo tus días de gloria, ¿eh? Vale, muy bien, entre la barba, la gorra roja, las cejas y... mmm... —Mece la cabeza hacia delante y hacia atrás—. La clave está en los ojos —dice, señalándose su propia cara. Suelta un suspiro—. Tus ojos ya no son lo mismo, cielo.

—¿A qué te refieres?

—Desde lo de Rachel —matiza—. Tus ojos no han vuelto a ser lo mismo desde que murió. —Se deshace enseguida de ese pensamiento—. Perdona. Vamos a probar con unas gafas. No llevas, ¿no?

—De leer, cuando estoy cansado —contesto.

—Aguarda un momento.

Entra en el vestidor y sale con una caja rectangular de terciopelo. La abre y en su interior veo como cincuenta pares de gafas, cada una de ellas elevada sobre una especie de pivotito.

—Madre mía, Mandy.

—Se las cogí prestadas a Jamie —aclara—. Cuando hicimos la secuela de *London* el año pasado. Se estrena en Navidades.

—Algo he oído. Enhorabuena.

—Sí, bueno, ya le he dicho a Steven que es la última que voy a hacer. Rodney no me quitaba las zarpas de encima. Pero supe controlarlo. —Me pasa unas gafas de pasta marrón con la montura gruesa. Me las pongo—. Uf... —dice—. No. Pruébate éstas. —Me pruebo otras—. No, éstas.

—No pretendo ganar un premio de moda —le digo.

Me mira con cara de circunstancias.

—Tranquilo, no corres ese peligro, cielo, créeme. Toma. —Saca otro par—. Éstas. Éstas, sí. —Me pasa otras de montura gruesa, pero éstas son de un color pardo más rojizo. Me las pruebo y se le ilumina la cara—. Te quedan fenomenal con la barba. —Tuerzo el gesto—. No, me refiero a que te disimulan muy bien el color, Jon. Tú eres rubio, de pelo castaño claro y piel clara. Las gafas y la barba te dan un tono cobrizo.

Me levanto y me acerco al espejo que hay encima del lavabo.

—Has perdido peso —me dice—. No has estado gordo jamás, pero ahora estás en los huesos.

—Eso no parece un cumplido.

Me miro en el espejo. Sigo siendo yo, pero veo lo que dice sobre el cambio de color. La gorra, las gafas y la barba. Y nunca me había dado cuenta de lo mucho que pueden cambiar el aspecto de una persona unas cejas algo más gruesas. Con todo eso y sin el séquito del servicio secreto, nadie me va a reconocer.

—Oye, Jon, no pasa nada por que sigas con tu vida. Sólo tienes cincuenta años. Ella quería que lo hicieras. De hecho, me hizo promet...

Se detiene de pronto, ruborizada, con los ojos llorosos.

—¿Rachel y tú hablasteis de eso?

Asiente con la cabeza, me pone una mano en el pecho y espera un instante para tranquilizarse.

—Me dijo, palabras textuales: «No dejes que Jon pase el resto de su vida solo por una especie de lealtad mal entendida».

Suspiro hondo. Esas mismas palabras sobre la «lealtad mal entendida» me las dijo a mí en más de una ocasión. Me hacen sentir que Rachel está en esta habitación, acariciándome el rostro con su aliento, con la cabeza ladeada como hacía siempre que tenía algo importante que decirme. Su fragancia a vainilla, el hoyuelo de su mejilla derecha, las arrugas de expresión de sus ojos...

Su mano aferrada a la mía, el último día, su voz aturdida por los analgésicos, tan débil, pero lo bastante fuerte para apretarme mucho la mano por última vez.

«Prométeme que conocerás a otra persona, Jonathan. Prométemelo.»

Lo que trato de decirte —prosigue Mandy con la voz turbada de emoción— es que todos entendemos que llega un momento en que tienes que volver al cuadrilátero. No hace falta que te disfraces para salir con alguien.

Tardo un poco en recuperarme y recordar algo que jamás debería haber olvidado: que Mandy no tiene ni idea de lo que está pasando. Claro que, pensándolo bien, es lógico que haya creído que he quedado con alguna mujer —para una cena, una copa o una película— y no quiera que la prensa internacional sea testigo de nuestro primer encuentro.

—Has quedado con alguien, ¿verdad?

Sus cejas perfectamente depiladas se juntan en el centro mientras elucubra. Porque, si no tengo una cita, ¿qué estoy haciendo? ¿Por qué iba a escapar un presidente de su servicio secreto y viajar de incógnito?

—He quedado con alguien, sí —digo, antes de que esa mente calenturienta suya siga imaginando cosas.

Espera más detalles y le duele que no se los dé, pero me ha tenido en palmitas desde la muerte de Rachel y no va a presionarme si no quiero que lo haga.

Me aclaro la garganta, mirando el reloj. Mi horario es estricto. No estoy acostumbrado a eso. Siempre tengo una agenda apretada, pero el presidente jamás llega tarde porque todo el mundo lo espera. Esta vez, no.

—Tengo que irme ya —le digo.

Bajo de nuevo en el montacargas y salgo al callejón. Mi coche sigue aparcado en su plaza. Conduzco hasta el barrio de Capitol Hill, encuentro un aparcamiento cerca de la Séptima con North Carolina y le dejo las llaves al encargado, que apenas me mira a la cara.

Me mezclo con los peatones y me integro en el bullicio de la gente que disfruta de este atardecer de viernes primaveral en una animada zona urbana: los restaurantes y los bares con los ventanales abiertos de par en par, la gente riendo y socializando, la música pop atronando por los altavoces...

Me acerco a un hombre vestido de harapos que está sentado en el suelo, apoyado en la fachada de una cafetería esquinera. Un pastor alemán, tumbado a su lado, jadea de calor cerca de un cuenco vacío. El hombre, como todos los indigentes, lleva más capas de ropa de las que necesita. También lleva unas gafas de sol oscuras y rayadas. El cartel que ha estado sosteniendo reza: VETERANO SIN HOGAR, pero ahora lo tiene apoyado en la pared del edificio. Será su descanso. Al otro lado, tiene una cajita de cartón con algunos billetes de un dólar. Suena una música suave en un radiocasete.

Apartándome de la ola de peatones, me agacho a su lado. Reconozco la canción que suena: *Into the Mystic*, de Van Morrison. Recuerdo enseguida un baile lento en Savannah durante un entrenamiento básico, a la hora del cierre de uno de los bares de River Street, atontado por el alcohol, con las extremidades doloridas por las sesiones de instrucción especial y los ejercicios de entrenamiento.

—¿Es usted veterano de la guerra del Golfo, señor? —le pregunto.

Por su aspecto, habría dicho Vietnam, pero luego he pensado en los años de vacas flacas, que seguramente lo han hecho envejecer más rápido de lo normal.

—Así es —contesta—, pero nunca fui un «señor». Me ganaba la paga, amigo. Sargento de pelotón, 1.^a División de Infantería, Big Red One. Yo estaba presente cuando echaron abajo las defensas de Sadam.

Noto que se llena de orgullo. Me agrada poder proporcionarle ese momento. Querría echar más leña a ese fuego, comprarle a este hombre un bocadillo, escucharlo un poco más, pero noto la presión del tiempo y compruebo el reloj.

—¿Conque la 1.^a División de Infantería? Vosotros fuisteis los que encabezasteis la carga sobre Irak, ¿no?

—La punta de lanza, tío. Nos echamos sobre esos cobardes de la Guardia Republicana como si los hubiéramos pillado dormidos.

—No está mal para un comando —digo.

—¿Un comando? —Parece sorprendido—. ¿Tú también serviste? ¿Qué eras, de las tropas aerotransportadas?

—Soy soldado como tú —añado—. Sí, pasé un par de años en el 75.º Regimiento.

Se incorpora un poco y enarca sus cejas pobladas unidas en una.

—Ranger aerotransportado, ¿a que sí? Apuesto a que viste bastante mierda, chico. Bombardeos y misiones de reconocimiento, ¿no?

—No tanto como vosotros, los que estabais en las unidades mayores —señalo, devolviéndole el protagonismo—. ¿Cuánto tardasteis en recorrer medio país, tíos, una semana?

—Y luego paramos en seco —dice con los labios fruncidos—. Siempre he pensado que fue un error.

—Oye —le digo—, me apetece un bocadillo. ¿Quieres uno?

—Te lo agradecería mucho —contesta. Mientras me dirijo a la puerta, añade—: En este sitio, los de pavo están riquísimos.

—Pues de pavo.

Cuando vuelvo, me propongo marcharme enseguida, pero no sin antes averiguar unas cuantas cosas más.

—¿Cómo te llamas, soldado? —pregunto.

—Sargento de Primera Christopher Knight —contesta.

—Aquí tienes, sargento. —Le alcanzo el bocadillo en una bolsa de papel. Luego dejo en el suelo el cuenco lleno de agua para el perro, que bebe a lengüetazos hasta acabársela—. Ha sido un honor conocerte, sargento. ¿Dónde duermes por las noches?

—El albergue está un par de calles más allá. Vengo aquí casi todas las mañanas. La gente es un poco más agradable.

—Tengo que marcharme, pero, toma, Chris, quédate esto.

Me saco el cambio de la comida del bolsillo y se lo doy.

—Que Dios te bendiga —me dice, apretándome la mano con la fuerza, todavía, de un soldado.

No sé por qué, se me hace un nudo en la garganta. He visitado clínicas y hospitales y he hecho todo lo posible por reformar el Departamento de Asuntos de Veteranos, pero esto es lo que no veo, a los veteranos sin hogar y con trastorno por estrés postraumático que no encuentran empleo o no son capaces de conservarlo.

Sigo avanzando por la calle y saco el móvil para anotar su nombre y la ubicación de la cafetería con el fin de asegurarme de que este hombre reciba ayuda antes de que sea demasiado tarde.

Pero hay decenas de miles como él. Me inunda esa sensación que ya conozco bien: la de que mi capacidad para ayudar a los demás es a la vez inmensa y limitada. Uno aprende a convivir con la paradoja. Si no, si te obsesionas con tus limitaciones, no puedes hacer todo lo que está en tu mano. Entretanto, sigues buscando la ocasión

de librarte de algunos de esos límites para hacer todos los días todo lo posible por tanta gente como sea posible. Aun en los días malos, siempre se puede conseguir algo bueno.

Dos manzanas más allá de donde estaba el sargento Knight, mientras camino entre las sombras del anochecer, veo que la multitud que me precede ha dejado de avanzar. Me abro paso entre algunas personas y salgo a la calzada para ver mejor.

Dos agentes de la policía metropolitana de Washington D. C. intentan tirar a un hombre al suelo, a un chico afroamericano vestido con camiseta blanca y vaqueros. Él se resiste, forcejea mientras uno de los agentes trata de esposarlo. Los policías llevan armas y pistolas eléctricas, pero no las están usando, al menos de momento. En la acera, dos o tres personas graban el incidente con los móviles en alto.

—¡Tírate al suelo! ¡Al suelo! —le gritan los agentes.

El chico se tambalea hacia la derecha y los policías con él; caen los tres a la calzada, donde se ha detenido el tráfico, bloqueado por el coche patrulla.

Doy un paso adelante, instintivamente, luego retrocedo. ¿Qué voy a hacer yo, anunciar que soy el presidente y que ya me encargo de esto? No puedo hacer otra cosa que observar o marcharme.

No tengo ni idea de qué ha provocado esta situación. A lo mejor el chico ha cometido un hurto o un robo con violencia, o quizá los ha cabreado sin más. Confío en que los agentes hayan respondido a una llamada y estén cumpliendo con su deber. Sé que casi todos los policías casi siempre hacen lo que pueden. Sé que hay policías malos, igual que hay malos profesionales en todos los oficios. Y sé que hay policías que se creen buenos, pero a los que, aunque sea inconscientemente, un negro en camiseta y vaqueros les parece mayor amenaza que un blanco vestido igual.

Echo un vistazo a la multitud de curiosos, personas de todas las razas y colores. Diez personas distintas podrían ver lo mismo y ofrecer diez versiones muy diferentes de lo ocurrido. Algunos verán a dos buenos policías haciendo su trabajo. Otros verán a un negro maltratado por su color de piel. A veces es una cosa, otras veces es la otra y en ocasiones es un poco de ambas. En cualquier caso, en el fondo todos los curiosos están pensando lo mismo: ¿conseguirá marcharse este chico desarmado sin que le disparen?

Mientras los agentes tiran al joven al suelo, lo esposan y lo levantan, se acerca un segundo coche patrulla.

Cruzo la calle y me dirijo a mi siguiente destino. No hay solución fácil a estos problemas, así que procuro aplicarme mi propio consejo: comprender mis limitaciones y seguir haciendo lo posible por mejorar las cosas. Un decreto presidencial, una ley que llegue a mi mesa, discursos, unas palabras desde mi formidable púlpito, todo eso puede generar el clima adecuado, empujarnos en la dirección correcta.

Es una batalla tan vieja como la humanidad: nosotros frente a ellos. En todas las épocas y en todos los tiempos, los individuos, las familias, los clanes y las naciones se han esforzado por encontrar el modo de tratar «al otro». En Estados Unidos, el racismo es la más antigua de nuestras maldiciones, pero hay otras disputas: por la religión, la inmigración, la identidad sexual... A veces la estrategia del «ellos» no es más que un narcótico que inyectarle a la bestia que todos llevamos dentro. Con demasiada frecuencia, los que despotrican de «ellos» prevalecen sobre quienes suplican de corazón que recordemos lo que podemos ser y hacer juntos, «nosotros». Nuestros cerebros llevan mucho tiempo funcionando así. Quizá siempre lo hagan. Pero hay que seguir intentándolo. Ésa es la misión permanente que nos dejaron los padres fundadores de nuestra nación: que continuáramos avanzando hacia «una unión más perfecta».

Al volver la esquina, me azota el viento. Miro al cielo oscuro, a las nubes de color ceniza.

Mientras camino rumbo al final de la calle, hacia el bar de la esquina, me aterra pensar que voy a enfrentarme a la parte más difícil de una noche muy dura.

Inspiro hondo y entro en el bar. En el interior, banderolas de los Georgetown Hoyas, los Redskins y los Nationals; televisores encaramados en los rincones de las paredes de ladrillo visto; y música alta que compite con el parloteo animado de la parroquia que llena el bar en la «hora feliz». Muchos de ellos, estudiantes universitarios, van vestidos de manera informal, pero algunos son jóvenes profesionales que acuden allí después del trabajo con la chaqueta del traje abierta y la corbata aflojada, o en camisa y pantalón. El patio exterior está a rebosar. Los suelos están pegajosos y huele a cerveza rancia. Vuelvo a acordarme de Savannah, mientras hacía la instrucción básica, cuando reventábamos los locales de River Street los fines de semana.

Saludo con la cabeza a los dos agentes del servicio secreto, vestidos de traje, que hacen guardia. Les han informado de que venía y de cómo iría vestido. Les han ordenado que no me saluden de forma oficial y cumplen la orden: sólo una breve cabezada, una leve contracción.

En el rincón del fondo, veo a mi hija sentada a una mesa, rodeada de personas —algunos amigos, otros gente que quiere estar cerca de la hija del presidente—, tomando lo que parece una bebida de frutas de vivos colores mientras otra mujer le susurra algo al oído por encima de la música atronadora. Reacciona al comentario llevándose la mano a la boca, como si quisiera reírse y tragar a la vez. Pero parece forzado. Sólo está siendo educada.

Sus ojos exploran el local. Me pasan de largo al principio, pero luego vuelven. Lilly se queda pasmada y frunce los ojos. Por fin su expresión se suaviza. Le ha costado un poco, así que el disfraz debe de ser bastante bueno.

Sigo avanzando y paso por delante de los baños hasta el almacén del fondo, cuya puerta está abierta a propósito. Dentro huele como en una hermandad universitaria. Hay montones de estanterías repletas de bebidas alcohólicas, barriles alineados junto a las paredes, cajas abiertas de servilletas y vasos de bar en el suelo de hormigón.

Se me alegra el alma cuando la veo entrar, el bebé de cara redonda y ojos inmensos que alarga la manita para tocarme la mejilla; la niña que se pone de puntillas para besarme con la cara manchada de mantequilla de cacahuete; la adolescente que corta el aire con la mano mientras expone las ventajas del fomento de las energías alternativas en las finales de los debates estatales.

Cuando se echa hacia atrás para mirarme a los ojos, su sonrisa se desvanece.

—Entonces iba en serio.

—Iba en serio.

—¿Ha ido ella a la Casa Blanca?

—Ha ido, sí. Sólo puedo decirte eso.

—¿Adónde vas? —pregunta—. ¿Qué vas a hacer? ¿Por qué no te acompaña el servicio secreto? ¿Y por qué vas disfrazado así...?

—Eh, eh... —La agarro por los hombros—. No pasa nada, Lil. Voy a reunirme con ellos.

—¿Con Nina y su compañero?

Dudo mucho que la chica de la camiseta de Princeton le haya dicho a mi hija su verdadero nombre, pero cuanto menos sepa, mejor.

—Sí —contesto.

—No he vuelto a verla desde que hablé conmigo —dice Lilly—. Ni una vez. Ha desaparecido por completo del programa.

—No creo que estuviese matriculada en el programa de la Sorbona —digo—. Me parece que fue a París para verte. Para darte el mensaje.

—Pero ¿por qué quiso hablar conmigo?

No contesto. No quiero darle más detalles de los necesarios. Pero Lilly es tan lista como su madre. No tarda en entenderlo.

—Sabía que acudiría a ti —señala—. Sin intermediarios. Sin filtros.

Justo por eso.

—¿Y qué quiso decir? —pregunta—. ¿A qué se refería con lo de «Edad Media»?

—Lil...

La acerco a mí, pero no digo nada.

—No me lo vas a contar. No puedes —añade, excusándome, perdonándome—. Debe de ser importante. Tan importante como para pedirme que volviera de París. Y ahora... vas a hacer lo que sea que vayas a hacer. —Mira por encima de mi hombro—. ¿Dónde está Alex? ¿Y tu protección, aparte de Mortadelo y Filemón, los dos guardias que me has puesto?

Desde que se graduó en la universidad, Lilly ha preferido prescindir de la protección, como es su derecho, pero en cuanto me llamó el lunes pasado le envié enseguida un par de agentes. Tardé dos días en traerla a casa porque tenía un examen final y me aseguraron que estaba a salvo en París.

—Mi equipo me vigila —digo.

No hace falta que sepa que voy solo. Ya está bastante angustiada. Aún está recuperándose de la pérdida de su madre, hace apenas un año. No es necesario que añada a su sufrimiento la posibilidad de perder a su otro progenitor. No es una cría y es muy madura para su edad, pero sólo tiene veintitrés años, por Dios, y a saber qué otras desgracias puede depararle la vida aún.

Se me encoge el corazón de pensar en lo que esto podría significar para Lilly, pero no tengo elección. Juré defender a este país y soy el único que puede hacerlo.

—Escucha —le digo, cogiéndole la mano—. Quiero que pases los próximos días en la Casa Blanca. Tu cuarto está preparado. Si necesitas algo de tu piso, los agentes irán a buscarlo.

—No... no lo entiendo. —Se vuelve para mirarme, con los labios algo temblorosos—. ¿Estás en peligro, papá?

Me cuesta lo indecible controlar la emoción. Dejé de llamarme «papá» durante la adolescencia, aunque me lo dijo una o dos veces cuando Rachel se estaba muriendo. Lo reserva para los momentos en los que se siente más vulnerable, más asustada. He podido con sargentos de instrucción sádicos, con torturadores iraquíes, con legisladores partidistas y con los corresponsales de prensa de Washington, pero mi hija sabe ablandarme como nadie.

Me inclino hacia delante y apoyo la cabeza en la suya.

—¿Yo? ¡Qué va! Estoy siendo precavido, nada más. Sólo quiero que estés a salvo.

No le basta con eso. Se cuelga de mi cuello y aprieta fuerte. La abrazo yo también. La oigo sollozar, noto cómo se estremece su cuerpo.

—Estoy muy orgulloso de ti, Lilly —le susurro, procurando que no se note que se me ha hecho un nudo en la garganta—. ¿Te lo he dicho alguna vez?

—Me lo dices a todas horas —me susurra al oído.

Acaricio el pelo de mi brillante, fuerte e independiente hija. Ya es una mujer, con la belleza, la inteligencia y la energía de su madre, pero siempre será esa chiquilla a la que se le iluminaba la cara cuando me veía, que chillaba cuando me la comía a besos, que no podía volver a dormirse después de una pesadilla si papá no le cogía la mano.

—Vete con los agentes ahora, ¿vale? —le susurro.

Se aparta de mí, se limpia las lágrimas de las mejillas, inspira hondo, me mira con ojos esperanzados y asiente con la cabeza.

Luego se abalanza sobre mí y vuelve a colgarse de mi cuello.

Cierro los ojos con fuerza, abrazo su cuerpo tembloroso. De pronto, mi hija adulta tiene quince años menos y es una niña pequeña que necesita a papá, a un padre que debe ser su puntal, que jamás le fallará.

Ojalá pudiera abrazarla siempre, limpiarle las lágrimas, disipar todas sus preocupaciones. Hace tiempo que tuve que aprender que no podía ir siempre detrás de mi niña y asegurarme de que el mundo la trataba bien. Y ahora debo separarme de ella y seguir con lo que tengo entre manos cuando nada me gustaría más que continuar abrazándola y no soltarla nunca.

Le cojo la cara con las manos y sus ojos hinchados, confiados, me miran.

—Te quiero más que a nada en el mundo —le digo—. Y te prometo que volveré.

Después de que Lilly salga del bar con los agentes del servicio secreto, le pido al camarero un vaso de agua. Me meto la mano en el bolsillo y saco mis pastillas, los esteroides que me van a subir de golpe el recuento plaquetario. Las odio. Me trastornan la cabeza. Pero o funciono atontado o me olvido por completo de funcionar. No hay medias tintas. Y lo segundo no es una opción.

Salgo para volver al coche.

El cielo está tan negro como mis pantorrillas. No ha llovido, pero huele a lluvia.

Mientras camino, me saco el móvil del bolsillo y llamo a la doctora Lane. Aunque no conoce el número, contesta igual.

—Doctora Lane, soy Jon Duncan.

—Señor presidente, llevo toda la tarde intentando localizarlo.

—Lo sé. He estado ocupado.

—El recuento sigue bajando. Ya está por debajo de los dieciséis mil.

—De acuerdo, voy a doblar la dosis de esteroides, como le prometí.

—No es suficiente. Necesita tratamiento inmediato.

Casi me atropella un todoterreno porque cruzo sin mirar. El conductor pega la mano al claxon por si no he reparado en mi error.

—Aún no he llegado a los diez mil —le digo a la doctora.

—Eso es sólo un valor orientativo. Cada persona es distinta. Podría estar sufriendo una hemorragia interna en estos momentos.

—No lo creo —digo—. La resonancia magnética de ayer salió negativa.

—La de ayer sí. La de hoy..., ¡quién sabe! —Llego al aparcamiento donde he dejado el coche. Entrego el ticket y el dinero, y el encargado me da las llaves—. Señor presidente, está usted rodeado de personas capaces y con talento, que seguro que pueden ocuparse de todo unas horas mientras se somete al tratamiento. Yo creía que los presidentes delegaban.

Y lo hacemos. Casi todo el tiempo. Pero en esto no puedo delegar. Y tampoco puedo explicarle por qué, ni a ella ni a nadie.

—Tomo nota de lo que dice, doctora Lane. Tengo que colgar. Esté atenta al teléfono.

Cuelgo, arranco el coche y avanzo por el tráfico denso. Pienso en la chica de la camiseta de Princeton: Nina para mi hija.

Pienso en «Edad Media».

Pienso en la reunión de esta noche, en las amenazas que puedo proferir, en las ofertas que puedo hacer.

Un hombre con un cartel blanco que reza APARCAMIENTO me hace una seña para que entre. Pago y sigo sus indicaciones hacia una plaza libre. Me guardo las llaves y camino dos manzanas hasta detenerme delante de un edificio de apartamentos de media altura con el rótulo de CAMDEN SOUTH CAPITOL a la entrada. En la acera de enfrente, se oye el rugido de una multitud.

Cruzo el bulevar, tarea compleja con tanto tráfico. Pasa por mi lado un hombre que dice: «¿Quién quiere dos? ¿Quién quiere dos?».

Saco el sobre que me ha dado Nina y de él la vistosa entrada para el partido de esta noche: los Nationals contra los Mets.

En la puerta del jardín izquierdo del Nationals Park, los empleados controlan el paso de la gente por el arco detector de metales, cacheando a los sospechosos y registrándoles los bolsos y las mochilas en busca de armas. Hago cola, pero no espero mucho. El partido ya ha empezado.

Mi sitio está en la sección 104, en las gradas altas. Estoy acostumbrado a ocupar las mejores localidades: un palco, o detrás de la última base, o junto al banquillo de la zona de la tercera base. Prefiero este asiento en las gradas del jardín izquierdo. No se ve muy bien, pero parece más auténtico.

Miro alrededor, en vano. Ocurrirá cuando ocurra. Mi cometido es sentarme aquí a esperar.

En circunstancias normales, ahora estaría como un niño en una tienda de chuches. Me compraría una Budweiser y un perrito caliente. Aquí hay que olvidarse de esas cervezas artesanales: en un partido de béisbol, no hay mejor bebida que una Bud bien fría. Tampoco hay comida que sepa tan rica como un perrito caliente con mostaza en un partido, ni siquiera las puntas de costilla marinadas en vinagre que hacía mi madre.

Me relajaría y recordaría aquellos días en que lanzaba bolas rápidas en la UNC, en que soñaba con ser profesional cuando los Royals me ficharon en la cuarta ronda, mi año en la Doble A con los Memphis Chicks, sudando en los autobuses, poniéndome hielo en el codo por las noches en moteles de mala muerte, jugando ante un público de tan sólo cientos de personas, comiendo Big Macs y mascando tabaco Copenhagen.

Pero esta noche no voy a beber. Ya tengo el estómago revuelto mientras espero a mi visita, el compañero de la chica de la camiseta de Princeton.

Me vibra el móvil en el bolsillo de los vaqueros. En la pantalla, aparece el identificador C Brock. Carolyn me manda un mensaje con un solo número: 3. Le contesto Wellman y lo envío.

Es nuestro código para informar de mi estado: de momento, bien. Pero no estoy seguro de que todo vaya bien de momento. He llegado tarde al partido. ¿Habrá venido y se habrá ido? ¿Se me habrá escapado?

Me extrañaría. Pero lo único que puedo hacer es quedarme aquí sentado, esperar y ver el partido. El lanzador de los Mets tiene un brazo fuerte, pero su recta de dedos separados es demasiado potente y por eso no rompe. El primer bateador de los Nationals, que es zurdo, está en situación clara de toque de bola, con corredores en la primera y la segunda base y el tercera base retrasado. El lanzador tendría que mandar la bola alta y hacia dentro, pero no lo hace. Tiene suerte porque el bateador no logra hacer el toque las dos veces que lo intenta. Al final, con dos *strikes* en contra, el chaval golpea la bola alto y lejos, hacia el campo izquierdo, hacia mí. El público se levanta instintivamente, pero la ha mandado demasiado alta y el jardinero izquierdo de los Mets la atrapa a escasa distancia de la zona de aviso.

Cuando volvemos a sentarnos, veo con el rabillo del ojo a alguien que sigue de pie y se abre paso por la fila hacia donde yo estoy. Lleva una gorra de los Nationals con pinta de nueva, pero, por lo demás, parece completamente fuera de lugar en un partido de béisbol. Sé de inmediato que se va a sentar a mi lado.

Es el compañero de Nina. Ha llegado el momento.

La asesina conocida como Bach cierra la puerta y echa el pestillo del pequeño cubículo. Inspira nerviosa, se pone de rodillas y vomita en el inodoro.

Cuando termina, con los ojos irritados y el estómago hecho un nudo, suspira y se sienta sobre los talones. Esto no está bien. Es inaceptable.

En cuanto puede, se levanta, tira de la cadena, limpia el inodoro concienzudamente con toallitas desinfectantes, las echa dentro y vuelve a tirar de la cadena. No hay que dejar rastro, ni ADN.

Es la última vez que vomita esta noche. Punto.

Se mira en el espejo sucio de encima del lavabo. Lleva una peluca rubia, un moño. Su uniforme es de color azul cielo. No es ideal, pero no ha elegido ella el uniforme del personal de limpieza de los apartamentos Camden South Capitol.

Cuando sale del baño y entra en el cuarto de mantenimiento, los tres hombres siguen allí plantados, vestidos también con camisas de color azul claro y pantalones oscuros. Uno de ellos es tan musculoso que los bíceps y los pectorales casi no le caben en la camisa. Le ha caído mal nada más conocerlo, hace unas horas. Primero, porque llama demasiado la atención. Nadie de su profesión debería llamar la atención. Y segundo, porque probablemente confíe demasiado a menudo en su fuerza bruta y no lo bastante en su inteligencia y su habilidad, y debe de tener mal carácter.

Los otros dos son aceptables: fibrosos y fuertes, pero tampoco impresionantes. Con caras corrientes, fáciles de olvidar.

—¿Estás mejor? —pregunta el musculitos.

Los otros sonrían, hasta que le ven la cara a Bach.

—Mejor de lo que vais a estar vosotros como me lo volváis a preguntar —dice.

No te metas con una mujer en su primer trimestre de embarazo, con náuseas matinales que, por lo visto, no son sólo matinales. Sobre todo si está especializada en asesinatos de alto riesgo.

Se vuelve hacia el líder del trío, un tipo calvo con un ojo de cristal.

—Con todo respeto, con todo respeto —dice el hombre, disculpándose. Habla bien el inglés, pero con mucho acento, de la República Checa, diría ella.

Bach le tiende la mano. Él le entrega el pinganillo. Ella se lo pone en la oreja y él también.

—¿Situación?

Oye la respuesta por el auricular:

—Ha llegado ya. Nuestro equipo está listo.

—Entonces, que cada uno ocupe su puesto —ordena ella.

Cargada con el estuche de su arma y la bolsa de deporte, Bach coge el montacargas. Dentro, saca una gabardina negra de la bolsa y se la pone. Se quita la peluca de momento y se cubre la cabeza con un gorro negro de esquí. Ahora va vestida de negro de pies a cabeza.

Sale del montacargas en la última planta y sube las escaleras a la azotea. Como le prometieron, la puerta está abierta. Sopla un viento fuerte allí arriba, nada con lo que no pueda lidiar. Está convencida de que acabará lloviendo, pero al menos ha aguantado hasta ahora. Si llegan a cancelar el condenado partido, la operación se habría abortado.

Ahora debe estar preparada por si la lluvia interrumpe la competición y obliga a miles de personas a salir corriendo, ocultas bajo un mar de paraguas. Una vez mató a un embajador turco de un tiro en la cabeza disparado a través de un paraguas, pero estaba sólo con otra persona en una calle tranquila. Su problema esta noche será localizar al objetivo en el primero de los supuestos: que una masa de personas cruce simultáneamente las salidas del estadio.

Para eso están los equipos a pie de calle.

Abre el estuche del arma con el dispositivo de reconocimiento dactilar y monta a Anna Magdalena, su rifle semiautomático, le acopla la mira táctica e inserta el cargador.

Se agazapa al abrigo de una oscuridad casi absoluta. El sol se pondrá en menos de veinte minutos, con lo que su presencia en la azotea será aún más imperceptible.

Tras colocarse en posición, enfoca la mira telescópica. Localiza la entrada que busca: la puerta del jardín izquierdo.

Esperará. Podrían ser cinco minutos. Podrían ser tres horas. Y entonces tendrá que actuar casi de inmediato y con precisión absoluta. Pero ella se dedica a esto, y jamás ha fallado.

¡Ay, cuánto le gustaría poder ponerse los auriculares y escuchar un concierto de piano! Pero cada encargo es distinto y para éste necesita que el equipo de avanzadilla le dé indicaciones al oído. Podrían llegarle en cualquier momento, así que, en lugar de escuchar a Andrea Bacchetti interpretar el Concierto para piano y orquesta n.º 4 en el Teatro Olímpico de Vicenza, escucha el tráfico, los vítores del público en el estadio, el estruendo de música de órgano con que se anima a los asistentes y la información ocasional sobre el equipo que va ganando.

Inspira, espira. Se relaja. Deja el dedo cerca del gatillo sin tocarlo. De nada sirve impacientarse. El blanco se pondrá a tiro, como siempre.

Y, como siempre, ella no fallará.

El tipo se sienta a mi lado sin mediar palabra: con la cabeza gacha, pasa por delante de mí y se instala a mi izquierda, como si fuésemos desconocidos que casualmente tienen sitios contiguos.

De hecho, somos desconocidos. No sé nada de él. En mi cargo, lo imprevisto es tan corriente como lo previsto, pero siempre que surge algo cuento con un equipo de asesores que me ayudan a analizarlo, a recabar toda la información disponible y desglosarla, a imponer un poco de orden en medio del caos. Esta vez estoy solo y despistado.

Quizá no sea nada más que un mensajero que me trae información que ni siquiera entiende y al que no podré preguntar nada porque no tendrá nada que ofrecerme. Si es así, me han dado una imagen falsa de él, claro que tampoco puedo fiarme mucho de la fuente, esa chica conocida como Nina.

A lo mejor es un asesino. Todo esto podría ser una estratagema para que me quede solo y en una posición vulnerable. En ese caso, mi hija se quedará huérfana de padre y madre. Y yo habré mancillado el cargo de presidente por haberme dejado arrastrar a un encuentro secreto con una excusa simplona.

Pero tenía que arriesgarme, todo por esas dos palabras: «Edad Media».

Se vuelve y me mira de cerca por primera vez, al hombre que supone que es el presidente Duncan, pero que, con barba, gafas y gorra de béisbol rojas, no se parece mucho al comandante en jefe trajeado y bien afeitado que ve en los medios. Asiente discretamente a modo de aprobación y entiendo que lo que aprueba es que me haya disfrazado, no el disfraz en sí. Significa que le sigo el juego, por lo menos de momento. He accedido a reunirme en secreto con él. Ya he reconocido su importancia.

Era lo último que quería concederle, pero he tenido que hacerlo. Por lo que sé, este tipo podría ser la persona más peligrosa del planeta ahora mismo.

Miro alrededor. No hay nadie sentado al otro lado de ninguno de los dos, ni nadie justo detrás.

—Di las palabras —le pido.

Es joven, como su compañera, Nina; tendrá, como mucho, veintipocos años. Delgado, como ella. Por su complexión, deduzco que de Europa del Este, igual que ella. Es blanco, pero con la tez más oscura que la chica. Seguramente tiene algún ascendiente mediterráneo, quizá de Oriente Próximo, o africano. Con la barba larga y

descuidada y la mata de pelo enmarañado que le sale por debajo de la gorra, apenas se le ve la cara. Tiene los ojos bastante hundidos, como magullados, y la nariz larga y torcida, quizá por genética, quizá porque se la haya roto.

Viste camiseta negra lisa, pantalones militares oscuros y zapatillas de correr. No lleva encima ninguna bolsa, mochila o similar.

Tampoco lleva pistola, no habría pasado el control de seguridad, aunque hay muchas cosas que pueden transformarse en un arma. Se puede matar a alguien con las llaves de casa, con un trozo de madera, incluso con un bolígrafo si lo insertas con precisión quirúrgica en el cuerpo de la víctima. Durante mi instrucción como ranger, antes de que me enviaran a Irak, nos enseñaron cosas —técnicas de autodefensa, armas improvisadas...— que a mí jamás se me habrían ocurrido. Un ataque rápido con algo afilado en la carótida y me desangraría antes de que pudiera llegar ayuda médica.

Lo agarro del brazo, envolviendo por completo la extremidad huesuda con la mano.

—Di las palabras. ¡Ya!

Mi reacción lo sobresalta. Me mira la mano con la que le agarro el bíceps, luego de nuevo a la cara. Lo he sobresaltado, pero, y tomo buena nota de ello, no le he asustado.

—Hijo —le digo, recordándome que debo controlar mi expresión facial y el volumen de mi voz—, esto no es un juego. No tienes ni idea de con quién te estás metiendo. No tienes ni idea de lo mucho que se te ha ido de las manos.

Ojalá yo estuviera en una posición tan privilegiada como le quiero hacer creer.

Entorna los ojos antes de decidirse a hablar.

—¿Qué palabras quiere que diga? ¿Armagedón? ¿Holocausto nuclear?

El mismo acento que ella, aunque su dominio del idioma parece mayor.

—Última oportunidad —le digo—. No te va a gustar lo que venga después.

Deja de mirarme a los ojos.

—Lo dice como si fuese yo quien quiere algo de usted, cuando es usted quien quiere algo de mí.

Lo último que ha dicho es indiscutible, mi presencia aquí lo confirma, pero lo otro también es cierto. Ignoro qué es lo que tiene que decirme. Si no es más que información, tendrá un precio. Si es para transmitirme una amenaza, querrá una recompensa. No ha pasado por todo esto para nada. También yo tengo algo que él quiere, sólo que no sé lo que es.

Le suelto el brazo.

—No conseguirás salir del estadio —digo, levantándome del asiento.

—«Edad Media» —masculla furioso, como si soltara una maldición.

En el campo, Rendon pica una bola alta que el paracorto tiene que agarrar y lanzar a la carrera para ponerlo *out* en la primera base.

Vuelvo a sentarme en mi sitio. Tomo aire.

—¿Cómo te llamo? —le pregunto.

—Puede llamarme... Augie.

El desafío, el sarcasmo han desaparecido. Una pequeña victoria para mí. Seguramente sus cartas son mejores que las mías, pero él es un niño y yo me gano la vida jugando al póquer.

—¿Y cómo... lo llamo yo a usted? —dice en poco más que un susurro.

—Llámame «señor presidente». —Paso el brazo por el respaldo de su asiento como si fuésemos viejos amigos o familia—. Esto es lo que vamos a hacer —prosigo—: me vas a decir cómo conoces esas palabras, me vas a contar lo que hayas venido a contarme y luego yo voy a decidir qué hacer. Si conseguimos ponernos de acuerdo, si me satisface nuestra conversación, podrías salir ganando, Augie. —Le concedo un momento para que lo digiera, la luz al final del túnel para él. Tiene que haber una en toda negociación—. Pero, si no me satisface —añado—, os haré lo que haga falta a ti, a tu novia y a cualquier persona que te importe en este mundo para proteger a mi país. No hay nada que yo no pueda hacer. Ni hay nada que no esté dispuesto a hacer.

Esboza una sonrisa socarrona. Hay odio en esa expresión, no cabe duda; me odia a mí y todo lo que represento. Pero también está asustado. Hasta la fecha ha tratado conmigo de lejos, sirviéndose de su compañera para contactar con mi hija en el extranjero, usando remotamente su tecnología, pero ahora está aquí, en persona, con el presidente de Estados Unidos. Se ha pasado de la raya.

Se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas en un intento de apartarse de mí. Bien. Está nervioso.

—Quiere saber cómo sé lo de «Edad Media» —dice con voz menos segura, temblorosa—. A lo mejor también le gustaría saber por qué el suministro eléctrico de la Casa Blanca no para de fallar...

Procuro no exteriorizar mi reacción a sus palabras. Insinúa que es responsable del parpadeo de las luces de la residencia presidencial. ¿Un farol? Trato de recordar si Nina las vio parpadear mientras estuvo allí.

—Tiene que ser molesto —prosigue— estar trabajando en asuntos de seguridad nacional, en cuestiones económicas y en maquinaciones políticas en su Despacho Oval y que las luces parpadeen como si viviera en una chabola de un país tercermundista. —Suspira—. Sus técnicos no tienen ni idea de a qué se debe, ¿verdad? Claro que no —dice, recuperando la confianza.

—Dispones de dos minutos, niño. A partir de ya. Si no hablas conmigo, hablarás con colaboradores míos que no son tan amables.

Menea la cabeza, aunque no sé bien a quién quiere engañar, si a mí o a sí mismo.

—No, ha venido solo —dice esperanzado, no convencido.

—¿Eso crees?

El público grita al ver que el bate golpea la bola; alrededor, todos se levantan y vitorean, pero se desinflan cuando la bola larga vira hacia territorio *foul*. Augie no se mueve, sigue inclinado, mirando el respaldo del asiento de delante.

—Un minuto y treinta segundos —digo.

En el partido, el bateador recibe el tercer *strike* cantado, un lanzamiento deslizante que apenas roza la esquina de la zona de *strike*, y el público brama y abuchea.

Me miro el reloj.

—Un minuto —señalo—. Y después tu vida se acabó.

Augie se echa hacia atrás para mirarme de nuevo. Yo sigo mirando al campo, no me molesto en corresponderle.

Pero, al final, me vuelvo hacia él, como si ya estuviera preparado para oír lo que tenga que decirme. Su expresión ha cambiado: ahora es intensa y fría.

Esconde una pistola en el regazo y me está apuntando con ella.

—¿Mi vida se acabó? —pregunta.

Me centro en Augie, no en el arma.

La oculta en el regazo, a salvo de las miradas de otras personas. Ahora entiendo por qué los asientos de los lados están vacíos, como los cuatro de detrás y los cuatro de delante: Augie los ha comprado todos para que tengamos algo de intimidad.

Por lo cuadrado del bulto, deduzco que es una Glock, un arma que nunca he usado, pero una 9 mm en cualquier caso, capaz de dispararme una bala a corta distancia.

Hace un tiempo habría tenido alguna posibilidad de desarmarlo sin sufrir un disparo mortal, pero mi época de ranger ya pasó. Ahora tengo cincuenta años y estoy oxidado.

No es, ni mucho menos, la primera vez que me apuntan con un arma. Siendo prisionero de guerra, un guardia iraquí me ponía una pistola en la sien todos los días y apretaba el gatillo.

Pero ésta es la primera en mucho tiempo y la primera como presidente.

Con el corazón desbocado, lo medito: ya habría disparado si pensara matarme. No tenía que esperar a que lo mirara. Quería que viese el arma. Se proponía alterarme.

Espero estar en lo cierto. No parece muy experimentado en el manejo de armas de fuego. Estoy a un tic nervioso de que me meta una bala en las costillas.

—Has venido aquí por algo —le digo—, así que guarda esa arma y dime qué es. Frunce los labios.

—A lo mejor me siento más seguro así.

Me inclino hacia delante, bajo la voz.

—Esa arma te resta seguridad. Pone nerviosos a los míos. Hace que quieran pegarte un tiro en la cabeza ahora mismo, mientras estás ahí sentado.

Pestañea sin parar, mueve los ojos a todos lados, le cuesta controlarse. La idea de que alguien te apunte con un rifle de gran potencia puede resultar perturbadora.

—Tú no los ves, Augie, pero te aseguro que ellos a ti sí.

Me estoy arriesgando mucho. Quizá no sea lo más acertado acojonar a un tipo que tiene un dedo puesto en el gatillo del arma con la que te apunta, pero necesito que guarde la pistola, y voy a seguir haciéndole creer que no se enfrenta a un solo hombre, sino a un país, uno de fuerza abrumadora, aptitudes sobrecogedoras y recursos que él no alcanza a imaginar.

—Nadie quiere hacerte daño, pero, si disparas, habrás muerto en dos segundos.

—No —insiste—, ha venido sol... —se interrumpe.

—¿Qué, que he venido solo? No lo creerás de verdad, ¿no? Eres demasiado listo para pensar eso. Así que guarda el arma y dime qué quieres. Si no, me voy.

Se mueve el arma en su regazo. Vuelve a entornar los ojos.

—Si se va, no podrá impedir lo que va a ocurrir —amenaza.

—Y tú jamás conseguirás lo que sea que quieres de mí.

Se lo piensa. Es lo más inteligente que puede hacer, dadas las circunstancias, pero quiere que parezca idea suya, no mía. Por fin, asiente con la cabeza y se sube la pernera del pantalón para guardarse la pistola en la cartuchera.

—¿Cómo demonios has conseguido pasar esa pistola por el detector de metales?

Se baja la pernera del pantalón, tan aliviado como yo.

—Una máquina rudimentaria sólo sabe lo que le dicen que sepa —afirma—. No piensa por su cuenta. Si le dicen que no ve nada, no ve nada. Si le dicen que cierre los ojos, cierra los ojos. Las máquinas no preguntan por qué.

Pienso en el detector de metales por el que he pasado. No había rayos X como en los de los aeropuertos. Era sólo un arco que pitaba o no pitaba, mientras el guardia de seguridad esperaba el pitido.

Lo ha trabado de algún modo. Lo ha desactivado mientras pasaba.

Ha pirateado el sistema eléctrico del 1600 de Pennsylvania Avenue.

Ha hecho caer un helicóptero en Dubái.

Y sabía lo de «Edad Media».

—Aquí estoy, Augie —digo—. Ya tienes tu reunión. Dime cómo sabes lo de «Edad Media». —Enarca las cejas. Casi sonrío. Conseguir esas palabras en clave es todo un logro, y lo sabe—. ¿Has pirateado algo? —pregunto—. O...

Ahora sí que sonrío.

—Es ese «O...» lo que le preocupa. Le preocupa tanto que ni se atreve a decirlo. —No se lo discuto. Tiene razón—. Porque, si no hubiera podido robarlo remotamente, sólo hay otra forma de conseguirlo y usted sabe lo que eso significa.

Si no ha sabido lo de «Edad Media» por un pirateo, que ignoro cómo ha podido ejecutar, se lo ha dicho alguien, y la lista de personas con acceso a «Edad Media» es muy muy corta.

—Por eso ha accedido a reunirse conmigo. Tiene claro lo que implica —dice.

Asiento con la cabeza.

—Implica que hay un traidor en la Casa Blanca —digo.

La gente que nos rodea vitorea de pronto. Suena un órgano. Los Nationals salen corriendo del campo. Alguien se dirige al pasillo cruzando por delante de nosotros. Envidio a esa persona cuya mayor preocupación en estos momentos es hacer pis o acercarse al bar a por unos nachos.

Me suena el teléfono. Hago ademán de sacarlo, pero caigo en la cuenta de que un movimiento brusco podría alarmarlo.

—El móvil —le explico—. Sólo es el móvil. Voy a mirar quién es.

Augie frunce el ceño.

—¿De qué va?

—Es mi jefa de gabinete. Quiere saber si estoy bien. Nada más.

Se aparta, receloso. Pero no espero a que me dé permiso. Si no contesto a Carolyn, se imaginará lo peor. Y habrá consecuencias. Abriré la carta que le he dado.

El mensaje de texto es de C Brock. De nuevo, sólo un número, esta vez 4.

Tecleo Stewart y lo mando.

Guardo el teléfono y digo:

—Cuéntame: ¿cómo has sabido lo de «Edad Media»?

Niega con la cabeza. No va a ser tan fácil. Su compañera no ha querido facilitarme esa información y él tampoco lo va a hacer. Aún no. Forma parte de su ventaja. Quizá sea la única.

—Necesito saberlo —digo.

—No, no lo *necesita*. Quiere saberlo. Lo que de verdad *necesita* saber es más importante.

Cuesta imaginar algo más importante que saber si alguno de mis colaboradores ha traicionado a nuestro país.

—Pues dime lo que necesito saber.

—Su país no sobrevivirá —dice.

—¿Qué significa eso? —pregunto—. ¿Cómo?

Se encoge de hombros.

—Bien pensado, es algo sencillamente inevitable. ¿O cree que pueden impedir eternamente una explosión nuclear en Estados Unidos? ¿Ha leído *Cántico por Leibowitz*? —Niego con la cabeza mientras registro mi banco de memoria. Me suena de las clases de inglés del instituto—. ¿O *El cuarto cambio*? Un ensayo fascinante sobre la... naturaleza cíclica de la historia. La humanidad es predecible. Los

gobiernos maltratan a los ciudadanos, de sus países y de los otros. Lo han hecho siempre y siempre lo harán. Y el pueblo se rebela. Acción y reacción. Así es como ha progresado la historia y así es como lo hará siempre.

»Ah, pero ahora... —dice, agitando un dedo— ahora la tecnología permite incluso a un solo hombre causar la destrucción total. Eso cambia los esquemas, ¿verdad? La destrucción mutua garantizada ha dejado de ser un elemento disuasorio. Ya no es necesario reclutar a miles o millones para su causa. No hace falta un ejército para asestar un golpe. Basta con un solo hombre dispuesto a acabar con todo, a morir si es necesario, y que sea susceptible de coacción o de negociación.

En el cielo, estallan los primeros sonidos de esos nubarrones negros. Truenos pero sin relámpagos. No llueve aún. Ya han encendido las luces del estadio, así que no se nota mucho que el cielo se oscurece.

Me inclino hacia él, lo miro a los ojos.

—¿Me estás dando una lección de historia? ¿O me estás diciendo que va a ocurrir algo de forma inminente?

Pestañea. Traga saliva y la nuez le sube y le baja.

—Va a ocurrir algo de forma inminente —confirma, y le cambia la voz.

—¿Cómo de inminente?

—En cuestión de horas —dice.

Se me hiela la sangre.

—¿De qué estamos hablando exactamente? —pregunto.

—Ya lo sabe.

Claro que lo sé. Pero quiero oírsele decir. No le voy a regalar nada.

—Dime —le ordeno.

—El virus —explica—. El que usted vio un instante —chasca los dedos— antes de que desapareciera. La razón de su llamada a Sulimán Cindoruk. El virus que no ha sido capaz de localizar. El que tiene desconcertado a su equipo de expertos. El que a usted le da pánico. El que no podrá parar sin nosotros.

Echo un vistazo alrededor, busco a alguien que nos observe. Nadie.

—¿Los Hijos de la Yihad están detrás de esto? —susurro—. ¿Sulimán Cindoruk?

—Sí. Estaba usted en lo cierto.

Trago saliva para deshacer el nudo que se me está formando en la garganta.

—¿Y qué quiere?

Me mira extrañado, de pronto confundido.

—¿«Qué quiere»?

—Sí —digo—. Sulimán Cindoruk. ¿Qué quiere?

—Eso no lo sé.

—¿No lo s...?

Me recuesto en el asiento. ¿Qué sentido tiene pedir un rescate si no sabes lo que estás pidiendo? Dinero, la liberación de un preso, un perdón, un cambio de política exterior..., algo. Ha venido aquí a amenazarme, a conseguir algo, ¿pero no sabe el qué?

A lo mejor su misión consiste en personificar la amenaza y otro, más adelante, planteará sus exigencias. Posible, pero se me hace raro.

Entonces caigo en la cuenta. Siempre ha sido una probabilidad, pero al contemplar los posibles escenarios de esta noche, no la he tenido muy en cuenta.

—No has venido aquí en representación de Sulimán Cindoruk —le digo.

Se encoge de hombros.

—Mis intereses ya no coinciden con los de Sulimán, eso es cierto.

—Pero coincidieron en algún momento. Eras miembro de los Hijos de la Yihad.

Sonríe perverso, enseñando los dientes, se sonroja, se le enciende la mirada.

—Lo era —dice—. Pero ya no.

Su rabia, esa respuesta emocional, de resentimiento hacia los Hijos de la Yihad o hacia su líder, por una lucha de poder, quizá, es algo que me guardo para más adelante, algo que podría venirme bien.

Se oye el chasquido del bate al golpear la pelota. El público se levanta, vitorea. Suena música por los altavoces. Alguien ha hecho un *home run*. Ahora mismo me siento a años luz del partido que se está jugando.

—¡Pues dime qué quieres tú! —le pido desesperado.

—Aún no —responde con su acento del Este, meneando la cabeza.

Me caen en las manos abiertas las primeras gotas de lluvia. Menuda, esporádica, un sirimiri por el que el público protesta, pero sin moverse, sin correr a resguardarse.

—Vámonos ya —ordena Augie.

—¿«Vámonos»?

—Sí, vámonos.

Siento un escalofrío, aunque presentía que esta reunión terminaría trasladándose a otro sitio. No es seguro, pero tampoco este encuentro lo es. Nada de esto es seguro.

—De acuerdo —digo, y me levanto del asiento.

—El móvil —observa—. Llévelo en la mano.

Lo miro intrigado.

Se levanta también y hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Enseguida entenderá por qué —dice.

«Respira. Relájate. Apunta. Aprieta.»

Bach está tirada en el suelo de la azotea, tranquila, respirando despacio, controlando por la mira telescópica del rifle el estadio, la puerta del jardín izquierdo. Recuerda entonces las palabras de Ranko, su primer instructor, con el mondadientes sobresaliéndole por la comisura del labio, el pelo áspero de un rojo intenso, como el de un espantapájaros que hubiera ardido, según él mismo lo describía.

«Alinéate con el arma. Piensa que el rifle es una prolongación de tu cuerpo. Apunta con el cuerpo, no con el arma.»

«Debes mantenerte firme.»

«Elige un blanco, no un objetivo.»

«Aprieta el gatillo hasta el fondo. El dedo índice es independiente del resto de la mano.»

«¡No, no..., has sacudido el arma! El resto de la mano no se mueve. No estás respirando. Respira con normalidad.»

«Respira. Relájate. Apunta. Aprieta.»

Le cae en el cuello la primera gota de lluvia. La lluvia podría precipitar los acontecimientos.

Se aparta del arma y mira por los prismáticos para ver qué hacen sus equipos.

El equipo 1 está al norte de la salida: tres hombres apiñados, hablando y riendo; en apariencia nada más que unos amigos que se han encontrado en la calle y conversan.

El equipo 2 está al sur de la salida, haciendo lo mismo.

Inmediatamente debajo de su atalaya, en la acera de enfrente del estadio, fuera de su vista, deberían estar los componentes del equipo 3, apiñados del mismo modo, listos para impedir cualquier huida en su dirección.

La salida estará cercada y los equipos preparados para acercarse sigilosamente al blanco como una boa constrictor.

«Se va de su sitio.»

Al oír esas palabras por el pinganillo, le da un vuelco el corazón y la adrenalina le riega el cuerpo entero.

Respira.

Relájate.

Todo se ralentiza. Despacio. Suave.

No saldrá tan perfecto como lo han planeado. Eso nunca ocurre. La mujer competitiva que lleva dentro prefiere que sea así, tener que improvisar algún ajuste de última hora.

—Se dirige a la salida —oye por el pinganillo.

—Equipos 1 y 2, adelante —dice—. Equipo 3, alerta.

—Equipo 1, recibido —responden.

—Equipo 2, recibido.

—Equipo 3, alerta.

Vuelve a acercar el ojo a la mira del rifle.

Respira.

Se relaja.

Apunta.

Rodea con el dedo el gatillo, lista para apretarlo.

Augie y yo nos dirigimos a la salida, la puerta del jardín izquierdo por la que he entrado. Llevo el móvil en la mano como me ha ordenado. En cuanto han caído las primeras gotas de lluvia, un puñado de personas ha decidido no acabar de ver el partido, pero la mayoría de los asistentes conserva la esperanza de que no diluvie, así que no abandona el campo una multitud en desbandada. Lo habría preferido, pero no depende de mí.

La compostura y la seguridad de Augie se han esfumado. A medida que nos acercamos a la salida, a lo que sea que viene después, se pone cada vez más nervioso, mira a todas partes, mueve los dedos sin propósito. Observa el teléfono, quizá para ver qué hora es o comprobar si tiene mensajes, pero no lo sé porque lo tapa con ambas manos.

Cruzamos la puerta del estadio. Se detiene cuando todavía estamos en el túnel de salida, ya fuera del campo, mirando a Capitol Street, pero aún al abrigo de los muros del recinto. Salir del estadio es importante para él. Debe de sentirse seguro entre la gente.

Miro al cielo, completamente negro ya, y me cae una gota de lluvia en la mejilla. Augie inspira hondo y asiente con la cabeza.

—Ahora —dice.

Sale despacio a la calle. Hay gente por la zona, pero poca. A la derecha, al norte, veo aparcada una furgoneta grande y a un par de basureros sudorosos que descansan junto a ella, fumándose un pitillo bajo una farola. Al sur, a la izquierda, hay aparcado un coche patrulla de la policía metropolitana, sin nadie dentro, y justo detrás, a unos diez metros de nosotros, otra furgoneta.

Augie la escudriña, como si quisiera ver quién la conduce. Miro yo también. Cuesta distinguir los detalles, pero los rasgos son inconfundibles: el contorno esquelético de sus hombros, las facciones angulosas... Es su compañera, Nina, la chica de Princeton.

A modo de confirmación, ella le da a las largas dos veces, luego apaga las luces por completo.

Augie mira el móvil, que se ilumina cuando toca la pantalla, después se detiene, levanta la vista y espera.

Por un instante, se queda quieto. Todo está quieto.

«Una señal —me digo—. Algo está a punto de ocurrir.»

Mi último pensamiento antes de que se haga la oscuridad.

—Yo, Katherine Emerson Brandt, juro solemnemente que ejerceré con honor el cargo de presidenta de Estados Unidos y que haré cuanto esté en mi mano por preservar, proteger y defender nuestra Constitución.

Kathy Brandt se arregla la chaqueta y asiente ante el espejo del baño de las estancias privadas de la vicepresidencia.

No ha sido fácil ser vicepresidenta, aunque sabe de muchos que ocuparían con gusto su puesto, pero ¿cuántos vieron truncado su sueño de ocupar la presidencia por un héroe de guerra de aspecto rudo y agudo sentido del humor cuando estaban a punto de hacerlo realidad?

La noche del Supermartes, cuando Texas y Georgia apoyaron a Duncan en el último momento, se juró que no haría concesiones, que no lo respaldaría, que —y que Dios la asistiera— no se sumaría a su programa electoral.

Y luego hizo todas esas cosas.

Y ahora es un parásito que vive de su anfitrión. Si él se equivoca, ella también y, para colmo, tiene que defender sus errores como propios. Y si no lo hace, si se aparta y censura al presidente, es desleal. Los críticos la meterán en el mismo saco que a Duncan de todas formas y quienes la apoyan la abandonarán por no estar al lado del presidente.

Ha sido un baile difícil.

—Yo, Katherine Emerson Brandt, juro solemnemente...

Le suena el teléfono. Instintivamente alarga la mano al que está en la encimera del lavabo, el de trabajo, aunque sabe que es el tono del otro, de su móvil personal.

Entra en el dormitorio y lo coge de la mesilla de noche. Comprueba el número. La recorre un escalofrío.

«Vamos allá», se dice mientras atiende la llamada.

Oscuridad, sólo oscuridad.

Treinta mil personas braman al unísono en el estadio, a mi espalda, mientras todo se sume en la oscuridad: las farolas, los edificios, los semáforos, no hay luz en manzanas a la redonda. Los faros de los vehículos que desfilan por Capitol Street son halos de luz pasajeros, focos que barren un escenario, y las pantallas de los móviles son como luciérnagas danzando en la negrura.

—Use el móvil —me dice Augie, histérico, pegándome en el brazo—. ¡Rápido!

Corremos a oscuras hacia la furgoneta de Nina, iluminándonos apenas el camino con los teléfonos.

Cuando se abre automáticamente la puerta corredera del vehículo, una luz ilumina el interior y quedan recortadas en la oscuridad las facciones de la chica de Princeton, su rostro anguloso de modelo esquelética, con el ceño fruncido de preocupación mientras agarra el volante. Parece que dice algo, probablemente que nos demos prisa...

Justo entonces revienta la ventanilla del conductor, le explota el lado izquierdo de la cara y el parabrisas se impregna de sangre, tejidos y masa gris.

Como el cinturón de seguridad la retiene, se le descuelga a la derecha la cabeza, con los labios a media frase, los ojos de cervatillo mirando al horizonte junto al cráter ensangrentado de la izquierda del cráneo. Una niña inocente, asustada, que de pronto y por la fuerza deja de estarlo y queda en paz...

«Si te sorprende el fuego enemigo, tírate al suelo o agáchate hasta que cese.»

—¡No, no, no! —aúlla Augie.

Augie.

Me centro de golpe, lo agarro por los hombros, lo tiro al suelo, contra el coche patrulla aparcado delante de la furgoneta, y aterrizo encima de él en la acera. En la calzada estalla una batería de explosiones diminutas cuyos proyectiles cortan furiosos el aire. Estallan las ventanillas del coche patrulla y nos llueven los cristales. Los muros del estadio nos escupen piedras y polvo.

El martilleo de mi cabeza y el estrépito de mi corazón desbocado ahogan el caos de gritos y chillidos, de frenazos, de bocinazos. El vehículo policial se desploma como consecuencia de la incesante cortina de fuego.

Obligo a Augie a quedarse pegado al suelo y gateo hasta la pernera de su pantalón en busca del arma que lleva enfundada en el tobillo. En medio del subidón de adrenalina, percibo ese fuerte latido sordo entre los oídos, siempre presente en combate. Algo que nunca abandona a un veterano.

La Glock es bastante más ligera que la Beretta con la que me entrenaron, tiene mejor agarre y dicen que es más precisa, pero las armas son como los coches: aunque todos llevan luces, llave de contacto y limpiaparabrisas, se tarda unos segundos en controlarlos cuando no se está familiarizado con ellos. Así que pierdo unos instantes muy valiosos en cogerle el tranquillo antes de estar listo para apuntar y disparar.

Por el sur, la luz del lateral de la furgoneta ilumina la acera. Desde la penumbra, veo de pronto a tres hombres que corren hacia nosotros. Uno de ellos, grande y musculoso, encabeza el grupo y se dirige a donde estoy, hacia la furgoneta, sujetando entre ambas manos un arma con la que apunta al suelo.

Disparo dos veces, al centro de gravedad. Se tambalea y cae hacia delante. No veo que los otros dos se han ocultado en la oscuridad. ¿Dónde están? ¿Cuántos disparos me quedan? ¿Vienen más por el otro lado? ¿Este cargador es de diez balas? ¿Dónde se han metido los que venían por el sur?

Me vuelvo hacia la izquierda cuando dos balas atraviesan el coche patrulla, pum-pum, y envuelvo con mi cuerpo el de Augie. Giro la cabeza a la izquierda, a la derecha, a la izquierda, escudriñando en la oscuridad, y estallan más disparos en la acera, cerca de nosotros. El francotirador está probando todos los ángulos para ver si nos alcanza, pero no puede. Mientras sigamos agazapados detrás del coche patrulla, esté donde esté, no acertará. Pero si seguimos agazapados, somos un blanco fácil.

Augie trata de incorporarse.

—Hay que correr, hay que correr...

—¡No te muevas! —le grito, empujándolo, pegándolo al suelo—. Si corremos, moriremos.

Se queda quieto. Yo hago lo mismo, al abrigo de la oscuridad. Se oye ruido procedente del estadio, un caos general por el apagón, frenazos, bocinazos, pero ya no hay balas que acribillen el vehículo policial.

Ni la acera.

Ni los muros del estadio, enfrente.

El francotirador ha dejado de disparar. Ha dejado de disparar porque...

Me vuelvo hacia mis cuatro en punto y, a la luz de la furgoneta, veo a un hombre que la rodea por el lado del conductor, apuntando con un arma. Aprieto el gatillo una, dos, tres veces en el preciso instante en que se ilumina también el cañón de su arma, y las balas rebotan en el capó del coche patrulla en un intercambio de disparos, pero yo tengo ventaja porque estoy agazapado en la oscuridad y él está a la luz.

Me aventuro a asomarme por encima del capó. El pulso me sacude el cuerpo entero como un seísmo. No hay rastro del asaltante, ni del tercer miembro del equipo del extremo sur.

Oigo frenazos bruscos, hombres que gritan, voces que conozco, palabras que me suenan familiares...

—¡Servicio secreto! ¡Servicio secreto!

Bajo el arma y los tengo encima de mí, rodeándome, apuntando con las armas automáticas en todas direcciones mientras alguien me coge por las axilas y me levanta. Intento decirles «Francotirador», pero no estoy seguro de si me sale; lo estoy pensando, pero no puedo hablar, y oigo gritos de «¡Vamos, vamos, vamos!» y me llevan en volandas a un vehículo que espera, cubierto por todas partes por personas entrenadas para sacrificar su vida por mí.

De pronto, una luz cegadora, un fuerte murmullo y todo se ilumina como si tuviese un foco apuntándome a la cara. Se restablece el suministro eléctrico alrededor.

Me oigo decir «Augie» y «Traedlo», luego se cierra la puerta y estoy tirado en el coche, y «¡Vamos, vamos, vamos!» y el vehículo sale disparado por terreno irregular, la mediana plantada de hierba de Capitol Street.

—¿Le han dado? ¿Le han dado?

Alex Trimble me palpa el cuerpo con desesperación, en busca de alguna herida.

—No —respondo, pero no se fía de mí y me inspecciona el torso y el pecho y me obliga a ponerme de lado para mirarme la espalda, el cuello, la cabeza, las piernas.

—¡No le han disparado! —grita.

—Augie —balbuceo—. El... chico.

—Lo tenemos, señor presidente. Va en el vehículo de detrás.

—Y la chica a la que han disparado..., cogedla también.

Suspira, mira por la ventanilla que tiene a la espalda, menos acelerado.

—Ya se encarga la policía metropolitana...

—No, Alex, no —digo—. La chica... está muerta... Conseguid la custodia... Me da igual lo que os tengáis que inventar...

—Sí, señor.

Alex le grita al conductor. Yo trato de procesar lo que acaba de ocurrir. Los puntos están ahí, dispersos como estrellas en el firmamento, pero no logro unirlos, ahora mismo no.

Suena mi móvil. Veo que está en el suelo del asiento de atrás. Carolyn. Sólo puede ser Carolyn.

—Necesito... el móvil —le pido a Alex.

Alarga el brazo, lo coge y me lo pone en la mano aún temblorosa. El número del mensaje de Carolyn es 1. Tengo las ideas demasiado revueltas ahora mismo para recordar el nombre de mi profesora de primaria. Me viene a la mente su cara. Larga, de nariz aguileña...

Tengo que recordarlo. Tengo que contestar. Si no...

Richards. No, Richardson, la señora Richardson.

Se me cae el móvil de la mano. Tiemblo tanto que no puedo sostenerlo, no puedo teclear el mensaje. Le digo a Alex lo que tengo que escribir y lo hace por mí.

—Quiero ir en el mismo coche que Augie, el... chico con el que estaba.

—Vamos todos a la Casa Blanca, señor presidente, y allí podemos...

—No —digo—. No.

—¿No, qué, señor?

—Que no volvemos a la Casa Blanca —contesto.

No paramos hasta que entramos en la autopista, entonces le ordeno a Alex que tome una salida. La tormenta ha estallado por fin, una cortina de agua azota el parabrisas y los limpias se deslizan rápidamente de un lado a otro, con una premura que armoniza con el ritmo frenético de mi corazón.

Alex Trimble vocea a alguien al teléfono, pero sin quitarme el ojo de encima para asegurarse de que no entro en shock. «En shock» no es la expresión correcta. La adrenalina me inunda el organismo al reproducir mentalmente lo sucedido, remite cuando caigo en la cuenta de que estoy a salvo en este todoterreno blindado y después vuelve a recorrerme el cuerpo entero, con mayor virulencia, como en pleamar.

«Mientras no esté muerto, estoy vivo.» Era lo que me repetía sin parar cuando fui prisionero de guerra; cuando los días se volvían noches en mi celda sin ventanas; cuando me envolvían la cara con una toalla y me echaban agua encima; cuando me azuzaban a los perros; cuando me vendaban los ojos, entonaban un cántico y me ponían una pistola en la sien.

No estoy vivo por los pelos. Estoy vivo a secas, punto, y más que nunca la euforia me electriza y todos los sentidos se me avivan: el olor de los asientos de piel, el sabor de la bilis en la boca, la sensación de que el sudor me resbala por la cara...

—No puedo contarte más que eso —le dice Alex al teléfono a alguien de la policía, aprovechándose de su mayor rango, o intentándolo.

No será fácil. Hay mucho que explicar. Capitol Street debe de parecer un pequeño campo de batalla: la acera acribillada, uno de los muros del Nationals Park destrozado, un coche patrulla cosido a balas, cristales rotos por todas partes... Y cadáveres, por lo menos tres: el tipo corpulento que ha venido corriendo hacia mí, el otro miembro de su equipo que ha querido sorprendernos rodeando con sigilo la furgoneta y Nina.

Agarro a Alex por el brazo, recio, fibroso. Se vuelve hacia mí y dice al teléfono:

—Luego te llamo. —Y cuelga.

—¿Cuántos muertos? —pregunto, temiéndome lo peor, que personas inocentes se hayan visto envueltas en las ráfagas de disparos del francotirador o de su equipo de seguimiento a pie de calle.

—Sólo la chica de la furgoneta, señor.

—¿Y los hombres? Había dos.

Niega con la cabeza.

—Han desaparecido, señor. Quien estuviera con ellos se los ha llevado. Ha sido un ataque muy bien coordinado.

No cabe duda: un francotirador y, por lo menos, un equipo a pie de calle.

Aun así, sigo vivo.

—Nos hemos llevado a la chica del lugar de los hechos, señor. Les hemos dicho que se trataba de una investigación del servicio secreto, de un caso de falsificaciones.

Muy listos. Cuesta creer que la investigación de un caso de falsificaciones termine en un tiroteo sangriento a la entrada de un estadio de fútbol, pero Alex no tenía otras cartas que jugar.

—Supongo que es mejor que decir que el presidente se había escapado a un partido de béisbol y alguien ha intentado asesinarlo.

—Yo he pensado lo mismo, señor —dice Alex inmutable.

Lo miro a los ojos. Me está regañando. Me está diciendo, sin decírmelo, que éste es el tipo de complicaciones que surgen cuando el presidente se deshace de su seguridad.

—El apagón ha ayudado —añade, dejando que me vaya de rositas—. Y el ruido del estadio también. Menudo pandemonio. Y ahora llueve a mares, así que treinta o cuarenta mil personas están saliendo a toda prisa del campo mientras la policía intenta averiguar qué demonios ha pasado y el agua borra casi todas las posibles pruebas forenses.

Tiene razón. El caos, en este caso, es bueno. Los medios se van a volcar en esto, pero casi todo ha ocurrido durante el apagón y el Tesoro lo tatará con la excusa de que se trata de una investigación oficial. ¿Funcionará? Más vale.

—Me has seguido —le digo.

Se encoge de hombros.

—No exactamente, señor. Cuando vino esa chica a la Casa Blanca tuvimos que registrarla.

—Escaneaste el sobre.

—Como de costumbre —contesta.

Claro. Y vio una entrada para el partido de esta noche en el Nationals Park. He estado tan disperso que ni se me ha ocurrido.

Alex me mira y me ofrece la posibilidad de reprenderlo, pero no voy a echarle una bronca al tío que acaba de salvarme la vida.

—Gracias, Alex —digo—. Pero no vuelvas a desobedecerme.

Ya hemos salido de la autopista y entramos lentamente en un espacio abierto, un aparcamiento inmenso, vacío a esta hora de la noche. Con la que está cayendo, casi no veo el otro coche. No veo casi nada.

—Tráeme a Augie —le pido.

—Es una amenaza, señor.

—No, no lo es.

Al menos no en el sentido en que él lo dice.

—Eso no lo sabe, señor. Puede que su cometido fuese sacarlo del estadio...

—Si yo fuera el objetivo, estaría muerto. Ese chico podría haberme matado. Además, el francotirador ha disparado a Nina primero. Supongo que el segundo blanco era Augie, no yo.

—Señor presidente, mi trabajo es dar por hecho que el objetivo es usted.

—Muy bien. Espósallo si quieres —sugiero—. Ponle una puñetera camisa de fuerza. Pero viene conmigo.

—Ya va esposado, señor. Está muy... disgustado. —Medita un instante—. Señor, sería preferible que yo lo siguiera en el otro coche. Necesito estar al tanto de lo que está ocurriendo en el estadio. La policía quiere explicaciones. —Y sólo él sabe cómo maquillar la situación. Sólo él sabría qué decir y qué no—. Jacobson irá con usted, señor.

—Bien —digo—. Pero tráeme a Augie.

Habla por el transmisor que lleva sujeto a la solapa. Al poco, abre con dificultad la puerta lateral del todoterreno mientras un viento huracanado sopla en el interior del vehículo y trae consigo una lluvia de la que no nos libramos ninguno.

Los agentes se reorganizan. Jacobson, el segundo de Alex, sube al coche un momento después. Es más pequeño que Alex, enjuto y fibroso, de una intensidad inalterable. Va empapado y, cuando se sienta a mi lado, me moja a mí con las gotas de lluvia que resbalan de su cortavientos.

—Señor presidente —dice, escueto como siempre pero mirando con cierta inquietud al exterior, listo para saltar.

Un segundo después, lo hace: se adelanta a recoger el paquete que le entrega el otro agente. La cabeza de Augie asoma por la puerta, luego el resto de su cuerpo cuando Jacobson lo empuja con violencia hacia uno de los asientos que tengo enfrente, en la parte de atrás. Va esposado, con las manos delante. La mata de pelo recio le cae, empapada, por la cara.

—Siéntate ahí y no te muevas, ¿entendido? —le vocea Jacobson—. ¿Entendido?

Augie forcejea en el asiento, tratando de zafarse del cinturón de seguridad con que lo ha sujetado el agente.

—Lo ha entendido —digo yo.

Jacobson se sienta a mi lado y se inclina hacia delante, apoyándose en los talones.

Los ojos de Augie, o lo que puedo ver de ellos a través del pelo que le cae hasta las mejillas, se encuentran por fin con los míos. Habrá llorado, aunque es imposible distinguirlo en ese rostro empapado de lluvia. Me mira rabioso, con cara de loco.

—¡Usted la ha matado! —espeta—. ¡Usted la ha matado!

—Augie, eso no tiene sentido —digo sereno, tratando de calmarlo con mi voz—. Éste era tu plan, no el mío.

La ira le deforma el rostro, le caen las lágrimas por las mejillas, balbucea y solloza. Podría ser un actor interpretando el papel de un enfermo psiquiátrico, repartiendo mamporros a diestro y siniestro mientras lo sujetan, gimiendo,

maldiciendo, llorando a gritos, sólo que su dolor es auténtico, no producto de una mente trastornada.

De nada sirve ahora lo que yo le diga. Necesita desahogarse primero.

El coche vuelve a ponerse en movimiento, rumbo a la autopista, a nuestro destino. Aún queda un largo trayecto para llegar allí.

Vamos en silencio un rato, mientras Augie, aún esposado, masculla palabras en inglés y en su lengua nativa alternativamente, hipa ruidosamente de pena y trata de respirar entre sollozos.

Aprovecho esos minutos para pensar en lo ocurrido, para aclararme las ideas. Me hago preguntas. ¿Por qué estoy vivo? ¿Por qué habrán matado a la chica primero? ¿Y quién ha enviado a esas personas?

Absorto en mis pensamientos, de pronto reparo en el silencio del vehículo. Augie me observa, espera a que me dé cuenta.

—¿Y cree... cree que lo voy a ayudar después de esto? —dice con la voz rota.

Bach sale discretamente por la puerta trasera del edificio, la gabardina abotonada hasta arriba, una bolsa al hombro, el rostro oculto por un paraguas sobre el que martillea la furiosa lluvia. Ya en la calle, escucha el aullido de las sirenas de la policía, coches patrulla que enfilan a la carrera la calle de al lado, Capitol Street, hacia el estadio.

Puede que Ranko, su primer mentor, aquel espantapájaros pelirrojo —el soldado serbio que se apiadó de ella después de lo que sus hombres le hicieron a su padre, que la tomó bajo su protección, y bajo su cuerpo—, le hubiera enseñado a disparar, pero nunca le enseñó técnicas de extracción. A un francotirador serbio no le hacían ninguna falta, no tenía que salir nunca del monte Trebević, donde disparaba a su antojo a ciudadanos y objetivos militares del bando contrario por igual mientras su ejército estrangulaba Sarajevo como si fuese una pitón.

No, ella tuvo que aprender por su cuenta técnicas de extracción, a planificar rutas de escape y a moverse con sigilo cuando salía a buscar comida por callejones oscuros o en los cubos de basura del mercado, esquivando minas, alerta por si había francotiradores y emboscadas, aguzando el oído para advertir la amenaza siempre presente del fuego de mortero o, por la noche, la cháchara ebria de soldados que estaban fuera de servicio y no respetaban ninguna regla cuando se topaban con jóvenes bosnias civiles en la calle.

Unas veces, cuando iba en busca de pan o arroz o leña, Bach era lo bastante rápida para mantenerse apartada de los soldados. Otras veces no.

—Tenemos dos tickets más —le informa una voz de hombre por el pinganillo.

Dos tickets: dos hombres heridos.

—¿Los puede llevar a casa? —pregunta ella.

—No tenemos tiempo —responde el hombre. Quiere decir que su estado es preocupante.

—Mejor en casa —contesta—. Nos vemos allí.

Ya deberían saber que la única alternativa es el punto de extracción. Se están dejando llevar por el pánico, están perdiendo el norte. Probablemente por la llegada del servicio secreto. O quizá el apagón, que Bach debe admitir que ha sido una maniobra táctica impresionante. Ella estaba preparada para cambiar al modo de visión nocturna, por supuesto, pero es evidente que eso ha afectado a los equipos a pie de calle.

Bach se quita el pinganillo y se lo guarda en el bolsillo derecho de la gabardina.

Luego mete la mano en el izquierdo y se introduce un pinganillo distinto en la oreja.

«La partida no ha terminado —informa—. Han ido al norte.»

—Han sido... los suyos —dice Augie, el pecho subiendo y bajando, los ojos tan hinchados y rojos de llorar que parece otro. Parece un chiquillo, exactamente lo que es.

—No han sido los míos los que han matado a tu amiga, Augie —digo yo, intentando mostrarme compasivo, pero también, sobre todo, tranquilo y sereno—. Quienquiera que la haya matado, también nos disparaba a nosotros. Gracias a los míos estamos sanos y salvos en este coche.

Eso no hace que deje de llorar. No sé cuál era exactamente la relación que tenía con Nina, pero está claro que lo que siente es más que sólo miedo. Fuera quien fuese, esa chica le importaba mucho.

Siento su pérdida, pero no tengo tiempo para lamentaciones. No puedo perder de vista el objetivo. Tengo a trescientos millones de personas que proteger. De manera que ahora mi única pregunta es cómo puedo sacar partido de sus emociones. Porque esto podría empeorar deprisa. Si es cierto lo que me dijo Nina en el Despacho Oval, ella y Augie tenían distinta información, distintas piezas del rompecabezas. Y ahora ella ha muerto. Si también pierdo a Augie —si se cierra en banda—, me quedaré sin nada.

El conductor, el agente Davis, guarda silencio, la vista centrada en la carretera, pues el mal tiempo hace que la conducción sea peligrosa. El agente Ontiveros, en el asiento de al lado, coge la radio del salpicadero y comunica algo en voz baja. Jacobson, junto a mí en la parte de atrás, se lleva un dedo al pinganillo, escuchando con atención mientras Alex Trimble le proporciona información desde el otro coche.

—Señor presidente —dice Jacobson—, hemos retirado la furgoneta que conducía la mujer, así que ambas están fuera del lugar de los hechos. Lo único que queda es una acera acribillada y un coche patrulla de la policía metropolitana del Distrito de Columbia cosido a tiros. Y un puñado de polis cabreados —añade.

Me inclino hacia Jacobson para que sólo me oiga él.

—Pongan bajo vigilancia el cuerpo de la mujer y la furgoneta. ¿Sabemos conservar un cadáver?

El agente asiente con energía.

—Daremos con el modo, señor.

—Y que esto no salga del servicio secreto.

—Entendido, señor.

—Ahora deme la llave de las esposas de Augie.

Jacobson se sorprende.

—¿Señor?

No lo repito. Un presidente no tiene por qué hacerlo. Me limito a mirarlo a los ojos.

Jacobson estuvo en las Fuerzas Especiales, igual que yo hace mucho tiempo, pero eso es todo cuanto tenemos en común. Su vehemencia no es tanto fruto de la disciplina o la dedicación al servicio como una forma de vida. Da la impresión de que no conoce otra. Es de los que se levantan por la mañana y hacen cien flexiones y abdominales. Es un soldado en busca de una guerra, un héroe en busca de un momento de heroísmo.

Me da la llave.

—Señor presidente, permítame que lo haga yo.

—No.

Le enseño la llave a Augie como enseñaría una mano cauta a un animal herido para indicarle que me voy a acercar. Aunque ahora hemos compartido una experiencia traumática, Augie sigue siendo un misterio para mí. Todo lo que sé es que en su día fue miembro de los Hijos de la Yihad, pero ya no. No sé por qué. No sé qué pretende sacar de esto. Sólo sé que está aquí por algún motivo. Nadie hace algo por nada.

Me muevo en el asiento hacia él, me llega su olor a ropa mojada y sudor y olor corporal. Me pongo de lado e introduzco la llave en las esposas.

—Augie —le digo al oído—. Sé que esa chica te importaba.

—La quería.

—Vale. Sé lo que es perder a alguien a quien quieres. Cuando perdí a mi mujer, tuve que seguir adelante como si no hubiera pasado nada. Y eso es lo que tenemos que hacer ahora mismo tú y yo. Tendrás tiempo más que de sobra para llorar su pérdida, pero no ahora. Acudiste a mí por un motivo. No sé cuál es ese motivo, pero debe de ser importante si te has tomado todas estas molestias y has corrido tanto riesgo. Antes has confiado en mí; confía ahora.

—He confiado en usted y ahora ella está muerta —musita.

—Y si no me ayudas ahora, ¿a quién estarás ayudando? Precisamente a los que la han matado —alego.

Escucho su respiración acelerada cuando me separo de él y vuelvo a mi asiento, las esposas colgando de un dedo.

Jacobson coge el cinturón de seguridad y me lo ofrece. Lo cojo y me lo abrocho. Desde luego estos tipos están en todo.

Augie se frota las muñecas y me mira con algo que no es odio. Curiosidad. Asombro. Sabe que lo que digo tiene sentido. Sabe que hemos estado a punto de morir los dos, que podría haber ordenado que lo encerraran, lo interrogaran, lo mataran incluso, pero en vez de eso he hecho lo que me ha pedido desde el principio.

—¿Adónde vamos? —pregunta, la voz desprovista de emoción.

—A un lugar privado —contesto mientras tomamos la carretera hacia el puente que cruza el Potomac, para pasar a Virginia—. A un lugar donde podamos estar a salvo.

—A salvo —repite Augie, mirando hacia otro lado.

—¿Qué es eso? —espeta Davis, el conductor—. Carril bici, a las dos...

—Pero ¿qué...?

Antes de que el agente Ontiveros pueda terminar la frase, algo golpea el centro del parabrisas con un estruendoso paf, envolviéndolo en la oscuridad. El vehículo culea mientras por la derecha nos llegan ráfagas de fuego, las balas acribillan el lado derecho de nuestro vehículo blindado. Clang, clang, clang.

—¡Sácanos de aquí! —grita Jacobson cuando choco contra él, mientras intenta coger su arma y nuestro coche gira descontrolado bajo fuego hostil en el puente de la Catorce, que la lluvia convierte en una pista de patinaje.

Bach ladea el paraguas para protegerse de la lluvia, el incesante viento lo tuerce y la obliga a caminar más despacio de lo que le gustaría.

Así llovía la primera vez que llegaron los soldados.

Recuerda el repiqueteo de la lluvia en el tejado. La casa a oscuras, porque en el barrio habían cortado la luz hacía semanas. El calor de la lumbre en la sala de estar. La ráfaga de aire frío que entró cuando la puerta se abrió de golpe, que en un primer momento le hizo pensar que había sido por causa de ese viento racheado. Luego los gritos de los soldados, los disparos, platos rotos en la cocina, las airadas protestas de su padre cuando lo sacaban a rastras. Fue la última vez que oyó su voz.

Cuando por fin llega al almacén, entra por la puerta de atrás y a continuación mete el paraguas, que deja abierto boca abajo en el suelo de hormigón. Oye a los hombres por la zona delantera del espacio abierto, donde se están ocupando de los heridos, gritándose, culpándose mutuamente en un idioma que no entiende.

Pero entiende el pánico en cualquier lengua.

Taconea con fuerza para que sepan que ha llegado. No ha querido avisar por si le tendían una emboscada —una cuestión de hábito—, pero tampoco le parece buena idea asustar a un grupo de hombres violentos y fuertemente armados.

Los hombres se vuelven al oír el eco de los tacones en los altos techos del almacén, dos de los nueve se llevan la mano al arma instintivamente y enseguida se relajan.

—Escapó —dice el jefe del equipo, el calvo, aún con la camiseta azul claro y los pantalones oscuros, cuando ella se acerca.

Los hombres se apartan, para que llegue hasta otros dos, que están recostados en cajas. Uno es el musculitos, el que no cae bien, los ojos apretados, haciendo una mueca de dolor y gimiendo, sin camiseta y con un vendaje improvisado con gasa y esparadrapo cerca del hombro derecho. Probablemente un disparo limpio con orificio de salida, imagina, mucho músculo y tejidos afectados pero ningún hueso.

El segundo, también sin camiseta, respira con dificultad, los ojos indiferentes, pálido, mientras otro hombre le presiona el lado izquierdo del pecho con un trapo ensangrentado.

—¿Dónde está el médico? —pregunta otro.

Ella no había elegido el equipo. Le aseguraron que estaba compuesto por algunos de los mejores hombres del mundo. Teniendo en cuenta que la habían contratado a ella y teniendo en cuenta lo que le pagaban, dio por sentado que no

repararían en gastos para hacerse con los nueve mejores para llevar a cabo esta parte de la misión.

Se saca la pistola del bolsillo de la gabardina. Con el silenciador ya acoplado, le dispara una bala en la sien al musculitos y al segundo le atraviesa la cabeza con otra.

Ahora sólo quedan siete de los nueve mejores hombres.

Los siete restantes retroceden, mudos de asombro con el rápido zum zum que ha acabado con la vida de dos de sus compañeros. Bach se percata de que ninguno hace ademán de coger un arma.

Los mira a los ojos uno por uno, zanjando de manera satisfactoria con cada uno de ellos la pregunta: «¿Hay-algún-problema?». Es imposible que estén sorprendidos. El de la herida en el pecho iba a morir de todas formas. El musculitos, de no tener infección, podría haber sobrevivido, pero había pasado de ser un activo a una carga. Los juegos a los que juegan son de suma cero. Y esta partida todavía no ha terminado.

El último hombre al que busca con la mirada es el calvo, el jefe del equipo.

—Deshágase de los cuerpos —ordena.

Él asiente.

—¿Sabe adónde tiene que ir?

Asiente de nuevo.

Se acerca a él.

—¿Alguna otra pregunta?

Sacude la cabeza, un rotundo no.

—Nos están atacando, repito, nos están atacando...

Nuestro todoterreno dando bandazos como un loco, las rápidas ráfagas procedentes de un lado del puente, las náuseas y la sensación de impotencia que provoca el hidroplaneo mientras el agente Davis hace un esfuerzo supremo por recuperar el control.

Los tres que ocupamos el asiento trasero nos vemos zarandeados como bolas de *pinball* humanas, retenidos por los cinturones de seguridad, Jacobson y yo chocamos entre nosotros y nos balanceamos de un lado al otro.

Un coche nos golpea por detrás y nuestro todoterreno empieza a dar vueltas entre el tráfico, luego otro golpe por la derecha, los faros a escasos centímetros de la cara de Jacobson, un impacto que noto en los dientes, en el cuello, cuando salgo despedido hacia la izquierda.

Todo gira, todo el mundo grita, las balas aporream el blindaje del vehículo, izquierda y derecha, norte y sur indistinguibles...

La parte posterior de nuestro coche golpea la barrera de hormigón y de pronto nos detenemos, damos media vuelta y nos encontramos en sentido contrario en el puente de la calle Catorce, hacia el norte, con un tráfico que se dirige al sur. El fuego procedente de armas automáticas ahora nos llega de la izquierda, incesante, algunas balas rebotan, otras se incrustan en el blindaje y el cristal.

—¡Busca una salida! —grita Jacobson. La máxima prioridad: hallar una vía de escape para el presidente y sacarlo de allí.

—Augie —musito. Está contra el cinturón de seguridad, consciente e ileso pero aturdido, intentando saber qué pasa, intentando coger aire.

Se me ocurre que desde este puente, en esta dirección, casi se puede ver la Casa Blanca. Hay montones de agentes y un equipo SWAT a tan sólo seis manzanas de distancia y sin embargo me sirven igual que si estuvieran en la otra punta del planeta.

El agente Davis jura en arameo mientras pugna por cambiar de marcha, cuando el retrovisor se despeja lo bastante para que podamos ver lo que hay delante, en dirección sur. Los disparos salen no sólo de la zona de peatones, sino también de nuestro vehículo de apoyo; Alex Trimble y su equipo están disparando a nuestros atacantes.

«¿Cómo vamos a salir? Estamos atrapados. Tendremos que echar a correr...»

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —chilla Jacobson con una cadencia practicada, sus movimientos limitados por el cinturón de seguridad pero con el arma automática lista.

Davis consigue dar marcha atrás sirviéndose de la pantalla del salpicadero, y cuando los neumáticos se adhieren al resbaladizo pavimento y salimos disparados hacia atrás y el tiroteo de delante es cada vez menos visible y finalmente desaparece por completo, vemos que otro vehículo de mayor tamaño que el nuestro invade nuestro carril.

Un camión, que se nos echa encima al doble de la velocidad que llevamos nosotros.

Continuamos deslizándonos marcha atrás a toda prisa, Davis intentando cobrar velocidad como buenamente puede, pero no tiene nada que hacer frente al camión que viene directo hacia nosotros y acorta distancias con rapidez. Me preparo para el impacto cuando lo único que se ve por el parabrisas es la rejilla del radiador del camión.

Davis, las manos a las nueve y las tres en el volante, gira a las nueve con la mano derecha y a las tres con la izquierda y el coche describe un giro en J evasivo. Me echo encima de Jacobson cuando la parte trasera culea a la derecha de nuevo, el coche ladeado en el carril por el que viene el camión, atravesado en el momento de la colisión.

La fuerza del impacto me deja sin respiración, hace que vea las estrellas y que una onda de choque me recorra el cuerpo. El radiador del camión se hunde en el asiento del copiloto, lanzando a Ontiveros contra el conductor, Davis, como si fuera una muñeca de trapo; la trasera del todoterreno vira sesenta grados a la derecha, pero la parte delantera sigue trabada, el blindaje aplastado y gemebundo. Un aire caliente y húmedo invade la parte de atrás mientras el todoterreno intenta desesperadamente seguir de una pieza.

Jacobson consigue bajar la ventanilla y disparar con su subfusil MP5 a la cabina del camión. El aire caliente y la lluvia nos azotan. Los vehículos, unidos, se detienen. Jacobson tirotea sin cesar, Alex y su equipo se acercan y disparan también al camión por las ventanillas de su coche.

«Hay que sacar a Augie.»

—Augie —digo, liberándome del cinturón de seguridad.

—¡No se mueva, señor presidente! —chilla Jacobson cuando el capó de nuestro todoterreno estalla en una bola de fuego anaranjada.

Augie, blanco de miedo, se quita también el cinturón. Abro la puerta izquierda, agarro a Augie por la muñeca y tiro de él.

—¡Mantente agachado! —exclamo mientras damos la vuelta al todoterreno por detrás protegiéndonos de la cabina del camión y echamos a correr hacia el coche de Alex bajo la lluvia torrencial, anulando cualquier ángulo que pudieran tener para dispararnos los de la cabina del camión, eso si sobreviven al implacable ataque de Jacobson.

—¡Señor presidente, métase en el coche! —vocifera Alex en medio del puente cuando nos aproximamos; para entonces, él y los otros dos agentes han salido del segundo SUV y acribillan el camión con los subfusiles.

Augie y yo corremos hasta el segundo vehículo. Tras él, en el puente se ha producido un choque en cadena, los coches miran hacia todas partes.

—¡Sube atrás! —le grito a Augie, la lluvia mojándome la cara. Me siento al volante, embrago y piso el acelerador.

La zona posterior del vehículo ha sufrido daños, pero el coche aún funciona lo suficiente para sacarnos de aquí. No me gusta dejar atrás a mis hombres. Va en contra de todo cuanto aprendí en el ejército. Pero no tengo armas, así que no puedo ayudar. Y estoy protegiendo lo más importante: Augie.

La inevitable segunda explosión se produce cuando cruzamos el puente rumbo a Virginia, con más preguntas que antes y ni una sola respuesta.

Pero de momento estamos vivos.

Las manos me tiemblan en el volante y tengo el corazón acelerado mientras miro por un parabrisas acribillado a balas y azotado por la lluvia, los limpias van y vienen furiosamente.

El sudor me corre por la cara y me arde el pecho. Me gustaría bajar la calefacción, pero tengo miedo de apartar los ojos de la carretera, miedo de parar el coche o incluso aminorar la marcha. Echo un vistazo por el espejo retrovisor sólo para comprobar si hay alguna señal de que me sigue algún vehículo. Hay algo roto en la trasera de este todoterreno, se oye un sonido metálico, un raspar contra una rueda, algún que otro tirón al conducir. No creo que aguante mucho.

—Augie —llamo—. ¡Augie!

Me sorprende la ira, la frustración en mi voz.

Mi misterioso acompañante está sentado atrás, pero no dice nada. Parece absolutamente traumatizado, abrumado, la vista clavada a lo lejos, la boca entreabierta dibujando una «o» pequeña, estremeciéndose con cada relámpago o cada bache de la carretera.

—Está muriendo gente, Augie. Será mejor que me cuentes lo que sabes, maldita sea, y que me lo cuentes ahora.

Pero ni siquiera sé aún si me puedo fiar de él. Desde que lo conocí, con sus crípticas referencias al armagedón en el estadio de béisbol, nos hemos pasado cada instante intentando seguir con vida. No sé si es amigo o enemigo, héroe o agente infiltrado.

Lo que está claro es que es importante. Supone una amenaza para alguien; de lo contrario, nada de esto estaría pasando. Cuanto más tratan de pararnos los pies, más aumenta su importancia.

—¡Augie! —grito—. ¡Maldita sea, muchacho, vuelve conmigo! Ni se te ocurra entrar en shock. Ahora mismo no tenemos tiempo para...

El teléfono me vibra en el bolsillo. Lo cojo con la mano derecha, pugnando por sacarlo del bolsillo antes de que salte el buzón de voz.

—Señor presidente, está bien —dice Carolyn Brock, el alivio reflejado con claridad en su voz—. ¿Era usted el que estaba en el puente de la calle Catorce?

No es de extrañar que ya lo sepa. Algo así sólo tardaría un minuto en llegar a la Casa Blanca, a un kilómetro y medio de distancia. La preocupación inmediata sería el terrorismo, un ataque perpetrado en la capital.

—Da orden de confinamiento en la Casa Blanca, Carrie —digo mientras sigo la carretera, las luces suspendidas de las farolas una mancha de color contra el mojado parabrisas—. Como medida de...

—Ya está dada, señor.

—Y ocúpate de que la...

—La vicepresidenta ya se encuentra a salvo en el centro de operaciones, señor.

Cojo aire. Dios, qué bien me va ahora mismo tener un puerto en la tormenta como Carolyn, que se anticipa a mis movimientos e incluso los mejora.

Le cuento, con la menor cantidad de palabras posible, procurando no irme por las ramas, intentando no alterarme, que sí, que me he visto implicado en lo que ha pasado en el puente, en lo que ha pasado en el Nationals Park.

—¿Está ahora mismo con el servicio secreto, señor?

—No. Estamos Augie y yo solos.

—¿Se llama Augie? ¿Y la chica...?

—La chica ha muerto.

—¿Ha muerto? ¿Qué ha pasado?

—En el estadio de béisbol. Alguien le disparó. Augie y yo logramos escapar. Escucha, tengo que salir de la carretera, Carrie. Me dirijo a la Casa Azul. Lo siento, pero no tengo elección.

—Claro, señor, claro.

—Y necesito a Greenfield al teléfono ahora mismo.

—Tiene el contacto en su móvil, señor, a menos que quiera que le pase yo la llamada.

Sí, es verdad. Carolyn le introdujo el número de Liz Greenfield en el teléfono.

—Lo tengo. Hablamos pronto —digo.

—Señor presidente, ¿está usted ahí? —Las palabras, la voz de Alex, se oyen en el salpicadero. Dejo el teléfono en el asiento del copiloto, cojo la radio y presiono el botón con el pulgar derecho para hablar.

—Alex, estoy bien. Voy conduciendo, por la carretera. Dime. —Levanto el pulgar.

—Los hemos neutralizado, señor. Cuatro muertos en la acera. El camión voló por los aires. No sabemos cuántas víctimas habrá en el camión, pero seguro que no hay supervivientes.

—¿Un camión bomba?

—No, señor. No eran suicidas. De ser así, ninguno de nosotros estaría vivo. Perforamos el depósito de gasolina y se incendió. Dentro no había explosivos. No hay bajas civiles.

Eso por fin nos dice algo. No eran fanáticos, ni radicales. Esto no ha sido cosa del Estado Islámico ni de Al-Qaeda ni de ninguna de sus ramas cancerosas. Eran asesinos a sueldo.

Cojo aire y formulo la pregunta que me asusta:

—¿Y los nuestros, Alex?

Rezo en silencio mientras espero la respuesta.

—Hemos perdido a Davis y a Ontiveros, señor.

Doy un puñetazo en el volante. El vehículo vira y me apresuro a enderezarlo, recordándome en el acto que no puedo desatender mis obligaciones ni siquiera un segundo. Si lo hago, mis hombres habrán sacrificado su vida en vano.

—Lo siento, Alex —digo por radio—. Lo siento mucho.

—Sí, señor —responde, profesional en todo momento—. Señor presidente, ahora mismo aquí hay un follón de campeonato: coches de bomberos, policía metropolitana del Distrito de Columbia y policía de Arlington. Todo el mundo intenta averiguar qué demonios ha pasado y quién está al mando.

Por supuesto. Normal. Una explosión en un puente entre Washington y Virginia, una pesadilla jurisdiccional. Confusión generalizada.

—Deja bien claro que eres tú quien está al mando —le insto—. Por ahora límitate a decir «investigación federal». La ayuda ya va en camino.

—Sí, señor. Señor, permanezca en la carretera. Lo localizaremos por GPS y pronto tendrá vehículos escoltándolo. No abandone el coche, señor. Es el lugar más seguro hasta que podamos llevarlo de vuelta a la Casa Blanca.

—No voy a la Casa Blanca, Alex. Y no quiero un convoy. Un vehículo. Sólo uno.

—Señor, sea lo que sea esto, o lo que haya sido, las circunstancias han cambiado. Disponen de información, tecnología, personal y armas. Sabían dónde estaría usted.

—Eso no lo sabemos —digo—. Puede que controlaran multitud de puntos para tendernos una emboscada. Probablemente nos estaban esperando por si íbamos a la Casa Blanca, o por si nos dirigíamos hacia el sur desde el estadio. Qué demonios, probablemente confiaban en que cruzaríamos el puente del Potomac.

—No lo sabemos, señor presidente, ésa es la cuestión...

—Un vehículo, Alex. Es una orden directa.

Corto y cojo mi móvil, en el asiento de al lado. Busco FBI Liz y marco.

—Hola, señor presidente —dice la directora en funciones del FBI, Elizabeth Greenfield—. ¿Está al tanto de la explosión del puente?

—Liz, ¿cuánto llevas como directora en funciones?

—Diez días, señor.

—Bien, señora directora, ha llegado el momento de quitarte los ruedines.

«La siguiente casa, señor.» La voz de Jacobson se oye por el salpicadero; como si yo no hubiese reconocido ya la casa.

Aparco junto al bordillo, aliviado por haber conseguido llegar hasta aquí. Estos vehículos del servicio secreto son como buques acorazados, pero no estaba seguro de cuánto tiempo podría conducir con los daños sufridos en la parte posterior.

El coche de Jacobson aparca detrás. Me dio alcance en la carretera y se sirvió del GPS para guiarme hasta aquí. He estado en esta casa muchas veces, pero nunca presté mucha atención a los diversos caminos por los que llegaba a ella.

Pongo el coche en modo aparcamiento y apago el motor. Entonces me arrolla el maremoto, como sabía que ocurriría: los temblores, la reacción física postraumática que se produce cuando la adrenalina ha desaparecido. Hasta este momento debía mantener el control para que Augie y yo saliéramos de ésta. Mi labor dista mucho de haber concluido —a decir verdad es más complicada que nunca—, pero me permito este breve respiro, cojo aire con fuerza unas cuantas veces e intento olvidar las crisis de vida o muerte, intento liberar todo el pánico y la ira que se acumulan en mi interior.

—No te vengas abajo —me digo en voz baja, temblando—. Si tú no lo haces, nadie lo hará.

Lo abordo como cualquier otra decisión, como si fuese algo que puedo controlar por completo, y me obligo a dejar de temblar.

Jacobson se acerca a buen paso y me abre la puerta. No necesito que me ayude a bajar del coche, pero lo hace de todas formas. Aparte de unos cortes y manchas en la cara, parece estar bien.

Al ponerme de pie me noto mareado un instante, las piernas me flaquean. La doctora Lane no estaría muy contenta conmigo ahora mismo.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto a Jacobson.

—¿Que si yo me encuentro bien? Estoy perfectamente. ¿Cómo está usted, señor?

—Bien. Me has salvado la vida —le digo.

—Se la salvó Davis, señor.

Eso también es cierto. La maniobra evasiva, ese giro en J que hizo que nuestro vehículo quedara en perpendicular al camión que se aproximaba fue la forma que tuvo Davis de llevarse la mayor parte del impacto para que no lo sufriera yo en los asientos de atrás. Una acción magistral al volante, ejecutada por un agente bien

entrenado. Y Jacobson tampoco se había quedado atrás abriendo fuego a la cabina del camión antes incluso de que los dos vehículos entrelazados se detuvieran. Sin esa cobertura, Augie y yo no habríamos podido escapar.

Los agentes del servicio secreto nunca se llevan el mérito que merecen por la labor que desempeñan cada día para mantenerme a salvo, dar su vida por la mía, hacer lo que nadie en su sano juicio haría de buena gana: plantarse delante de una bala en lugar de apartarse. De cuando en cuando un agente comete alguna estupidez con el dinero del contribuyente, y eso es lo único que recuerda todo el mundo. Las noventa y nueve veces de cada cien que realizan su trabajo a la perfección no se mencionan nunca.

—Davis tenía mujer y un hijo pequeño, ¿verdad? —pregunto.

De haber sabido que el servicio secreto me seguiría la pista esta noche, habría hecho lo que hago siempre que visito algún punto conflictivo del mundo, lugares en los que al servicio secreto le preocupa más mi seguridad —Pakistán, Bangladesh o Afganistán—: habría insistido en que no me acompañara nadie que tuviera hijos pequeños.

—Es parte del trabajo —dice Jacobson.

Eso que se lo digan a su mujer y a su hijo.

—¿Y Ontiveros?

—Señor... —responde, sacudiendo la cabeza con sequedad.

Tiene razón: me preocuparé por ello calle abajo. Me aseguraré de que no olvidamos a la familia de Davis ni a la que pueda haber dejado atrás Ontiveros. Es una promesa. Pero no puedo ocuparme de ello ahora mismo, esta noche.

«Llore sus pérdidas después, cuando la lucha haya concluido —solía decir el sargento Melton—. Cuando esté en la lucha, luche.»

Augie sale del todoterreno con piernas temblorosas, también, y mete el pie en un charco de la calzada. Ha dejado de llover, y en la calle residencial oscura y adormilada flota un olor a tierra, a limpio, como si la madre naturaleza nos dijese: «Has conseguido llegar al otro lado, es un nuevo comienzo». Confío en que así sea, aunque no es la sensación que tengo.

Augie me mira como un cachorrito perdido en un lugar extraño y sin compañera, con su teléfono como única pertenencia.

La casa que se alza ante nosotros es de estilo victoriano, estuco y ladrillo, con un cuidado jardín, un camino que conduce hasta un garaje de dos plazas y una farola que ilumina la entrada hasta el porche delantero, la única luz que al parecer está encendida después de las diez de la noche. El color del estuco, azul claro, es lo que da el nombre al lugar: la Casa Azul.

Augie y Jacobson me siguen por el camino.

La puerta se abre antes de que llegemos a ella. El marido de Carolyn Brock nos estaba esperando.

Greg Morton, el marido de Carolyn Brock, vestido con una camisa, unos pantalones vaqueros y unas sandalias, nos invita a pasar.

—Siento haber venido aquí, Morty —me disculpo.

—Nada, nada.

Morty y Carolyn celebraron quince años de casados este año, pero como ella es jefa de gabinete del presidente, la celebración, que yo recuerde, no fue más que un fin de semana largo en Martha's Vineyard. Morty, que tiene cincuenta y dos años, se jubiló tras ejercer una lucrativa carrera de abogado que acabó con un ataque al corazón en la sala de un juzgado del condado de Cuyahoga, delante de un jurado. Su segundo hijo, James, tenía menos de un año cuando pasó. Morty quería ver crecer a sus hijos, y difícilmente podía gastarse todo el dinero que había ganado, de manera que colgó los guantes. Ahora dirige cortometrajes documentales y se queda en casa con los dos niños.

Nos echa un vistazo, a mi variopinto grupito y a mí. Se me había olvidado que me tomé muchas molestias para disimular mi aspecto: la barba que nadie ha visto nunca, la ropa informal, empapada, el pelo aún chorreándome por la cara. Luego está Augie, que ya parecía descuidado antes de que la lluvia lo rematara. Por lo menos Jacobson parece lo que es: un agente del servicio secreto.

—Da la impresión de que tiene mucho que contar —comenta Morty con esa voz de barítono que influyó en más de un miembro del jurado a lo largo de los años—. Pero no me contará nada.

Entramos. A medio camino de la sinuosa escalera que termina en el recibidor están sentados los dos niños, nos observan entre los balaustres: James, de seis años, con un pijama de Batman y el pelo de punta; y Jennifer, de diez, mirándome con la misma cara de su madre. A estas alturas no soy ninguna novedad para ellos, pero no suelo parecer algo que el gato ha sacado de la basura.

—Si fuera capaz de controlar a estos renacuajos —dice Morty—, ya estarían en la cama.

—Tienes la barba pelirroja —observa Jennifer, arrugando la nariz—. No pareces un presidente.

—Grant tenía barba, y Coolidge era pelirrojo.

—¿Quiénes? —pregunta James.

—Eran presidentes, genio —le aclara su hermana, y le lanza una colleja—. Hace mucho mucho tiempo. Cuando mamá y papá eran pequeños.

—Pero bueno, ¿cuántos años crees que tengo? —pregunta Morty.

—Cincuenta y dos —responde Jennifer—. Pero te estamos haciendo viejo antes de tiempo.

—Eso sí es verdad. —Morty se dirige a mí—: Carrie mencionó el despacho del sótano, señor presidente. ¿Es eso lo que quiere?

—Estupendo.

—Ya sabe dónde está. Le llevaré unas toallas. Y mis hijos se van a la cama, ¿a que sí?

—Jooooo...

—Basta de efectos especiales. A la cama.

Carolyn había convertido parte del sótano en un despacho completo, con líneas seguras de telecomunicaciones, lo que le permitía trabajar desde casa por la noche.

Jacobson va primero: baja la escalera y despeja la zona antes de levantar los pulgares para indicar que todo está en orden.

Augie y yo bajamos. El sótano es un lugar ordenado y bien amueblado, como cabría esperar en casa de Carolyn. Hay un gran espacio de juegos con pufs, además de un escritorio, una silla y un sofá; hay también un televisor colgado en la pared, una bodega, una sala de cine con una pantalla de proyección y asientos amplios y cómodos, un baño completo en el pasillo, un dormitorio y, al fondo, el despacho de Carolyn. En esta habitación hay una mesa con forma de herradura y multitud de ordenadores, un gran tablero de corcho en la pared, varios archivadores y un gran televisor de pantalla plana.

—Tomad, chicos. —Morty nos da una toalla a cada uno—. ¿Está listo para hablar con Carrie, señor presidente? Sólo tiene que pulsar este botón de aquí. — Señala un ratón junto al ordenador.

—Un segundo. ¿Hay algún sitio donde pueda ir mi amigo? —pregunto, refiriéndome a Augie. No se lo he presentado a Morty, y Morty no ha pedido que lo haga. Sabe lo que hay.

—La sala de grabación —sugiere Morty—. El sitio grande y abierto que hay al pie de la escalera.

—Excelente. Vaya con él —le digo a Jacobson.

Los dos salen de la habitación. Morty me hace una señal afirmativa.

—Carrie dijo que querría cambiarse de ropa.

—Eso estaría muy bien. —La bolsa que llevaba, incluida la ropa para el sábado, se quedó en el coche que dejé en el aparcamiento del estadio de béisbol.

—Sin problema. Bueno, lo dejo a lo suyo. Rezaré por usted, señor presidente.

Le dirijo una mirada inquisitiva: ésas son palabras mayores. No cabe la menor duda de que presentarme aquí de incógnito ha sido poco ortodoxo. Morton es un tipo brillante, pero sé que Carolyn no comparte con él información clasificada.

Se inclina hacia mí.

—Conozco a Carrie desde hace dieciocho años —dice—. La he visto perder unas elecciones al Congreso. La he visto cuando metió la pata, cuando estuve a punto de morir de un infarto de miocardio y cuando perdimos a Jenny en un centro comercial en Alejandría durante dos horas. La he visto entre la espada y la pared, la he visto inquieta, la he visto preocupada. Pero, hasta esta noche, nunca la había visto aterrorizada.

No digo nada. No puedo. Él lo sabe.

Me tiende la mano.

—Sea lo que sea esto, apuesto por ambos.

Le estrecho la mano.

—Aun así —digo—, ve a rezar esas oraciones.

Cierro la puerta del despacho del sótano de Carolyn, encerrándome entre esas paredes insonorizadas, y me siento a la mesa. Cojo el ratón, y al hacerlo, la pantalla del ordenador pasa del negro a un chisporroteo y luego a una pantalla más o menos clara dividida en dos.

—Hola, señor presidente —saluda Carolyn Brock, desde la Casa Blanca.

—Hola, señor presidente —saluda asimismo Elizabeth Greenfield, directora en funciones del FBI, en la segunda mitad de la pantalla.

Liz se convirtió en directora en funciones cuando su predecesor murió de un aneurisma mientras desempeñaba su cargo, hace ahora diez días. Y quiero que ocupe ese puesto de manera permanente. Se mire por donde se mire, es la persona más indicada: antigua agente, fiscal federal, directora de la división penal del Departamento de Justicia, respetada por todos por su imparcialidad y su transparencia.

El único pero, que en mi opinión no es tal, es que hace más de diez años participó en las protestas contra la invasión de Irak, de manera que algunos halcones del Senado han insinuado que le falta patriotismo, posiblemente olvidando que la protesta pacífica es una de las formas de patriotismo más admirables.

También dijeron que lo único que yo quería era ser el primer presidente que nombraba a una mujer afroamericana para que dirigiera el FBI.

—¿Qué se sabe del puente y del Nationals Park?

—Tenemos muy poca información del estadio. Es pronto, desde luego, pero el apagón eliminó imágenes y la lluvia ha borrado la mayor parte de las pruebas forenses. Si mataron a alguien fuera del estadio, no hay ningún rastro. Si dejaron alguna prueba forense de su existencia, es posible que tardemos días en encontrarla. Y las probabilidades son escasas.

—¿Y el francotirador?

—El francotirador. El servicio secreto se llevó el vehículo, pero tenemos las balas que se incrustaron en la acera y las paredes del estadio, así que podemos determinar aproximadamente el ángulo de tiro. Con la información de que disponemos, cabría pensar que el tirador disparaba desde la azotea de un bloque de apartamentos que hay en la calle de enfrente del estadio, un edificio llamado Camden South Capitol. No encontramos a nadie allí arriba, evidentemente, pero el problema es que no encontramos nada. Punto. Así que el tirador lo limpió todo a conciencia. Y encima está la lluvia, claro.

—Ya.

—Señor presidente, si se hicieron fuertes en ese edificio, averiguaremos quiénes son. Por fuerza tuvieron que planificarlo con tiempo: cómo acceder, robar uniformes, probablemente. Cámaras internas, reconocimiento facial... Tenemos recursos, pero usted me dice que lo que no tenemos es tiempo.

—No mucho, no.

—Estamos trabajando lo más deprisa que podemos, señor, pero no le puedo prometer que tengamos respuestas de aquí a unas horas.

—Inténtalo. ¿Y la mujer? —inquiero, refiriéndome a la compañera de Augie.

—Nina, sí. El servicio secreto acaba de entregar el vehículo y el cuerpo. Tendremos sus huellas y su ADN en cuestión de minutos y los pasaremos por nuestras bases de datos. Averiguaremos la procedencia del coche, todo.

—Bien.

—¿Y lo del puente? —pregunta Carolyn.

—En cuanto al puente, aún estamos investigando —dice Liz—. El fuego se ha extinguido. Hemos retirado los cuatro sujetos muertos de la acera y estamos contrastando la información que tenemos en nuestras bases. Los que iban en el camión nos darán más problemas, pero estamos trabajando en ello. Sin embargo, señor presidente, aunque llegemos a conocer su identidad, quienquiera que contratara a esas personas no habrá dejado cabos sueltos. Habrá hombres de paja. Intermediarios. Probablemente acabemos desentrañando el misterio, pero no, no creo...

—... que sea en cuestión de horas. Lo entiendo. Aun así vale la pena intentarlo. Y actúa con discreción.

—¿Quiere que no informe de esto al secretario Haber?

Liz todavía es nueva en el puesto, por eso no cree que deba referirse por su nombre de pila a los otros miembros de mi equipo de Seguridad Nacional, incluido Sam Haber, de ese mismo ministerio.

—No importa que Sam sepa que estás investigando a esas personas. De todas formas se lo esperará. Pero no informes de lo que averigües a nadie salvo a Carolyn o a mí. Si te pregunta, si alguien más pregunta, di: «Todavía no tenemos nada». ¿Entendido?

—Señor presidente, ¿puedo hablar con franqueza?

—Siempre, Liz. Me molestaría que no lo hicieras. —No hay nada que valore más en mis subordinados que el hecho de que se muestren dispuestos a decirme que me equivoco, para desafiarme, para mejorar mi toma de decisiones. Rodearse de aduladores y lameculos es el camino más seguro hacia el fracaso.

—¿Por qué, señor? ¿Por qué no coordinamos esto lo más abiertamente posible? Somos más eficaces si nos comunicamos. Si algo nos enseñó el 11S fue eso.

Miro a Carolyn en la pantalla dividida. Se encoge de hombros a modo de respuesta, de acuerdo conmigo en que a la directora en funciones vale la pena contárselo.

—Las palabras en clave «Edad Media», Liz. Sólo ocho personas en el mundo aparte de mí las conocen. No se han puesto por escrito nunca, por orden mía. No se han repetido nunca fuera de nuestro círculo, por orden mía. ¿No es así?

—Sí, por supuesto, señor.

—Ni siquiera el grupo de expertos que intenta localizar y neutralizar el virus, el Equipo de Actuación ante Amenazas Inminentes, ni siquiera ellos están al tanto de «Edad Media», ¿no es así?

—Sí, señor. Sólo nosotros ocho y usted.

—Una de esas ocho personas filtró esas palabras en clave a los Hijos de la Yihad —revelo.

La directora en funciones tarda unos instantes en asimilarlo.

—Lo que significa que esa persona hizo más que filtrar información —añado.

—Sí, señor.

—Hace cuatro días, el lunes, una mujer le dijo al oído esas palabras a mi hija en París, para que me las transmitiera a mí. Esa mujer es Nina, la mujer a la que el francotirador mató en el estadio.

—Dios mío.

—Abordó a mi hija y le pidió que me dijera «Edad Media», que me advirtiese de que me estaba quedando sin tiempo, y que se reuniría conmigo el viernes por la noche.

La directora en funciones levanta ligeramente la barbilla mientras procesa la información.

—Señor presidente..., yo soy una de esas ocho personas —dice—. ¿Por qué me ha descartado?

Bien por ella.

—Antes de que te nombrara directora en funciones hace diez días, no estabas al corriente. Quienquiera que nos esté haciendo esto, quienquiera de nosotros ocho que los esté ayudando... Hacer algo así lleva tiempo. Esto no se ha hecho de la noche a la mañana.

—Así que no soy el traidor porque no me habría dado tiempo.

—La falta de tiempo te deja fuera, sí. Lo que significa que, quitándote a ti, a Carolyn y a mí, quedan seis personas, Liz. Seis personas que podrían ser nuestro Benedict Arnold.*

—¿Se ha planteado que alguna de esas seis personas pueda habérselo contado a su cónyuge o a un amigo y que éste haya vendido la información? Estarían violando su política de confidencialidad, pero...

—Me lo he planteado, sí. Pero quienquiera que nos esté traicionando ha hecho más que filtrar una palabra en clave. Forma parte de esto. Ni el cónyuge ni ningún amigo de nadie tendría el acceso y los recursos necesarios para hacer lo que ha hecho. Necesitarían a alguien del gobierno.

—Entonces es uno de esos seis nuestros.

—Es uno de esos seis nuestros —coincido—. En conclusión, como sin duda comprenderás, Liz, eres la única en la que podemos confiar plenamente.

Cuando termino con la directora en funciones Greenfield, Carolyn me dice que mi siguiente llamada está lista.

Un instante después, tras un poco de centelleo y distorsión, en la pantalla aparece la imagen de un hombre de cuello grueso y expresión seria a más no poder, calvo y con una cuidada barba. Las bolsas de los ojos no dan fe de su edad, sino de la semana que ha pasado.

—Señor... presidente —saluda en un inglés perfecto, su acento extranjero casi imperceptible.

—David, me alegro de verte.

—Yo también me alegro de verlo, señor presidente. Y dados los incidentes de las últimas horas, la frase es más que una fórmula de cortesía.

Cierto.

—La mujer ha muerto, David. ¿Lo sabías?

—Lo suponíamos.

—Pero el hombre está conmigo —digo—. Se hace llamar Augie.

—¿Le ha dicho que se llama Augie?

—Eso me dijo. ¿Es verdad? ¿Conseguiste sacarle una foto de la cara?

Después de que Nina me diera la entrada para el partido de los Nationals, llamé a David y le dije dónde estaría sentado, arriba, en el jardín izquierdo. Les costó lo suyo, pero su equipo consiguió entradas para el partido y se situaron de forma que pudieran sacarle una foto a Augie para pasarla por el programa de reconocimiento facial.

—Logramos una imagen buena, sí, a pesar de la gorra de béisbol que llevaba. Creemos que la persona que estaba sentada con usted en el partido es Augustas Koslenko, nacido en 1996 en Sloviansk, en la zona de Donetsk, en el este de Ucrania.

—¿Donetsk? Interesante.

—Eso mismo pensamos nosotros. Su madre es lituana y su padre ucraniano, operario en una fábrica de maquinaria. Sin filiación política ni prácticas activistas, que nosotros sepamos.

—¿Qué hay del propio Augie?

—Dejó Ucrania cuando iba al colegio. Era un genio de las matemáticas, un niño prodigio. Fue a un internado en el este de Turquía, con una beca. Creemos, en realidad damos por sentado, que fue allí donde conoció a Sulimán Cindoruk. No tenemos conocimiento de nada que hiciera o dijera antes relacionado con ningún tipo de activismo.

—Pero es quien dice ser, según tú. Fue miembro de los Hijos de la Yihad.

—Sí, señor presidente. Pero yo no sé si hablaría en pasado.

Tampoco yo. En lo tocante a Augie, no estoy muy seguro de nada. No sé qué quiere ni por qué hace esto. Ahora, por lo menos, sé que me dio su nombre real, pero si es tan inteligente como pensamos que es, probablemente supiera que acabaría averiguando su identidad. Y si basa su legitimidad en que perteneció a los Hijos de la Yihad, querría que yo supiera cuál es su nombre, querría que yo confirmase ese dato. De manera que sigo como estaba con Augie.

—Dijo que tuvo un desencuentro con los Hijos de la Yihad.

—Dijo. Sin duda habrá considerado la posibilidad de que siga a su servicio. De que esté a sus órdenes.

Me encojo de hombros.

—Sí, desde luego, pero ¿con qué fin? Podría haberme matado en el estadio.

—Cierto.

—Y alguien lo quiere muerto.

—Eso parece. O quiere que usted lo crea, señor presidente.

—Bueno, David, pues si todo esto es una farsa, es una farsa condenadamente buena. No sé qué vieron tus hombres fuera del estadio, y me figuro que no vieron nada en el puente. Aquello no era un juego. Podríamos haber muerto fácilmente en cualquiera de esos dos sitios.

—No dudo de lo que me dice, señor presidente. Lo único que sugiero es que no se cierre a otras posibilidades. Sé por experiencia que estos individuos son magníficos estrategas. Debemos reevaluar constantemente nuestra posición y nuestra forma de pensar.

Es una buena advertencia.

—Dime lo que se oye ahí fuera —pido.

David guarda silencio un instante, midiendo las palabras.

—Se comenta que Norteamérica está al borde del desastre. Se oyen profecías catastrofistas. El día del juicio final. Esta clase de cosas forman parte del discurso habitual de los yihadistas, claro: que se acerca el día del Gran Satán, que el final se aproxima, pero...

—Pero ¿qué?

—Pero nunca habíamos oído una fecha concreta. Y ahora se comenta que será mañana. El sábado, eso dicen.

Respiro hondo. Para el sábado faltan menos de dos horas.

—¿Quién está detrás de esto, David? —pregunto.

—No podemos saberlo con seguridad, señor presidente. Sulimán Cindoruk no responde ante ningún gobierno oficial, como bien sabe. Se menciona a multitud de sospechosos. Los habituales, se podría decir: el Estado Islámico, Corea del Norte,

China. Mi país. Incluso su país: dicen que el incidente será propagandístico, una crisis creada por la propia nación para justificar las represalias militares, las típicas sandeces de la teoría de la conspiración.

—Y vosotros ¿qué diríais? —pregunto, aunque estoy casi seguro de conocer la respuesta. La difusión táctica de habladurías, la transmisión de información clandestina cuya finalidad, de hecho, era que fuese interceptada por el servicio de inteligencia. Contraespionaje en su vertiente más artera; espionaje en la más refinada. Lleva el sello de un país por encima del resto.

David Guralnick, director del Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales de Israel —el Mossad—, respira hondo. Para añadir un toque de dramatismo, la pantalla se congela y desaparece antes de que su cara vuelva a verse con claridad.

—Nosotros diríamos que es Rusia —asevera.

Interrumpo la transmisión con el director del Mossad y ordeno mis pensamientos antes de ir a hablar con Augie. Hay muchas formas de hacer esto, pero no tengo tiempo para andarme con sutilezas.

El sábado, ha dicho David. Faltan noventa minutos.

Me levanto de la silla y voy hacia la puerta cuando me arrolla una oleada de vértigo, como si alguien estuviera jugando a la botella con mi brújula interna. Me agarro a la mesa para no perder el equilibrio y procuro controlar la respiración. Me meto la mano en el bolsillo para coger las pastillas. Necesito mis pastillas.

Pero las pastillas no están. En el bolsillo no tengo ninguna, y el resto se ha quedado en la bolsa, en el sedán que sigue en el aparcamiento del estadio.

—Maldita sea. —Cojo el teléfono y llamo a Carolyn—. Carrie, necesito más esteroides. En la Casa Blanca no me quedan y he perdido el frasco que tenía. Llama a la doctora Lane. Puede que ella tenga al...

—Descuide, señor presidente.

—Estupendo.

Corto y salgo del despacho insonorizado. Enfilo el pasillo con pasos cautos hacia la sala de grabación, junto a la escalera. Augie está sentado en el sofá, tiene toda la pinta de ser un adolescente desaliñado como cualquier otro, que gandulea delante de la televisión.

Pero ni es un adolescente ni es como cualquier otro. En la televisión de la pared un canal de noticias por cable informa del intento de asesinato del rey Saad bin Saúd, de Arabia Saudí, y del creciente malestar que reina en Honduras.

—Augie —le digo—, levanta.

Hace lo que le pido, situándose de cara a mí.

—¿Quién nos ha atacado? —pregunto.

Se aparta el pelo de la cara y se encoge de hombros.

—No lo sé.

—Vamos, puedes hacerlo mejor. Empecemos por quién te envió. Dijiste que ya no estás de acuerdo con Sulimán Cindoruk y los Hijos de la Yihad.

—Sí, es verdad, no lo estoy.

—Entonces ¿quién te envió?

—No nos envió nadie. Vinimos por voluntad propia.

—¿Por qué?

—¿No es evidente?

Lo agarro por la camiseta.

—Augie, esta noche han muerto muchas personas, incluida una que te importaba y dos agentes del servicio secreto que me importaban a mí, hombres que han dejado familias jóvenes. Así que empieza contestando...

—Vinimos a detenerlo —afirma, zafándose.

—¿A detener «Edad Media»? Pero... ¿por qué?

Menea la cabeza y suelta una risita amarga.

—¿Quiere decir que en qué salgo yo ganando? ¿Qué saco yo... de esto?

—Eso quiero decir —replico—. Antes no quisiste decírmelo. Dímelo ahora. ¿Qué quiere un muchacho de Donetsk de Estados Unidos?

Augie retrocede, sorprendido un instante. A decir verdad no tan sorprendido.

—No han tardado mucho.

—¿Formas parte del bando prorruso o del bando proucraniano? La última vez que lo consulté, en Donetsk había muchos de ambos.

—¿Sí? Y ¿cuándo fue la última vez que lo consultó, señor presidente? —La cara le cambia de color, está que echa humo—. Cuando mejor le convenía, entonces lo consultó. Ésta es la diferencia entre usted y yo —dice, señalándome con un dedo—: Yo no quiero nada de usted, eso es lo que yo quiero. Yo quiero... no destruir una nación con millones de personas. ¿Acaso no es suficiente?

¿Es así de simple? ¿Que Augie y su compañera sencillamente intentaban hacer lo correcto? Con los tiempos que corren, eso no suele ser lo primero que uno tiende a creer.

Tampoco estoy seguro de que lo crea ahora. No sé qué creer.

—Pero tú creaste «Edad Media» —asevero.

Sacude la cabeza.

—Lo creamos Sulimán, Nina y yo, pero Nina fue el verdadero estímulo, la fuerza motriz. Sin ella no habríamos podido crearlo. Yo ayudé con el código y, sobre todo, con la implementación.

—¿Nina? ¿Es su verdadero nombre?

—Sí.

—Ellos lo crearon y tú lo introdujiste en nuestros sistemas.

—Más o menos, sí.

—Y ¿puedes pararlo?

Se encoge de hombros.

—Eso no.

—¿Cómo? —Lo agarro, como si zarandeándolo me fuera a dar una respuesta distinta—. Dijiste que podías, Augie. Lo dijiste antes.

—Lo dije, sí. —Asiente y me mira con los ojos brillantes—. Antes Nina estaba viva.

Lo suelto, me acerco a la pared y le doy un puñetazo. Siempre es igual: un paso adelante y dos atrás.

Cojo aire. Lo que dice Augie tiene sentido: Nina era la superestrella. Por eso fue el primer objetivo del francotirador. Desde un punto de vista práctico, habría sido más lógico eliminar primero a Augie, porque era un blanco móvil, y después ir a por Nina, que estaba sentada en un coche aparcado. Nina era claramente la máxima prioridad.

—Haré todo lo que pueda para ayudar —asegura.

—Muy bien, entonces ¿quién nos atacó? —pregunto de nuevo—. ¿Al menos puedes ayudarme con eso?

—Señor presidente —contesta—, los Hijos de la Yihad no son una... democracia. Sulimán no habría compartido conmigo esa clase de información. Sólo le puedo decir dos cosas: la primera, evidentemente, es que Sulimán sabe que Nina y yo nos apartamos de él, y está claro que, de alguna manera, averiguó que estábamos en Estados Unidos.

—Evidentemente —digo.

—Y la segunda —continúa— es que, que yo sepa, el poder de Sulimán se limita a los ordenadores. Es formidable. Puede causar daños considerables, como bien sabe usted, pero no tiene a su disposición mercenarios entrenados.

Apoyo la mano en la pared.

—Lo que significa que...

—Lo que significa que está trabajando con alguien —dice Augie—. Un Estado-nación, algún país que desea poner de rodillas a Estados Unidos.

—Y que ha pactado con alguien de mi círculo más íntimo —añado.

—Muy bien, Augie, siguiente pregunta —digo—. ¿Qué quiere Sulimán? Porque algo querrá. Él o ellos, quien sea que esté trabajando con él. ¿Qué quieren?

Augie ladea la cabeza.

—¿Por qué dice eso?

—¿Que por qué lo digo? ¿Por qué nos dejaron, si no, ver el virus por adelantado? —Alargo el brazo—. Augie, hace dos semanas en nuestros sistemas del Pentágono apareció un virus de pronto. Apareció y desapareció. Esto ya lo sabes. Tú mismo me lo dijiste en el estadio de béisbol. Apareció de pronto y desapareció igual de deprisa —chasqueo los dedos—, zas.

—Un señuelo.

—Una especie de señuelo, sí, así es como lo llamaron mis expertos. Un señuelo. Sin ninguna advertencia, sin que disparara ninguna de nuestras punteras alertas de seguridad, de pronto ese virus apareció en todos los sistemas internos del Departamento de Defensa y desapareció igual de deprisa, sin dejar rastro. Ése fue el origen todo esto. Lo llamamos Edad Media y constituimos un grupo de trabajo. Nuestros mejores ciberespecialistas trabajan sin descanso para dar con él, para detenerlo, pero no pueden.

Augie asiente.

—Y eso le aterroriza.

—Naturalmente que me aterroriza.

—Porque se introdujo en sus sistemas sin ninguna advertencia y se esfumó igual de deprisa. Es consciente de que podría volver a aparecer o que quizá no llegara a desaparecer. Y no sabe lo que podría hacerles a sus sistemas.

—Por todas esas cosas, sí —digo—. Pero había un motivo para ese anticipo furtivo, ese señuelo. Si quienes hicieron esto simplemente hubieran querido acabar con nuestros sistemas, lo habrían hecho. No nos habrían lanzado una advertencia primero. Sólo se advierte a alguien si se quiere algo, si se va a pedir algún rescate.

—Un *ransomware* —afirma—. Sí, comprendo su lógica. Al ver la advertencia, contaron con que iría seguida de alguna petición.

—Eso es.

—Ah, así que por eso... por eso efectuó esa llamada a Sulimán. —Augie asiente—. Para preguntarle qué quería.

—Correcto. Estaba intentando captar mi atención, y le hice saber que la tenía. Quería averiguar qué quería sin preguntárselo directamente, sin dar a entender que Estados Unidos cedería al chantaje.

—Pero no le pidió nada.

—En efecto —digo—. Se mostró evasivo. Era... como si no supiera qué decir. Como si no se esperase mi llamada. Bueno, hizo comentarios despectivos sobre mi país, lo de siempre, pero no hubo ninguna exigencia. Tampoco admitió haber enviado el señuelo, de manera que sólo pude amenazarlo. Le dije que si ese virus hacía algún daño a nuestro país, iría a por él con todos los recursos que pudiera reunir.

—Debió de ser... una conversación rara.

—Lo fue, sí —convengo—. Mi personal de tecnología estaba seguro de que todo era cosa de los Hijos de la Yihad. Y dijeron que el señuelo no era un fallo técnico, que era intencionado. Pero entonces ¿qué pasaba con el rescate? ¿Por qué se tomarían las molestias de enviar el señuelo sin pedir nada?

Augie asiente.

—Entonces se presentó Nina. Y usted pensó que sería quien efectuase la petición de rescate.

—Así es. Nina o tú. ¿Y bien? —Levanto las manos, la exasperación sacando lo peor de mí—. ¿Dónde demonios está la puñetera petición de rescate?

Augie respira hondo.

—No la habrá —señala.

—¿Que no...? ¿Por qué no? Entonces ¿por qué enviaron la advertencia?

—Señor presidente, los Hijos de la Yihad no enviaron ese señuelo —afirma—. Y quienquiera que financie a los Hijos de la Yihad, tampoco.

Me quedo mirándolo. Tardo un momento en caer.

—Lo enviaste tú.

—Nina y yo, sí. Para advertirlo —dice—. Para que pudieran empezar a preparar protocolos de mitigación. Y para que cuando Nina y yo nos pusiéramos en contacto con usted, nos tomara en serio. Sulimán no sabía nada de esto. Lo último que él haría sería advertirlos de la presencia del virus.

Le doy vueltas a lo que me acaba de decir. Augie y Nina nos enviaron esa advertencia hace dos semanas. Y luego, más de una semana después, Nina dio con Lilly en París y le dijo al oído las palabras mágicas.

Vinieron para advertirme. Para ayudarme.

Ésa es la buena noticia.

¿La mala? Que eso significa que Sulimán Cindoruk y el agente extranjero que está tras él no querían que Estados Unidos supiera de su existencia con antelación.

No van a pedir nada. No buscan que se efectúe algún cambio en nuestra política exterior. Ni quieren que se libere a prisioneros. No quieren dinero.

No van a pedir ningún rescate.

Tan sólo van a activar el virus.

Quieren destruirnos.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunto a Augie—. ¿Cuándo se activará el virus?

—El sábado en Norteamérica —contesta—. Es todo lo que sé.

Lo mismo que ha dicho el director del Mossad.

—Entonces tenemos que irnos ahora mismo —afirmo, y paso por delante de él y lo cojo del brazo.

—¿Ir adónde?

—Te lo diré en el...

Me vuelvo demasiado deprisa y tengo la sensación de haber cruzado rodando la habitación, pierdo el equilibrio, noto un dolor agudo en las costillas, madera que se me clava —el borde del sofá—, el techo se me nubla y gira...

Doy un paso adelante, pero algo va mal, las piernas me fallan, el suelo no está donde debería. Todo se inclina...

—¡Señor presidente! —Jacobson, sus brazos bajo mi cuerpo, sosteniéndome, mi cara a escasos centímetros de la alfombra.

—Doctora Lane —musito y me llevo la mano al bolsillo.

La habitación baila a mi alrededor.

—Llame a... Carolyn —consigo decir. Sostengo en alto el teléfono, moviéndolo de un lado a otro, antes de que Jacobson me lo coja—. Ella sabe... lo que hay que hacer...

—¡Señora Brock! —grita al teléfono Jacobson. Se dan instrucciones, se reciben órdenes, todo ello como en un eco suave, no la voz normal de Jacobson en modo de combate.

«Ahora no. Ahora no puede ser.»

—Se pondrá bien, ¿verdad?

—¿Cuánto tiempo?

«El sábado en Norteamérica. El sábado en Norteamérica será dentro de nada.»

«Un hongo nuclear. Un calor abrasador asola los campos. ¿Dónde está nuestro líder? ¿Dónde está el presidente?»

—Ahora... no...

—¡Dígale que se dé prisa!

«No tenemos capacidad de respuesta, señor presidente.»

«Han inutilizado nuestros sistemas, señor presidente.»

«¿Qué vamos a hacer, señor presidente?»

«¿Qué va a hacer, señor presidente?»

—No se mueva, señor. La ayuda está en camino.

«No estoy listo. Todavía no.»

«No, Rachel. Todavía no estoy listo para reunirme contigo, aún no.»

El sábado en Norteamérica.

Silencio, el mullido espacio muerto, infinito, informe.

—¿Dónde demonios está la doctora?

Y una luz intensa.

EL SÁBADO EN NORTEAMÉRICA

La vicepresidenta Katherine Brandt abre los ojos, saliendo de la neblina de un sueño. Lo vuelve a oír, unos nudillos en la puerta de su dormitorio.

La puerta se abre ligeramente, y el golpeteo es más intenso. La cara de Peter Evian, su jefe de gabinete, asoma por la puerta.

—Siento despertarla, señora vicepresidenta —se disculpa.

Por un momento ella no reconoce nada de lo que la rodea, tarda un segundo en saber dónde está. Está en el subsótano, durmiendo sola, aunque lo de «sola» es algo relativo teniendo en cuenta que hay agentes al otro lado de la puerta de esa pequeña habitación.

Coge el teléfono, en la mesilla, para ver qué hora es: la 1.03.

—No pasa nada, Peter, entra. —Habla con tranquilidad. Estate siempre lista. Es lo que se dice todos los días. Porque podría pasar en cualquier momento, del día o de la noche, sin previo aviso. Una bala, un aneurisma, un ataque al corazón. Así es la vida de un vicepresidente.

Se incorpora en la cama. Peter, con camisa y corbata como de costumbre, entra y le alcanza su teléfono, abierto en una página web, un artículo de periódico.

El titular: EL PRESIDENTE HA DESAPARECIDO.

Fuentes de la Casa Blanca, afirma el artículo, confirman que el presidente no se encuentra en la Casa Blanca. No saben dónde está.

Se hace toda clase de conjeturas, de las verosímiles a las inverosímiles o a las directamente ridículas: vuelve a estar aquejado del trastorno de la sangre que sufre y está gravemente enfermo. Ha salido de la ciudad para preparar su comparecencia ante la comisión de investigación. Está reunido con su círculo de asesores más próximos para preparar un discurso de renuncia. Se ha largado con dinero obtenido de manera ilícita de Sulimán Cindoruk y ha huido del país para evitar acciones judiciales.

«El presidente y la vicepresidenta están a salvo», rezaba el comunicado oficial la noche previa, tras la explosión en el puente y el tiroteo en el Nationals Park. Eso era todo. Probablemente fuese lo más acertado: decir a todo el mundo que sus líderes están sanos y salvos pero no especificar su ubicación exacta. Nadie esperaría o exigiría más.

Sin embargo, este artículo afirma que ni la propia gente del presidente sabe dónde está.

Y ella tampoco lo sabe.

—Necesito hablar con Carolyn Brock —dice.

Carolyn Brock, repara la vicepresidenta, lleva el mismo traje del día anterior. Y por si eso no fuera suficiente, los ojos enrojecidos confirman la falta de sueño.

Da la impresión de que la infatigable jefa de gabinete no fue a casa anoche.

Se encuentran en una sala de reuniones del centro de operaciones, un búnker de la Casa Blanca, en extremos opuestos de una mesa larga. La vicepresidenta habría preferido celebrar la reunión en su despacho privado del ala oeste, pero la noche previa la mandaron a ese espacio subterráneo como parte del protocolo de continuidad del gobierno y no ve necesario trastocar más las cosas precisamente ahora.

—¿Dónde está Alex Trimble? —pregunta.

—No se encuentra disponible, señora vicepresidenta.

Ésta entrecierra los ojos. Ese gesto, solían decirle sus asesores, era lo que más temía todo el mundo, su manera inflexible pero muda de transmitir que no le satisfacía una respuesta.

—¿Eso es todo? ¿«No se encuentra disponible»?

—Sí, señora.

La sangre le hierve. Técnicamente, Katherine Brandt es la segunda persona más poderosa del país. Todo el mundo la trata como tal, al menos oficialmente. Debe admitir que, por mucho que le molestara que Jon Duncan le pasara por encima y le arrebatase la candidatura que era suya por derecho, y por mucho que tuviera que morderse la lengua y aceptar que sería la segundona, el presidente le ha dado el papel que le prometió, solicitando su opinión, ofreciéndole un sitio en la mesa en todas las decisiones importantes. Duncan ha cumplido su parte del trato.

Aun así, ambas saben que es Carolyn quien ostenta el verdadero poder en esa sala.

—¿Dónde está el presidente, Carolyn?

Ésta extiende las manos, la eterna diplomática. Aunque le cueste, Brandt no puede evitar sentir respeto por la jefa de gabinete, que ha retorcido brazos en el Congreso, ha logrado que la maquinaria funcione debidamente y ha mantenido a raya al personal del ala oeste, todo al servicio del programa político del presidente. Cuando la propia Carolyn estaba en el Congreso, antes del desafortunado incidente con el micro abierto, eran muchos los que veían en ella a una futura presidenta de la Cámara, tal vez incluso a una candidata a la presidencia. Culta, preparada, perspicaz,

sólida, atractiva pero sin ser una reina de la belleza —la eterna cuerda floja por la que han de caminar las mujeres en la política—, Carolyn podría haber sido una de las mejores.

—Te he preguntado dónde está el presidente, Carolyn.

—No puedo responder a esa pregunta, señora vicepresidenta.

—¿No puedes o no quieres? —La vicepresidenta mueve una mano con impaciencia—. ¿Tú sabes dónde está? ¿Podrías decirme eso?

—Sé dónde está, señora.

—¿Está...? —Sacude la cabeza—. ¿Está bien? ¿A salvo?

Carolyn ladea la cabeza.

—Está con el servicio secreto, si es eso lo que le...

—Por el amor de Dios, Carolyn, ¿es que no puedes darme una respuesta clara?

Se miran un instante a los ojos. A Carolyn Brock no es fácil sonsacarle, y su lealtad al presidente está por encima de todo. Si tiene que recibir una bala por él, lo hará.

—No estoy autorizada a decirle dónde está —contesta.

—Eso ha dicho el presidente. Ha dicho que no me lo podías decir.

—La orden no iba dirigida expresamente a usted, naturalmente, señora.

—Pero me incluye.

—No le puedo dar la información que desea, señora vicepresidenta.

La vicepresidenta da un palmetazo en la mesa y se pone de pie.

—¿Desde cuándo —dice al cabo de un instante— se esconde el presidente de nosotros?

Carolyn también se levanta y ambas se miran fijamente. No espera que Carolyn responda, y ésta no la decepciona. La mayoría de las personas flaquearía ante esa mirada, ante ese silencio incómodo, pero Brandt está segura de que Carolyn le sostendría la mirada la noche entera si fuera preciso.

—¿Alguna cosa más, señora vicepresidenta? —La misma eficiencia serena en su voz, que no hace sino irritar más aún a la vicepresidenta.

—¿Por qué estamos confinados? —inquire.

—Por la violencia de la pasada noche —contesta Carolyn—. Sólo es una precau...

—No —zanja—. La violencia de la pasada noche fue una investigación del FBI y el servicio secreto, ¿no es así? Un simulacro de investigación, ¿o me equivoco? Al menos eso fue lo que se comunicó públicamente.

La jefa de gabinete no dice nada, no se mueve. Brandt no se tragó esa historia en ningún momento.

—Esa violencia... es posible que requiriera un breve confinamiento en un primer momento —continúa—. Unos minutos, una hora, mientras aclarábamos la situación. Pero me he pasado aquí abajo toda la noche. ¿Se supone que tengo que quedarme aquí?

—Por ahora sí, señora.

Se acerca a Carolyn y se detiene a escasa distancia de ella.

—Entonces no me digas que es por la violencia de la pasada noche en la ciudad. Dime cuál es la verdadera razón de que estemos confinados. Dime por qué hemos activado el protocolo de continuidad del gobierno. Dime por qué el presidente teme por su vida en este momento.

Carolyn parpadea con energía unas cuantas veces, pero por lo demás permanece estoica.

—Señora, tanto el confinamiento como el protocolo de continuidad del gobierno son órdenes directas del presidente. Yo no soy quién para cuestionar dichas órdenes. No soy quién para cuestionar el motivo. Y usted... —Mira hacia otro lado y aprieta los labios.

—Y yo tampoco soy quién para hacerlo, ¿era eso lo que ibas a decir, Carolyn? Ésta se vuelve y la mira a la cara.

—Sí, señora. Eso era lo que iba a decir.

La vicepresidenta asiente despacio, cada vez más furiosa.

—¿Tiene algo que ver con la destitución? —pregunta, aunque no es capaz de ver la relación.

—No, señora.

—¿Es un asunto de seguridad nacional?

Carolyn no responde, permanece en silencio deliberadamente.

—¿Está relacionado con Edad Media?

Carolyn se estremece, pero no contesta a la pregunta, no lo hará.

—A ver, señora Brock, puede que no sea presidenta...

«Aún.»

—... pero soy la vicepresidenta. No recibo órdenes de ti. Y no he recibido orden alguna de confinamiento del presidente. Sabe cómo localizarme. Mi número figura en el listín telefónico. Que me llame cuando quiera para decirme qué demonios está pasando.

Da media vuelta y va hacia la puerta.

—¿Adónde va? —pregunta Carolyn, la voz distinta, más enérgica, menos deferente.

—¿Adónde crees que voy? Tengo un día movido, incluida una entrevista con el programa *Meet the Press*, cuya primera pregunta estoy segura de que será: ¿dónde está el presidente?

Y con anterioridad a eso, y más importante: la cita que concertó la pasada noche después de recibir la llamada de teléfono en su domicilio. Podría ser una de las reuniones más interesantes de su vida.

—Usted no saldrá del centro de operaciones.

La vicepresidenta se detiene en la puerta y se vuelve para mirar a la jefa de gabinete de la Casa Blanca, que le acaba de hablar como no lo ha hecho nadie desde que fue elegida, en realidad desde mucho antes.

—¿Cómo dices?

—Ya ha oído lo que he dicho. —Por lo visto, la jefa de gabinete ha decidido dejarse de miramientos—. El presidente la quiere en el centro de operaciones.

—Y ya me has oído tú a mí: sólo recibo órdenes del presidente. Hasta que no me lo diga él, estaré en mi despacho en el ala oeste.

Sale al pasillo, donde su jefe de gabinete, Peter Evian, levanta la vista del teléfono.

—¿Qué ha pasado? —pregunta él, alcanzándola.

—Te diré qué no va a pasar —dice ella—. No me hundiré con este barco.

La calma que precede a la tormenta.

Es decir, no para él, sino la calma para ellos, para los suyos, su pequeño equipo de genios informáticos que se han pasado las últimas doce horas dándose la gran vida. Acariciando a mujeres que por lo general ni los mirarían, que les han enseñado placeres que no habían experimentado nunca en su corta vida. Bebiendo champán de botellas que normalmente sólo llegan a la boca de la élite mundial. Dándose un banquete a base de caviar, paté, langosta y *filet mignon*.

Ahora están durmiendo todos, los últimos se han retirado hace tan sólo una hora. Ninguno estará en pie antes de mediodía. Ninguno valdrá para nada hoy.

No importa. Han hecho su parte.

Sulimán Cindoruk está sentado en la terraza del ático, un cigarrillo consumiéndose entre sus dedos, smartphones, portátiles y café en la mesa de al lado; parte un cruasán y levanta la cara para que le dé el sol matutino.

«Disfruta de este momento de tranquilidad —se recuerda—. Porque cuando el sol salga sobre el río Spree mañana a esta hora, no habrá paz.»

Aparta el desayuno. Por su parte es incapaz de encontrar paz. Es incapaz de probar bocado, el ácido le abrasa el estómago.

Coge su portátil, actualiza la pantalla y va bajando por las principales noticias on-line.

La más importante: el intento fallido de asesinato del rey Saad bin Saúd, de Arabia Saudí, y la estela de arrestos y detenciones de sospechosos que ha dejado. Los posibles motivos, según las fuentes y los supuestamente *informados* expertos que inundan los canales de noticias por cable: las reformas prodemócratas del nuevo rey. Su liberalización de los derechos de las mujeres. Su postura de línea dura contra Irak. La participación saudí en la guerra civil de Yemen.

Noticia número dos: los sucesos acaecidos en Washington la pasada noche, el tiroteo y la explosión en el puente, los disparos en el estadio, el confinamiento temporal de la Casa Blanca. No fue un acto terrorista, afirmaron las autoridades federales. Según informaron, todo formaba parte de un simulacro de investigación conjunta del FBI y el Departamento del Tesoro. Por el momento parece que los medios de comunicación se lo están tragando, cuando sólo han pasado unas horas desde lo sucedido.

¿Y el apagón que se produjo en el estadio justo antes del tiroteo fue una coincidencia? Sí, aseguran las autoridades federales. Fue pura casualidad que un estadio repleto y todo el que se hallaba en un radio de unos quinientos metros viviera

un espectacular corte de electricidad instantes antes de que agentes federales y falsos atacantes iluminaran Capitol Street como si estuviesen recreando el famoso tiroteo en el O.K. Corral.

El presidente Duncan debe de saber que esta historia ridícula no se sostendrá mucho tiempo. Claro que probablemente le dé lo mismo. El presidente sólo está ganando tiempo.

Pero no sabe cuánto tiempo tiene.

Uno de los teléfonos de Sulimán vibra. El de prepago. El mensaje de texto ha dado la vuelta al mundo antes de llegar hasta él, a través de proxis anónimos, estableciendo conexiones con servidores remotos en una docena de países distintos. Cualquiera que intentase localizar el origen del mensaje iría dando tumbos de Sídney a Nairobi y a Montevideo.

Confirmar que todo va según lo previsto, dice el mensaje.

Sonríe satisfecho. Como si supieran qué es lo previsto.

Contesta: «Confirmar que Alfa ha muerto».

«Alfa» es Nina.

En ninguna de las noticias que se han publicado en internet sobre la violencia de la pasada noche en el estadio de béisbol, el tiroteo y la explosión en el puente que une la capital con Virginia se mencionaba a una mujer muerta.

Pulsa Enviar y espera mientras el mensaje recorre su sinuoso camino.

Se estremece. El dolor de la traición, de la traición de Nina. Y la pérdida, también. Puede que ni siquiera fuese del todo consciente de lo que sentía por ella. Su cerebro revolucionario. Su cuerpo duro, ágil. Su voraz deseo de explorar, en el mundo de la guerra informática y en la habitación. Las horas y los días y las semanas que pasaron colaborando, desafiándose, aportándose ideas mutuamente, proponiendo y echando por tierra hipótesis, pruebas y errores, pegados delante de un portátil, teorizando con una copa de vino en la mano o desnudos en la cama.

Antes de que él dejara de interesarle como amante. Con eso podía vivir: no tenía intención de quedarse con una sola mujer. Pero jamás podría entender por qué se lio con Augie, precisamente con él, con ese enano horroroso.

«Para.» Se restriega los ojos. No tiene sentido.

Llega la respuesta:

Confirmado: nos dicen que Alfa ha muerto.

Estrictamente, no cuenta como confirmación, pero le han garantizado la profesionalidad y la competencia del equipo que enviaron a Norteamérica y no tiene más remedio que creerlos.

Sulimán contesta: Si Alfa ha muerto, todo va según lo previsto.

La respuesta llega tan deprisa que Sulimán da por sentado que se ha cruzado con su mensaje.

Confirmado: Beta está vivo y bajo custodia.

«Beta» es Augie. Así que lo ha conseguido. Está con los americanos.

Sulimán no puede evitar sonreír.

Otro mensaje, muy seguido del anterior. Están nerviosos.

Confirmar que todo va según lo previsto a la luz de las novedades.

Responde deprisa: Confirmado. Todo va según lo previsto.

Creen que saben cuándo está previsto que se active el virus. Pero no lo saben.

Y en este punto, Sulimán tampoco. Ahora todo está en manos de Augie.

Tanto si es consciente de ello como si no.

—... tengo que despertarlo.

—Se despertará cuando se despierte.

—Mi mujer dice que lo despierte.

Muy por encima de mí, la superficie del agua. El sol arranca destellos a las olas.

Voy nadando hacia ella, moviendo los brazos, las piernas.

El aire me inunda los pulmones, la luz es muy intensa, me ciega...

Parpadeo varias veces y entorno los ojos, la luz me da en la cara, poco a poco empiezo a ver con nitidez.

Veo a Augie, sentado en el sofá, con grilletes en los tobillos y las muñecas, los ojos oscuros y la expresión grave.

Floto, el tiempo carece de sentido mientras veo que entrecierra los ojos, concentrado, mueve los labios ligeramente.

«¿Quién eres, Augustas Koslenko? ¿Puedo confiar en ti?»

«No tengo elección. O tú o nada.»

Gira la muñeca un poco, de un modo casi imperceptible. No mira el grillete de hierro, sino el reloj.

El reloj.

—¿Qué hora..., qué día...? —Me incorporo sobresaltado, me detiene un dolor en el cuello y la espalda, en el brazo tengo una vía, el tubo colgando detrás de mí.

—¡Está despierto, está despierto!

La voz de Morty, el marido de Carolyn.

—Señor presidente, soy la doctora Lane. —Me pone la mano en el hombro. Su cara se interpone entre la luz y yo—. Hemos realizado una transfusión de plaquetas. Se encuentra usted bien. Son las 3.45 de la madrugada, de la madrugada del sábado. Ha estado inconsciente poco más de cuatro horas.

—Tenemos que... —empiezo otra vez, echándome hacia delante, y noto debajo un cojín o algo parecido.

La doctora Lane me aprieta el hombro con suavidad.

—Despacio. ¿Sabe dónde está?

Intento sacudirme las telarañas. Me noto un poco inestable, pero desde luego que sé dónde estoy y a lo que me enfrento.

—Tengo que irme, doctora. No hay tiempo. Quíteme la vía.

—Alto ahí. Espere.

—O me quita la vía usted o me la quito yo. Morty —digo, al verlo con el teléfono pegado a la oreja—, ¿es Carrie?

—¡Pare! —me dice la doctora Lane, su sonrisa ha desaparecido—. Olvídense de Morty un minuto. Deme sesenta segundos y escúcheme para variar.

Cojo aire.

—Sesenta segundos —digo—. Adelante.

—Su jefa de gabinete ha dicho que no puede usted quedarse aquí, que tiene que ir a no sé dónde. No se lo puedo impedir, pero sí puedo ir con usted.

—No —contesto—. Imposible.

Se prepara para regañarme.

—Eso mismo ha dicho su jefa de gabinete. La vía —dice—. Llévesela en el coche, termine la bolsa. Su agente, el agente...

—Jacobson —dice el aludido.

—Eso. Dice que recibió algo de formación sobre control de heridas cuando estuvo con los Navy Seals. Puede retirar la vía cuando haya acabado.

—Perfecto —digo, levantándome un tanto y sintiéndome como si me hubieran dado seis u ocho patadas en la cabeza.

Ella me empuja hacia atrás.

—Mis sesenta segundos no han terminado aún. —Se acerca a mí—. Debería guardar cama las próximas veinticuatro horas. Sé que no lo hará, pero evite hacer esfuerzos físicos en la medida de lo posible. Siéntese, no se quede de pie. Camine, no trote ni corra.

—De acuerdo. —Extiendo la mano derecha, muevo los dedos—. Morty, pásame a Carolyn.

—Sí, señor.

Morty me da el teléfono. Me lo llevo a la oreja.

—Carrie, hoy es el día. Informa a todo nuestro equipo. Te comunico formalmente que pasamos a la fase 2.

Es todo lo que necesito decir para que estemos preparados para aquello a lo que estamos a punto de enfrentarnos. En situaciones de desastre normales, por así decirlo, al menos con posterioridad a 1959, haría referencia a los niveles de la escala DEFCON, ya fuera para los sistemas militares del mundo entero o para mandos seleccionados. Esto es distinto: nos enfrentamos a una crisis que jamás habríamos concebido en la década de los cincuenta, y hay que poner en movimiento piezas de forma muy diferente de como lo haríamos durante un ataque nuclear convencional. Carrie sabe exactamente lo que significa la fase 2, en parte porque llevamos dos semanas en la fase 1.

Nada en el otro extremo salvo el sonido de la respiración de Carrie.

—Señor presidente —dice—, es posible que ya haya empezado.

Escucho durante dos de los minutos más rápidos, y largos, de mi vida.

—Alex —llamo—. Olvídate del coche. Iremos en el Marine One.

Jacobson conduce y Alex va a mi lado en el asiento trasero del todoterreno, la bolsa de líquido intravenoso entre nosotros. Augie está sentado enfrente de mí.

En el regazo tengo un ordenador portátil, con un vídeo abierto. El vídeo es una grabación vía satélite de una manzana, en una zona industrial de Los Ángeles. La mayor parte de la construcción la ocupa una estructura de gran tamaño con chimeneas, una fábrica grande.

Todo está a oscuras. En la esquina de la pantalla se indica la hora: son las 2.07; poco más de las dos de la madrugada, hace unas dos horas.

A continuación unas llamas de fuego anaranjadas salen por el tejado y las ventanas laterales, sacudiendo el costado de la planta industrial y, en última instancia, haciendo que se desplome.

La manzana entera desaparece en una nube de humo negro y naranja.

Pongo el vídeo en pausa y hago clic en el recuadro de la esquina de la pantalla.

El recuadro da paso a la pantalla entera, que está dividida en tres. En la pantalla central está Carolyn, desde la Casa Blanca. A su izquierda, la directora en funciones del FBI, Elizabeth Greenfield. A la derecha de Carolyn, el secretario de Seguridad Nacional, Sam Haber.

Llevo unos auriculares conectados al ordenador, de manera que la conversación que se desarrolle en el otro extremo sólo llegará a mis oídos. Quiero escuchar esto primero, con todo detalle, sin que Augie lo oiga.

—Bien, ya lo he visto —comento—. Empezad por el principio. —Me noto la voz rasposa mientras me sacudo la resaca del tratamiento e intento centrarme.

—Señor presidente —comienza Sam Haber—, la explosión se produjo hace unas dos horas. El incendio ha sido enorme, como ya se imaginará. Todavía están intentando controlarlo.

—Habládme de la empresa —digo.

—Señor, es un contratista de defensa. Uno de los mayores contratistas del Departamento de Defensa. Tienen diversas instalaciones en el condado de Los Ángeles.

—¿Qué tiene de especial ésta?

—Señor, esta planta construye aviones de reconocimiento.

No soy capaz de ver la relación. ¿Un contratista de defensa? ¿Aviones de reconocimiento?

—¿Heridos?

—Creemos que decenas, no, cientos. Ha sucedido en plena noche, así que básicamente es personal de seguridad. Pero es demasiado pronto para saberlo con certeza.

—¿La causa? —pregunto, limitando conscientemente mi parte de la conversación.

—Señor, lo único que podemos decir con seguridad es que ha sido una explosión de gas, lo que no sugiere automáticamente una acción hostil. Está claro que se producen explosiones de gas.

Miro a Augie, que me está observando. Pestañea y mira hacia otro lado.

—Habrá un motivo por el que me habéis enviado esto —digo.

—Correcto, señor. La empresa se puso en contacto con Defensa. Sus técnicos insisten en que algo, no saben cómo, reseteó la aceleración de las bombas y las configuraciones de las válvulas. Un sabotaje, en otras palabras, que generó presiones que sobrecargaron las juntas y las soldaduras. Pero no se hizo manualmente, en persona. La seguridad en esos sitios es mayor que en los despachos gubernamentales.

—En remoto —observo.

—Correcto, señor. Creen que se hizo en remoto. Pero todavía no podemos estar seguros.

Sin embargo, apuesto a que sé quién podría. Miro a Augie, que consulta el reloj sin saber que lo estoy examinando.

—¿Sospechosos? —pregunto.

—Por el momento nada que nos resulte evidente —dice Sam—. Tenemos al ICS-CERT investigando.

Se refiere al Equipo de Actuación ante Emergencias Cibernéticas para sistemas de control industrial del Departamento de Seguridad Nacional.

—Pero lo que sí sabemos, señor, es que los chinos intentaron acceder a nuestros sistemas de canalización del gas en 2011 y 2012 —señala—. Puede que esto signifique que lo lograron. Si exfiltraron información del usuario de un sistema, podrían hacer lo que quisieran en el sistema.

Los chinos. Quizá.

—Supongo que la primera pregunta es: ¿pensamos que...?

Miro de reojo a Augie, que está mirando por la ventanilla.

Carolyn dice:

—¿Esto podría ser Edad Media? —Entiende mi reticencia a decir demasiado delante de Augie. Una vez más, no se equivoca en lo que a mí respecta, me lee el pensamiento, termina la frase para que Augie no la oiga.

Estoy haciendo esa pregunta porque quiero saberlo.

Pero también porque quiero escuchar la respuesta del secretario de Seguridad Nacional. Sam es una de las ocho personas que están al tanto de Edad Media. La filtración no es cosa de Carolyn. Ni de Liz Greenfield. He descartado a dos de los ocho.

Sam Haber es uno de los seis que no he descartado.

Sam expulsa aire y sacude la cabeza, como si no le cuadrara.

—Bueno, señor presidente, la señora Brock acaba de informarme de que no tenemos motivos para pensar que hoy sea el día.

—Correcto —digo.

—No me ha revelado cuál es la fuente de dicha información.

—Correcto —repito. Es mi forma de decir: y no te la vamos a revelar, Sam.

Espera un instante y se da cuenta de que no voy a decir nada más. Ladea la cabeza pero no responde a eso.

—De acuerdo. Bien, señor, si ése es el caso, he de admitir que el momento es sospechoso, pero aun así debo decirle que esto parece distinto. Edad Media es un programa malicioso, un virus que hemos descubierto.

Bueno, no es que lo hayamos descubierto nosotros: ellos —Augie y Nina— nos lo enseñaron. Pero eso Sam no lo sabe. Ni siquiera sabe que Augie existe.

¿O tal vez sí?

—Pero esto... esto parece un método más convencional, como un *spear phishing* —prosigue—. Intentar comprometer al ejecutivo de una empresa, convencerlo para que abra el archivo adjunto de un correo electrónico o haga clic en un enlace, que instala un código malicioso que permite al hacker acceder a los datos y a toda clase de información confidencial. Con esa información exfiltrada y ese tipo de acceso, se puede hacer toda clase de cosas, como lo que ha pasado aquí.

—Pero ¿cómo sabemos que esto no es Edad Media? —plantea Carolyn—. No podemos decir que Edad Media no saliera de un *spear phishing*. No sabemos cómo entró el virus en el sistema.

—Cierto. Todavía no lo puedo descartar. Sólo han pasado unas horas. Nos pondremos a ello ya mismo. Obtendremos una respuesta cuanto antes.

«Cuanto antes» hoy tiene un significado nuevo.

—Señor presidente —dice Sam—, hemos contactado con todas las compañías de gas para hablar de la seguridad en los gasoductos. El ICS-CERT está trabajando con ellos para crear protocolos de mitigación en caso de emergencia. Confiamos en poder impedir que esto vuelva a pasar.

—Señor presidente. —Alex me da un toquecito: nuestro coche ha llegado al helipuerto del este de Virginia, el majestuoso helicóptero marine verde y blanco iluminado únicamente por las luces que rodean la pista.

—Sam, ocúpate de ello, ahora tengo que dejarte —le digo—. Mantén informadas a Carolyn y a Liz en todo momento. Sólo a ellas. ¿Está claro?

—Sí, señor. Me desconecto.

La tercera parte de la pantalla, la correspondiente a Sam, desaparece. La pantalla se ajusta y veo la imagen agrandada de Carolyn y Liz.

Me vuelvo hacia Alex.

—Sube a Augie al Marine One. Yo voy ahora.

Espero a que Alex y Augie salgan del coche y me dirijo a Carolyn y Liz.

—¿Por qué querrían volar una planta de aviones de un contratista de defensa? —
pregunto.

—No tengo ni idea —afirma Augie cuando le formulo la misma pregunta.

Estamos en el Marine One, sentados uno enfrente del otro en opulentos asientos de piel color crema, mientras el helicóptero se eleva en silencio en el aire.

—No estoy al tanto de semejante acto —dice—. Yo no he tenido nada que ver con eso.

—Piratear el sistema de canalización del gas. O el de un contratista de defensa. ¿Nunca has hecho esa clase de cosas?

—Señor presidente, si hablamos en términos generales, es verdad, hemos hecho cosas así. Está hablando de *spear phishing*, ha dicho, ¿no?

—Sí, eso he dicho.

—En ese caso sí, hemos hecho cosas como ésa. Los chinos fueron los que perfeccionaron ese arte en un primer momento. Intentaron piratear sus sistemas de canalización del gas, ¿no es cierto?

Lo mismo que ha señalado Sam Haber.

—Lo que hicieron los chinos es de dominio público —dice Augie—, pero nosotros no hemos hecho eso aquí. O, mejor dicho, yo no lo he hecho.

—¿Es capaz Sulimán Cindoruk de piratear nuestros gasoductos sin ti?

—Por supuesto. Tiene un equipo que puede hacerlo. Probablemente yo fuese el que tenía conocimientos más avanzados, pero no estamos hablando de algo que sea difícil. Cualquiera puede subir un virus a un correo electrónico y confiar en que el objetivo lo abra.

El ciberterrorismo es el salvaje oeste. Esta nueva frontera que da miedo. Cualquiera sentado en un sofá en ropa interior podría socavar la seguridad de una nación.

—Nunca oíste nada sobre Los Ángeles.

—No.

Me recuesto en mi asiento.

—Así que no sabes nada de esto.

—No —dice—. Y no entiendo qué se ganaría volando una empresa que construye aviones para ustedes.

En eso estoy de acuerdo con él. ¿Qué finalidad tendría arrasar una planta industrial?

Tiene que haber algo más.

—Está bien, Augie, está bien. —Me froto los ojos, luchando contra el agotamiento que me ha producido la transfusión de plaquetas, luchando contra la exasperación de no saber en ningún momento lo que viene después—. Entonces dime. Dime cómo entrasteis en nuestros sistemas y dime qué daños se causarán.

Por fin tenemos la oportunidad. Desde que nos conocimos en el estadio, entre esquivar balas y escapar de emboscadas cuando íbamos en coche y el hecho de que yo sufriera un colapso a eso de medianoche, no hemos tenido ocasión de zanjar este asunto.

—Le puedo asegurar que nuestras acciones no fueron tan rudimentarias como colar virus en correos electrónicos con la esperanza de que alguien los abriera —dice—. Y le puedo asegurar que las palabras en clave «Edad Media» son apropiadas.

Me tomo a la fuerza un café en el Marine One con la esperanza de disipar la neblina inducida por la medicación. Tengo que estar en forma, al cien por cien. El próximo paso podría ser el más crítico de todos.

Amanece, las nubes de un magnífico naranja encendido. Por regla general, ver un espectáculo así me produciría una intensa emoción, pues me recordaría la omnipotencia de la naturaleza, lo insignificantes que somos en este mundo que hemos heredado. Pero en este caso, las nubes me recuerdan la bola de fuego que acabo de ver en las imágenes vía satélite de Los Ángeles, y el sol naciente me dice que el reloj avanza, su tictac un resonar grave.

—Nos están esperando —me informa Alex Trimble, mirándome cuando finalizan las conversaciones que está manteniendo por los auriculares—. La sala de comunicaciones es segura. La sala de guerra es segura. Se ha efectuado un barrido de la zona y se ha asegurado. Hay bloqueos y cámaras.

Tomamos tierra fácilmente en el lugar designado para que aterrice el helicóptero, un recuadro de terreno despejado entre los vastos bosques del sudoeste de Virginia. Estamos en una finca propiedad de un amigo mío, un inversor de capital de riesgo que, como él mismo reconoce, no tiene ni puñetera idea de lo que él llama «el rollo técnico informático», pero sabe reconocer a un ganador cuando lo ve, e invierte millones en una empresa emergente de programas informáticos y convierte esos millones en miles de millones. Éste es su refugio, el lugar al que se retira para pescar en el lago o cazar ciervos cuando no está en Manhattan o Silicon Valley. Casi quinientas hectáreas de pinos de Virginia y flores silvestres donde cazar y pasear en barca, dar largas caminatas y encender hogueras. Lilly y yo vinimos a este sitio unos cuantos fines de semana cuando Rachel murió, nos sentábamos en el pontón, dábamos largos paseos e intentábamos desentrañar el secreto para sobrellevar la pérdida.

—Somos los primeros, ¿no? —le pregunto a Alex.

—Sí, señor.

Bien. Primero quiero disponer de al menos unos minutos, poner en orden algunas cuestiones y adecentarme un poco. Ahora no hay margen de error.

A lo largo de las próximas horas podríamos estar cambiando el rumbo de la historia mundial durante generaciones.

Al sur de donde hemos aterrizado hay caminos que conducen al embarcadero, pero, aparte de eso, lo único que se ve es denso bosque. Al norte de donde nos encontramos se distingue una cabaña, construida hace más de una década, de troncos

de pino blanco americano; con los años la madera ha ido pasando del amarillo pardusco a un naranja más oscuro, casi como el color del cielo que hemos visto al amanecer.

Una de las mejores cosas de este sitio, sobre todo desde el punto de vista de Alex, es que no resulta accesible. No hay manera de entrar en la propiedad desde el sur o el oeste, ya que se halla protegida por una valla electrificada de casi diez metros de altura provista de sensores y cámaras. La zona este de la finca está delimitada por un lago enorme, que vigilan agentes del servicio secreto desde el embarcadero. Y para acceder a la propiedad en coche hay que dar con un camino pedregoso que sale de la carretera del condado y no está señalizado, y después bajar por una pista que el servicio secreto ha bloqueado con vehículos.

He insistido en que la protección no sea excesiva, porque este lugar ha de permanecer en el más absoluto secreto. Lo que está a punto de ocurrir debe ser completamente confidencial, y el servicio secreto tiende a llamar la atención cuando está al completo, y es lo que se pretende, que llame la atención. Hemos logrado un buen equilibrio entre seguridad y discreción.

Subo con paso vacilante la ligera pendiente, cargando con el gotero, porque las ruedas no van bien por la densa hierba. El aire aquí es tan distinto, tan fresco y puro y dulzón, con el olor de las flores silvestres, que me siento tentado de olvidar por el momento que el mundo podría estar al borde de la catástrofe.

En un lado del jardín abierto han montado una tienda de campaña, toda negra. De no ser por el color, y por el hecho de que un revestimiento cubre todos los lados, parecería una tienda normal y corriente instalada para celebrar una fiesta al aire libre. Pero en realidad es una tienda levantada para permitir que conversaciones privadas, ya sea en persona o electrónicamente, se mantengan en un aislamiento absoluto, anulando cualquier señal, cualquier intento de escucha.

Hoy se van a mantener muchas conversaciones confidenciales y de vital importancia.

Los agentes tienen la cabaña abierta. Dentro se ha mantenido bastante el carácter rústico: algunos trofeos de animales en las paredes, fotografías con el marco de pino, una canoa tallada a modo de estantería.

Un hombre y una mujer se ponen firmes al verme entrar; reparan en la vía que me sale del brazo, pero no dicen nada. El hombre es Devin Wittmer, cuarenta y tres años, pinta de profesor universitario —chaqueta y pantalones informales, camisa con el último botón desabrochado, el pelo largo peinado hacia atrás, algunas canas salpicando la barba que recubre su delgado rostro—, el aspecto juvenil, de no ser por las bolsas que tiene en los ojos, reflejo del estrés que ha soportado a lo largo de estas dos últimas semanas.

La mujer es Casey Alvarez, treinta y siete años, ligeramente más alta que Devin y con una imagen más cercana a la empresaria americana: el pelo, negro como el azabache, peinado tirante hacia atrás, gafas rojas, blusa y pantalones de vestir negros.

Devin y Casey son los copresidentes del Equipo de Actuación ante Amenazas Inminentes, parte de un grupo de trabajo que creé después de que el virus que denominamos Edad Media hiciera su aparición estelar en los servidores del Pentágono hace dos semanas. Les dije a los míos que quería sólo a los mejores, hiciera falta lo que hiciese falta, fueran de donde fuesen, costara lo que costase.

Reunimos a treinta personas, los cerebros más brillantes en ciberseguridad que tenemos. A algunos nos los ha cedido, conforme a estrictos acuerdos de confidencialidad, el sector privado: compañías informáticas, gigantes de las telecomunicaciones, empresas de seguridad informática, contratistas del ejército. Dos son antiguos piratas informáticos, uno de los cuales está cumpliendo una condena de trece años en una prisión federal. La mayoría procede de diversas agencias del gobierno federal: Seguridad Nacional, CIA, FBI, NASA.

La mitad de nuestro equipo se dedica a mitigar la amenaza: cómo restringir los daños que sufrirán nuestros sistemas e infraestructuras cuando el virus se active.

Sin embargo, ahora mismo me preocupa la otra mitad, el equipo que dirigen Devin y Casey. Su objetivo es detener el virus, algo que han sido incapaces de hacer durante las dos semanas anteriores.

—Buenos días, señor presidente —saluda Devin Wittmer.

Viene de la NSA, la Agencia de Seguridad Nacional. Tras licenciarse en Berkeley, empezó a diseñar programas informáticos de ciberdefensa para clientes como Apple antes de que la NSA lo reclutara. Ha desarrollado herramientas de evaluación de la seguridad informática federal para ayudar a empresas y gobiernos a entender hasta qué punto están preparados para combatir ataques cibernéticos. Cuando los principales sistemas de asistencia sanitaria de Francia sufrieron un ataque de *ransomware* hace tres años, les cedimos a Devin, que logró localizar e inutilizar el virus. Me han asegurado que no hay nadie en Norteamérica mejor para encontrar brechas en sistemas de ciberseguridad o cerrarlas.

—Señor presidente —dice Casey Alvarez.

Casey es hija de inmigrantes mexicanos que se establecieron en Arizona para fundar una familia y, mientras tanto, abrieron una cadena de fruterías en el sudoeste de Estados Unidos. Casey no mostró el más mínimo interés en el negocio familiar, pues se aficionó enseguida a los ordenadores y quiso entrar en las fuerzas de seguridad. Cuando estudiaba el posgrado en Penn fue rechazada para ocupar un puesto en el Departamento de Justicia, así que se puso delante de su ordenador y logró lo que autoridades estatales y federales no habían sido capaces de hacer durante años: pirateó una página web clandestina de pornografía infantil y desveló la identidad de todos los clientes de dicha página; básicamente sirvió en bandeja al Departamento de Justicia la posibilidad de emprender acciones judiciales y acabar con un negocio que se creía que era el mayor proveedor de porno infantil del país. El Departamento de Justicia la contrató en el acto y allí permaneció hasta que pasó a

trabajar para la CIA. No hace mucho ha sido asignada a Oriente Próximo con el Mando Central de Estados Unidos, donde intercepta, descifra y desbarata cibercomunicaciones entre grupos terroristas.

Me han asegurado que estas dos personas son, con diferencia, las mejores que tenemos. Y están a punto de conocer a la que, hasta el momento, las ha superado.

Hay cierto aire de respeto reverencial en sus expresiones cuando les presento a Augie. Los Hijos de la Yihad son el equipo estelar de ciberterroristas, figuras míticas en ese mundillo. Pero también percibo cierta competitividad, y eso será bueno.

—Devin y Casey te llevarán a su sala de guerra —informo—. Y ellos están en contacto con el resto del equipo de actuación en el Pentágono.

—Sígame —dice Casey a Augie.

Siento un ligero alivio. Por lo menos he conseguido reunirlos. Después de todas las cosas por las que hemos pasado, ésa es una pequeña victoria en sí misma.

Ahora ya me puedo centrar en lo que viene a continuación.

—Jacobson —digo, cuando ya se han ido—, quíteme esta vía.

—¿Antes de que se termine la bolsa, señor?

Clavo la vista en él.

—Sabe lo que está a punto de pasar, ¿verdad?

—Sí, señor, naturalmente.

—Bien. Y no pienso tener un puñetero tubo en el brazo. Quítemela.

—Sí, señor, por supuesto.

Se pone manos a la obra, enfundándose las manos en unos guantes de látex que saca de su bolsa y cogiendo las demás cosas que necesita. Empieza a hablar solo, como un niño que intentase memorizar los pasos de un manual de instrucciones: «Cerrar la llave reguladora, estabilizar el catéter, retirar el apósito tirando hacia el punto de inserción y...».

—¡Ay!

—Lo siento, señor... No hay señales de infección... Tome. —Coloca una gasa en el lugar—. Presione aquí.

Un momento después tengo colocado un apósito y estoy listo para marcharme. Voy directo a mi habitación, al pequeño cuarto de baño que hay en ella. Saco una máquina de afeitar eléctrica y me afeito la mayor parte de la barba pelirroja; después, con una maquinilla y crema de afeitar, remato la operación. A continuación me ducho, aprovechando el momento para disfrutar de la presión de la humeante agua en la cara, de manera un tanto ortopédica: con el brazo izquierdo fuera de la ducha para proteger la gasa y el esparadrapo, haciéndolo todo con una mano. Pero me basta. Necesitaba darme una ducha. Me siento mejor, y las apariencias siguen importando, al menos durante un día más.

Me pongo la ropa limpia que me ofreció el marido de Carolyn. Me quedo con mi pantalón vaquero y los zapatos, pero él me dio una camisa que no me sienta mal, además de ropa interior y calcetines. He acabado de peinarme cuando recibo un

mensaje de texto de FBI Liz. Me dice que tenemos que hablar.

—¡Alex! —llamo, y entra en la habitación en el acto—. ¿Dónde demonios están?

—Tengo entendido que cerca, señor.

—Pero ¿va todo bien? Me refiero a que después de lo que nos pasó la otra noche...

—Que yo sepa, señor, están perfectamente y en camino.

—Compruébalo de nuevo, Alex.

Llamo a la directora del FBI.

—Sí, Liz, ¿qué sucede?

—Señor presidente, novedades en Los Ángeles —dice—. El objetivo no era el contratista de defensa.

Voy al sótano, a una habitación del extremo oriental donde el propietario de esta cabaña, con la ayuda de la CIA, tuvo la bondad de instalar una puerta insonorizada y líneas de comunicación seguras para que yo las utilizara cuando acudiera de visita. Esta sala de comunicaciones está a varias puertas de la sala de guerra, en el lado oeste del sótano, donde se encuentran Augie, Devin y Casey.

Cierro la puerta, conecto la línea segura al portátil y veo al triunvirato formado por Carolyn Brock, Liz Greenfield y Sam Haber, de Seguridad Nacional, en una pantalla dividida en tres.

—Hablad —ordenó—. Y daos prisa.

—Señor, en la manzana donde estaba la planta del contratista de defensa había un laboratorio biológico privado del que eran socios el estado de California y nuestros CDC.

—Los Centros para el Control de Enfermedades —digo.

—Así es, señor. Dentro de los CDC tenemos una Red de Laboratorios de Respuesta. Esta red..., básicamente contamos con unos doscientos laboratorios en todo el país concebidos como servicios de emergencia ante ataques de terrorismo biológico y químico.

Una ola de frío me recorre el pecho.

—El mayor laboratorio de la Red de Laboratorios de Respuesta del Gran Los Ángeles era contiguo a la planta del contratista de defensa. El incendio lo arrasó, señor.

Cierro los ojos.

—¿Me estás diciendo que el laboratorio más importante que se encargaría de responder ante un ataque de bioterrorismo en Los Ángeles acaba de ser reducido a cenizas?

—Sí, señor.

—Mierda, mierda, mierda. —Me froto las sienes.

—Sí, señor, ése podría ser un buen resumen.

—¿Y qué hace exactamente ese laboratorio? O mejor dicho, hacía.

—Era el primero en diagnosticar —dice Sam—. El primero en proporcionar tratamiento. El diagnóstico es el aspecto crucial. Saber a qué exactamente han estado expuestos nuestros ciudadanos es lo primero para los servicios de emergencia. No se puede tratar al paciente si no se sabe lo que se está tratando.

Nadie habla durante un instante.

—¿Nos enfrentamos a un ataque biológico en Los Ángeles? —pregunto.

—Bueno, señor, es la hipótesis con la que trabajamos en este momento. Estamos en contacto con las autoridades locales.

—Muy bien, Sam. ¿Tenemos protocolos para desviar operaciones de los CDC al resto del país?

—Lo estamos haciendo ahora mismo, señor. Estamos movilizando recursos de otras ciudades de la Costa Oeste.

Una respuesta predecible. Lo que esperarían los terroristas. ¿Es esto una finta? ¿Están apuntando a Los Ángeles para que traslademos allí todos nuestros recursos de la Costa Oeste y que, cuando tengamos la guardia baja, ellos ataquen otro lugar, como Seattle o San Francisco?

Levanto las manos.

—¿Por qué tengo la puñetera sensación de que estamos dando palos de ciego?

—Porque siempre se siente uno así, señor —dice Sam—. Eso es lo que hacemos: jugamos a la defensiva contra unos adversarios invisibles. Tratamos de descubrirlos. Intentamos predecir lo que podrían hacer. Confiamos en que no llegue a pasar, pero intentamos estar lo más preparados posible por si no fuera así.

—¿Se supone que eso debería hacer que me sienta mejor? Porque no es el caso.

—Señor, estamos en ello. Haremos todo lo que podamos.

Me paso los dedos por el pelo.

—Manos a la obra, Sam. Mantenme informado.

—Sí, señor.

La pantalla se ajusta de forma que, cuando Sam se desconecta, sólo se ve a Carolyn y a Liz.

—¿Más buenas noticias? —pregunto—. ¿Un huracán en la Costa Este? ¿Tornados? ¿Un vertido de petróleo? ¿Ha entrado en erupción un maldito volcán en alguna parte?

—Una cosa, señor —dice Liz—. Sobre la explosión de gas.

—¿Algo nuevo?

Ladea la cabeza.

—Más bien lo contrario, señor.

Liz me pone al corriente. Y yo que no pensaba que pudiera sentirme peor.

Diez minutos después abro la gruesa puerta y, cuando salgo de la sala de comunicaciones, Alex viene hacia mí. Me hace una señal afirmativa con la cabeza.

—Acaban de llegar al perímetro de seguridad del camino —me informa—. La primera ministra israelí ha llegado.

La delegación de la primera ministra israelí, Noya Baram, llega según lo previsto: un coche de avanzada que llegó antes y ahora dos todoterrenos blindados, uno con un equipo de seguridad que se marchará cuando la ministra haya llegado sin contratiempos y el otro con la primera ministra dentro.

Noya se baja del vehículo. Lleva gafas de sol, una americana y pantalones de pinzas. Mira al cielo un momento, como para confirmar que sigue en su sitio. Es uno de esos días.

Noya tiene sesenta y cuatro años, el gris domina su media melena y sus ojos oscuros pueden ser feroces y atractivos a la vez. Es una de las personas más valientes que he conocido en mi vida.

Me telefoneó la noche que me eligieron presidente. Me preguntó si podía llamarme Jonny, algo que nadie había hecho nunca. Sorprendido, confuso, con el vértigo de la victoria, respondí: «Claro». Y así es como me llama desde entonces.

—Jonny —me saluda, quitándose las gafas de sol y dándome dos besos. Con sus manos en las mías, una sonrisa tensa en la boca, añade—: tu cara me dice que no te vendría mal un amigo.

—Desde luego que no.

—Ya sabes que Israel siempre estará a tu lado.

—Lo sé, sí —contesto—. Y siento una inmensa gratitud, Noya.

—¿Te ha sido de ayuda David?

—Mucho.

Acudí a Noya cuando descubrí la filtración en mi equipo de Seguridad Nacional. No sabía en quién podía confiar y en quién no, así que me vi obligado a pasar parte de mis labores de reconocimiento al Mossad y traté directamente con David Guralnick, su director.

Noya y yo disentimos en lo tocante a la solución de los dos Estados y los asentamientos en Cisjordania, pero en lo que respecta a la cuestión que nos ha reunido hoy, nuestras posturas coinciden. Unos Estados Unidos seguros y estables equivalen a un Israel seguro y estable. Tienen todos los motivos del mundo para ayudarnos y ninguno para no hacerlo.

Y cuentan con los mejores expertos en ciberseguridad del planeta. Juegan a la defensiva mejor que nadie. Dos de ellos han llegado con Noya y se sumarán a Augie y los míos.

—¿Soy la primera?

—Sí, Noya, así es. Y no me importaría hablar contigo un momento antes de que llegue el resto. Si tuviera tiempo para enseñarte esto...

—¿Para enseñarme... esto? —Mueve la mano—. Es una cabaña. No es la primera cabaña que veo.

Pasamos junto a la cabaña y seguimos adelante. Ve la tienda negra.

Vamos hacia el bosque, los árboles de casi diez metros, las flores silvestres amarillas y violetas, siguiendo el sendero empedrado que conduce hasta el lago. Alex Trimble viene detrás, hablando por radio.

Le cuento a Noya todo lo que no sabe aún, que no es mucho.

—Por la información que tenemos hasta el momento —explica—, no parece un plan de ataque biológico contra una ciudad importante.

—Estoy de acuerdo, pero puede que la idea sea acabar con nuestra capacidad de respuesta para después introducir algún patógeno biológico. Ello incluiría arrasarse edificios físicos y nuestra infraestructura tecnológica.

—Cierto, cierto —dice.

—La explosión de gas podría ser reveladora.

—¿En qué sentido?

—Un virus informático, un programa malicioso, provocó una alteración —informo—. Lo acabamos de confirmar hace unos minutos. El virus dio lugar a un incremento de la presión que ocasionó la explosión.

—Ya, ¿y qué pretendes decirme?

Exhalo, me paro y me vuelvo hacia ella.

—Noya, en 1982 les hicimos eso mismo a los soviéticos.

—Ah. ¿Saboteasteis uno de sus gasoductos?

—Me lo acaba de decir la directora del FBI. Reagan se enteró de que los soviéticos intentaban robar programas informáticos industriales —matizo—, así que decidió dejar que lo hicieran, pero primero los manipulamos. Les añadimos una sorpresa. De modo que cuando los soviéticos los robaron y los utilizaron, se desencadenó una explosión tremenda en un gasoducto siberiano. Los nuestros dijeron que las imágenes por satélite mostraban una de las mayores explosiones que habían visto nunca.

Noya se ríe, a pesar de las circunstancias.

—Reagan —repite, meneando la cabeza—. No conocía esa historia, pero le pega. —Ladea la cabeza y me mira—. Aunque eso es agua pasada.

—Sí y no —digo—. Nos enteramos de que sancionaron a varias personas por ese error. Fue una gran vergüenza para el Kremlin. Muchos sufrieron castigos. A algunos los mandaron a prisión de por vida. Nunca llegamos a saber los detalles, pero uno de los agentes del KGB de los que no se volvió a saber nada se llamaba Viktor Chernokev.

Su sonrisa desaparece.

—El padre del presidente ruso.

—El padre del presidente ruso.

Noya asiente de manera reveladora.

—Sabía que su padre era del KGB, pero no cómo murió. Ni por qué. —Se muerde el labio, algo que hace siempre que está concentrada—. Y dime... ¿qué piensas hacer con esta información, Jonny?

—Señor presidente... Disculpe, señor. Disculpe, señora primera ministra.

Me vuelvo hacia Alex.

—¿Qué ocurre, Alex?

—Señor —dice—, el canciller alemán está a punto de llegar.

Juergen Richter, el canciller alemán, baja de su todoterreno como si fuese un miembro de la realeza británica, ataviado con su conjunto de raya diplomática. Tiene una ligera barriga, pero con la altura —un metro noventa y cinco— y la actitud perfecta para llevarla con dignidad.

Su rostro alargado y regio se ilumina al ver a Noya Baram. Hace una reverencia exagerada a la que ella resta importancia con su risa. Después se abrazan. Richter le saca más de treinta centímetros, así que ella se estira y él se agacha para poder darse dos besos.

Le ofrezco la mano, que él estrecha cogiéndome del hombro con la otra, la mano grande de un antiguo jugador de baloncesto del equipo de Alemania en los Juegos Olímpicos de 1992.

—Señor presidente —dice—. Siempre nos vemos en momentos difíciles.

La última vez que coincidimos fue en el funeral de Rachel.

—¿Qué tal su esposa, señor canciller? —le pregunto. Ahora su mujer tiene cáncer también y está recibiendo tratamiento en Estados Unidos.

—Bueno, es una mujer fuerte, señor presidente, agradezco su interés. Nunca ha perdido una batalla. Desde luego ninguna conmigo. —Mira a Noya en busca de una risa que ella le concede. Juergen es una de esas personalidades que despiertan interés, siempre recurriendo al sentido del humor. Su necesidad de brillar le ha causado problemas en más de una ocasión en entrevistas y ruedas de prensa, donde ha hecho alguna que otra observación subida de tono, pero sus votantes parecen apreciar su espontaneidad.

—Le agradezco que haya venido —digo.

—Cuando un amigo tiene un problema, otro amigo le ayuda —contesta.

Cierto. Pero la principal razón de que lo haya invitado es convencerlo de que el problema no afecta únicamente a mi país, sino también al suyo y a todos los que componen la OTAN.

Le enseño el lugar brevemente, pero mi teléfono no tarda en vibrar. Me disculpo y lo cojo. Tres minutos después estoy de nuevo abajo, comunicándome por la línea segura a través del portátil.

De nuevo son las tres mismas personas: Carolyn y Liz, en las que confío, y Sam Haber, que ha de participar en todo lo relativo a la seguridad nacional y en quien me gustaría pensar que también puedo confiar.

Hace treinta años, Sam Haber era un empleado de la CIA que regresó a Minnesota y fue elegido congresista. Se presentó a gobernador, perdió y se las arregló para ser nombrado uno de los subdirectores de la CIA. Mi predecesor lo nombró secretario del Departamento de Seguridad Nacional, donde su actuación fue sobresaliente. Me presionó para que lo pusiera al frente de la CIA, pero nombré directora a Erica Beatty y a él le pedí que continuara en el Departamento de Seguridad Nacional. Me sorprendió gratamente que aceptara. La mayoría de nosotros pensaba que sólo estaría allí un tiempo, tendiendo un puente entre las dos administraciones antes de pasar a otra cosa, pero lleva más de dos años en el puesto, y si está descontento, no se lo ha hecho saber a nadie.

Sam tiene casi siempre los ojos entornados y la frente surcada de arrugas bajo el eterno pelo cortado al rape. Todo en él es intenso, lo cual no es un mal rasgo en un secretario de Seguridad Nacional.

—¿Dónde ha ocurrido exactamente? —pregunto.

—En una pequeña localidad de las afueras de Los Ángeles —dice Sam—. Se trata de la mayor planta depuradora de aguas de California. Suministra casi dos mil millones de litros de agua al día, sobre todo a los condados de Los Ángeles y Orange.

—Y ¿qué ha pasado?

—Señor, después de la explosión en el laboratorio biológico privado, nos pusimos en contacto con funcionarios del Estado y municipales, para centrarnos en las infraestructuras públicas cruciales: gas, electricidad, trenes de cercanías, pero especialmente en las redes de abastecimiento de agua potable.

Tiene sentido. El objetivo más obvio dentro de los servicios públicos para lanzar un ataque biológico. Si se introduce un patógeno biológico en el agua, se extiende más deprisa que un incendio desbocado.

—El Distrito Metropolitano de Agua del sur de California y miembros del Departamento de Seguridad Nacional y de la Agencia de Protección Ambiental han realizado una inspección de emergencia y han descubierto la brecha.

—Háblame de la brecha —digo—. En cristiano.

—Han pirateado los programas informáticos, señor. Se las han arreglado para modificar las configuraciones de los programas de aplicación de productos químicos. Pero también han desactivado las funciones de alerta que normalmente detectarían anomalías en el proceso de purificación.

—Así que el agua sin tratar que se suponía estaba siendo sometida a un proceso químico no se estaba sometiendo a ese proceso químico, y las funciones de alerta del sistema, diseñadas para detectar precisamente ese problema...

—No lo estaban detectando, señor, correcto. La buena noticia es que lo hemos pillado a tiempo. Lo averiguamos menos de una hora después de que se produjera la ciberintrusión. El agua bruta seguía en los depósitos de almacenamiento de agua tratada.

—¿De la planta no salió nada de agua contaminada?

—Correcto, señor. Todavía no había pasado a la red de distribución.

—¿Y el agua contenía patógenos biológicos? ¿Algo por el estilo?

—Eso aún no lo sabemos, señor. Nuestro equipo de actuación rápida en la zona...

—El laboratorio que usaríamos normalmente ardió hace cuatro horas.

—Correcto, señor.

—Sam, necesito toda tu atención en esto. —Me inclino hacia la pantalla—. ¿Me puedes asegurar al cien por cien que a los ciudadanos de Los Ángeles y Orange no les ha llegado nada de agua contaminada?

—Correcto, señor. Ésa fue la única planta que piratearon. Y podemos determinar con precisión cuándo se produjo el ciberataque, cuándo se vieron afectados los programas informáticos de aplicación de productos químicos y los sistemas de detección. Es físicamente imposible que una sola gota de agua sin tratar haya salido de la planta.

Exhalo un suspiro.

—Muy bien. Bueno, algo es algo. Bien hecho, Sam.

—Gracias, señor, ha sido un buen trabajo de equipo. Pero la noticia no es tan buena, señor.

—Claro que no. ¿Por qué demonios íbamos a esperar únicamente buenas noticias? —Me dejo de pataletas—. Háblame de la mala noticia, Sam.

—La mala noticia es que ninguno de nuestros técnicos ha visto nunca un ciberataque así. Hasta el momento han sido incapaces de volver a poner en marcha los programas de aplicación de productos químicos.

—¿No lo pueden solucionar?

—Exactamente, señor. A efectos prácticos, la planta depuradora más importante que abastece a los condados de Los Ángeles y Orange está cerrada.

—Bien, pero seguro que hay otras plantas.

—Sí, señor, sin duda, pero no habrá ninguna manera factible de compensar la pérdida durante mucho tiempo. Y, señor, me preocupa que el ataque no haya concluido aún. ¿Y si piratean otra planta próxima a Los Ángeles? Las estamos vigilando estrechamente, por supuesto. Cerraremos cualquier sistema que se vea afectado e impediremos que aguas sin tratar lleguen a las redes de suministro.

—Pero entonces tendríais que cerrar también la planta —observo.

—Evidentemente, señor. Podríamos tener multitud de plantas depuradoras cerradas de inmediato.

—¿Qué es lo que me estás diciendo, Sam? ¿Podría haber déficit de suministro a gran escala en Los Ángeles?

—Eso es lo que le estoy diciendo, señor.

—¿De cuántas personas estaríamos hablando? ¿Los condados de Los Ángeles y Orange?

—Catorce millones, señor.

—Dios santo. —Me tapo la boca con la mano.

—No estamos hablando únicamente de duchas calientes y aspersores —aclara—. Estamos hablando de agua potable. Estamos hablando de hospitales y quirófanos y servicios de emergencia.

—De manera que... ¿esto será como la crisis del agua de Flint, Michigan?*

—Será Flint, Michigan, multiplicado por ciento cuarenta —dice Sam.

—Pero no inmediatamente —apunta Carolyn—. Hoy no.

—Hoy no, pero pronto. Ya sólo el condado de Los Ángeles supera a muchos estados en población, y éste es su mayor suministrador de agua potable. Hoy estallará una crisis. No será Flint, Michigan, todavía no, pero sí una crisis en toda regla.

—Movilizado a la Agencia Federal para el Manejo de Emergencias —decido.

—Ya lo hemos hecho, señor.

—Podemos firmar una declaración federal de desastre.

—Ya la tiene redactada, señor.

—Pero tú tienes otra cosa en mente.

—Sí, señor: solucionar el problema, señor.

Eso era lo que pensaba que iba a decir.

—Señor, sabe tan bien como yo que tenemos a nuestra disposición a muchos individuos muy preparados, sumamente competentes en el campo de la ciberdefensa, pero da la impresión de que muy preparado y sumamente competente no va a ser suficiente hoy en Los Ángeles. Los nuestros nos dicen que nunca han visto un virus así. No saben qué hacer.

—Necesitáis a los mejores.

—Sí, señor. Necesitamos al equipo de actuación que ha reunido.

—Devin Wittmer y Casey Alvarez están conmigo, Sam.

El aludido tarda un instante en contestar. No se lo he contado todo y los dos lo sabemos. Tengo una fuente que me dice que hoy es el día en que se producirá el ataque, pero no le he revelado la identidad de dicha fuente, lo cual es excepcional. Y, para colmo, ahora le estoy diciendo lo que probablemente ya haya deducido por su cuenta: que los dos máximos expertos en ciberseguridad del país, la flor y nata, están conmigo en un lugar que no le he revelado. Para él nada de esto tiene el menor sentido. Es el secretario de Seguridad Nacional. De todas las personas del mundo, ¿por qué se lo oculto precisamente a él?

—Señor, si no podemos contar con Wittmer y Alvarez, al menos envíe a parte del equipo.

Me froto la cara mientras lo pienso.

—Esto es Edad Media, señor. Es imposible que sea una coincidencia. Éste es el principio. Lo que desconozco es cuál será el final. ¿Las demás plantas depuradoras? ¿La red eléctrica? ¿Piensan abrir los pantanos? Los necesitamos en Los Ángeles. Hoy hemos tenido suerte una vez. No quiero tener que volver a contar con la suerte.

Me levanto de la silla, siento claustrofobia aquí abajo. Caminar me ayuda, hace que los fluidos fluyan. Necesito que todos fluyan en la misma dirección para poder tomar la mejor decisión posible.

La explosión de gas... El laboratorio biológico arrasado... La manipulación en la planta de tratamiento de aguas.

Un momento. Un mo...

—¿Fue suerte? —pregunto.

—¿Dar con el fallo en la planta depuradora? No sé de qué otra forma lo llamaría. Podrían haber pasado días antes de que se dieran cuenta. Fue un ataque de lo más sofisticado.

—Y sólo se nos ocurrió comprobar de forma manual las funciones de control en esa planta de tratamiento porque arrasaron el laboratorio de alerta biológica.

—Correcto, señor. Fue la primera precaución evidente que había que tomar.

—Lo sé —digo—. A eso me refiero.

—No lo entiendo, señor.

—Sam, si tú fueses los terroristas, ¿en qué orden harías las cosas? ¿Contaminarías primero el suministro de agua o volarías el laboratorio?

—Bueno, si... si fuera...

—Te diré lo que haría yo si fuera los terroristas —continúo—. Primero contaminaría el suministro de agua. Nadie se daría cuenta inmediatamente. Puede que tardaran horas, puede que días. Y sólo entonces volaría el laboratorio. Porque si se vuela el laboratorio primero... Si se vuela primero un laboratorio que se dedica a responder a emergencias de bioterrorismo...

—Se enseñan las cartas —dice Carolyn—. Se sabe que lo primero que hará el gobierno federal será comprobar cosas como el suministro de agua.

—Que es exactamente lo que hemos hecho —concluyo.

—Enseñaron las cartas —farfulla Sam, tanto para sí mismo como para nosotros, rumiando la frase.

—Las enseñaron deliberadamente —aseguro—. Nos dieron el soplo. Querían que inspeccionáramos todas las plantas depuradoras. Querían que diéramos con la ciberintrusión.

—No sé qué podrían sacar... —empieza Sam.

—Quizá no quieran envenenar el agua de Los Ángeles. Quizá sólo quieran que pensemos que quieren hacerlo. Quieren que enviemos a los mejores expertos, a la élite de la ciberseguridad de la nación, a Los Ángeles, al otro extremo del país, para pillarnos con los pantalones bajados cuando activen el virus.

Me cojo la cabeza con las dos manos y me pongo a darle más vueltas al asunto.

—Corremos un riesgo enorme si damos por sentado eso, señor.

Empiezo a caminar de nuevo.

—Liz, ¿alguna idea al respecto?

Parece sorprendida de que le pregunte.

—¿Quiere saber lo que haría yo?

—Sí, Liz. Fuiste a una universidad de la Ivy League, ¿no? ¿Tú qué harías?

—Yo... Los Ángeles es una zona metropolitana importante. No la pondría en peligro. Enviaría al equipo a Los Ángeles para reparar el sistema.

Asiento.

—¿Carolyn?

—Señor, entiendo su lógica, pero estoy de acuerdo con Sam y Liz. Imagine que llegara a saberse que decidió no enviar...

—¡No! —grito, señalando la pantalla del ordenador—. Hoy no quiero saber nada de política. No quiero preocuparme por lo que podría llegar a saberse después. Ésta es la puñetera madre del cordero. Cada decisión que tome hoy será arriesgada. Estamos en la cuerda floja y sin red. Si tomo una mala decisión, la que sea, nos vamos a la mierda. Es imposible jugar sobre seguro. Sólo podemos jugar bien o jugar mal.

—Entonces envíe a parte del equipo —sugiere Carolyn—. No a Devin y Casey, sino a algunos miembros del Equipo de Actuación ante Amenazas Inminentes del Pentágono.

—Ese equipo se reunió de manera que forma una unidad integrada —digo—. No se puede partir una bicicleta por la mitad y esperar que siga funcionando. No, es todo o nada. Los enviamos a Los Ángeles o no los enviamos.

En la habitación se hace el silencio.

—Envíelos a Los Ángeles —interviene Sam.

—Envíelos —dice Carolyn.

—Estoy de acuerdo —se suma Liz.

Tres personas extremadamente inteligentes, las tres votando lo mismo. ¿Qué parte de su decisión se basa en la lógica y qué parte en el miedo?

Tienen razón. Los entendidos dicen que los enviemos.

Mi instinto me dice lo contrario.

«Así que ¿qué va a ser, señor presidente?»

—El equipo se queda donde está por ahora —decido—. Los Ángeles es un señuelo.

Sábado por la mañana, 6.52. La limusina está aparcada en la calle Trece Noroeste, junto al bordillo.

La vicepresidenta, Katherine Brandt, está sentada en la parte de atrás del vehículo, el estómago revuelto, pero no de hambre.

Su tapadera es sólida: todos los sábados por la mañana a las 7 en punto, su esposo y ella tienen una reserva fija para desayunar —tortilla francesa— justo al lado, en la calle G Noroeste, en Blake's Café. Hay una mesa preparada para ella y a estas alturas ya saben lo que va a pedir: tortilla de claras con queso feta y tomate y tortitas de patata supercrujientes.

Así que tiene todos los motivos del mundo para estar donde está en ese momento. Nadie diría lo contrario si le preguntaran al respecto.

Su marido, gracias a Dios, ha salido de la ciudad, otra escapada para jugar al golf. O puede que haya ido de pesca. Katherine se pierde. Era más fácil cuando vivían en Massachusetts y ella se pasaba la semana fuera, cuando estaba en el Senado. Vivir juntos en Washington les ha pasado factura. Ella lo quiere, y todavía se lo pasan bien juntos, pero a él no le interesa nada la política, odia Washington y no tiene nada que hacer desde que vendió su negocio. Todo ello ha creado tensiones en su relación y hace que a ella le cueste trabajar las doce horas al día que acostumbra. En este caso, las ausencias oportunas hacen que uno sepa apreciar mejor lo que tiene.

¿Qué le parecerá ser primer caballero? ¿Le gustará?

«Puede que lo averigüemos antes de lo que pensábamos. Veamos cómo transcurre la próxima media hora.»

A su lado, sustituyendo a su esposo en el desayuno, su jefe de gabinete, Peter Evian. Éste se saca el teléfono y le enseña la hora: 6 . 56.

Ella asiente con un rápido movimiento de cabeza.

—Señora vicepresidenta —dice Evian lo bastante alto para que los agentes que van sentados delante lo oigan—, puesto que tenemos unos minutos, ¿le importa si hago una llamada personal?

—Claro que no, Pete. Adelante.

—Saldré fuera.

—Tómame el tiempo que necesites.

Y ella sabe que, para guardar las apariencias, Peter hará exactamente lo que ha dicho: llamará a su madre para tener una larga y registrada llamada con ella.

Peter se baja del coche y sube por la calle Trece con el teléfono pegado a la oreja justo cuando un grupo de tres personas que están haciendo *footing* dobla la esquina de la calle G Noroeste, pasa por delante de él y se dirige hacia la limusina de la vicepresidenta.

Los corredores aflojan el ritmo cuando se acercan a los vehículos de la vicepresidenta. El hombre que va a la cabeza del grupo, mucho mayor y menos en forma que sus dos compañeros, mira la limusina y al parecer les comenta algo a los otros. En lugar de correr, continúan andando y entablan conversación con los agentes del servicio secreto que ocupan sus respectivos puestos junto al coche.

—Señora vicepresidenta —dice el conductor, dándose unos golpecitos en la oreja—, el presidente de la Cámara está fuera. Es uno de esos corredores.

—¿Lester Rhodes? ¿En serio? —contesta, intentando no pasarse al hacerse la sorprendida.

—Quiere saludarla un momento.

—Antes muerta —espeta.

El agente no se ríe. Vuelve la cabeza, a la espera.

—¿Quiere que le diga...?

—Lo cierto es que no le puedo decir que no. En fin, dile que suba.

—Sí, señora. —Dice algo por el pinganillo.

—Hablabamos en privado, Jay. No me gustaría que, si la cosa se lía, os salpique a Eric y a ti.

Esta vez el agente suelta la debida risita.

—Sí, señora.

Nunca está de más ser precavido. Los agentes del servicio secreto pueden recibir una citación, como cualquier otra persona. Al igual que los agentes de policía del Capitolio que protegen al presidente de la Cámara. Así, si llegaran a estar bajo juramento, todos contarían la misma historia: que todo fue una coincidencia. El presidente iba haciendo *footing* mientras la vicepresidenta esperaba a que abriera el café.

Los dos agentes que ocupan la parte delantera se bajan de la limusina. El sudor y el olor corporal inundan el coche cuando Lester Rhodes se sube a la parte de atrás, junto a Katherine.

—Señora vicepresidenta, sólo quería saludarla.

La puerta se cierra. Ahora sólo están los dos en el coche.

Lester no está lo que se dice atractivo en ropa de deporte. Necesita perder unos diez centímetros en la zona media, y alguien tendría que haberle dicho que se pusiera unos pantalones más largos. Por lo menos lleva una gorra —azul grisácea, con las palabras US CAPITOL POLICE en rojo—, así ella no tendrá que ver la raya perfectamente marcada que ese memo se hace en el pelo canoso.

Rhodes se quita la gorra y se seca la frente con una cinta del pelo. El muy imbécil lleva una cinta en el pelo.

Corrección: no es ningún imbécil. Es un estratega implacable que orquestó la toma de poder de la Casa Blanca, que conoce a sus integrantes mejor de lo que se conocen ellos mismos, que juega a largo plazo en política, que nunca se olvida de quien lo contraria, por nimio que sea el insulto o la falta de respeto, que mueve las piezas del tablero de ajedrez sólo después de pensárselo bien.

Se vuelve hacia ella, sus letales ojos azules atentos.

—Kathy.

—Lester. Sé breve.

—Tengo los votos de la Cámara —asegura—. Todo está atado y bien atado. ¿Te parece lo bastante breve?

Una de las cosas que ha aprendido con los años es el arte de no responder demasiado deprisa: con ello se gana tiempo y hace que uno parezca más deliberativo.

—No te hagas la indiferente, Kathy. Si no te interesara, no estaríamos aquí ahora mismo.

Ha de admitir que en eso tiene razón.

—¿Qué hay del Senado? —pregunta.

Él se encoge de hombros.

—La presidenta del Senado eres tú, no yo.

Ella esboza una sonrisa de suficiencia.

—Pero tu partido lo controla.

—Doce están de tu lado, y te puedo garantizar que mis cincuenta y cinco votarán culpable.

La vicepresidenta se recoloca en el asiento para mirarlo de frente.

—Y ¿por qué me estás contando todo esto, señor presidente de la Cámara?

—Porque yo no tengo por qué apretar este gatillo. —Se retrepa en su asiento, poniéndose cómodo—. Yo no tengo por qué destituirlo. Podría dejar que se hunda solo, herido e incompetente. Está acabado, Kathy. No saldrá reelegido. Estará en mis manos durante los próximos dos años. Así que ¿por qué iba a destituirlo, ver cómo el Senado lo expulsa del cargo y ofrecer a los votantes una cara nueva como la tuya con la que enfrentarse?

Esa posibilidad también la había contemplado ella: que el presidente fuese de más utilidad a Lester Rhodes herido que muerto.

—Porque pasarías a la posteridad en tu partido por haber destituido a un presidente, por eso —contesta.

—Tal vez. —A Lester parece agradarle la idea—. Pero hay cosas más importantes.

—¿Para ti hay algo más importante que ser presidente de la Cámara de por vida?

Lester coge una botella de agua del compartimento lateral, desenrosca el tapón, da un trago largo y chasca la lengua satisfecho.

—Hay una cosa más importante, sí —dice.

Ella le enseña las manos.

—Di.

Una ancha sonrisa se instala en la cara de Rhodes, pero acto seguido se desvanece.

—Es algo que el presidente Duncan no haría jamás —dice—. Pero la presidenta Brandt, con su infinita sabiduría, podría hacer.

—Va a haber una vacante en el Supremo —dice Lester.

—¿Ah, sí? —Eso lo desconocía. Con los jueces nunca se sabe, la mayoría se aferra a su puesto con los ochenta bien cumplidos—. ¿Quién?

Se vuelve para mirarla, entornando los ojos, con cara de póquer. «Está decidiendo —piensa ella—. Decidiendo si me lo dice o no.»

—A Whitman su médico le dio una noticia muy mala hace una semana —le cuenta.

—El juez Whitman se...

—Fue una mala noticia —dice—. Ya sea voluntariamente o no, no terminará este mandato presidencial. Ahora mismo lo están instando a que dimita.

—Siento oír eso —añade ella.

—¿De veras? —A su rostro asoma una sonrisa irónica—. En cualquier caso, ¿sabes lo que no pasa desde hace mucho tiempo? En el Tribunal Supremo no hay nadie del Medio Oeste desde John Paul Stevens. Nadie de un tribunal federal como..., ah, como la Séptima Demarcación. El corazón de Norteamérica.

El Tribunal de Apelaciones de la Séptima Demarcación de Estados Unidos. Si la memoria no le falla, ese tribunal se ocupa de casos federales de Illinois, Wisconsin...

... e Indiana, el estado natal de Lester.

Claro.

—¿Quién, Lester?

—La que fuera fiscal general de Indiana —contesta—. Mujer, moderada, respetada. Obtuvo la aprobación casi unánime del Senado hace cuatro años para el Tribunal de Apelaciones, incluido tu voto. Buena y joven, tiene cuarenta y tres años, ideal para dejar un buen legado. Podría estar treinta años en el tribunal. Es de las mías, pero votará a tu favor en las cuestiones que al parecer preocupan a los tuyos.

La vicepresidenta se queda boquiabierta. Se inclina hacia él.

—Por Dios, Lester —dice—. ¿Quieres que ponga a tu hija en el Tribunal Supremo?

Intenta recordar lo que sabe de la hija de Lester: casada y con hijos. Licenciada en Harvard, en la Escuela de Derecho de Harvard. Trabajó en Washington, volvió a Indiana, su estado natal, y se presentó a fiscal general para equilibrar con su postura moderada la política de azufre y fuego de su padre. Todo el mundo dio por sentado que el siguiente paso sería el cargo de gobernadora, pero entonces ella dio un volantazo y aceptó un puesto en el Tribunal de Apelaciones federal.

Y sí, la entonces senadora Katherine Brandt votó a favor de su nombramiento para el Tribunal de Apelaciones. El informe que se elaboró sobre ella decía que no se parecía nada a su padre; a decir verdad, iba en la dirección contraria, a pesar de su afiliación. Inteligente y sensata.

Lester crea un titular de periódico con sus manos:

—Bipartidista, bipartidista, bipartidista —dice—. Comienza un nuevo día tras el punto muerto de la administración Duncan. Su nombramiento será aprobado fácilmente. Puedo garantizar a los senadores de mi partido, y el tuyo estará encantado. Está a favor de la libre elección, Kathy, que al parecer es lo que les importa a los tuyos.

Quizá... no sea tan descabellado.

—Empezarás la presidencia con una gran victoria. Caray, Kathy, si juegas bien tus cartas, podrías ostentar el cargo durante casi diez años.

La vicepresidenta mira por la ventanilla. Recuerda la emoción que la embargó cuando anunció su candidatura, cuando era la favorita, cuando podía verlo, sentirlo, saborearlo.

—De lo contrario —añade Lester—, no lo ocuparás ni un solo día. Mantendré en el cargo a Duncan, lo aplastarán en la reelección y tú estarás en un callejón sin salida.

Probablemente esté en lo cierto con lo de las próximas elecciones. Ella no estaría en un callejón sin salida, como dice él, pero sería una batalla ardua presentarse cuatro años después como exvicepresidenta que perdió en una tentativa de reelección.

—Y ¿a ti te parece bien que sea presidenta dos años y medio? —le pregunta.

El presidente de la Cámara se desliza hacia la puerta y agarra el tirador.

—¿A mí qué demonios me importa quién sea el presidente?

Ella menea la cabeza, confusa, pero no especialmente sorprendida.

—Pero debes conseguir esos doce votos en el Senado —le dice Lester moviendo un dedo.

—Y me figuro que tienes una idea de cómo podría hacerlo.

El presidente de la Cámara retira la mano del tirador.

—Lo cierto es que sí, señora vicepresidenta.

Los dignatarios reunidos toman un desayuno ligero a base de bagels, fruta y café en el office, con vistas al jardín trasero y el bosque, mientras los pongo al corriente de lo sucedido hasta el momento. Me acaban de proporcionar información sobre Los Ángeles, donde Seguridad Nacional y la Agencia Federal para el Manejo de Emergencias, coordinadas por el Departamento de Seguridad Nacional, están trabajando con la ciudad y el estado de California para suministrar agua potable. Siempre ha habido planes de contingencia en previsión de una posible suspensión o fallo de las plantas depuradoras de aguas, de modo que, a corto plazo, si bien se tratará con urgencia que la planta vuelva a estar en funcionamiento, con suerte no estallará una crisis a gran escala. No enviaré allí a mi equipo de actuación, pero enviaremos a todos los demás que tenemos.

Puede que me equivoque con lo de Los Ángeles. Puede que no sea un señuelo. Puede que sea la zona cero de lo que quiera que se avecine. Si es así, habré cometido un grave error. Pero a falta de más datos, no enviaré a mi equipo. Ahora mismo están en el sótano con Augie y los expertos en ciberseguridad de Israel y Alemania, trabajando conjuntamente con el resto de nuestro equipo, que se encuentra en el Pentágono.

Al canciller Juergen Richter lo acompaña su asesor, un joven de pelo rubio llamado Dieter Kohl, el director de la BND, su servicio de inteligencia exterior. La primera ministra Noya Baram ha venido con su jefe de gabinete, un hombre corpulento, correcto, de más edad, que en su día fue general del ejército israelí.

Estamos intentando mantener esta reunión en secreto, lo que significa que el grupo debía ser reducido. Un líder y un asesor cada uno, más sus gurús de la tecnología. No estamos en 1942, cuando Franklin Delano Roosevelt y Winston Churchill se vieron en secreto en un lugar próximo al Canal Intracostero del Atlántico, en el sur de Florida, para celebrar una serie de reuniones que tenían por objeto discutir la estrategia de la guerra. Comieron en un restaurante excelente llamado Cap's Place y más tarde enviaron a sus propietarios cartas de agradecimiento, que ahora son los tesoros de un establecimiento que por lo demás es famoso por su marisco, su tarta de lima de los Cayos y su aire de los años cuarenta.

Hoy en día, con una prensa envalentonada y voraz, internet y las redes sociales, todos los ojos puestos en los líderes mundiales día y noche, resulta sumamente difícil que cualquiera de nosotros se mueva de incógnito. Lo único que tenemos a nuestro favor es la seguridad: con las amenazas de terrorismo que pesan sobre nosotros en la actualidad, podemos mantener los detalles de nuestros planes de viaje en secreto.

Noya Baram asistirá a una conferencia mañana en Manhattan, y anunció que el sábado aprovecharía para visitar a la familia que reside en Estados Unidos. Considerando que tiene una hija que vive en Boston, un hermano a las afueras de Chicago y una nieta a punto de finalizar su primer año de universidad en Columbia, su coartada es plausible. Otra cosa será que se sostenga.

El canciller Richter ha utilizado el cáncer de su esposa de tapadera, cambiando a ayer, viernes, un viaje que tenía previsto al instituto Sloan Kettering. Han anunciado que pretenden pasar el fin de semana en Nueva York con amigos.

—Discúlpenme —digo al grupo que se encuentra reunido en el salón de la cabaña cuando me vibra el teléfono—. Tengo que coger esta llamada. Es... es uno de esos días.

Ojalá yo también tuviera a un asesor, pero necesito a Carolyn en la Casa Blanca y no hay nadie más en quien pueda confiar.

Salgo al porche que da al bosque. El servicio secreto está al mando, pero hay un pequeño contingente de agentes alemanes e israelíes en el jardín y repartidos por la propiedad.

—Señor presidente —dice Liz Greenfield—. La chica, Nina. Nos han llegado sus huellas dactilares. Se llama Nina Shinkuba. No tenemos mucha información sobre ella, pero creemos que nació hace casi veintiséis años en la región abjasia de la República de Georgia.

—El territorio separatista —digo—. El territorio disputado.

Los rusos respaldaron los deseos de Abjasia de independizarse de Georgia, y de dicho conflicto, al menos en apariencia, derivó la guerra de 2008 entre Rusia y Georgia.

—Sí, señor. El gobierno de Georgia albergaba la sospecha de que, en 2008, Nina Shinkuba puso una bomba en una estación de tren en el lado de Georgia de la disputada frontera. Se produjo una serie de ataques en ambos lados de la frontera antes de que estallara la guerra entre Abjasia y Georgia.

Que se convirtió en la guerra entre Rusia y Georgia.

—¿La chica era separatista?

—Eso parece. La República de Georgia la llama terrorista.

—Eso la situaría en la categoría de antioccidental —comento—. ¿La convertiría también en prorrusa?

—Los rusos estaban con ellos. Rusos y abjasios unieron frentes en esa guerra. Es una deducción lógica.

Pero no automática.

—¿Nos ponemos en contacto con Georgia para ver qué más podemos averiguar sobre ella?

—Espera un momento —digo—. Primero quiero preguntar a alguien.

—Yo sólo la conocía como Nina —afirma Augie, ojeroso por todo lo que está trabajando en el sótano, frotándose los ojos mientras estamos juntos en el salón de la cabaña.

—Sin apellido. ¿No te pareció raro? ¿Te enamoraste de una mujer y no sabías cómo se apellidaba?

Suspira.

—Sabía que tenía un pasado del que estaba escapando, pero no los detalles. Me daba igual.

Lo observo, pero no dice nada más, no da la impresión de que se esté esforzando para dar más explicaciones.

—Era una separatista abjasia —expongo—. Trabajaban con los rusos.

—Si usted lo dice... Si... simpatizaba con Rusia, no me lo comentó. Usted siempre ha sabido, señor presidente, que los Hijos de la Yihad atacaban instituciones occidentales. Nos oponemos a la influencia que ejerce Occidente en el sudeste de Europa. Por supuesto, esto concuerda con la agenda rusa, pero no significa que trabajemos para los rusos. Tengo entendido que, si bien es cierto que Sulimán aceptó dinero de los rusos en el pasado, ahora ya no necesita su ayuda.

—Vende sus servicios al mejor postor —digo.

—Hace lo que quiere. No siempre por dinero. No responde ante nadie salvo él mismo.

Eso cree también nuestra inteligencia.

—Así es como resultó herida Nina —digo—. La metralla de la cabeza. Dijo que un misil cayó cerca de una iglesia. Fueron los georgianos. Tuvieron que ser ellos.

La mirada de Augie se apaga, mira a lo lejos, los ojos se le llenan de lágrimas.

—¿Acaso importa? —musita.

—Importa si estaba trabajando con los rusos, Augie. Si logro averiguar quién está detrás de esto, dispondré de más opciones.

Augie asiente, aún mirando a lo lejos.

—Amenazas. Disuasión. Señor presidente —dice—, si no somos capaces de detener este virus, sus amenazas serán en vano. Sus tentativas de disuasión no significarán nada.

Pero el virus no ha atacado todavía. Seguimos siendo el país más poderoso del mundo.

Puede que haya llegado el momento de que se lo recuerde a los rusos.

Augie vuelve al sótano, y yo saco el teléfono y llamo a Carolyn.

—Carrie —pregunto—, ¿está el Estado Mayor en la sala de crisis?

—Sí, señor.

—Estaré con ellos dentro de dos minutos —respondo.

—Señor presidente —dice el canciller con su habitual formalidad regia mientras se tira del puño doble de la camisa—. No hace falta que me convenza de la participación de los rusos en este ataque. Como bien sabe, Alemania ha sufrido varios incidentes similares en nuestro pasado reciente. El asunto del Bundestag, la sede de la CDU. Todavía se notan los efectos.

Se refiere a cuando, en 2015, piratearon los servidores del Bundestag alemán, el parlamento federal. Los hackers se hicieron con correos electrónicos y gran cantidad de información confidencial antes de que los alemanes acabaran descubriendo el ataque y lograran parchearlo. A día de hoy siguen apareciendo en internet filtraciones de dicha información, un goteo estratégico.

Y la sede de la Unión Demócrata Cristiana alemana —el partido del canciller Richter— también fue víctima de un ataque informático durante el que se sustrajeron numerosos documentos que contenían información confidencial y en ocasiones categórica sobre asuntos de estrategia política, coordinación de la campaña y aspectos clave.

Estos dos ataques se atribuyeron a un grupo de hackers ciberterroristas conocidos como APT28, o Fancy Bear, que formaba parte del GRU, el servicio de inteligencia militar ruso.

—Tenemos conocimiento de que se han intentado llevar a cabo alrededor de setenta y cinco ataques de ciberterrorismo desde los del Bundestag y la CDU —dice el asesor de Richter, Dieter Kohl, el máximo responsable de inteligencia exterior de Alemania—. Estoy hablando de expediciones de *phishing* a los servidores de gobiernos federales y locales y diversos partidos políticos, todos ellos hostiles al Kremlin. Estoy hablando de incidentes en los que se han visto involucradas instituciones gubernamentales, empresas, sindicatos, gabinetes estratégicos. Todos ellos —añade— atribuidos al Fancy Bear.

—Gran parte de la información que han... —El canciller Richter se vuelve hacia su colega, buscando la palabra adecuada—: exfiltrado, sí. Gran parte de la información que han exfiltrado todavía no ha sido filtrada. Contamos con verla cuando se acerquen las elecciones. De manera que, señor presidente, le puedo decir que a Alemania no hace falta convencerla en lo tocante a la participación rusa.

—Pero esto es distinto —apunta la primera ministra Noya Baram—. Si no me equivoco, con lo del virus que detectaron en el servidor del Pentágono no había... migas de pan, creo que se dice.

—Correcto —digo—. Esta vez los hackers no dejaron ningún rastro. Ninguna huella. No había migas de pan. Salió de la nada y desapareció sin dejar rastro.

—Y ésa no es la única diferencia —prosigue la primera ministra—. Lo que te preocupa, Jonny, no es el robo de información. Yo creo que es la estabilidad de tu infraestructura.

—Ambas cosas —puntualizo—, pero tienes razón, Noya. Me preocupa que estén atacando nuestros sistemas. El lugar en el que apareció el virus, cuando nos guiñó un ojo antes de desaparecer, forma parte de nuestra infraestructura operacional. No están robando correos electrónicos: están comprometiendo nuestros sistemas.

—Y tengo entendido —tercia el canciller— que, si alguien puede hacerlo, son los Hijos de la Yihad. Los nuestros —mira a su director de inteligencia exterior, que asiente— nos dicen que los Hijos de la Yihad son los mejores del mundo. Cabría pensar que podríamos encontrar personas igual de competentes, pero por lo visto no es así, lo cierto es que hay muy pocos ciberterroristas de élite e igual de pocos, si no menos, expertos en ciberdefensa de élite. En nuestro país hemos formado un nuevo cibercomando, pero nos está costando ocupar los puestos. Tenemos una docena, más o menos, de los que se podría decir que son lo bastante buenos para defendernos de los ciberterroristas más capaces.

—Es como cualquier otra cosa —digo—. Los deportes, las artes, el mundo académico. Hay algunas personas en la cúspide de la pirámide que sencillamente son mejores que los demás. Israel cuenta con muchas de ellas en el ámbito de la defensa. Israel tiene los mejores sistemas de ciberdefensa del mundo. —Hago una señal afirmativa a Noya, que acepta el cumplido sin poner reparos: para los israelíes es un motivo de orgullo.

—Y si Israel tiene la mejor defensa —dice Richter—, Rusia cuenta con el mejor ataque.

—Pero ahora tenemos a Augie.

Richter asiente, entrecerrando los ojos. Noya mira a Richter y luego me mira a mí.

—Y ¿estás seguro de que te puedes fiar de ese hombre, del tal Augustas Koslenko?

—Noya. —Abro las manos—. Estoy seguro de que no tengo más remedio que confiar en él. Los nuestros son incapaces de hacer frente a este virus. Ni siquiera son capaces de dar con él. —Me retrepo en la silla—. Fue él quien nos dio el soplo. De no ser por él, ni siquiera sabríamos que existe.

—O eso es lo que dice.

—O eso es lo que dice —admito—. Es cierto. Miren, quienquiera que esté detrás de esto, ya sean los Hijos de la Yihad o Rusia o quien sea, sí, es posible que me hayan enviado a Augie. Puede que Augie tenga un motivo oculto. He estado esperando a que me lo diga. He estado esperando a que se formulara alguna petición, se exigiera un rescate. Pero nada. Y no olviden que han intentado matarlo. Dos veces. Así que yo

diría que Augie supone una amenaza para ellos. Lo que significa que es alguien valioso para nosotros. Tengo a mis mejores hombres, y a tus mejores hombres, y a los mejores hombres de Juergen vigilando cada uno de sus movimientos abajo, aguzando el oído, aprendiendo y sondeando. Incluso tenemos una cámara en la habitación para no perderlo de vista. —Levanto las manos—. Si alguien tiene una idea mejor, que lo diga, estoy abierto a todo. De lo contrario, esto es lo mejor que puedo hacer para intentar evitar... —Dejo la frase en suspenso, incapaz de terminarla.

—Para evitar... ¿qué? —pregunta Richter—. ¿Tenemos alguna noción de cuáles podrían ser los daños? Podemos lanzarnos a hacer especulaciones. Podemos imaginar escenarios de pesadilla. ¿Qué dice el chico?

Es un buen cambio de tercio, una de las principales razones por las que he pedido al canciller alemán que esté aquí hoy.

Me vuelvo hacia Alex, que está en el rincón más alejado del salón.

—Alex, trae a Augie —digo—. Deberían escuchar lo que tiene que decir.

Augie comparece ante los líderes mundiales que se encuentran en el salón, fatigado y exhausto, con una ropa que le queda mal, la que le proporcionamos después de que se duchara, completamente abrumado por los incidentes de las doce últimas horas. Sin embargo, este hombre joven no parece nada azorado en presencia de esas personas. Se trata de hombres y mujeres que tienen en su haber grandes logros, con un poder increíble en sus manos, pero en este sitio él es el profesor y nosotros los alumnos.

—Una de las grandes ironías de la era moderna —empieza— es que los avances de la humanidad pueden hacer que seamos más poderosos y no obstante más vulnerables. Cuanto mayor es el poder, mayor es la vulnerabilidad. Ustedes creen, y con razón, que se hallan en la cima del poder, que pueden hacer más cosas que nunca antes, pero yo veo que están en la cima de la vulnerabilidad.

»El motivo es la dependencia. Nuestra sociedad se ha vuelto completamente dependiente de la tecnología. El internet de las cosas; ¿están familiarizados con el concepto?

—Más o menos —digo—. La interconexión de objetos cotidianos con internet.

—Sí, básicamente. Y no sólo ordenadores portátiles y smartphones. Cualquier cosa que tenga un botón de encendido: lavadoras, cafeteras, grabadores de vídeo, cámaras digitales, termostatos, piezas de maquinaria, motores a reacción. La lista de cosas, grandes y pequeñas, es casi infinita. Hace dos años había quince mil millones de dispositivos conectados a internet. ¿Dentro de dos años? Según cálculos que he leído, la cifra se situará en los cincuenta mil millones. He oído que se alcanzarán los cien mil millones. Las personas de a pie difícilmente pueden encender un televisor sin ver un anuncio sobre el último dispositivo inteligente, que hará algo que jamás habría creído posible hace veinte años. Pedirá las flores que desea recibir. Le permitirá ver a alguien que está a la puerta de su casa mientras usted está en el trabajo. Le dirá si hay obras en la carretera por la que va y le dará una ruta más rápida para llegar a su destino.

—Y toda esta conectividad nos vuelve más vulnerables a los programas maliciosos y los programas espía —deduzco—. Eso lo entendemos, pero en este preciso momento no me preocupa mucho si Siri me dirá el tiempo que hace en Buenos Aires o si alguna nación extranjera me está espiando a través de la tostadora.

Augie se mueve por la habitación como si estuviese dando una conferencia en un gran escenario ante miles de personas.

—No, no... Pero me he apartado del tema. Más concretamente, casi todas las formas sofisticadas de automatización, casi todas las transacciones que se efectúan en el mundo moderno, dependen de internet. Lo diré de este modo: dependemos de la red eléctrica, ¿o no?

—Desde luego que sí.

—Y sin electricidad reinaría el caos. ¿Por qué? —Nos mira a cada uno de nosotros, a la espera de una respuesta.

—Porque la electricidad no se puede sustituir —contesto—. Lo cierto es que no. Me señala.

—Exacto. Porque dependemos demasiado de algo que no tiene sustituto.

—Y eso mismo ocurre ahora con internet —dice Noya, tanto para sí misma como para el resto.

Augie hace una leve reverencia.

—Sin lugar a dudas, señora primera ministra. Multitud de funciones que en su día se realizaban sin internet ahora sólo se pueden realizar con internet. No hay alternativa. Ya no. Y tiene usted razón: el mundo no se colapsará si no podemos preguntar a nuestros smartphones cuál es la capital de Indonesia. El mundo no se colapsará si el microondas no puede calentarnos los burritos del desayuno o si nuestro grabador de vídeo deja de funcionar.

Augie camina un poco, mirando al suelo, las manos en los bolsillos, la viva imagen del profesor en medio de su clase.

—Pero ¿qué pasaría si todo dejara de funcionar? —plantea.

En la habitación se hace el silencio. El canciller Richter, que se estaba llevando una taza de café a los labios, congela el movimiento. Noya da la impresión de estar conteniendo la respiración.

«Edad Media», pienso.

—Pero internet no es tan vulnerable como usted dice —apunta Dieter Kohl, que puede que no esté al nivel de Augie en estas cuestiones pero sabe mucho más que cualquiera de los funcionarios electos de esta habitación—. Un servidor se puede ver afectado, ralentizando o incluso bloqueando el tráfico, pero se utilizará otro. Las rutas del tráfico son dinámicas.

—Pero ¿y si se vieran afectadas todas las rutas? —pregunta Augie.

Kohl lo rumia, la boca fruncida como si fuese a decir algo, suspendido en ese gesto. Cierra los ojos y sacude la cabeza.

—¿Cómo sería... posible?

—Sería posible con tiempo, paciencia y habilidad —replica Augie—. Si el virus no se detectó cuando se introdujo en el servidor. Y si permaneció inactivo tras la infiltración.

—¿Cómo habéis pirateado los servidores? ¿Con ataques de *phishing*?

Augie hace una mueca, como si lo hubiera insultado.

—A veces, pero no principalmente. Sobre todo utilizamos la redirección. Ataques DDoS, corrupción de las tablas de enrutamiento BGP.

—Augie —digo.

—Ah, sí, lo siento, que me ha dicho que hablara en cristiano. Muy bien. Un ataque DDoS es un ataque de denegación de servicio. Básicamente un ataque a la red de servidores que convierten las direcciones URL que introducimos en nuestros buscadores en números IP que utilizan los routers de internet.

—Augie —repito.

Sonríe a modo de disculpa.

—A ver así: usted teclea `www.cnn.com`, pero la red lo convierte en un número de ruta para dirigir el tráfico. Un ataque DDoS envía tráfico falso a la red y la satura, de manera que la red se paraliza o se colapsa. En octubre de 2016, un ataque DDoS cerró numerosos servidores, y con ellos numerosas páginas web importantes de Norteamérica, durante un día entero. Twitter, PlayStation, la CNN, Spotify, Verizon, Comcast, por no mencionar miles de operaciones menores de internet, se vieron trastocadas.

»En cuanto a la corrupción de las tablas de enrutamiento BGP, las rutas del protocolo de puerta de enlace de frontera: los proveedores de servicios, como por ejemplo AT&T, básicamente anunciarán en esas tablas quiénes son sus clientes. Si la empresa ABC utiliza AT&T como proveedor de servicios de internet, AT&T anunciará en esas tablas: «Si desea acceder a la página web de la empresa ABC, hágalo a través de nosotros». Pongamos que está usted en China, por ejemplo, utilizando VelaTel, y quiere acceder a la página web de la empresa ABC. Tendrá que saltar de VelaTel a NTT en Japón y de ahí a AT&T en Norteamérica. Las tablas BGP le dan la ruta. Nosotros, claro está, nos limitamos a introducir la dirección de una página web o a hacer clic en un enlace, pero con frecuencia lo que se está dando de forma casi instantánea es una serie de saltos entre proveedores de servicios en internet, que emplean las tablas BGP como si fuesen un mapa.

»El problema está en que estas tablas BGP se han creado basándose en la confianza. Quizá recuerden que, hace unos años, VelaTel, que por aquel entonces se llamaba ChinaTel, afirmó un día que era el último salto del tráfico al Pentágono, de forma que durante cierto periodo de tiempo una buena parte del tráfico de internet que iba destinado al Pentágono pasaba por China.

Esto lo sé ahora, pero no lo supe en su momento. En esa época sólo era el gobernador de Carolina del Norte. Tiempos más sencillos. El eufemismo del siglo.

—Un hacker sofisticado —continúa Augie— podría invadir las tablas BGP de los veinte proveedores de servicios de internet más importantes del mundo, alterar las tablas y, de esta forma, redirigir el tráfico. Tendría el mismo efecto que un ataque DDoS. Cerraría temporalmente el servicio de internet a cualquiera que utilizase ese proveedor.

—Pero ¿qué relación tiene esto con la instalación del virus? —pregunta Noya—. El objeto de un ataque DDoS, si no he entendido mal, es privar del servicio de internet a un proveedor.

—Sí.

—Y parece que lo de... lo de alterar las tablas BGP tiene el mismo efecto.

—Sí. Y como se puede imaginar, es muy grave. Un proveedor de servicios no se puede permitir dejar de dar servicio a sus clientes. Ésa es la razón de su existencia. Debe actuar inmediatamente para solucionar el problema o perderá a sus clientes y quebrará.

—Desde luego —dice Noya.

—Como ya he dicho, redirección. —Augie mueve una mano—. Utilizamos las tablas BGP y los ataques DDoS como plataformas para invadir los servidores.

Noya levanta la barbilla: ahora lo entiende. Augie tuvo que explicarme todo esto más de una vez.

—Así que, mientras ellos estaban centrados en esa emergencia, vosotros os colasteis e introdujisteis el virus —opina Noya.

—Un resumen bastante preciso, sí. —Augie no puede evitar sonreír con orgullo—. Y como el virus estaba inactivo, porque estaba oculto y no desempeñaba ninguna función malintencionada, nadie se dio cuenta de nada.

—Inactivo ¿durante cuánto tiempo? —pregunta Dieter Kohl.

—Años. Creo que empezamos... —Mira arriba, entorna los ojos—. ¿Hace tres años?

—¿El virus ha estado inactivo tres años?

—En algunos casos, sí.

—Y ¿cuántos servidores habéis infectado?

Augie coge aire, un niño que se dispone a dar una mala noticia a sus padres.

—El virus está programado para infectar cada nodo, cada dispositivo que recibe su servicio de internet del proveedor.

—Y... —Kohl se detiene, como si tuviera miedo de seguir sondeando, miedo de abrir la puerta del armario oscuro para averiguar qué se esconde dentro— aproximadamente, ¿cuántos proveedores de servicios de internet habéis infectado?

—¿Aproximadamente? —Augie se encoge de hombros—. Todos —dice.

Todo el mundo se queda pasmado al oír la noticia. Richter, incapaz de seguir sentado, se levanta, se apoya en la pared y cruza los brazos. Noya dice algo al oído a su asesor. Personas poderosas que se sienten impotentes.

—Si han infectado todos los proveedores de servicios de internet del país, y a su vez esos proveedores han pasado el virus a cada cliente, cada nodo, cada dispositivo, eso significa... —Dieter Kohl se deja caer hacia atrás en la silla, abatido.

—Hemos infectado prácticamente todos los dispositivos que utilizan internet en Estados Unidos.

La primera ministra y el canciller me miran, ambos palideciendo. El ataque del que estamos hablando se ha producido en Norteamérica, pero saben perfectamente bien que sus respectivos países podrían ser los siguientes.

Que es parte del motivo por el que quería que Augie les explicara esto.

—¿Sólo Estados Unidos? —pregunta el canciller Richter—. Internet conecta al mundo entero.

—Muy cierto —dice Augie—. Sólo dirigimos nuestro ataque contra los proveedores de servicios de internet de Estados Unidos. No cabe duda de que habrá cierta transferencia a otros países al enviar al extranjero datos desde dispositivos norteamericanos. No hay manera de saberlo con seguridad, pero cabría esperar que la propagación no sea significativa. Nos centramos en Estados Unidos. El objetivo era paralizar Estados Unidos.

Esto sobrepasa con mucho nuestros peores temores. Cuando el virus apareció, lo hizo en un servidor del Pentágono. Todos pensamos que el objetivo sería militar. O gubernamental, al menos. Pero Augie nos está diciendo que va más allá, mucho más allá de lo gubernamental. Afectará a cada sector económico, a infinidad de aspectos de la vida cotidiana, a cada hogar, a todas las facetas de nuestra vida.

—Lo que nos está diciendo —dice el canciller Richter con la voz trémula— es que van a quitarle internet a Norteamérica.

Augie mira a Richter y luego me mira a mí.

—Sí, pero eso es sólo el principio —digo—. Augie, díles lo que hará el virus.

—El virus es básicamente lo que se conoce como virus wiper —dice Augie—. Un ataque wiper borra todos los programas informáticos de un dispositivo. Sus ordenadores portátiles sólo valdrán de sujetapapeles; los routers, de pisapapeles. Los servidores serán borrados. No tendrán internet, eso seguro, pero sus dispositivos tampoco funcionarán.

«Edad Media.»

Augie coge una manzana del frutero y la lanza hacia arriba.

—Casi todos los códigos de los virus y los ataques están diseñados para introducirse subrepticamente y robar datos —explica—. Imaginen a un ladrón que se cuela por una ventana y recorre una casa de puntillas, sin hacer ruido. Quiere entrar y salir sin que nadie se dé cuenta. Y si el robo llegara a detectarse, sería demasiado tarde.

»Los ataques wiper, por otra parte, son ruidosos. Quieren que se sepa lo que están haciendo. No hay ninguna razón para esconderse, porque quieren algo de uno. Básicamente, bueno, no básicamente, realmente, mantienen como rehén el contenido de su dispositivo. Pague el rescate o despídase de todos sus archivos. Por supuesto, no es que tengan un interés especial en borrar todos sus datos. Sólo quieren su dinero. —Extiende la mano—. Bueno, nuestro virus es un ataque wiper silencioso. Nos hemos introducido sin hacer ruido y nos hemos infiltrado todo lo posible. Pero no queremos ningún rescate. Queremos borrar todos sus archivos.

—Y las copias de seguridad no sirven —dice Dieter Kohl, meneando la cabeza—. Porque también las han infectado.

—Por supuesto. El virus se instaló en las copias de seguridad de la forma más sencilla: con las copias de seguridad que los sistemas realizan de manera rutinaria.

—Son bombas de relojería —digo—. Han estado escondidas en dispositivos, esperando el momento de entrar en acción.

—Sí.

—Y ese día es hoy.

Nos miramos los unos a los otros. Yo he tenido un par de horas para asimilar esto, ya que Augie me lo contó todo en el Marine One. Probablemente pusiera la misma cara de espanto en ese helicóptero que la que tienen los demás en este momento.

—Así que son conscientes de las consecuencias —dice Augie—. Hace cincuenta años tenían máquinas de escribir y papel de calco. Ahora sólo tienen ordenadores. Hace cincuenta años, en la mayoría de los casos diez o quince años, no dependían de

la conectividad para desempeñar gran parte de sus operaciones. Pero ahora la cosa ha cambiado. Es su única manera de funcionar. Si se la arrebatan, se quedan sin alternativa.

La habitación está en silencio. Augie se mira los zapatos, quizá por respeto a esas personas afligidas, o puede que a modo de disculpa: lo que está describiendo es algo en cuya creación él tuvo mucho que ver.

—Denos una idea de... —Noya Baram se frota las sienes.

—Bueno... —Augie se pone a caminar de nuevo—. Los ejemplos son infinitos. Algunos pequeños ejemplos: ascensores que dejan de funcionar. Escáneres de supermercados. Billetes de tren y autobús. Televisores. Teléfonos. Radios. Semáforos. Lectores de tarjetas de crédito. Sistemas de alarma en los hogares. Los ordenadores portátiles perderán todos sus programas informáticos, todos los archivos, se borrará todo. Su ordenador no será más que un teclado y una pantalla en blanco.

»La electricidad se verá gravemente afectada, lo que significa que los frigoríficos también. En algunos casos la calefacción. El agua..., en fin, ya hemos visto los resultados en las plantas depuradoras. Muy pronto el agua potable en Norteamérica escaseará.

»Lo que a su vez implica problemas sanitarios a gran escala. ¿Quién se ocupará de los enfermos? ¿Los hospitales? ¿Dispondrán de los recursos necesarios para tratarlos? Hoy en día las operaciones quirúrgicas están muy informatizadas. Y no tendrán acceso a su historia médica en sus ordenadores.

»Es más, ¿recibirán tratamiento? ¿Tiene usted seguro médico? ¿Quién lo dice? ¿La tarjeta que lleva en el bolsillo? No podrán mirarlo para confirmarlo, ni tampoco podrá pedir un reembolso al asegurador. Y aunque pudiera ponerse en contacto con la compañía de seguros, ésta no sabrá si es usted cliente suyo. ¿Tienen listas escritas a mano de sus asegurados? No. Todo está en los ordenadores. En unos ordenadores que han sido borrados. ¿Trabajarán los hospitales de balde?

»No habrá páginas web, claro. Ni comercio electrónico. Cintas transportadoras. Maquinaria sofisticada en plantas industriales. Registros de nóminas.

»Los aviones se quedarán en tierra. En la mayoría de los sitios ni siquiera funcionarán los trenes. Los coches, al menos los fabricados después de..., veamos, 2010 aproximadamente, se verán afectados.

»Los registros legales. Los de la seguridad social. Las bases de datos de la policía. Adiós a la capacidad de la policía metropolitana de identificar delincuentes, de coordinarse con otros estados y con el gobierno federal a través de bases de datos.

»Los extractos bancarios. ¿Cree que tiene diez mil dólares en su cuenta corriente? ¿Cincuenta mil dólares en un plan de pensiones? ¿Cree que tiene una pensión que le permite recibir un pago fijo todos los meses? —Menea la cabeza—. No si los archivos informáticos y sus copias se han borrado. ¿Tienen los bancos un gran fajo de dinero afianzado con una goma con su nombre, en alguna cámara acorazada? Desde luego que no. Todo son datos.

—Virgen santísima —exclama el canciller Richter, pasándose un pañuelo por la cara.

—Claro está —continúa Augie— que los bancos fueron algunas de las primeras empresas que se dieron cuenta de su vulnerabilidad y pasaron parte de sus archivos a sistemas independientes, pero ya los habíamos infectado. Fue el primer sector al que atacamos, de manera que sus redes segregadas también están afectadas.

»Los mercados financieros, que ya no son parquets. Todo es electrónico. Todas las operaciones bursátiles que se realizan a través de Norteamérica cesarán.

»Funciones gubernamentales, por supuesto. El gobierno depende de la recaudación de ingresos. Los registros tributarios para los impuestos sobre la renta. La recaudación de impuestos sobre la venta, los impuestos sobre consumos específicos y cosas por el estilo. Todo ello habrá desaparecido. ¿De dónde sacará el gobierno el dinero para funcionar, en la medida en que pueda funcionar?

»El flujo monetario se verá reducido de pronto a transacciones en mano y en efectivo. Efectivo que saldrá ¿de dónde? No podrá ir a su banco o a su cajero más cercano a sacar dinero, porque el banco no tendrá constancia de que usted existe.

»La economía de este país se paralizará. Sectores enteros que dependan exclusivamente de internet no podrán sobrevivir. Los otros se verán gravemente afectados. El impacto conducirá inevitablemente a un desempleo a gran escala, a una gran reducción de la disponibilidad de crédito, a una recesión que hará que su Gran Depresión, la crisis de los años treinta, parezca un pequeño contratiempo.

»Pánico —dice—. Pánico generalizado. Retiradas masivas de depósitos de los bancos. Saqueo de establecimientos de alimentación. Disturbios. Multitud de delitos. Brotes de enfermedades. Toda apariencia de orden civil desaparecida.

»Y todavía no he mencionado la competencia militar y de seguridad nacional. La búsqueda de terroristas. La vigilancia. Su fuerza aérea, tan sofisticada, se quedará en tierra. ¿El lanzamiento de misiles? Imposible. ¿Radar y sonar? ¿La capacidad de establecer telecomunicaciones de alta tecnología del ejército? Fuera.

»Estados Unidos será vulnerable a ataques como nunca antes —sigue—. Sus defensas militares estarán a la altura de las del siglo XIX frente a enemigos con recursos del siglo XXI.

Como Rusia. Y China. Y Corea del Norte.

Dieter Kohl levanta la mano.

—Si internet cayera permanentemente, sería una... una catástrofe de dimensiones épicas. Pero esos problemas se podrían solucionar. No es como si Norteamérica se quedara sin internet para siempre.

Augie asiente y hace una leve reverencia.

—Es cierto, señor, que al final internet sería restituida. Probablemente llevara meses reconstruir toda la red, de los proveedores de servicios a los dispositivos de usuario final, cuyos sistemas, todos ellos, en todos los eslabones de la cadena, habrán sido destruidos por completo. Durante ese periodo de tiempo, Estados Unidos será

vulnerable a un ataque militar o terrorista como nunca antes. Durante ese periodo de tiempo, sectores enteros de la economía, que dependen en gran medida, si no exclusivamente, de internet, serán destruidos. Durante ese periodo de tiempo, enfermos de gravedad no recibirán su tratamiento ni se someterán a sus respectivos procedimientos médicos. Cada empresa, cada banco, cada hospital, cada despacho gubernamental, cada individuo tendrá que comprar dispositivos nuevos, porque los antiguos fueron destruidos.

»¿Cuánto tiempo puede pasarse un país sin agua potable? ¿Sin electricidad? ¿Sin refrigeración? ¿Sin poder realizar procedimientos médicos y operaciones quirúrgicas vitales? Está claro que Estados Unidos se centraría primero en dichas necesidades y servicios críticos, pero ¿con qué rapidez podría devolver incluso esas cosas a un país de trescientos millones de personas? Sin duda no en el plazo de una semana, no al país entero. ¿Dos semanas? Varios meses, lo más probable. El número de víctimas mortales, me inclinaría a pensar, sería horrible.

»E incluso cuando se restaurasen los servicios de internet, tengan en cuenta los daños que serían irreparables. Toda Norteamérica habrá perdido sus ahorros, todas sus inversiones, todos esos registros borrados permanentemente. No tendrán nada salvo el efectivo que llevaran encima cuando se activó el virus. Y lo mismo se puede decir de sus pensiones, su seguro médico, sus prestaciones de la asistencia social y la seguridad social, sus historias clínicas. Esos datos no se recuperarán nunca. Y si logran recuperarse de alguna manera, sin datos electrónicos sería un proceso imperfecto, que no se podría verificar, y llevaría años. Años. ¿Cuánto puede vivir una persona sin dinero?

»Y si la gente no tiene dinero, ¿cómo puede seguir siendo viable cualquier sector de la economía? Ni un solo establecimiento de cualquier calle de este país, de las Quintas Avenidas a las Magnificent Miles y los Rodeo Drives a los sitios más pequeños de las ciudades más pequeñas: ¿cómo podrán existir sin clientes? Por no hablar de los sectores basados en internet. No quedará nada de la economía norteamericana, absolutamente nada.

—Dios santo —masculla el canciller—. Es mucho peor de lo que imaginaba.

—Es peor de lo que cualquiera podría imaginar —dice Augie—. Los Estados Unidos de América pasarán a ser el mayor país del tercer mundo del planeta.

Augie deja a mis dos invitados, la primera ministra Noya Baram y el canciller Juergen Richter, aturcidos y mudos. Richter se quita la chaqueta, dejando a la vista el chaleco, y nuevamente se seca la frente con un pañuelo. Noya se sirve un gran vaso de agua.

—¿Por qué... —Richter se lleva la mano al mentón, frotándose— por qué haría Rusia esto?

«Si es que es Rusia», digo yo para mis adentros.

—¿Acaso no es evidente? —inquire Noya Baram tras beber un largo sorbo de agua y secarse los labios con una servilleta.

—Para mí no lo es. ¿Existe un componente militar en la ecuación? Si la capacidad militar de Norteamérica se ve afectada, si su infraestructura está hecha trizas, ¿es Estados Unidos vulnerable a un ataque militar? No puede ser, ¿no? ¿Atacaría Rusia a Estados Unidos? Sin duda... —Hace un gesto negativo con la mano—. Sin duda Estados Unidos... puede que fuese vulnerable momentáneamente, sí, pero estoy seguro de que Norteamérica reconstruiría su poder. Y luego, además, está el artículo 5.

Según el artículo 5 del Tratado del Atlántico Norte, un ataque armado contra una nación de la OTAN es un ataque contra todas. Un ataque contra Estados Unidos podría desencadenar una guerra mundial.

Al menos en teoría. Esa doctrina nunca se ha puesto a prueba. Si Rusia dismantelara nuestra infraestructura militar y consolidara su victoria atacándonos con armas nucleares, ¿pagarían con la misma moneda a Rusia los miembros de la OTAN que poseen armamento nuclear? ¿Alemania, por ejemplo, o el Reino Unido, o Francia? Ello pondría a prueba nuestra alianza como nunca antes. Cada uno de esos países, si lo hiciera, tendría garantizado un ataque nuclear como represalia.

Por eso es tan importante que Richter se dé cuenta de que Alemania podría ser la siguiente, que no puede permitir que Rusia —o quienquiera que sea el responsable— se salga con la suya.

—Pero ¿quién constituye el mayor obstáculo para Rusia? —plantea Noya—. ¿A quién teme más Rusia?

—A la OTAN —dice el canciller.

Noya se encoge de hombros.

—Sí, bueno..., sí, Juergen. Sí, la ampliación de la OTAN hasta las fronteras rusas es algo que les preocupa sobremanera, pero Rusia, y por supuesto no pretendo ofender a nadie, Juergen, cuando ve a la OTAN ve a Estados Unidos. Norteamérica

ante todo, y después sus aliados.

—Pero ¿en qué sale ganando Rusia? —Me levanto de la silla, incapaz de seguir sentado—. Puedo entender que Rusia nos quiera inutilizar. Atrasarnos. Dejarnos heridos. Pero ¿destruirnos?

—Jonny —dice Noya, dejando el vaso de agua en la mesa—, durante la guerra fría, Estados Unidos... siempre creísteis que los soviéticos querían destruirnos. Y ellos dieron por sentado lo mismo de vosotros. A lo largo de los últimos veinticinco, treinta años, han cambiado muchas cosas. El imperio ruso se ha desmoronado. El ejército ruso se ha visto mermado. La OTAN se ha ampliado hasta las fronteras de Rusia. Pero en realidad, ¿ha cambiado algo? Rusia sigue sintiéndose igual de amenazada por vosotros que antes. En último término, si tuviera la oportunidad, ¿no crees que sería una opción viable una vez más? ¿Estás dispuesto a arriesgarte a equivocarte? —Con la cabeza ladeada, profiriendo un hondo suspiro, añade—: No tienes más remedio que prepararte para la posibilidad de sufrir un ataque directo contra Norteamérica.

Casi resulta incomprensible. Casi. Pero mi trabajo consiste en estar preparado para lo peor, aunque trabaje en pos de lo mejor. Y todo el que cree que entiende perfectamente al presidente Chernokev se equivoca. Ese hombre juega a largo plazo, pero ello no significa que no vaya a tomar un atajo si puede hacerlo.

El canciller consulta el reloj.

—Todavía nos falta una delegación —dice—. Pensaba que a estas alturas ya estaría aquí.

—Tienen unas cuantas cosas en la cabeza —apunto.

Alex Trimble entra en la habitación. Me vuelvo hacia él.

—Han llegado, señor presidente —informa—. Los rusos están aquí.

El convoy de todoterrenos negros enfila el camino de entrada. Agentes de seguridad rusos salen del primer vehículo y hablan con Jacobson y otros miembros del servicio secreto.

Me preparo para recibirlos, un pensamiento domina todos los demás:

«Así es como empiezan las guerras».

Le pedí al presidente Chernokev que asistiera a nuestra cumbre al mismo tiempo que a Israel y Alemania. Por aquel entonces no sabía que Rusia estaba implicada —sigo sin saberlo, no con certeza—, pero ese país tiene a los mejores ciberterroristas del mundo, y si no están detrás de esto, podrán ayudarnos; tienen tanto que temer como nosotros. Si Estados Unidos es vulnerable, los demás también lo son. Incluida Rusia.

Y si Rusia está detrás de esto, sigue teniendo sentido que el país esté representado aquí. Cuando Sun Tzu dijo: «Mantén a tus amigos cerca, pero aún más cerca a tus enemigos», estaba en lo cierto.

Pero también era una prueba. Si Rusia estaba detrás de Edad Media, no creía que el presidente Chernokev se mostrase dispuesto a venir a sentarse conmigo mientras el virus se activaba y dejaba una estela de destrucción a gran escala. Enviaría a alguien en su lugar, para guardar las apariencias.

Los agentes rusos abren la puerta trasera del segundo todoterreno.

Sale un funcionario: el primer ministro Iván Volkóv.

El segundo de a bordo cuidadosamente elegido por Chernokev, un excoronel del Ejército Rojo. Para algunos, el carnicero de Crimea. El jefe militar responsable de presuntos crímenes de guerra en Chechenia, Crimea y, posteriormente, Ucrania, desde la violación y el asesinato de civiles inocentes hasta la tortura despiadada de prisioneros de guerra y el presunto uso de armas químicas.

Es una mole humana, compacto y de baja estatura, el pelo tan corto que sólo se le ve una pequeña tira de cabello oscuro en la parte superior de la cabeza, casi como una cresta. Ronda los sesenta, pero físicamente está en forma, un exboxeador que va a diario al gimnasio, que nosotros sepamos, con profundas arrugas en la prominente frente y una nariz chata que le han roto más de una vez en el cuadrilátero.

—Señor primer ministro —lo saludo, a solas en la entrada, le tiendo la mano.

—Señor presidente.

Su expresión implacable, sus ojos oscuros escudriñan los míos, me estrecha la mano con una fuerza férrea. Lleva un traje negro y un sombrero bicolor, azul en la mitad superior y rojo en la inferior, las dos terceras partes de la bandera rusa.

—Me decepciona que el presidente Chernokev no haya podido venir en persona. Era más que decepción.

—También a él, señor presidente. Lleva varios días enfermo. No es nada grave, pero no estaba en condiciones de viajar. Le puedo asegurar que tengo completa autoridad para hablar en su nombre, y el presidente asimismo me ha pedido que le transmita su decepción. A decir verdad, es más que decepción. Preocupación. Una profunda preocupación por los recientes actos de provocación llevados a cabo por su país.

Le señalo el jardín, él asiente y echamos a andar hacia él.

—La tienda de campaña, sí —dice—. Apropiaada para esta conversación.

Esta tienda negra no tiene puerta ni cremallera, sólo unos pesados faldones delante que se superponen. Uno las manos y las deslizo por la abertura para abrir los faldones y entrar, el primer ministro Volkóv detrás de mí.

Dentro no llega nada de luz del exterior, la única iluminación la proporcionan unas lámparas de queroseno distribuidas en los rincones. Han dispuesto una mesita y unas sillas de madera, como si se fuese a celebrar un pícnic, pero no me dirijo hacia ellas. Para mantener esta conversación, los dos solos —un hombre del que se afirma que fue responsable de la salvaje masacre de civiles inocentes, un hombre que representa a una nación que bien podría estar detrás de este aterrador ataque a mi país, y yo—, prefiero estar de pie.

—Al presidente Chernokev le han causado una gran inquietud los actos de provocación que ha protagonizado su ejército a lo largo de las últimas treinta y seis horas —afirma. Con su fuerte acento, las palabras gotean de su lengua, sobre todo *provocación*.

—Misiones de instrucción, únicamente —digo.

El primer ministro esboza una sonrisa avinagrada que se desvanece deprisa.

—Misiones de instrucción —dice, con un dejo de amargura en la voz—. Como en 2014.

En 2014, después de que Rusia invadiera Ucrania, Estados Unidos envió a Europa dos bombarderos furtivos B-2 para llevar a cabo «misiones de instrucción». El mensaje era bastante claro.

—Como entonces, sí.

—Pero mucho más extensas —señala—. El movimiento de portaviones y submarinos nucleares en el mar del Norte. Sus maniobras con aviones furtivos sobre Alemania. Y, naturalmente, las maniobras militares conjuntas en Letonia y Polonia. Dos antiguos países del Pacto de Varsovia, ahora miembros de la OTAN. Uno de ellos, Letonia, comparte frontera con Rusia, y el otro, Polonia, no se halla muy lejos, en el lado sudoccidental de Bielorrusia.

—Con una simulación de ataque nuclear incluida —añade.

—Rusia hizo lo mismo no hace mucho —apunto.

—No a menos de cien kilómetros de sus fronteras. —Tensa los músculos de la mandíbula, con lo que su cara se vuelve cuadrada. Sus palabras destilan desafío, pero también miedo.

El miedo es real. Ninguno de nosotros quiere una guerra. Ninguno de nosotros saldrá vencedor. La cuestión es, siempre, hasta dónde estamos dispuestos a dejarnos presionar. Ésa es la razón de que debamos ser tan cuidadosos a la hora de trazar el límite. Si ese límite se traspasa y no hacemos nada, perdemos credibilidad. Si se traspasa y respondemos..., en fin, esa respuesta es la guerra que ninguno de nosotros quiere.

—Señor primer ministro, usted sabe cuál es el motivo de que lo haya invitado —digo—. El virus.

Pestaña, sus gruesas cejas se fruncen, como si le sorprendiera el cambio de tercio. Pero es una finta. Sabe que una cosa sigue a la otra.

—Descubrimos la presencia del virus hará unas dos semanas —explico—. Y cuando lo hicimos, lo primero que se nos pasó por la cabeza fue nuestra vulnerabilidad a un ataque militar. Si el virus anulaba nuestra capacidad militar, estaríamos expuestos a un ataque. De modo, señor primer ministro, que hicimos inmediatamente dos cosas.

»La primera fue recrear nuestros sistemas continentales, aquí, en casa. Básicamente empezamos de cero. Llámelo reinventar la rueda, ingeniería inversa o como más le guste. Hemos reconstruido nuestros sistemas operativos, desconectados de cualquier dispositivo que pudiera estar infectado por el virus. Servidores nuevos, ordenadores nuevos, todo nuevo.

»Empezamos por las cosas más importantes: nuestros sistemas de defensa estratégica, nuestra flota nuclear, y nos aseguramos de recrearlas sin que estuvieran afectadas por ningún virus. Y seguimos a partir de ahí. Me alegra poder decir, señor primer ministro, que hemos logrado completar la operación con éxito. Nos ha llevado cada segundo de estas últimas dos semanas, pero lo hemos conseguido. Hemos reconstruido toda nuestra infraestructura operativa militar en el territorio continental de Estados Unidos. Al fin y al cabo, creamos esos sistemas en su momento, así que recrearlos no ha sido tan difícil como cabría pensar.

Volkóv se muestra estoico mientras lo asimila todo. No se fía de mí más de lo que yo me fío de él. No difundimos nada de este trabajo. La recreación de nuestra infraestructura militar se llevó a cabo, por motivos obvios, en el más absoluto secreto. Desde su punto de vista, yo podría estar tirándome un farol: no puede confirmar nada de lo que le acabo de decir.

De manera que ahora vamos a hablar de algo que sí puede confirmar.

—Lo segundo que hicimos, simultáneamente —continúo—, fue asegurarnos de desconectar nuestra infraestructura militar en el exterior de cualquier elemento del territorio continental. La misma clase de ingeniería inversa. En resumidas cuentas, sustituimos por sistemas nuevos todos los sistemas informáticos de nuestro arsenal

europeo que dependían de nuestra infraestructura continental. Los dotamos de independencia. Queríamos asegurarnos de que, si todos nuestros sistemas en Estados Unidos se colapsaban, si todos nuestros ordenadores fallaban...

Algo parece empañar los ojos de Volkóv. Pestañea y desvía la mirada, pero acto seguido sus ojos vuelven a clavarse en los míos.

—Queríamos asegurarnos, señor primer ministro, de que si alguien destruía por completo nuestros sistemas operativos militares aquí, en Estados Unidos, estábamos armados y listos con nuestros recursos europeos —digo—. De que estábamos preparados para responder militarmente contra cualquier nación responsable del virus. O cualquier nación que tuviera la ridícula idea de que podría aprovecharse de Estados Unidos durante ese periodo de tiempo difícil; atacándonos, por ejemplo.

»De modo que está claro que esas maniobras de instrucción europeas eran necesarias —digo—. Y la buena noticia es que han sido un éxito, todas ellas. Probablemente eso ya lo sepa.

El color de la cara le cambia. así que lo sabe. Los rusos, evidentemente, han seguido de cerca nuestras maniobras. Pero no me dará la satisfacción de admitirlo.

¿La verdad? Sólo había cierta cantidad de cosas que podíamos lograr en dos semanas. Sólo nuestros generales saben lo provisionales y poco sólidos que son los nuevos sistemas, lo rudimentarios que son en comparación con los existentes. Pero me han garantizado que son efectivos y seguros. Las órdenes se transmitirán, los misiles se lanzarán, los objetivos serán alcanzados.

—Tenemos plena confianza en que, si de alguna forma el virus lograra infectar nuestra red operativa nacional —prosigo—, tenemos capacidad plena para desencadenar desde nuestras bases de la OTAN en Europa cualquier tipo de guerra: nuclear, aérea, convencional y demás. Quienquiera que sea responsable de este virus, señor primer ministro, o cualquier nación que intente aprovecharse de este momento difícil para atacar Estados Unidos o a sus aliados... Nos reservamos el derecho, y tendremos capacidad plena, de responder con una fuerza arrolladora.

»De manera que no tiene que ver específicamente con Rusia. Es sólo que da la casualidad de que muchos de nuestros aliados de la OTAN están a sus puertas. A su mismísima puerta —añado, alargando la frase.

Volkóv arquea un tanto las cejas al oír la advertencia. La ampliación de la OTAN hasta las fronteras rusas, como señaló Noya, ha sido motivo de gran consternación en el Kremlin.

—Pero si Rusia no ha tenido nada que ver con el virus, como nos ha asegurado el presidente Chernokev, y siempre y cuando Rusia no intente aprovecharse de nosotros, Rusia no tiene de qué preocuparse. —Muevo una mano—. No tiene nada en absoluto de que preocuparse.

El primer ministro asiente despacio, su expresión ya no es tan avinagrada.

—Se lo diré a todo el mundo —afirmo—, a quienquiera que sea responsable del virus: averiguaremos quién ha hecho esto. Y si el virus se activa, lo consideraremos un acto de guerra.

Volkóv sigue asintiendo, la nuez subiendo y bajando mientras traga mis palabras.

—Nosotros no atacaremos primero, señor primer ministro. Es una promesa solemne. Pero si nos atacan, devolveremos el golpe. —Le pongo la mano en el hombro—. De modo que le ruego transmita este mensaje al presidente Chernokev. Y dígame también que confío en que se encuentre mejor. —Me inclino hacia él—. Y después veamos si nos pueden ayudar a detener el virus —concluyo.

Noya Baram y yo estamos en el embarcadero contemplando el lago, el sol de mediodía gana terreno en el cielo, sus rayos se reflejan en la reluciente agua, la serenidad y la belleza de la escena en radical contraste con la sensación de catástrofe inminente que anida en mi estómago. Nuestra nación no ha estado tan cerca de librar una guerra mundial desde que Kennedy se enfrentó a Jruschov en la crisis de los misiles de Cuba.

Lo acabo de hacer: acabo de trazar el límite. Ahora saben que nuestra estructura militar está operativa, a pesar del virus. Y ahora saben que si introdujeron el virus y lo activan, Estados Unidos lo considerará un primer golpe y responderá en consecuencia.

Uno de mis agentes del servicio secreto está cerca del embarcadero con dos miembros de los equipos de seguridad de Alemania e Israel. A unos cincuenta metros de la orilla hay tres hombres en una embarcación gris de unos siete metros, dos de ellos sosteniendo indolentemente sendas cañas de pescar para disimular, porque no están ahí para pescar percas o siluros. Los tres pertenecen al servicio secreto; no tienen hijos pequeños, he insistido en ello. La embarcación es una patrullera clase Defender, conocida como «Charlie», empleada por Seguridad Nacional y el servicio de guardacostas, ésta concretamente la retiraron de la circulación no hace mucho de la bahía de Guantánamo y el servicio secreto se hizo con ella. Ahora parece una embarcación normal y corriente, es imposible saber que su modernizado casco está blindado y es a prueba de balas. Los agentes han cubierto con lonas las ametralladoras instaladas en babor y estribor junto a la cabina, así como la ametralladora calibre .50 de la proa.

Están en una pequeña bahía que desemboca en el embalse, de mayor tamaño, cerca de la angosta abertura que protege esta bahía privada del resto del lago.

Sigo con la vista el camino hasta la cabaña, hasta la tienda negra instalada en el jardín.

—Volkóv ha entrado y salido de esa tienda tantas veces que se diría que quiere ganar una medalla al mérito.

Durante las últimas tres horas, Moscú ha requerido a Volkóv en repetidas ocasiones para atender más llamadas telefónicas, así que he tenido que volver a la tienda de campaña.

—Eso significa que te ha creído —dice Noya.

—Crean que somos capaces de contraatacar, eso sí —digo—. Las maniobras de instrucción no han dejado lugar a dudas. Pero ¿creen que vaya a hacerlo? Ésa es otra cuestión.

Me llevo la mano instintivamente a la cartera, en el bolsillo, donde están los códigos nucleares.

Noya se vuelve para mirarme.

—¿Y tú crees que lo harás?

La pregunta del millón de dólares.

—¿Tú qué harías, Noya?

Lanza un suspiro.

—Imagina que el virus se activa —plantea—. Colapso económico, pánico, histeria a gran escala. Y en medio de todo ese caos, ¿envías tropas a Rusia? ¿Lanzas misiles nucleares sobre Moscú?

—Ellos responderían de la misma manera —contesto.

—Sí. Así que no sólo te enfrentas a problemas nacionales sin precedentes, sino que además millones de americanos se ven expuestos a la radiación nuclear. ¿Podría sobrevivir tu país a todo eso a la vez?

Apoyo las manos en las rodillas, una antigua costumbre, cuando estoy nervioso, de mis días en el campo de béisbol.

—Pero la otra cara de la moneda —dice— es: ¿cómo no vas a responder? ¿Qué será de Estados Unidos si no hay represalias? Tendrás que responder de algún modo, ¿no?

Veo una piedra en la hierba, la cojo y la lanzo al agua. Lanzaba unas rectas brutales. Se me pasa por la cabeza que si no me hubiera destrozado el hombro cuando en Irak derribaron el helicóptero Black Hawk en el que iba, no estaría aquí ahora mismo.

—Estados Unidos responderá —digo—. No nos planteamos la posibilidad de no responder.

—Me figuro que tu Estado Mayor preferirá una guerra convencional —observa.

Desde luego que lo prefieren. En una guerra nuclear no hay vencedores. Uno sólo aprieta el botón si no tiene más remedio, porque el otro lado lo apretó primero. Ése es el motivo de que nadie haya optado por hacerlo. La garantía de destrucción mutua ha funcionado hasta ahora por algo.

—Pero ¿una invasión terrestre de Rusia? —dice Noya—. Aunque se unan tus aliados de la OTAN, será larga y cruenta.

—Ganaríamos —contesto—. Acabaríamos ganando. Pero entonces ¿qué haría Chernokev? Utilizaría armas nucleares, eso es lo que haría. ¿Si estuviera contra la pared? ¿Si fuera a ser derrocado? No tendría nada que perder. Le importa más su trasero que su país.

—De manera que vuelves a estar en el punto de partida: frente a un holocausto nuclear.

—Eso parece. Perdemos a miles de hombres y mujeres en el campo de batalla ruso y de todos modos luego él nos bombardea con armas nucleares.

Noya guarda silencio. ¿Qué puede decir?

—Muy bien. —Levanto las manos—. Ninguna de esas opciones es válida. La única es detener el puñetero virus para no tener que tomar esa decisión.

—Y has hecho lo que has podido, Jonny. Le has dado a Rusia todos los motivos del mundo para que quiera ayudarte.

Me froto la cara, como si con ello pudiera quitarme el estrés.

—Eso era lo que pretendía al amenazarlos. —Señalo el camino, la cabaña—. Volkóv sigue en la tienda negra hablando con los suyos. Espero que se estén tomando en serio el mensaje.

—Eso suponiendo que sea Rusia —me recuerda—. No lo sabemos con seguridad. ¿Cómo está respondiendo China a las maniobras japonesas?

Básicamente hicimos en Japón lo mismo que en Europa, las maniobras aéreas y el simulacro de ataque nuclear.

—A Pekín no le hizo ninguna gracia —digo—. Mi secretario de Defensa fundamentalmente siguió el mismo guion. Les dijo que estábamos poniendo a prueba tecnología nueva, independiente de nuestros sistemas continentales. No mencionó el virus, pero si China está detrás, ha recibido el mensaje.

—Probablemente estén preocupados por lo que piense Pyongyang.

Cierto, cabe esperar más azufre y fuego del dictador norcoreano.

Noya me coge del brazo.

—Si te sirve de consuelo, yo no habría hecho nada distinto de lo que has hecho tú. Has reforzado tu capacidad militar, has exhibido esa capacidad reforzada para que el mundo entero la vea, has dado un ultimátum a Volkóv y has reunido a los cerebros más brillantes para que detengan el virus.

—No sabes cuánto me consuela oírte decir eso —respondo mientras damos media vuelta y tomamos el camino hacia la cabaña.

—Entonces ten fe en el plan —dice.

Nos aproximamos a la tienda negra instalada en el jardín, donde el equipo de seguridad ruso sigue apostado. Luego los hombres se apartan y el primer ministro Volkóv sale de la tienda recolocándose la corbata. Hace una señal afirmativa a sus hombres.

—Si se marcha ahora —le digo en voz baja a Noya—, tendremos la respuesta a nuestra pregunta.

—Pondrá una excusa. Dirá que se marcha como protesta a tus maniobras militares cerca de su frontera.

Cierto. Pero la razón que dé no importará. Si los rusos se marchan ahora, después de la amenaza que he lanzado, no habrá ninguna duda de que están detrás de esto.

Volkóv se vuelve y ve que nos dirigimos hacia él.

—Señor presidente, señora primera ministra.

Al ver a Noya por primera vez, la saluda con un apretón de manos, con formalidad. Después me mira. No digo nada: le toca mover ficha a él.

—El presidente Chernokev le garantiza, señor presidente, que Rusia se ratifica en su compromiso de ayudarlo a impedir que este espantoso virus llegue a activarse. —Señala la cabaña—. ¿Vamos dentro? —dice.

Plan B.

Se acabó. Éste será su último trabajo. Su última víctima. Y después habrá terminado, será rica y libre para criar a su futura hija donde sea, muy lejos de todo esto. Su hija sabrá lo que es el amor. Sabrá lo que es la felicidad. La guerra y la violencia será algo sobre lo que lea en los libros o que oiga en las noticias.

Consulta el reloj. Casi es la hora.

Entorna los ojos ante el sol cegador de la tarde. Las náuseas matutinas siguen ahí, como siempre, agravadas por el leve balanceo de la embarcación en el lago, pero la adrenalina se impone a ellas. Ahora mismo no tiene tiempo para náuseas.

Mira a los miembros del otro equipo en el barco, ridículos con sus sombreros y sus cañas de pescar. Guardan las distancias desde que mató a dos de sus compañeros. Por ella, perfecto. Es más que probable que a estas alturas su papel en la misión haya terminado de todas formas, aparte de sacarla a ella de allí.

Es posible que ahora deba reconsiderar lo que opina de los hombres. Según los estudios, los hijos que tienen dos progenitores son más felices, están más sanos y tienen menos dificultades para adaptarse. Así que quizá se case. Le cuesta imaginarlo. Sencillamente nunca ha sentido la necesidad de tener a un hombre a su lado.

¿El sexo? Para ella el sexo era un precio que había que pagar. El precio que su madre pagó a los soldados serbios para que le permitieran a ella y a sus dos hijos seguir en su casa después de que mataran a su padre, oficialmente porque era cristiana, no musulmana, como su marido, pero en realidad por su belleza y su buena disposición, por el bien de sus hijos, para satisfacer las necesidades de los soldados cada noche. El sexo era el precio que Bach pagó por el pan y el arroz que robaba en el mercado las noches que no lograba escapar de las emboscadas de los soldados. El sexo era el precio que pagó por acercarse a Ranko, el soldado serbio que accedió a enseñarle a disparar un rifle desde una distancia larga.

Y, naturalmente, era el precio que pagó para tener un hijo. El hombre que la fecundó, Geoffrey, era un buen hombre, un hombre al que escogió deliberadamente para tal fin tras efectuar una minuciosa investigación. Inteligente: era un radiólogo que estudiaba en Estados Unidos, en Yale. Con talento musical: tocaba el chelo. Atlético: jugaba al rugby en la universidad. Atractivo, con una buena estructura ósea. En su familia cercana no había antecedentes de cáncer ni de enfermedades mentales. Sus padres aún vivían, tenían más de ochenta años. Se acostaba con él no más de tres

veces por semana, para maximizar su potencia. Estuvo con él hasta que la prueba de embarazo dio positiva, luego se fue de Melbourne sin decir palabra. Él nunca supo cuál era su verdadero nombre.

—Es la hora —avisa uno de los hombres, dándose unos toquitos en el reloj.

Bach se coloca la botella de oxígeno. La mochila. Se echa al hombro el rifle, Anna Magdalena, protegido en su estuche.

Se pone la máscara, se la ajusta y asiente al resto del equipo, mirándolos uno por uno por última vez. Cuando esto termine, se pregunta, ¿la llevarán al punto de extracción? ¿O intentarán matarla cuando haya cumplido su misión, cuando ya no les sea de utilidad?

Lo último, probablemente. Se ocupará de ello a su debido tiempo.

Se deja caer de espaldas desde la embarcación al agua del lago.

En la sala de comunicaciones, estoy hablando con la directora de la CIA, Erica Beatty. Danny la llama la sombra, pero no por su lealtad a la agencia a lo largo de toda su carrera, sino por su cara de póquer y las ojeras de sus ojos. «Sé que ha visto y hecho muchas cosas —dijo Danny en una ocasión—, y a saber lo que le harían los alemanes del Este cuando la tuvieron encerrada, pero, maldita sea, no puedo evitar imaginarla delante de un caldero hirviendo, elaborando pócimas en su casita de galletas de jengibre.»

Sombra, sí, pero es mi sombra. Y sabe más de Rusia que nadie, vivo o muerto.

También es una de las seis personas que podrían haber filtrado «Edad Media».

—Entonces ¿qué hará, Erica?

Ella asiente, digiriendo todo cuanto le he contado.

—Señor presidente, éste no es el estilo de Chernokev —dice—. Es despiadado, sí, pero no temerario. Naturalmente que le interesaría causar un gran daño a nuestro país, pero el riesgo es demasiado elevado. Si Rusia está implicada en esto, sabe que responderemos con contundencia. No lo veo corriendo ese riesgo.

—Pero responde a mi pregunta —insisto—. Si está detrás del virus, y ahora ve que hemos reestablecido nuestra capacidad militar, ¿qué hará?

—Desistir de su plan —responde—. Ahora el riesgo que corre es mucho mayor, porque por muy paralizados que estuviéramos en casa, todavía podríamos atacarlo. Pero, señor presidente, no veo el sello ruso en esto.

Me vibra el teléfono: C. Brock.

—Tengo que irme, Erica.

—¿Está cerca del ordenador? —pregunta Carolyn cuando cojo el teléfono.

Instantes después, la pantalla de mi ordenador está dividida entre Carolyn Brock, en la Casa Blanca, y un vídeo, ahora mismo congelado en una imagen de Tony Winters, el presentador de *Meet the Press*, el cabello peinado por manos expertas, el nudo de la corbata perfecto, las manos alzadas y la boca fruncida a mitad de discurso.

—Ha acabado hace media hora —dice Carolyn—. Van a empezar a retransmitir fragmentos esta mañana. La entrevista al completo la emitirán mañana por la mañana.

Asiento. El vídeo arranca.

Winters, pillado a mitad de frase:

—... de la noche informa que el presidente ha desaparecido, que ni siquiera sus asesores saben dónde se encuentra. Señora vicepresidenta: ¿ha desaparecido el presidente?

Kathy hace un gesto afirmativo, como si se esperase la pregunta, la expresión sombría. Yo habría esperado que se riera, que soltara algo como: qué pregunta más ridícula. Ella levanta una mano y la deja caer como si fuese un hacha:

—Tony, el presidente está trabajando de sol a sol para las personas de este país, para crear empleo, para que Norteamérica esté segura, para proporcionar beneficios fiscales a la clase media.

—Pero ¿ha desaparecido?

—Tony...

—¿Sabe dónde está?

Ella sonrío educadamente. Por fin.

—Tony, no vigilo al presidente de Estados Unidos, pero me figuro que está rodeado de asesores y del servicio secreto en todo momento.

—Según los informes, ni siquiera sus asesores saben dónde está.

Ella abre las manos.

—No responderé a especulaciones.

—Según los informes, el presidente ha salido de Washington y se prepara para comparecer esta semana ante el Comité Especial de la Cámara. Otros sugieren que vuelve a estar aquejado del trastorno de la sangre que sufre y que está recibiendo tratamiento.

La vicepresidenta menea la cabeza.

—Escuche —dice Carolyn—. Escuche esto.

—Tony —contesta Kathy—, estoy segura de que a sus detractores les encantaría vender la imagen de un presidente sufriendo una crisis nerviosa, escondiéndose o huyendo de la capital presa del pánico, pero no es el caso. Tanto si yo sé cuál es su paradero exacto en este momento o no, lo que sí sé es que tiene pleno control del gobierno. Y eso es todo lo que voy a decir al respecto.

El fragmento termina. Yo me retrepo en la silla.

Carolyn estalla:

—«¿A sus detractores les encantaría vender la imagen de un presidente sufriendo una crisis nerviosa y escondiéndose? ¿Huyendo presa del pánico?» ¡Ella acaba de vender esa imagen! ¿Una crisis nerviosa? ¿En serio?

—¿Por eso me has llamado? —pregunto.

—Una cita tan jugosa sonará el día entero. La escuchará todo el mundo. Aparecerá en los titulares de los periódicos del domingo.

—Me da lo mismo.

—Ninguno de esos informes que han aparecido de la noche a la mañana decía nada de una crisis nerviosa o de huir pre...

—Carrie.

—Señor presidente, esto ha sido deliberado. La vicepresidenta no es ninguna novata, sabía que le iban a hacer esa pregunta. Tenía esa respuesta...

—¡Carrie! Lo he entendido perfectamente. Lo ha hecho a propósito. Me ha apuñalado por la espalda. Se está distanciando de mí. Me da lo mismo. ¿Te queda claro? Meda-lo-mis-mo.

—Debemos responder. Es un problema.

—Ahora mismo sólo hay un problema, Carrie, ¿me oyes? Y es el que podría acabar con nuestro país en cualquier momento. Tenemos —miro el reloj: son poco más de las dos de la tarde— unas diez horas antes de que finalice «el sábado en Norteamérica», y en ese espacio de tiempo, entre ahora y las doce de la noche, nuestro país podría ser aniquilado. Así que, por más que aprecie tu lealtad, no pierdas de vista el objetivo, ¿entendido?

Carolyn baja la cabeza, sumisa.

—Sí, señor, le pido disculpas. Y siento haber dejado que la vicepresidenta saliera del centro de operaciones. Se negó a escuchar, y yo no podía ordenar al servicio secreto que la retuviese.

Exhalo, intentando calmarme.

—Eso dependía de ella, no de ti.

Política aparte, ¿es significativa la deslealtad de Kathy? Después de todo, es una de las seis personas a las que no he descartado como sospechosas.

Si yo hubiera muerto anoche, ahora ella sería presidenta.

—Carrie, averigua dónde está —le pido—. Dile que la quiero de vuelta en el centro de operaciones del subsótano. Dile que la llamaré cuando esté allí.

Bach se coloca sobre el scooter submarino y se aferra a los brazos, igual que un niño se agarraría a una tabla flotadora cuando aprende a nadar. Salvo que esas tablas no cuentan con un sistema de doble propulsión por chorro de agua.

Pulsa el botón verde del brazo izquierdo e inclina el vehículo hacia abajo, sumergiéndose bajo la superficie del lago hasta quedar a unos diez metros por debajo del agua. Pulsa el botón para acelerar y se impulsa a diez kilómetros por hora a través de las turbias aguas. Tiene que recorrer una distancia considerable. Está en el extremo oriental de esa enorme masa de agua.

«Embarcación al norte —advierde la voz que le llega por el pinganillo—. Vire al sur. Izquierda. Vire a la izquierda.»

Ve la embarcación en la superficie del agua, pero no antes que su equipo, que cuenta con GPS y radares en el barco.

Vira a la izquierda, avanzando entre la revuelta agua verde, las algas y los peces. El GPS de la consola le muestra su destino con un punto verde parpadeante, y el número que figura debajo le indica la distancia.

1.800 m...

1.500 m...

«Esquiador acuático por la derecha. Espere. Espere.»

Ve la embarcación sobre su cabeza, a su derecha, el motor cortando el agua, seguida del esquiador, que pasa deslizándose por la superficie.

No se detiene. Está muy por debajo de ellos. Acelera y los adelanta, por abajo.

Se comprará uno de estos juguetitos.

1.100 m . . .

Reduce la velocidad. El lago tiene una profundidad de cincuenta metros en su zona más profunda, pero a medida que Bach se acerca a la orilla, el terreno asciende bruscamente, y sólo le faltaba estrellarse contra el suelo.

«Espere. Espere. Aguante abajo. Aguante abajo. Centinela. Centinela.»

Frena en seco a novecientos metros de la orilla y se queda inmóvil en el agua, ha estado a punto de soltarse del scooter, desciende un poco. En el bosque, cerca de la orilla, debe de haber un miembro del equipo de seguridad —del servicio secreto norteamericano o el alemán o el israelí—, echando un vistazo.

No puede haber muchos patrullando por el bosque. Harían falta cientos de personas para asegurar casi quinientas hectáreas de denso bosque, y los equipos de seguridad no son numerosos.

La noche anterior, como es lógico, los agentes recorrieron toda la superficie, la peinaron a fondo, antes de que llegara el presidente.

Pero ahora no se pueden permitir patrullar por el bosque. Casi toda la seguridad estará alrededor o dentro de la cabaña, con unos cuantos agentes en el embarcadero y otros pocos en el jardín trasero, donde termina el bosque.

«Despejado», dice por fin la voz.

Se da un minuto más de margen, por si acaso, y sigue adelante. Cuando está a trescientos metros de la orilla, apaga por completo el motor. Aprovecha el impulso del divertido juguetito para subir, hasta que se encuentra en la superficie del agua como si fuera alguien que se dirige a la orilla subido a una tabla de surf. Intenta llamar la atención lo menos posible, a pesar de la botella de oxígeno, el rifle y la mochila a la espalda, hasta que llega a la playita de arena.

Se quita la máscara de buceo y respira aire fresco. Mira a su alrededor y no ve a nadie. Esa zona del lago describe una curva, de manera que nadie puede verla desde el embarcadero. Es imposible que el servicio secreto la vea.

Sube por el terreno y encuentra el lugar donde debe ocultar el scooter y el equipo de submarinismo. Deprisa, se quita el equipo y se pone la ropa limpia y seca que traía en la mochila. Se seca el pelo con una toalla y se asegura de tener completamente seca la cara y el cuello antes de aplicar la pintura de camuflaje.

Saca el rifle de su estuche y se lo cuelga al hombro. Revisa la pistola.

Ya está lista para hacer lo que tiene que hacer. Sola, como más le gusta, como lo ha hecho siempre.

El bosque ofrece una excelente protección a Bach. Las copas altas y exuberantes prácticamente impiden el paso de la luz del sol, lo que hace que la visibilidad sea escasa por dos motivos: por la oscuridad en sí y por los rayos de sol intermitentes que atraviesan la foresta y engañan a los ojos. Cuesta distinguir algo en ese sitio.

Se ve de nuevo en la ladera del monte Trebević, huyendo, escondiéndose, hasta que todo terminó, hasta que logró que las tornas se volvieran contra el francotirador, Ranko, el soldado serbio pelirrojo que, ya fuera por pena o por sexo o por ambas cosas, le enseñó a disparar un rifle.

«Te lo vuelvo a repetir: estás utilizando demasiado los brazos —dijo Ranko mientras estaban sentados en el club nocturno bombardeado, el escondrijo en los montes de los francotiradores—. No te entiendo, muchacha. Un día eres capaz de darle a un botellín de cerveza apoyado en un tocón desde cien metros y hoy tu técnica es la de un principiante. A ver, te lo enseñaré otra vez. —Le quita el arma y se coloca en posición—. Sujétalo con firmeza, así —añadió, sus últimas palabras antes de que ella le clavara el cuchillo en el cuello.»

Coge el rifle, que para entonces había aprendido a utilizar debidamente, se acerca a la ventana abierta del club nocturno, desde el que se divisa Sarajevo, y apunta a los compañeros de Ranko, a los soldados serbios que mataron a palos a su padre y le grabaron una cruz en el pecho, y todo por el delito de ser musulmán. Pum-pum-pum-pumpum, dispara el rifle en rápida sucesión, abatiendo a uno tras otro y tras otro, y se ve obligada a ir detrás del último cuando tira el arma y sale corriendo hacia los árboles.

Después pasó más de una semana ocultándose en los montes, pasando hambre, sed y frío, sin parar de moverse, temerosa de quedarse en el mismo sitio, ya que buscaban a la chica que había matado a seis soldados serbios, a uno de cerca y a los otros desde cien metros de distancia.

Con la mochila y el rifle a la espalda, avanza con cautela; con cada paso, apoya el pie levemente antes de cargar en él el peso del cuerpo. A su derecha algo pega un salto, y el corazón le da un vuelco mientras se lleva la mano a la pistola. Algún animalillo, un conejo o una ardilla, que desaparece antes de que pueda verlo. Espera a que la adrenalina baje.

«Dos kilómetros en dirección norte», le indican por el pinganillo.

Continúa con sus movimientos suaves, silenciosos. Su instinto le dice que llegue deprisa a su destino, pero la disciplina es esencial. No conoce este bosque. No ha explorado el lugar, como preferiría haber hecho. El terreno es oscuro y desigual,

oscurecido por la maleza y la falta de luz, lleno de raíces de árboles y ramas y a saber qué más.

Pie adelante, peso adelante, pararse a escuchar. Pie adelante, peso adelante, pararse a escuchar. Pie adelante, peso ade...

Movimiento.

Frente a ella, aparece de detrás de un árbol.

El animal no es mayor que un perro grande, pelaje grueso blanco y negro, las orejotas levantadas, alerta, el morro largo y unos ojillos negros brillantes que se clavan en Bach.

Se supone que en este sitio no hay lobos. ¿Un coyote? Debe de ser.

Un coyote que se interpone entre ella y su objetivo.

Otro, un segundo, de un tamaño parecido, asoma la cabeza más abajo.

Un tercero, algo más pequeño y de color más oscuro, se separa del resto, moviéndose hacia la izquierda de Bach, los ojos fijos en ella, algo carnoso goteándole de la boca.

Un cuarto, a su derecha. Un semicírculo de cuatro, en lo que supone que es una formación de algún tipo.

Una formación defensiva. O una formación de ataque.

Decide que es esto último.

Ocho ojillos puestos en ella.

Da un paso adelante y oye un gruñido grave, ve que el largo hocico del primer animal tiembla, dejando al descubierto unos dientes —probablemente colmillos dentados— que ella no distingue, ya que está demasiado lejos. Los otros, incitados por su líder, se suman a él, gruñendo.

¿Son coyotes? Se supone que temen a las personas.

«Comida», piensa Bach. Deben de estar cerca de comida o dándose un festín, quizá algo grande y sabroso, como un ciervo muerto. Deben de considerarla una amenaza para su cena.

A menos que la consideren la cena.

No tiene tiempo para esto. Sería demasiado arriesgado y modificar su ruta le llevaría mucho tiempo. Alguien va a tener que moverse, y no va a ser ella.

El resto del cuerpo inmóvil, echa mano de la pistola, su SIG Sauer con el silenciador largo.

El líder de la manada baja la cabeza, el gruñido más intenso, y hace ademán de abalanzarse sobre ella.

Bach apunta al pequeño espacio que se abre entre sus ojos, después apunta a la oreja y dispara una vez, un único sonido ahogado.

Lanzando un grito de dolor, el animal da media vuelta y sale disparado en un abrir y cerrar de ojos, con tan sólo una pequeña herida en la punta de la oreja. Los otros desaparecen igual de deprisa.

Podría haber sido un problema si hubiesen atacado a la vez, viniendo de distintas direcciones. Los habría eliminado a todos, pero le habría hecho falta más munición y probablemente hubiese hecho más ruido.

Siempre es más fácil eliminar únicamente al líder.

Si algo nos enseña la historia es que, de las personas a los animales, de los más primitivos a los más civilizados, la mayoría de los individuos quieren que alguien los guíe.

Si se elimina al líder, el resto de la manada se deja llevar por el pánico.

—Sería mejor si viniera de usted —le digo a Richter, el canciller, mientras hablamos en la habitación que yo llamaría el cuarto de estar de la cabaña—. Los otros dirigentes de la Unión Europea lo admiran y respetan, señor canciller. No es ningún secreto.

—Ya, bueno. —Richter deja la taza de café en su correspondiente plato y busca un sitio donde depositar ambas cosas, tomándose un momento para pensar. Nunca viene mal inflar el enorme ego del canciller, el dirigente que más lleva en su cargo de la Unión Europea y, mis halagos aparte, cada vez el más influyente.

Con independencia de que el virus se active y haya que decidir si se va a la guerra, efectuaré las mismas llamadas telefónicas, pidiendo más o menos lo mismo, a los líderes de Francia, el Reino Unido, España, Italia y los demás países de la OTAN.

Si tenemos que acogernos al artículo 5 del Tratado de la OTAN y entrar en guerra con Rusia o con el país que esté detrás de esto, preferiría la moción de un país que no fuese Estados Unidos. Mejor aún, como ocurrió después del 11S: una moción conjunta de todos los miembros de la OTAN. Sería mejor que pareciese una decisión voluntaria en lugar de una petición efectuada por una superpotencia herida.

El canciller no me contesta en el acto. No esperaba que lo hiciera. Con todo, es la primera vez que veo que Juergen Richter no sabe qué decir.

De fondo, desde el rincón, la televisión da una serie de malas noticias: los problemas de abastecimiento de agua en Los Ángeles, posiblemente consecuencia de un acto terrorista; Corea del Norte prometiendo efectuar otra prueba de misiles tras nuestras maniobras militares en Japón; el malestar social en Honduras, donde la mitad del gabinete presidencial ha dimitido; más datos sobre el complot para asesinar al rey de Arabia Saudí. Pero la historia principal, cómo no, es la próxima comparecencia del presidente de Estados Unidos ante el Comité Especial de la Cámara y, cortesía de mi vicepresidenta, la cuestión de si el presidente ha sufrido una «crisis nerviosa» o ha «huido de la capital presa del pánico».

El teléfono me vibra —FBI Liz—, salvando al canciller del silencio incómodo que se ha instalado.

—Discúlpeme —digo.

Me coloco el pinganillo de pie en la cocina, mirando al jardín, la tienda de campaña negra y el muro de árboles sin fin que se extiende más allá.

—Adelante, Liz —solicito.

—Los miembros del equipo a los que el servicio secreto mató en el puente — empieza la directora en funciones del FBI, Elizabeth Greenfield—. Los hemos identificado.

—¿Y?

—Forman parte de un grupo llamado Ratnici. Significa «guerreros», básicamente. Son mercenarios. Proceden de todo el mundo y han luchado por todo el mundo. Los narcos se sirvieron de ellos en Colombia. Lucharon en el bando de los rebeldes en Sudán hasta que el gobierno los contrató para que cambiaran de bando. Lucharon a favor del gobierno tunecino y en contra de la insurgencia del Estado Islámico en dicho país.

—Lo que pensábamos. Hombres de paja. Imposibles de localizar.

—Pero el Ratnici no trabaja por amor al arte. Son soldados, no ideólogos. Alguien les pagó. Y para hacer algo así, señor presidente, ya se imaginará la cantidad de dinero que exigirían.

—Cierto —digo—. Bien. Seguid el dinero.

—Lo estamos intentando, señor. Es nuestra mejor pista.

—Continuad con ello, lo más deprisa que podáis —solicito cuando la puerta del sótano se abre a mis espaldas.

Entran los norteamericanos de nuestro equipo de tecnología, Devin Wittmer y Casey Alvarez, apestando a tabaco. Que yo sepa, no fuman, pero supongo que algunos de los europeos sí.

Devin ya no lleva la chaqueta. Tiene parte de la camisa fuera del pantalón, las mangas remangadas. El cansancio se le nota en la cara.

Pero en sus labios hay una sonrisa.

Casey, la coleta medio deshecha, se quita las gafas y se frota los ojos, pero la mueca en su boca es prometedora.

Siento un aleteo en el pecho.

—Hemos dado con él, señor presidente —dice Devin—. Hemos encontrado el virus.

Pie adelante, peso adelante, pararse a escuchar.

Pie adelante, peso adelante, pararse a escuchar.

Le funcionó cuando buscaba comida en los mercados de Sarajevo. Le funcionó cuando se ocultaba del ejército serbio en la ladera del monte, mientras ellos buscaban a la chica bosnia medio musulmana que había matado a seis de sus hombres.

Le funcionó una semana después, cuando por fin reunió el valor necesario para dejar los montes e ir a su casa.

A una casa que había sido pasto de las llamas. Una casa de dos plantas que ahora era poco más que un montón de escombros y cenizas grises.

Junto a ella, el cuerpo desnudo de su madre, atada a un árbol, con el cuello rajado.

Dos kilómetros. Bach podía correr esa distancia en doce minutos, incluso con la mochila que llevaba a la espalda. Podía caminarla en veinte. Sin embargo, le lleva casi cuarenta minutos a este ritmo lento, cauteloso.

En el trayecto, pequeños animales se apartan de su camino, incluso algunos ciervos, que se quedan inmóviles cuando se acerca y después se alejan despavoridos. Pero no más coyotes, o lo que fueran. Quizá se haya corrido la voz de que es mejor no meterse con la chica que lleva un arma.

No se ha desviado mucho de la linde oriental de la finca, dirigiéndose al norte durante su paseo y permaneciendo cerca de la orilla del lago. No es probable que aparezcan patrullas por ese lado, sino más bien por el norte, el sur o el oeste.

Llega al árbol, el más grueso que ha visto en este bosque. Sesenta pies de alto y dos pies de diámetro, le dijeron, lo que para ella son unos dieciocho metros de alto y sesenta centímetros de ancho. Alto y delgado.

Aquí es donde pasará. Aquí es donde lo matará.

En la parte superior, el árbol tiene abundantes hojas y ramas fuertes, por lo que es fácil trepar por él. Pero desde el suelo no hay nada a lo que agarrarse. Un equipo de escalada completo —una eslinga con anclaje, crampones— resultaría demasiado engorroso, demasiado pesado para cargar con él.

Saca de la mochila una cuerda con un lazo en un extremo. La lanza para pasarla por la rama más baja, a más de cuatro metros del suelo. Le hacen falta tres intentos para conseguir pasar el extremo del lazo por la rama. A continuación sube la otra punta de la cuerda mientras el lazo baja hasta ella.

Cuando lo tiene en la mano, introduce la punta por el lazo, tira de la punta despacio, con cuidado, para evitar que se enganche, mientras el extremo con el lazo vuelve a subir poco a poco. La cuerda forma un nudo en la rama.

Se pone de nuevo la mochila y el rifle y agarra la cuerda. Tendrá que hacer esto deprisa. Supone cargar mucho peso en la rama, así que cuanto menos tiempo tarde, mejor.

Coge aire. Ya no tiene náuseas, pero está agotada, harta y débil. Fantasea con dormir, con estirar las piernas y cerrar los ojos.

Es posible que a su equipo no le faltara razón cuando puso objeciones a que fuese ella sola. Querían desplegar una fuerza de diez o doce hombres en el bosque. A ella le habría parecido estupendo, pero el riesgo era demasiado grande. Era imposible saber si habría muchas patrullas en el bosque. Ya le ha costado bastante a ella sola llegar al punto elegido sin incidentes. Si se multiplica una persona por doce, se obtienen doce posibilidades de ser descubierto. Sólo haría falta un error, una persona demasiado ruidosa o torpe, para que la operación entera se fuese al traste.

Mira a su alrededor una vez más y no ve nada, no oye nada.

Sube por la cuerda, despacio, los brazos en tensión, una mano y luego la otra, la cuerda enroscada en las piernas.

Justo cuando va a agarrar la rama lo oye.

Un ruido, a lo lejos. No son animalillos escabulléndose, ni el gruñido grave o el aullido furioso de un depredador.

Son voces humanas que se acercan a ella.

Lo primero que oye es una risotada, luego charla animada, amortiguada por la distancia.

¿Baja al suelo y echa mano de la pistola? Aunque lo hiciera, la cuerda se vería, colgando de una rama.

Las voces se acercan. Más risas.

Libera los pies de la cuerda y los apoya en el árbol para estabilizarse, notando la tensión en la rama. Si se queda completamente quieta, es posible que no la vean. El movimiento llama la atención más que cualquier otra cosa, más que el color o el sonido.

Con todo, si la rama se rompe, el ruido será inconfundible.

Se queda inmóvil, algo que no resulta nada fácil cuando se está suspendido en el aire, los brazos en tensión, el sudor metiéndosele en los ojos.

Ahora los ve, son dos, por los árboles del oeste, en las manos sendas armas semiautomáticas, las voces cada vez más próximas.

Suelta la mano derecha de la cuerda y agarra la empuñadura de la pistola.

No puede quedarse colgando así para siempre, la rama no aguantará. Y antes o después, el brazo con que se sostiene, tampoco.

Consigue sacar la pistola.

Los hombres se aproximan, no caminan exactamente en su dirección —más bien hacia el sudeste—, pero están más cerca. Si ella puede verlos, ellos pueden verla.

Intentando disimular su movimiento, se pega el arma al cuerpo. Tendrá que eliminarlos a los dos antes de que puedan disparar una sola ráfaga, antes de que puedan coger la radio.

Y después tendrá que ver cómo se las compone.

Consulto el reloj: son casi las tres de la tarde. El virus podría activarse en cualquier momento, pero dentro de nueve horas a más tardar.

Y los míos han encontrado el virus.

—Vaya, es estupendo, ¿no? —digo a Devin y Casey—. ¡Habéis dado con él!

—Sí, señor, *estupendo* es la palabra adecuada. —Casey se sube las gafas por el caballete de la nariz—. Gracias a Augie. Nosotros no habríamos sido capaces. Lo intentamos durante dos semanas, lo intentamos todo. Incluso efectuamos búsquedas de manual, personalizadas...

—Pero lo habéis encontrado.

—Sí. —Casey asiente con la cabeza—. Y ése es el primer paso.

—¿Cuál es el segundo?

—Neutralizarlo. La cosa no es tan simple como darle a Suprimir y hacer que desaparezca. Y si lo hacemos mal, bueno..., es como una bomba; si no se desactiva adecuadamente, estalla.

—Vale, bien —digo—. Así que...

—Así que estamos intentando recrear el virus en los otros ordenadores —dice Devin.

—¿Puede hacer eso Augie?

—Augie fue el hacker, señor, no lo olvide. La que escribió el código fue Nina. Lo cierto es que los rusos han sido los que más nos han ayudado.

Miro a mi alrededor y bajo la voz.

—¿De verdad están ayudando o sólo fingen que ayudan? Podrían estar llevándoos por el mal camino.

—Hemos estado en guardia por si se trataba de eso —dice Casey—, pero no da la impresión de que nos estén engañando. Nos han dicho cosas de lo que hacen que no sabíamos. Al parecer tienen orden de hacer todo lo que esté en su mano para ayudarnos.

Asiento. Sin duda era lo que yo pretendía. No tengo manera de saber si es cierto.

—Pero ellos tampoco escribieron el código —añade—. El virus que creó Nina, según Augie, hace tres años, es lo más avanzado que hemos visto nunca. Es increíble.

—Podemos concederle un premio póstumo al mejor ciberterrorista de la historia cuando esto termine, ¿de acuerdo? Decidme lo que va a pasar. Vais a recrear el virus para aprender a neutralizarlo. ¿Como un simulador de guerra?

—Sí, señor.

—Y ¿tenéis todo lo que necesitáis?

—Creo que tenemos bastantes portátiles aquí, señor. Y hay miles en el Pentágono para el resto del equipo.

Ordené que enviaran aquí un centenar de ordenadores precisamente para este fin. Contamos con quinientos más custodiados por los marines en el aeropuerto, a menos de cinco kilómetros.

—¿Y agua, café, comida, esas cosas? —Sólo me faltaba que estos expertos se debilitaran físicamente. Ya están sometidos a bastante presión mental—. ¿Tabaco? —añado, moviendo la mano para apartar el mal olor.

—Estamos bien. Los rusos y los alemanes fuman como carreteros.

—Ahí abajo el aire está cargadísimo. —Devin hace una mueca—. Por lo menos hemos conseguido convencerlos de que fumen en el cuarto de la plancha. Ahí pueden abrir una ventana.

—¿Que pueden...? ¿Hay una ventana?

—Sí, en el cuarto de la...

—El servicio secreto cerró todas las ventanas —digo, y me doy cuenta, claro está, de que ello no impide que alguien las abra por dentro.

Bajo al sótano, seguido de Devin y Casey.

—¿Señor presidente? —me llama Alex, que asimismo baja la escalera.

Llego abajo y me dirijo a su sala de guerra, moviéndome deprisa, notando un pitido en los oídos, además de las palabras de advertencia de la doctora.

La sala de guerra está llena de mesas y ordenadores portátiles, montones más a un lado, y una gran pizarra blanca. De no ser por la cámara de seguridad que está instalada en un rincón de la habitación, parece un aula normal y corriente. Hay seis personas: dos de Rusia, dos de Alemania y dos de Israel, charlando mientras abren portátiles y aporrear teclados.

Augie no está.

—Comprueba el cuarto de la plancha, Alex —digo. Oigo que se mueve detrás de mí. También oigo sus palabras, dos habitaciones más allá.

—¿Por qué está esta ventana abierta?

Alex sólo tarda un minuto en peinar el sótano entero, incluido el cuarto que yo he convertido en mi sala de comunicaciones. Sé cuál es la respuesta antes de que me la dé.

—Se ha ido, señor presidente. Augie se ha ido.

Los dos miembros de la patrulla de seguridad son morenos y fornidos, el pelo al rape, la mandíbula cuadrada y el cuerpo ancho. Sea lo que sea lo que se están contando en alemán mientras avanzan hacia ella, debe de ser divertido. Dejarán de reírse si alguno de ellos, en su camino hacia el sudeste, vuelve la cabeza hacia la izquierda.

La cabeza a escasos centímetros de la rama, suspendida en el aire de una cuerda a la que se agarra con una sola mano, Bach nota que se va quedando sin fuerzas. Pestañea para evitar que el sudor le entre en los ojos mientras el brazo le empieza a temblar desafortadamente. Y oye que la rama, con todo el peso de su cuerpo en una parte únicamente, empieza a ceder, un crujido continuo.

Aunque la mochila y la ropa estén camufladas, aunque lleve la cara y el cuello pintados de verde pino para fundirse con el follaje, con que esa rama se parta, se acabó.

Si abre fuego, adiós muy buenas, dos disparos rápidos. Y después ¿qué? Podría cogerles la radio, pero el resto del equipo no tardaría mucho en darse cuenta de que dos de sus miembros han desaparecido. No tendrá más remedio que abortar la misión.

Abortar la misión. Nunca ha dejado o fallado un trabajo. Podría hacerlo ahora, sí, y probablemente exponerse a que los que la contrataron tomen represalias. Pero ése no es el problema: no teme las represalias. En el pasado hubo dos veces, en trabajos que salieron mal, en que quienes la contrataron intentaron matarla después para no dejar cabos sueltos, y ella sigue viva; quienes la enviaron, no.

El problema ahora es Delilah, el nombre que le dará a su hija, el nombre de su madre. Delilah no crecerá con esa carga. No sabrá lo que su madre ha hecho. No vivirá con miedo. No experimentará un terror tan grande y prolongado que se mete en los poros y no se va nunca, condicionando todo cuanto viene después.

Los hombres desaparecen de su línea de visión un instante, tapados por el árbol del que está suspendida. Cuando aparezcan por el otro lado, Bach estará completamente expuesta, a menos de diez metros de ellos. Si alguno mira a su izquierda, al este, la verán por fuerza.

Los vuelve a ver, por el otro lado del árbol.

Y se detienen. El que está más cerca tiene un lunar en la mejilla y una oreja deforme, como si hubiese recibido varios disparos a lo largo de los años. Bebe agua de una botella, la nuez sube y baja por la garganta sin afeitarse. El otro hombre, de menor estatura, está sumido en las sombras del bosque, un haz de luz alumbrando hacia arriba, escudriñando los árboles, escudriñando el terreno.

«No miréis a la izquierda.»

Sin embargo lo harán, no cabe duda. Y no hay tiempo. Ella no podrá aguantar mucho más.

La rama deja escapar un crujido mayor.

El primer hombre baja la botella de agua, levanta la vista y empieza a volverse hacia la izquierda, hacia donde ella...

Bach ya está apuntando al primer hombre al entrecejo...

Un graznido estridente sale de ambas radios a la vez, palabras en alemán, pero que sin duda indican que algo va mal.

Los hombres cogen las respectivas radios, que llevan en la cintura. Comentan algo, se vuelven y echan a correr hacia el norte, de vuelta a la cabaña.

¿Qué acaba de pasar? Ni lo sabe ni le importa.

Sin tiempo y sin fuerzas, Bach sujeta la pistola con la boca, el largo silenciador entre los dientes. La mano derecha libre, la levanta y agarra la parte más gruesa de la rama, la más próxima al tronco del árbol. Después suelta la mano izquierda de la cuerda y agarra asimismo la rama, lo bastante deprisa para no caer al suelo. Profiriendo un gemido demasiado ruidoso pero sin que le importen ya las consecuencias, hace acopio de la energía que le queda y se impulsa hacia arriba, la rama le araña la cara. Apoya los pies en la base del árbol y va subiendo hasta conseguir pasar la pierna izquierda por encima de la rama.

No es la maniobra más elegante de su vida, pero por fin se encuentra erguida, a horcajadas en la rama, después de haber estado a punto de perder la mochila y el rifle en el proceso. Exhala con fuerza y se seca la sudorosa frente; al diablo con la pintura de camuflaje. Se concede un minuto. Cuenta en voz alta hasta sesenta, consiguiendo enfundar la pistola, pasando por alto la quemazón que siente en el brazo, respirando más despacio.

Desata el nudo y sube la cuerda, que se echa al cuello, pues tal y como está no puede acceder a la mochila.

No piensa pasar ni un minuto más en esa rama, aunque ahora esté sentada en la parte más gruesa.

Se apoya en el árbol para estabilizarse y se pone de pie, echa mano de la rama de al lado y comienza a subir. Cuando llegue a la cima, buscará una posición segura y estará situada debidamente para llevar a cabo el trabajo sin que la descubran.

—El vaquero ha desaparecido. Repito, el vaquero ha desaparecido. Necesitamos peinar a fondo el bosque. Equipo Alfa, quedaos en la cabaña. —Alex Trimble corta la comunicación por radio y me mira—. Señor presidente, lo siento. Es culpa mía.

Pero fue idea mía que no hubiera demasiada seguridad, mantener esta reunión en secreto. Era preciso. Y la que tenemos se ha centrado en impedir que alguien intentara entrar en la cabaña. No nos preocupaba que alguien intentara salir de ella.

—Encuétralo, Alex.

De camino a la escalera paso por delante de Devin y Casey, que están blancos, como si hubiesen hecho algo mal. Ambos con la boca abierta, sin saber qué decir.

—Solucionad el problema —digo, señalando la sala de guerra—. Dad con la manera de acabar con el virus. Eso es lo único que importa. Adelante.

Alex y yo subimos, vamos a la cocina y miramos por la ventana que da al sur, al amplio jardín y a ese bosque que parece infinito. Alex da instrucciones por radio, pero no se moverá de mi lado. Ahora los agentes están en movimiento, la mayoría de ellos se dirigen al bosque, para buscar a Augie, pero un pequeño número de agentes —el equipo Alfa— se quedará para asegurar el perímetro.

No sé cómo habrá conseguido llegar al bosque sin que nadie lo vea, lo que sí sé es que, si Augie está allí, será muy difícil que nuestro pequeño equipo de agentes lo encuentre.

Y, lo que es más importante: ¿por qué ha escapado?

—Alex —digo, con la intención de plantearle estos pensamientos—, deberíamos...

Pero mis palabras se ven interrumpidas por un ruido que llega del bosque, inconfundible incluso desde el interior de la cabaña.

El ra-ta-ta de un arma automática.

—¡Señor presidente!

Ignoro a Alex, bajo la escalera de prisa y voy hacia el bosque, camino sobre un suelo desigual, zigzagueo para pasar entre los árboles.

—¡Señor presidente, por favor!

Sigo avanzando por el oscuro terreno, cubierto por las copas de los árboles, oyendo los gritos de los hombres más adelante.

—Por lo menos deje que vaya primero —dice Alex, y permito que me adelante. Alex, el arma automática preparada, mueve la cabeza de un lado a otro.

Cuando llegamos al claro, Augie está sentado en el suelo, apoyado en un árbol, el pecho sube y baja. Sobre su cabeza, las balas han astillado el árbol hasta casi destrozarlo. Dos agentes rusos están con las armas automáticas en el costado mientras Jacobson les echa la bronca, apuñalando el aire con el dedo.

Cuando nos ve, Jacobson para, se vuelve y levanta una mano para que nos detengamos.

—Estamos bien. Todo el mundo está bien.

Lanza una última mirada furibunda a los rusos y se acerca a nosotros.

—Nuestros compañeros de la Federación Rusa lo vieron primero —dice—. Abrieron fuego. Dicen que sólo eran disparos de advertencia.

—¿Disparos de advertencia? ¿A qué vienen esos disparos de advertencia?

Echo a andar hacia los rusos, señalando la cabaña.

—¡Volved a la cabaña! ¡Salid de mi bosque!

Jacobson les dice algo, un par de palabras en ruso. La expresión implacable, los hombres asienten, dan media vuelta y se van.

—Menos mal que estaba cerca —comenta Jacobson—. Les ordené que dejaran de disparar.

—Menos mal que estabas cerca... porque ¿crees que los rusos intentaban matarlo? —pregunto.

Jacobson se para a pensar, echando aire por la nariz. Levanta una mano.

—Son de la Guardia Nacional Rusa, se supone que son los mejores de Rusia. Si hubieran querido matarlo, estaría muerto.

El presidente Chernokev creó no hace mucho un nuevo cuerpo de seguridad interno que responde directamente ante él. Dicen que su Guardia Nacional es la élite de la élite.

—¿Hasta qué punto estás seguro de eso? —pregunto a Jacobson.

—No estoy nada seguro, señor.

Paso entre agentes del servicio secreto y me acerco a Augie. Me pongo en cuclillas a su lado.

—¿Se puede saber qué demonios estabas haciendo, Augie?

Los labios le tiemblan, su pecho sigue subiendo y bajando, respirando hondo, y tiene los ojos muy abiertos e idos.

—Han... —se atraganta, traga saliva con dificultad— intentado matarme.

Alzo la vista y miro al árbol: una ojeada me dice que las balas que han intentado acribillarlo estaban a alrededor de un metro y medio del suelo. A mí no me parece que eso sean «disparos de advertencia». Pero supongo que depende de dónde estuviera Augie.

—¿Por qué te has escapado, Augie?

Menea la cabeza ligeramente, la mirada perdida.

—No... no puedo parar esto. No puedo estar aquí cuando... cuando...

—¿Tienes miedo? ¿Es eso?

Augie, casi avergonzado, asiente. El cuerpo aún le tiembla.

¿Es todo? ¿Miedo, remordimientos, se siente abrumado?

¿O se me escapa algo?

—Levanta. —Lo cojo por el brazo para obligarlo a ponerse de pie—. No es momento de tener miedo, Augie. Tú y yo vamos a tener una charla en la cabaña.

Bach por fin llega a la posición que buscaba, en la parte más elevada de los pinos blancos americanos; nota en los brazos y la espalda el esfuerzo de ese ascenso con una mochila de tamaño considerable y un rifle a la espalda. Por los cascos escucha la alegre interpretación de Wilhelm Friedemann Herzog del Concierto para violín en mi mayor, hace tres años, en Budapest.

A través de los pinos ve perfectamente la cabaña a lo lejos y el terreno que se extiende hacia el sur.

Las ramas más próximas al tronco del árbol son lo bastante gruesas para sostenerla. Se sienta a horcajadas sobre una de ellas y coloca el estuche delante, lo abre con la huella del pulgar y saca a Anna Magdalena, que monta en menos de dos minutos, mirando más allá de los árboles mientras lo hace.

Ve agentes patrullando la zona, hombres armados.

Una tienda de campaña negra.

Cuatro hombres suben la escalera del porche, moviéndose deprisa...

Ajusta la mira febrilmente. No tiene tiempo de crear una plataforma en la que montar el rifle y situarse en posición, tendrá que apoyárselo en el hombro y mirar por la mira. No es lo ideal, y sólo podrá efectuar un disparo sin delatarse, sin que se descubra todo el pastel, así que no puede cometer ningún error...

Va de adelante a atrás con la mira telescópica cuando se acercan a la puerta de la cabaña.

Un hombre alto, de cabello oscuro, con pinganillo.

Uno de menor estatura, más rubio, con pinganillo.

El presidente, pasando entre los hombres, desaparece en la cabaña.

Seguidos de otro de baja estatura, frágil, de cabello oscuro enmarañado...

«¿Es ése?»

«¿Es él?»

«Sí.»

Un segundo para decidir.

¿Dispara?

Cojo a Augie del brazo y lo meto en la cabaña. Alex y Jacobson, detrás de nosotros, entran y cierran la puerta.

Llevo a Augie al salón y lo siento en el sofá.

—Tráele agua —le pido a Alex.

Augie, sentado en el sofá, sigue pareciendo aturdido y alterado.

—Esto no es... lo que ella quería —musita—. Ella no... querría esto.

Alex vuelve con un vaso de agua. Alargo la mano.

—Dámelo —digo.

Me acerco a Augie y le tiro el agua a la cara, y le mojo el pelo y la camiseta. Se queda boquiabierto, sorprendido, meneando la cabeza y se endereza.

Me inclino sobre él.

—¿Estás siendo sincero conmigo, muchacho? Sobre ti pesa una gran responsabilidad.

—No... no... —Levanta la cara y me mira, no como antes, no tiene miedo sólo de las circunstancias, también me tiene miedo a mí.

—Alex —sigo—. Déjame ver la sala de guerra.

—Sí, señor. —Alex se saca el teléfono del bolsillo y hace clic en él antes de pasármelo. Es la grabación en tiempo real de la cámara de seguridad que hay en la habitación: se ve a Casey al teléfono, a Devin con un ordenador y a los demás genios de la tecnología trabajando en portátiles y escribiendo en la pizarra blanca.

—Mira eso, Augie. ¿Acaso se rinden esas personas? No. Están aterrorizadas, todas y cada una de ellas, pero no se rinden. Por Dios, tú has sido el que ha encontrado el virus. Has hecho lo que mis mejores hombres no pudieron hacer en dos semanas.

Cierra los ojos y asiente.

—Lo siento.

Le doy un puntapié en los zapatos, sacudiéndolo.

—Mírame, Augie. ¡Mírame!

Me mira.

—Háblame de Nina. Has dicho que esto no es lo que quería. ¿Qué has querido decir con eso? ¿No quería acabar con Norteamérica?

Augie, la mirada baja, meneando la cabeza.

—Nina estaba cansada de huir. Decía que llevaba demasiado tiempo huyendo.

—¿Del gobierno georgiano?

—Sí. El servicio de inteligencia de Georgia la había estado persiguiendo. Estuvieron a punto de matarla en Uzbekistán.

—Vale, bien, así que estaba cansada de huir. ¿Qué quería? ¿Vivir aquí?

El teléfono me vibra en el bolsillo. Lo saco: es Liz Greenfield. Cuelgo y me guardo el teléfono.

—Quería ir a casa —dice Augie.

—¿A la República de Georgia? ¿Donde la buscan por crímenes de guerra?

—Esperaba que usted pudiera... ayudarla con eso.

—Quería que interviniese. Quería que le pidiera a Georgia que le concediera la amnistía. Como un favor a Estados Unidos.

Augie asiente.

—¿Y no cabría esperar que Georgia lo hiciera, dadas las circunstancias? Si Estados Unidos estaba en peligro, y siendo uno de sus aliados, sobre todo uno al que no le vendría mal tener a Norteamérica como amigo, con los rusos en su frontera, ¿no cabría pensar que Georgia le habría hecho ese favor?

Probablemente. Si presionaba lo suficiente, si explicaba bien la situación... Sí, algo habríamos hecho.

—A ver, quiero asegurarme de que lo entiendo —digo—. Nina ayudó a Sulimán Cindoruk a crear el virus.

—Sí.

—Pero no quería destruir Norteamérica con él.

Augie se toma su tiempo.

—Es preciso que entienda a Sulimán —dice—. Su manera de actuar. Nina creó un virus magnífico. Un virus wiper invisible devastador. Yo trabajaba, se podría decir, en la otra cara del asunto.

—Eras el hacker.

—Sí. Mi labor consistía en infiltrarme en los sistemas norteamericanos y extender el virus todo lo posible. Pero nuestros puestos estaban... separados, por decirlo de alguna manera.

Creo que ahora lo entiendo.

—Ella creó un virus brillante, pero no sabía, exactamente, el uso que se le daría. Y tú extendiste el virus por los servidores norteamericanos, pero no sabías, exactamente, qué estabas extendiendo.

—Eso mismo, sí. —Asiente. Parece que se está calmando—. No pretendo decir que seamos inocentes. Está claro que Nina conocía la naturaleza destructiva de su virus, pero no sabía hasta qué punto iba a ser distribuido. No sabía que se extendería por todo Estados Unidos para arruinarles la vida a cientos de millones de personas. Y yo... —Mira hacia otro lado—. Sulimán me dijo que lo que estaba diseminando era una forma avanzada de programa espía. Que lo vendería al mejor postor para financiar otros trabajos. —Se encoge de hombros—. Cuando nos dimos cuenta de lo que habíamos hecho, comprendimos que no podíamos quedarnos cruzados de brazos.

—Así que Nina vino aquí a detener el virus —digo—. A cambio de que la ayudara a conseguir la amnistía.

Vuelve a hacer un gesto afirmativo.

—Confiábamos en que usted accediera, pero no podíamos predecir cuál sería su respuesta. Los Hijos de la Yihad han sido responsables de la muerte de norteamericanos en el pasado. Y Estados Unidos difícilmente es lo que consideraríamos un aliado. De manera que insistió en verlo a usted a solas.

—Para ver cómo reaccionaba.

—Para ver si la dejaba salir de la Casa Blanca, en lugar de detenerla, torturarla o lo que quiera que pudiera hacerle.

Me lo creo. En su momento aquello me pareció una prueba.

—Me opuse a que fuera sola a la Casa Blanca —continúa—, pero no hubo forma de impedirselo. Cuando nos reunimos en Estados Unidos, Nina tenía claramente un plan.

—Un momento. —Le toco el brazo—. ¿Cuando os reunisteis en Estados Unidos? ¿Qué significa eso? ¿No estuvisteis juntos desde el principio?

—Ah, no —responde—. Qué va. ¿El día que enviamos el señuelo al servidor del Pentágono?

El 28 de abril, sábado. Nunca olvidaré cuando me lo contaron. Fue en Bruselas, en la primera etapa de mi viaje por Europa. Recibí la llamada en la suite presidencial. Nunca había visto tan nervioso a mi secretario de Defensa.

—Ése fue el día que Nina y yo dejamos a Sulimán en Argelia. Pero nos separamos. Pensamos que así sería más seguro. Ella entró en Estados Unidos por Canadá; yo, por México. Nuestro plan era reunirnos el miércoles en Baltimore, Maryland.

—¿El miércoles..., el pasado miércoles? ¿Hace tres días?

—Sí, el miércoles a mediodía, junto a la estatua de Edgar Allan Poe de la Universidad de Baltimore. Cerca de Washington, pero no demasiado, un sitio lógico, en el que dos personas de nuestra edad no llamarían la atención, y un punto fijo que ambos podíamos encontrar sin problemas.

—Ahí es cuando Nina te contó el plan.

—Sí. Para entonces ya tenía claro su plan. Iría a la Casa Blanca el viernes por la noche, sola, para ver cómo reaccionaba usted. Luego usted se reuniría conmigo en el estadio de béisbol, otra prueba, para ver si se presentaba. Y si lo hacía, sería yo quien juzgara si podíamos fiarnos de usted. Cuando apareció en el estadio, supe que había pasado la prueba de Nina.

—Y después pasé la tuya.

—Sí —dice—. Ya el mero hecho de que apuntase con un arma al presidente de Estados Unidos y nadie me pegara un tiro en el acto o me detuviera... Supe que usted nos creía y trabajaría con nosotros.

Meneo la cabeza.

—Entonces te pusiste en contacto con Nina.

—Le mandé un mensaje de texto. Estaba esperando a recibir mi señal para acercarse al estadio en la furgoneta.

Qué poco faltó en el estadio.

Augie deja escapar un sonido que parece una risa.

—Se suponía que ése sería el momento —dice, mirando a lo lejos con expresión triste—. Habríamos estado todos juntos. Yo habría localizado el virus, usted se habría puesto en contacto con el gobierno de Georgia y ella habría detenido el virus.

Pero, en lugar de eso, alguien detuvo a Nina.

—Volveré al trabajo, señor presidente. —Se levanta del sofá—. Le pido disculpas por haberme...

Lo siento de nuevo.

—Todavía no hemos terminado, Augie —digo—. Quiero saber quién era el contacto de Nina. Quiero saber quién es el traidor de la Casa Blanca.

Sigo cerniéndome sobre Augie, como si le estuviera poniendo un foco deslumbrante en el rostro.

—Has dicho que cuando te encontraste con Nina en Baltimore hace tres días, ella tenía un plan ya decidido.

Él asiente.

—¿Por qué? ¿Qué fue lo que pasó entre el momento en que os separasteis en Argelia y el momento en que os encontrasteis en Baltimore? ¿Qué hizo ella? ¿Adónde fue?

—Eso no lo sé.

—No cuela, Augie.

—¿Disculpe? ¿Colar?

Me inclino todavía más sobre él, casi nariz con nariz.

—Que no me suena sincero. Os queríais el uno al otro. Confiabais el uno en el otro. Os necesitabais el uno al otro.

—Lo que necesitábamos era mantener aislada la información de cada uno —insiste—. Por nuestra propia protección. Ella no podía saber cómo localizar el virus y yo no podía saber cómo desmantelarlo. Así, ambos seguíamos teniendo algún valor para usted.

—¿Qué te contó ella sobre su fuente?

—Ya he respondido a esa pregunta más de una...

—Pues respóndela otra vez. —Lo agarro del hombro—. Y recuerda que la vida de cientos de millones de personas...

—¡Que no me lo contó! —me suelta lleno de emotividad y con un tono de voz agudo—. Me dijo que debía conocer las palabras en clave «Edad Media», y le pregunté cómo era posible que ella las conociera, y me dijo que no importaba el cómo, que era mejor que no lo supiese y que ambos estaríamos más seguros de ese modo.

Lo miro fijamente, sin decir nada, estudiando su rostro.

—¿Que si sospechaba que ella estaba en contacto con alguien importante en Washington? Por supuesto que sí. No soy imbécil. Pero eso me *tranquilizaba*, no me intranquilizaba. Significaba que teníamos una posibilidad creíble de éxito. Confiaba en ella. Era la persona más inteligente que jamás...

Se atraganta, incapaz de terminar la frase.

Me vibra el teléfono. Otra vez Liz FBI. No puedo seguir ignorándola.

Pongo la mano en el hombro de Augie.

—¿Quieres honrar su recuerdo, Augie? Entonces, haz todo cuanto puedas por detener el virus. Vete. Fuera.

Respira hondo y se apoya en el sofá para levantarse.

—Lo haré —asegura.

Una vez Augie se encuentra donde ya no puede oírme, me llevo el teléfono al oído.

—Dime, Liz.

—Señor presidente —dice—. Los móviles de la furgoneta de Nina.

—Sí. Has dicho que eran dos, ¿no?

—Sí, señor. Uno lo llevaba encima. El otro ha aparecido debajo del suelo del compartimento posterior.

—Muy bien...

—Señor, el que hemos encontrado en la parte de atrás de la furgoneta..., a ése no hemos accedido aún, pero el que llevaba en el bolsillo... Al final hemos descifrado el código. Hay un mensaje de texto enviado desde el extranjero que es particularmente interesante. Hemos tardado mucho en rastrearlo, porque estaba cifrado pasando por tres continentes...

—Liz, Liz —le digo—. Al grano.

—Creemos que lo hemos encontrado —asegura ella—. Creemos que hemos localizado a Sulimán Cindoruk.

Cojo aire con fuerza.

Una segunda oportunidad, después de Argelia.

—¿Señor presidente?

—Lo quiero vivo —ordeno.

La vicepresidenta Katherine Brandt está sentada en silencio, con la mirada baja, asimilándolo todo. Incluso en la pantalla del ordenador, con sus borrones ocasionales, sus saltos de imagen esporádicos, parece lista para salir en la tele, perfectamente arreglada para su aparición en *Meet the Press*, vestida con un elegante traje rojo y una blusa blanca.

—Esto es casi... —Levanta la vista hacia mí.

—Inasequible —digo—. Sí. Es mucho peor de lo que imaginábamos. Hemos podido asegurar el ejército, pero en otras áreas del gobierno federal y en el sector privado... los daños van a ser incalculables.

—Y Los Ángeles... es un señuelo.

Hago un gesto negativo con la cabeza.

—En el mejor de los casos, imagino yo. Es un plan inteligente. Quieren que nuestras superestrellas tecnológicas, allá, en la otra punta del país, intenten resolver el problema de la planta depuradora, y que después, cuando estalle el virus, nos quedemos aislados de ellos de todas las maneras posibles: sin conexión a internet, sin teléfonos, sin aviones ni trenes. La mejor gente que tenemos, abandonada a su suerte en la Costa Oeste, a miles de kilómetros de nosotros.

—Y yo me estoy enterando ahora de todo esto que está sucediendo en nuestro país, y de todo lo que está haciendo usted, a pesar de ser la vicepresidenta de Estados Unidos. Porque usted no confía en mí. Soy una de las seis personas en las que no confía.

Su imagen no es lo bastante clara para calibrar su reacción ante todo esto. No debe de ser nada bueno enterarte de que tu superior, el comandante en jefe, piensa que podrías ser una traidora.

—Señor presidente, ¿de verdad piensa que yo haría una cosa así?

—Kathy, ni en un millón de años me habría imaginado que lo pudierais hacer ninguno de vosotros. Ni tú, ni Sam, ni Brendan, ni Rod, ni Dominick, ni Erica. Pero uno de vosotros lo ha hecho.

Ahí está. Sam Haber, del Departamento de Seguridad Nacional. Brendan Mohan, asesor de Seguridad Nacional. Rodrigo Sanchez, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, el secretario de Defensa Dominick Dayton. Y la directora de la CIA, Erica Beatty. Además de la vicepresidenta. Los seis de mi círculo, todos bajo sospecha.

Katherine Brandt guarda silencio, aún atenta, aunque perdida en su concentración.

Entra Alex y me entrega una nota de Devin. Y no es buena.

Cuando vuelvo con Kathy, parece lista para decirme algo. Ya me hago una idea de lo que va a ser.

—Señor presidente —me dice—, si no cuento con su confianza, lo único que puedo hacer es ofrecerle mi dimisión.

En la sala de guerra, Devin levanta la vista cuando me ve. Le da un toque en el hombro a Casey y dejan allí a los demás —todos ellos con auriculares o aporreando teclados— para venir a hablar conmigo. Los portátiles estropeados están apilados contra la pared. En la pizarra blanca hay garabateados diversos nombres y códigos: PETYA y NYETNA, SHAMOON y SCHNEIER ALG., DOD.

La sala huele a café, a tabaco y a humanidad. Si estuviera para bromas, les sugeriría que abriesen una ventana.

Casey hace un gesto hacia un rincón donde una pila de portátiles oculta la pared y llega tan alto que casi alcanza la cámara de seguridad que nos observa desde el techo.

—Todos fritos —dice—. Lo estamos probando todo. No hay nada capaz de acabar con este virus.

—¿Setenta ordenadores hasta ahora?

—Más o menos —me comenta—. Y por cada uno con el que probamos nosotros aquí, el resto de nuestro equipo en el Pentágono está con tres o cuatro. Nos acercamos ya a los trescientos ordenadores.

—¿Y se quedan... borrados por completo?

—Todo borrado —explica Devin—. En cuanto intentamos desmantelarlo, se dispara el virus wiper que los borra. Esos portátiles ahora mismo son como un montón de ladrillos —suspira—. ¿Puede conseguir los otros quinientos?

Me vuelvo hacia Alex y se lo pido. Los marines nos los traerán de inmediato.

—¿Quinientos son suficientes? —pregunto.

Casey sonrío.

—No tenemos quinientas maneras de detener esto. Ya se nos ha ocurrido prácticamente todo lo que sabemos.

—¿Augie no está siendo de ayuda?

—Ah, es un tipo brillante —reconoce Devin—. ¿Su manera de esconder esto dentro del ordenador? Jamás he visto nada parecido. Ahora bien, cuando se trata de deshabilitarlo... No es su especialidad.

Miro mi reloj.

—Son las cuatro en punto, señores. Empezad a ser creativos.

—Sí, señor.

—¿Algo más que necesitéis de mí?

—¿Hay alguna posibilidad de que atrape usted a Sulimán y nos lo traiga aquí? —dice Casey.

Le doy una palmadita en el brazo, pero no respondo.
«Estamos en ello», aunque no se lo digo.

Regreso a mi sala de comunicaciones, donde me encuentro a la vicepresidenta Katherine Brandt con la mirada en el suelo y hundida en su asiento. Antes de que yo interrumpiese nuestra conversación, me había dicho algo que me pareció relevante.

Se anima un poco cuando me ve entrar en la habitación, endereza su postura.

—No hay suerte con el virus aún —comento mientras me siento—. Quien sea que haya creado esa cosa está jugando al ajedrez, y nosotros estamos jugando a las damas.

—Señor presidente —dice Kathy—. Le acabo de ofrecer mi dimisión.

—Ya, no se me ha olvidado —le digo—. No es el momento para eso, Kathy. Han intentado matarnos a Augie y a mí dos veces. Y no estoy bien, como ya te he dicho.

—Lamento oír eso. No me había dado cuenta de que su enfermedad le estaba dando la lata otra vez.

—No se lo he contado a nadie. No es un buen momento para que nuestros amigos o nuestros enemigos piensen que el presidente tiene problemas de salud.

Asiente con la cabeza.

—Escucha, he tenido a Carolyn varios pasos por delante de ti todo el tiempo en la Casa Blanca. Está al tanto de la situación. También lo tenemos todo escrito en un documento. Si me hubiera sucedido algo, Carolyn te lo habría contado todo en cuestión de minutos, incluidos mis diferentes planes acerca de qué hacer dependiendo de lo malo que sea el virus. Incluidos los ataques militares contra Rusia, China, Corea del Norte..., quien sea que esté detrás del virus. Los planes de contingencia para la ley marcial, la suspensión del hábeas corpus, controles de precios, racionamiento de bienes críticos... y todo lo demás.

—Pero si yo soy la traidora, señor presidente —me dice, apenas capaz de soltar esa palabra—, ¿por qué iba a confiar en mí para detener a esa gente? Si estoy confabulada con ellos...

—Kathy, ¿qué elección tengo? No puedo reemplazarte sin más. ¿Qué se suponía que tendría que haber hecho cuatro días atrás, cuando me enteré de la filtración de Nina a través de mi hija? ¿Exigir tu dimisión? ¿Y después qué? Piensa en lo que tardaría en sustituirte. El proceso de investigación del candidato, el proceso de nominación, la aprobación de ambas cámaras. No disponía de ese tiempo. Y si tú te marchabas y el puesto quedaba vacante, piensa quién es el siguiente en la línea de sucesión.

No responde e interrumpe el contacto visual. La referencia al presidente de la Cámara, Lester Rhodes no parece que le haga ninguna gracia.

—Más importante que eso, Kathy: no podía saber con seguridad que eras tú. No podía saberlo con seguridad de ninguno de vosotros. Desde luego, os podía haber cesado a los seis sólo para asegurarme de que me libraba del filtrador. Por si acaso. Pero lo que estaría haciendo entonces, básicamente, sería perder a todo mi equipo de Seguridad Nacional cuando más lo necesito.

—Podría habernos sometido al polígrafo —dice.

—Podría. Eso era lo que quería Carolyn, haceros pasar a todos el test del detector de mentiras.

—Pero usted no.

—No, yo no.

—¿Por qué no, señor?

—El factor sorpresa —digo—. Lo único que tenía a mi favor era que sabía que había un topo, pero el topo no sabía que yo estaba al corriente. De haberos encerrado para preguntaros si habíais filtrado información sobre Edad Media, os habría mostrado mis cartas. Quien sea que está detrás de todo esto sabría que lo sé. Era mejor hacerme el tonto, por así decirlo.

»Así que me puse a trabajar para solucionar el problema —continúo—. Hice venir a la subsecretaria de Defensa y le ordené comprobar, de forma independiente, que la modernización de nuestros sistemas militares se estaba haciendo en condiciones, por si acaso el secretario Dayton era nuestro Benedict Arnold. Ordené al general Burke, del Mando Central, que verificase lo mismo fuera de nuestras fronteras, por si acaso el almirante Sanchez era el traidor.

—Y le aseguraron que se estaba haciendo bien.

—Lo suficientemente bien. No hemos podido volver a montarlo todo al completo en dos semanas, de ninguna forma, pero estamos funcionando lo suficiente para lanzar misiles, para un despliegue aéreo y de tropas de tierra. Nuestras maniobras fueron un éxito.

—¿Quiere eso decir que ha tachado a Dayton y a Sanchez de su lista? ¿Sólo quedan cuatro nombres en la lista?

—¿Qué crees tú, Kathy? ¿Habría que tacharlos?

Se lo piensa un minuto.

—Si el traidor es uno de ellos, no harían algo tan obvio como sabotear lo que está bajo su responsabilidad directa. Podrían haber filtrado las palabras en clave de forma anónima. Podrían haber proporcionado alguna información al enemigo, pero esas tareas específicas que usted les asignó... ponen el foco sobre ellos de forma directa. No pueden cargarse eso, quedarían expuestos. Quien sea que lo haya hecho, lo ha pensado mucho.

—Justo lo que yo pienso —le digo—. Así que no, no están tachados de la lista.

Es mucho lo que tiene que asimilar Kathy, y comprende que, mientras hablo del traidor, podría estar pensando en ella. No resultaría fácil de aceptar para nadie. Pero claro, tampoco es que ella se haya comportado de una manera ejemplar en todo esto.

Finalmente dice:

—Señor presidente, si salimos de ésta...

—Cuando —matizo—. Cuando salgamos de ésta. No hay un «si» condicional, no es una opción.

—Cuando salgamos de ésta —dice—, en el momento apropiado, le presentaré mi dimisión para que haga usted con ella lo que estime oportuno. Si no puede confiar en mí, señor, no sé muy bien cómo voy a poder servirle.

—¿Y entonces quién es el siguiente de la lista? —pregunto, volviendo al tema.

Parpadea unas cuantas veces, pero su respuesta no es muy contundente que digamos.

—Bueno, es obvio que no me marcharía hasta que usted tuviera con seguridad un sustituto...

—Ni siquiera eres capaz de decir su nombre, ¿verdad, Kathy? El de tu amigo Lester Rhodes.

—No... no creo que yo dijese que es mi amigo, señor.

—¿No?

—Seguro que no. Me he encontrado con él por casualidad esta mañ...

—Alto ahí —digo—. Puedes engañarte a ti misma todo cuanto quieras, Kathy, pero a mí no me mientas.

Sigue moviendo la boca por un instante, en busca de algo que decir, y luego la cierra y permanece inmóvil.

—Lo primero que hice hace cuatro días, cuando me enteré de la filtración —confieso—. Lo primero que hice ¿sabes qué fue?

Niega con la cabeza, pero no puede hablar.

—Os puse vigilancia —digo.

Se lleva la mano al pecho.

—¿Hizo que..., a mí...?

—A los seis —admito—. Órdenes judiciales conforme a la Ley de Vigilancia de la Inteligencia Extranjera. Yo mismo firmé las declaraciones juradas. Esos jueces jamás habían visto algo así. Liz Greenfield, del FBI, las ejecutó. Teléfonos intervenidos, escuchas y todo lo demás.

—¿Ha estado...?

—Ahórrate la indignación. Tú habrías hecho lo mismo. Y no te quedes ahí sentada haciendo como si te hubieras encontrado por casualidad a Lester Rhodes cuando ibas a desayunar.

No hay mucho que pueda decirme. No tiene forma de salir airosa, dado lo que ha hecho. Ahora mismo, tiene pinta de querer que se la trague la tierra.

—Céntrate en el problema —digo—. Olvídate de la política. Olvídate de la comparecencia de la semana que viene. Olvídate de quién podría ser el presidente dentro de un mes. Nuestro país tiene un problema muy serio, y lo único que importa es solucionarlo.

Asiente, incapaz de hablar.

—Si algo me sucede a mí, te toca a ti salir a jugar —digo—. Así que espabila de una puñetera vez y prepárate.

Vuelve a asentir, despacio al principio, después con más firmeza. Endereza su postura como si estuviese dejando a un lado todo lo demás y se concentrase en una nueva forma de proceder.

—Carolyn te va a enseñar los planes de contingencia. Son sólo para ti. Te quedarás en el centro de operaciones. No podrás comunicarte con nadie que no seamos Carolyn o yo. ¿Entendido?

—Sí —dice—. ¿Puedo decir algo, señor?

Suspiro.

—Por supuesto.

—Tráigame un polígrafo —solicita.

Me echo hacia atrás.

—Ya ha perdido el factor sorpresa —añade—. Me lo ha contado todo. Tráigame un detector de mentiras y pregúnteme si filtré «Edad Media». Pregúnteme por Lester Rhodes si quiere. Pregúnteme cualquier cosa, pero, eso sí, asegúrese de preguntarme si alguna vez, de alguna manera, he traicionado a mi país.

Ésa, debo reconocerlo, no me la esperaba.

—Pregúnteme —dice—, y yo le diré la verdad.

Son las 23.03 en Berlín, Alemania.

Cuatro cosas suceden al mismo tiempo.

Una: una mujer con un abrigo largo de color blanco entra por la puerta principal de una torre de apartamentos con múltiples bolsas de la compra en la mano, como si fueran unos apéndices voluminosos. Camina directa hacia el recepcionista del mostrador principal. Mira a su alrededor y localiza la cámara en el rincón del vestíbulo espacioso y ornamentado. Deja las bolsas en el suelo y sonríe al recepcionista. Él le pide la documentación y ella abre la cartera y le muestra una placa.

—*Ich bin ein Polizeioffizier* —dice, y se desvanece su sonrisa—. *Ich brauche Ihre Hilfe jetzt.*

Se identifica como policía. Le dice que necesita su ayuda de inmediato.

Dos: un camión de recogida de residuos, grande y de color naranja, que luce el nombre de la empresa Berliner Stadtreinigungsbetriebe, se detiene frente a la fachada este del mismo edificio entre los remolinos del viento procedente del río Spree. Cuando el vehículo se detiene, el portón trasero se levanta y se abre. Doce hombres, miembros del KSK, el Kommando Spezialkräfte, la unidad de élite de respuesta rápida de las fuerzas especiales alemanas, salen del camión vestidos con su equipo táctico —chalecos, cascos, botas militares— y armados con subfusiles HK MP5 o fusiles antidisturbios. La cercana puerta de entrada de la torre de apartamentos se abre de forma automática por cortesía del mostrador de recepción, y los hombres entran en el edificio.

Tres: un helicóptero pintado de blanco con el nombre de una cadena local de televisión, aunque en realidad es un helicóptero indetectable del KSK dotado con tecnología de reducción de ruido, se queda suspendido en silencio sobre la azotea de ese mismo edificio. Cuatro comandos del KSK, igualmente vestidos con equipo táctico, se lanzan del helicóptero y descienden diez metros hasta la azotea, aterrizan con suavidad y sueltan las cuerdas de sus cinturones.

Y cuatro: Sulimán Cindoruk se ríe para sí mientras observa a su equipo en el interior del ático: sus cuatro hombres, los cuatro miembros restantes de los Hijos de la Yihad aparte de él. Aún se están recuperando de la fiesta de anoche, se pasean dando tumbos, a medio vestir y desaliñados, con resaca, si es que no siguen ebrios. Desde que se levantaron, hacia el mediodía, no han hecho absolutamente nada.

Elmurod, con la barriga que le estira la camiseta de color rosa chillón, se deja caer en el sofá y utiliza el mando a distancia para encender la televisión. Mahmad luce una camiseta interior manchada y calzoncillos tipo bóxer, lleva el pelo de punta y bebe a morro de una botella de agua. Hagan, el último en despertarse, a pecho descubierto y con un pantalón de chándal, se come unas uvas de las sobras de anoche. Levi, larguirucho, desgarrado y sólo con la ropa interior encima, quien sin ninguna duda perdió anoche la virginidad, apoya la cabeza en un cojín del sofá con una sonrisa tontorrón.

Sulimán cierra los ojos y siente la brisa en la cara. Hay quien se queja de los vientos procedentes del Spree, en especial por la noche, pero ésa es una de las cosas con las que más disfruta él. Una de las cosas que más echará de menos.

Comprueba el arma que tiene a su lado por puro hábito. Algo que hace casi a cada hora del día. Se asegura de que está cargada.

Es decir, cargada con una sola bala.

Suben por las escaleras con la táctica de aproximación adecuada, asegurando cada tramo con un único soldado —una avanzadilla de reconocimiento— antes de que el resto del equipo continúe subiendo. Hay puntos ciegos por todas partes, oportunidades de emboscada en cada planta. Su contacto en el mostrador de recepción les ha dado la señal de todo despejado en las escaleras, pero su capacidad para saberlo se reduce a las cámaras que controla.

El líder del equipo 1 es un hombre llamado Christoph: once años ya en el KSK. Cuando el equipo de doce hombres llega al descansillo de la última planta, habla por radio con el mando.

—Equipo 1 en posición rojo —dice en alemán.

—Manténganse en posición rojo, equipo 1 —dice el mando desde su situación, en un vehículo calle abajo.

El mando de esta misión es el general de brigada en persona, el jefe del KSK. Es la primera vez, al menos por lo que sabe Christoph, que el oficial de rango más alto del KSK dirige personalmente una misión. Pero claro, también es la primera vez que el general de brigada recibe una llamada del canciller en persona.

«El objetivo es Sulimán Cindoruk —le ha dicho el canciller Richter al general de brigada—. Hay que cogerlo vivo. Hay que capturarlo en tales condiciones que permitan someterlo de inmediato a un interrogatorio.»

De ahí el fusil ARWEN que Christoph lleva en las manos, un arma antidisturbios cargada con pelotas de goma no letales, capaz de disparar en cuatro segundos el cargador entero de cinco pelotas. Seis de los doce hombres van armados con fusiles ARWEN para incapacitar a sus objetivos. Los otros seis llevan subfusiles MP5 estándar en caso de que sea necesario el uso de munición letal.

—Equipo 2, situación —dice el mando.

El equipo 2, los cuatro hombres de la azotea:

—Equipo 2 en posición rojo.

Dos de los soldados del KSK están preparados para descender en rápel desde la azotea hasta el balcón de debajo. Los otros dos aseguran el tejado para evitar algún intento de huida.

«Pero no va a haber huida ninguna. —Christoph lo sabe—. Este tío es mío.»

Éste será su Bin Laden.

El general al mando, por el pinganillo:

—Equipo 3, confirme número y posición de los objetivos.

El equipo 3 es el helicóptero camuflado que está por encima de ellos y que utiliza un sistema de imagen térmica de alta potencia para detectar el número de personas que hay en la planta del ático.

—Cinco objetivos, general —se oye—. Cuatro dentro del ático, reunidos en la habitación frontal, y uno en el balcón.

—Cinco objetivos, confirmado. Equipo 1, avance a posición amarillo.

—Equipo 1 avanzando a posición amarillo. —Christoph se vuelve hacia sus hombres y asiente con la cabeza.

Sus hombres levantan las armas.

Christoph gira muy despacio el pomo de la puerta de las escaleras y, acto seguido, con suavidad pero con rapidez, la abre con un torrente de adrenalina.

El pasillo está vacío, en silencio.

Avanzan despacio, los doce agachados, las armas preparadas, midiendo cada paso para minimizar el sonido de las pisadas sobre el suelo alfombrado y acercándose con sigilo a la única puerta que hay a la derecha. Con los sentidos en máxima alerta, Christoph siente el calor y la energía de los hombres a su espalda, huele el aroma a limón que desprende la alfombra, oye las fuertes respiraciones detrás de él y el vago sonido de unas risas por el pasillo.

A ocho metros. Seis metros. Por las venas le corre la adrenalina de la acción. Se le acelera el pulso, pero tiene firme el equilibrio, la confianza por las nubes...

Clic-clic-clic.

Vuelve de golpe la cabeza hacia la izquierda. El sonido es muy leve, pero también es claro. Una cajita minúscula en la pared, un termostato...

No, no es un termostato.

—Mierda —dice.

Sulimán se enciende un cigarrillo y comprueba su móvil. Nada nuevo en el frente internacional. Pero parecen preocupados por el problema del agua en Los Ángeles. «¿Se lo habrán tragado los norteamericanos?», se pregunta.

En el interior del ático, Hagan coge un cuenco metálico de la mesa de la comida y vomita en él. Probablemente sea por el champán caro, decide Sulimán. Hagan podrá ser un programador brillante, pero con la bebida nunca...

Suena un pitido agudo en el móvil de Sulimán, un tono reservado para una sola cosa.

Una brecha. El sensor del pasillo.

De forma instintiva, su mano roza la pistola que hay a su lado, la que tiene una única bala.

Se juró hace tiempo que no lo cogerían vivo, que no lo encerrarían y lo interrogarían, que no le golpearían y le torturarían con ahogamientos simulados, que no le harían vivir como un animal. Prefiere acabar a su manera, llevándose la pistola con ambas manos bajo la barbilla y apretando el gatillo.

Pero siempre ha sabido que, a pesar de todas las promesas que se había hecho, llegaría el momento de la verdad. Y siempre se preguntaba si tendría el coraje para seguir adelante con ello.

—¡Nos han descubierto! —informa Christoph en un susurro ronco—. Equipo 1 avanzando a posición verde.

—Avance a posición verde, equipo 1.

Una vez perdida cualquier pretensión de un ataque sigiloso, los soldados corren hacia la puerta y se despliegan en posición de entrada doble, cinco hombres a cada lado y dos retrasados con el ariete, preparados para cargar.

—El objetivo del balcón ha entrado en el ático —dice el líder del equipo 3, en el helicóptero con las imágenes térmicas.

«Es él», Christoph lo sabe y se arma de valor.

Se abalanzan contra la puerta con un golpe impresionante. A continuación la arrancan de las bisagras y la parte superior cae hacia delante, dentro del apartamento, como un puente levadizo al que le cortaran las cadenas.

Los soldados más próximos a la puerta, a los lados, lanzan sus granadas de aturdimiento al interior del ático y se apartan rápidamente del umbral de la puerta. Un segundo después detonan las granadas y generan una explosión desconcertante de ciento ochenta decibelios y una luz cegadora y abrasadora.

Durante cinco segundos, los ocupantes del ático estarán ciegos, sordos y perderán el equilibrio.

«Uno, dos.» Christoph es el primero que cruza la puerta conforme se evapora la luz blanca, con el zumbido posterior a la explosión aún audible.

—¡No os mováis! ¡No os mováis! —grita en alemán mientras otro de los miembros del equipo grita lo mismo en turco.

Estudia la habitación girando la cabeza.

Gordo con camiseta rosa, medio caído del sofá, que aprieta los ojos con fuerza. «No es él.»

Hombre en camiseta interior y bóxers que se tambalea de espaldas aferrado a una botella de agua y se va al suelo. «Negativo.»

Un tío sin camiseta, aturdido, en el suelo, con un cuenco de fruta desparramado por el pecho. «No.»

Christoph se desplaza al otro lado del sofá, donde un hombre que sólo lleva ropa interior se ha caído encima del sofá y yace inconsciente. «Tampoco...»

Y allí, junto a la puerta corredera de cristal que da al balcón, el quinto objetivo, tumbado boca abajo en el suelo: una joven asiática en sujetador y bragas y con expresión dolorida.

—¿Sólo cinco objetivos, equipo 3? —grita.

—Afirmativo, líder de equipo. Cinco objetivos.

Christoph deja atrás a la chica asiática, ya reducida por uno de los soldados. Desliza la puerta de cristal para abrirla y sale agachado al balcón y barre el espacio con su arma antidisturbios. Vacío.

—El resto del apartamento está despejado —le dice su segundo al mando cuando Christoph vuelve a entrar en el salón con el descenso de la adrenalina y los hombros caídos.

Mira a su alrededor, derrotado, mientras esposan con bridas de plástico a los cinco objetivos y los ponen en pie, aún aturdidos..., si es que están conscientes siquiera.

Su mirada se eleva entonces hacia un rincón de la estancia.

Hacia la cámara que lo observa desde arriba.

—*Guten Tag* —dice Sulimán a modo de pequeño saludo al soldado que no puede verlo.

El soldado parece sentir tal decepción que Sulimán casi hasta lo siente por él.

Entonces, cuando se le acerca el camarero de la terraza del bar junto al Spree, a veinte kilómetros del ático, cierra su portátil.

—¿Desea algo más esta noche, señor? —pregunta el camarero.

—Sólo la cuenta —dice Sulimán.

Tiene que ponerse en marcha. El trayecto en barco es largo.

En la tienda negra de comunicaciones, el canciller Richter acaba su llamada de teléfono.

—Lo siento, señor presidente.

—¿Desaparecido sin dejar rastro? —pregunto.

—Sí. Las demás personas capturadas en la redada dicen que se marchó hace aproximadamente dos horas.

Iba un paso por delante de nosotros, como de costumbre.

—Tengo... tengo que pensar —digo.

Aparto los faldones de la tienda y subo caminando de regreso hacia la cabaña. Me había hecho ilusiones, más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Ésa era nuestra mejor oportunidad. La última persona que podía detener el virus.

Entro en el sótano con Alex Trimble pisándome los talones. Los oigo incluso desde el pasillo, antes de entrar en la sala de guerra.

Me detengo ante la puerta y mantengo cierta distancia. Los técnicos están arremolinados en torno a un móvil puesto en altavoz, hablando sin duda con el resto de nuestro Equipo de Actuación ante Amenazas Inminentes, en el Pentágono.

—¡Estoy diciendo que invirtamos la secuencia! —exclama Devin al teléfono—. Tú sabes lo que significa *invertir*, ¿verdad? ¿Tienes un diccionario por ahí, en alguna parte?

En el teléfono se oye:

—Pero el WannaCry no...

—¡Jared, que esto no es el WannaCry! Esto no es un *ransomware*. Esto no se parece a nada que haya visto en mi puñetera vida. —Devin lanza una botella de agua vacía al otro extremo de la habitación.

—Devin, escucha, lo único que estoy diciendo es que la puerta trasera...

Mientras el altavoz continúa hablando, Devin alza la mirada hacia Casey.

—El tío sigue hablando del WannaCry. Él sí que está haciendo que me den ganas de llorar.*

Casey se pasea arriba y abajo.

—Estamos en un callejón sin salida —dice.

Me doy la vuelta y me alejo de la sala. Ya han respondido a mi pregunta.

—Voy a la sala de comunicaciones —le digo a Alex. Me sigue hasta la puerta, pero entro solo.

Cierro la puerta a mi espalda. Apago la luz.

Me hundo en el suelo y cierro los ojos con fuerza, aunque ya está oscuro.

Meto la mano en el bolsillo, saco mi moneda de ranger y comienzo a recitar.

—Me presenté voluntario para ser un ranger, plenamente consciente de los riesgos de la profesión que he elegido...

La total destrucción de un país con una población de trescientos millones de personas. Trescientos millones de personas arruinadas, desesperadas y aterrorizadas, a las que les han robado todo —su tranquilidad, su seguridad, sus ahorros, sus sueños—, todo hecho añicos por unos cuantos genios con un ordenador.

—... mi país espera de mí que llegue más lejos, más rápido y luche con más ahínco que cualquier otro soldado...

»... cargaré con más tarea de la que me corresponde, sea cual sea, al cien por cien o más...

Cientos de ordenadores de prueba, utilizados e inservibles. Nuestros mejores expertos sin la más mínima idea de cómo detener el virus. Un virus que podría atacar en cualquier instante, y el único hombre capaz de detenerlo está jugando con nosotros, observando desde un lugar alejado mientras las fuerzas especiales alemanas invadían su ático.

—... los derrotaré en el campo de batalla... Rendirse no es un término que forme parte del vocabulario de un ranger.

Quizá no, pero si el virus toma el control, no me quedará más remedio que imponer las medidas más autoritarias tan sólo para evitar que la gente se mate por la comida, por el agua potable y por un techo.

Si eso sucede, no habrá quien nos reconozca. Dejaremos de ser los Estados Unidos de América que cualquiera haya conocido o concebido jamás. Por no mencionar el hecho de que, con todos esos problemas en las calles, existe la posibilidad real de vernos metidos en una guerra que tendría la probabilidad más elevada de un intercambio nuclear desde los tiempos de Kennedy y Jruschov.

Tengo que hablar con alguien aparte de mí mismo. Cojo mi móvil y marco el número de mi hombre para estas situaciones. Después de tres tonos de llamada, Danny Akers responde.

—Señor presidente —dice.

El simple hecho de oír su voz me levanta el ánimo.

—No sé qué hacer, Danny. Me da la sensación de que me he metido de cabeza en una emboscada. Ya se me han acabado los conejos y las chisteras de las que sacarlos. Es posible que esta vez nos ganen. No tengo respuesta.

—Pero la tendrás. Siempre la tienes, siempre.

—Pero esto es distinto.

—¿Recuerdas cuando te destinaron con la Compañía Bravo en la Operación Tormenta del Desierto? Aunque no habías pasado aún por la escuela de formación de los Rangers, te hicieron cabo para que pudieras ser líder de equipo cuando hirieron a Donlin en Basora. Probablemente fue el ascenso más rápido a líder de equipo en la historia de la Compañía Bravo.

—Eso también fue distinto.

—No te ascendieron sin motivo, Jon. Y además antes que a todos los demás que sí habían pasado por la academia. ¿Por qué?

—No lo sé, pero eso fue...

—Joder, si hasta lo oí al volver a casa. Se corrió la voz. El teniente dijo que diste un paso al frente cuando cayó Donlin y estabais bajo fuego enemigo. Dijo que eras «un líder nato que no perdía la cabeza y hallaba soluciones». Y tenía razón. Jonathan Lincoln Duncan, y no digo esto por el afecto que siento por ti: no hay nadie a quien preferiría tener al mando ahora mismo.

Tenga Danny razón o no, o le crea yo o no, estoy al mando. Es hora de dejar de quejarse y tirar hacia adelante.

—Gracias, Danny. —Me apoyo en el suelo con la mano para levantarme—. No dices más que tonterías, pero gracias.

—No pierdas la cabeza y halla soluciones, presidente —añade.

Cuelgo y enciendo la luz del techo. Antes de poder siquiera abrir la puerta, recibo otra llamada. Es Carolyn.

—Señor presidente, tengo a Liz al teléfono.

—Señor presidente, hemos sometido al polígrafo a la vicepresidenta —dice Liz—. Los resultados no han sido concluyentes.

—¿Y eso significa...? —pregunto.

—Significa «sin dictamen respecto al engaño», señor.

—¿Y qué conclusión sacamos de ello?

—Veamos, señor, con franqueza, era el resultado más probable. Hemos preparado una serie de preguntas a la carrera, cuando, en condiciones normales, las redactaríamos con sumo cuidado. Y el nivel de estrés que está soportando es tremendo, ya sea culpable o inocente.

Yo me sometí una vez al detector de mentiras. Me obligaron los iraquíes. Me formularon todo tipo de preguntas sobre movimientos de tropas y localización de activos. Me cansé de mentirles, pero lo pasé, porque había recibido entrenamiento en contramedidas. Era parte de mi instrucción. Hay maneras de ganar a la máquina.

—¿Le damos algún punto por haberse presentado voluntaria para pasar el polígrafo? —pregunto.

—No, no se lo damos —dice Carolyn—. Si no lo hubiera pasado, habría echado la culpa al estrés y habría hecho justo esa pregunta: ¿por qué me iba a presentar voluntaria para el polígrafo si sabía que no lo iba a pasar?

—Y, además —añade Liz Greenfield—, tenía que saber que antes o después decidiríamos someterla al polígrafo, a ella y a todos los demás. Así que se estaba presentando voluntaria a algo que sabía que tendría que acabar haciendo igualmente.

Tienen razón. Kathy sería lo suficientemente táctica para haber pensado a fondo en el asunto.

Cielo santo, es que no conseguimos dar con nada.

—Carolyn —digo—, es hora de hacer esas llamadas de teléfono.

—Señor presidente del Supremo, ojalá pudiera contarle más —digo al teléfono—. Lo único que le puedo decir ahora mismo es que es importante que los miembros del Tribunal estén a salvo, y es crucial que usted y yo mantengamos abierto un canal de comunicación.

—Lo entiendo, señor presidente —responde el presidente del Tribunal Supremo de Estados Unidos—. Estamos todos seguros y a salvo. Y todos rezamos por usted y por nuestro país.

La llamada de teléfono al líder de la mayoría en el Senado se desarrolla de un modo muy similar mientras lo trasladan a él y a su equipo a unos refugios subterráneos.

Lester Rhodes, que sospecha de mí de manera instintiva después de que le exponga todo lo que puedo, me dice:

—Señor presidente, ¿ante qué tipo de amenaza nos encontramos?

—Eso no te lo puedo decir ahora mismo, Lester. Lo único que necesito es que tu equipo y tú estéis protegidos. En cuanto sea posible, te lo contaré.

Cuelgo antes de que me pregunte qué supone esto para la vista de la comisión de investigación de la semana que viene, algo que sin duda se le estaba pasando por la cabeza. Es probable que piense que estoy montando algún tipo de maniobra para distraer al país de lo que él está tratando de hacerme. Eso es lo primero que se le ocurriría a un tipo como Lester. Nosotros estamos aquí tratando esto como si fuera un escenario de DEFCON 1, incluidas las medidas para asegurar la continuidad de nuestro gobierno, y él sigue tratándolo como si fuera política barata.

Dentro de la sala de comunicaciones, hago clic en el portátil y llamo a Carolyn Brock.

—Señor presidente —dice—, están todos a salvo en el centro de operaciones.

—¿Brendan Mohan? —digo en referencia a mi consejero de seguridad nacional.

—Sí, está a salvo.

—¿Rod Sanchez? —El presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor.

—Está a salvo —dice Carolyn.

—¿Dom Dayton? —El secretario de Defensa.

—A salvo.

—¿Erica Beatty?

—A salvo, señor.

—¿Sam Haber?

—Sí, señor.

—Y la vicepresidenta.

Los seis de mi círculo.

—Están todos a salvo en el centro de operaciones —me comunica Carolyn.

«No pierdas la cabeza y halla soluciones.»

—Tenlos preparados para hablar conmigo en unos minutos —le pido.

Regreso a la sala de guerra, donde los técnicos informáticos siguen dedicándole al virus hasta el último esfuerzo que son capaces de aunar. Con sus rostros relativamente jóvenes, esos ojos cansados e inyectados en sangre y la urgencia de sus actos, tienen tanta pinta de estudiantes estudiando para los exámenes finales como de expertos en ciberseguridad tratando de salvar el mundo.

—Parad —ordeno—. Parad todos.

La sala se queda en silencio. Todas las miradas se posan sobre mí.

—¿Es posible —les digo— que seáis demasiado listos?

—¿Demasiado listos, señor?

—Sí. ¿Es posible que tengáis tantísimos conocimientos y que busquéis algo tan sofisticado que no hayáis valorado una solución simple? ¿Que los árboles no os dejen ver el bosque?

Casey echa un vistazo a la sala y levanta una mano.

—Llegados a este punto, yo estoy abierta a...

—Enséñamelo —le pido—. Quiero ver la cosa esa.

—¿El virus?

—Sí, Casey, el virus. Ese que va a destruir nuestro país, por si todavía no te has enterado.

Están con los nervios a flor de piel, reventados, hay un ambiente de desesperación.

—Lo siento, señor. —Agacha la cabeza y se pone a trabajar en un portátil—. Utilizaré la pantalla inteligente —me explica, y por primera vez me doy cuenta de que la pizarra blanca es en realidad una especie de pizarra digital interactiva.

Observo la pantalla. Aparece de repente un largo menú de archivos. Casey se desplaza hacia abajo hasta que hace clic en uno.

—Aquí está —dice—. Su virus.

Lo veo, y lo miro dos veces para asegurarme.

Sulimán.exe

—Qué humilde por su parte —comento. Le ha puesto su nombre al virus—. ¿Éste es el archivo que no hemos podido encontrar durante dos semanas?

—Evitaba la detección, señor —dice Casey—. Nina lo programó de manera que evitase el sistema de registro y..., bueno, básicamente desaparecía cada vez que lo buscábamos.

Hago un gesto negativo con la cabeza.

—Entonces ¿podéis abrirlo? ¿Se abre?

—Sí, señor. Nos llevó su tiempo incluso hacer eso. —Escribe en su portátil y los contenidos del virus aparecen en la pantalla inteligente.

Yo no sé qué me esperaba, quizá una gárgola verde pequeñita, lista para engullir datos y archivos como una especie de come cocos desquiciado.

No es más que un galimatías ininteligible. Seis líneas de símbolos y letras —el símbolo de la libra y el et, letras mayúsculas y minúsculas, números y signos de puntuación— que no guardan parecido con ninguna palabra escrita en ningún idioma.

—¿Esto qué es, una especie de código encriptado que tenemos que descifrar?

—No —aclara Augie—. Está enmascarado. Nina hizo ininteligible el código malicioso para que no se pueda leer ni se pueda someter a ingeniería inversa. La cuestión era hacerlo ilegible.

—Pero vosotros lo habéis recreado, ¿no?

—Lo hemos hecho, en gran medida —comenta Augie—. Tiene usted a una gente fantástica en esta sala, pero no podemos estar seguros de haberlo recreado todo. Y sabemos que no recreamos el mecanismo del temporizador.

Resoplo, pongo los brazos en jarras y bajo la cabeza.

—Muy bien, entonces no podéis deshabilitarlo. O borrarlo. Lo que sea.

—Correcto —dice Casey—. Cuando intentamos deshabilitarlo o eliminarlo, se activa.

—Explícame ese «se activa». ¿Te refieres a que borra todos los datos?

—Sobrescribe todos los archivos que están activos —dice ella—. No se pueden reconstruir.

—¿Es igual que borrar un archivo y después volver a eliminarlo de la papelera de reciclaje, como cuando yo tenía mi Macintosh en los noventa?

Casey arruga la nariz.

—No. Borrarlo es diferente. Cuando se borra algo, se queda marcado como borrado. Está inactivo y se convierte en espacio no asignado que podría ser sustituido cuando la capacidad de almacenamiento alcanza...

—Casey, por lo que más quieras, ¿te importaría hablar en cristiano?

Se empuja las gruesas gafas para subírselas por el puente de la nariz.

—En realidad no tiene importancia, señor. Lo único que estaba diciendo es que, cuando el usuario borra un archivo, éste no desaparece de inmediato y para siempre. El ordenador lo marca como borrado para generar espacio en la memoria y desaparece de sus archivos activos, pero un experto podría reconstruirlo. Eso no es lo que está haciendo el virus. Este virus sobrescribe los datos. Y eso sí es permanente.

—Enséñamelo —vuelvo a decirle—. Enséñame el virus sobrescribiendo los datos.

—Muy bien. Hemos preparado una simulación por si acaso quería verlo usted. —Casey hace un par de cosas en el ordenador a tal velocidad que ni siquiera sé qué es lo que ha hecho—. Éste es un archivo activo escogido al azar en este portátil. ¿Lo

ve aquí? ¿Estas filas, las distintas propiedades del archivo?

En la pantalla inteligente se ha abierto un cuadro que muestra las propiedades de un archivo, una serie de filas horizontales, cada una ocupada por un número o una palabra.

—Ahora le voy a mostrar ese mismo archivo después de la sobrescritura.

De repente aparece una imagen distinta en la pantalla.

De nuevo, me había imaginado algo dramático, pero la experiencia visual real es sin duda un anticlímax.

—Es idéntico —digo—, salvo en las tres últimas filas, que han sido sustituidas con un cero.

—Ésa es la sobrescritura. El cero. Cuando desaparece, nunca se puede reconstruir.

Un montón de ceros. Un montón de ceros convertirán Estados Unidos en un país del tercer mundo.

—Enséñame el virus otra vez —le pido.

Lo vuelve a poner en la pantalla, la amalgama de números, símbolos y letras.

—De manera que esto revienta, ¿y todo se desvanece así, por las buenas? —Chasqueo los dedos.

—No tanto —dice Casey—. Algunos virus del tipo wiper actúan de ese modo. Éste va archivo a archivo. Es bastante rápido, pero es más lento que chasquear los dedos. Es igual que la diferencia que hay entre morir de un ataque fulminante al corazón y morir lentamente de un cáncer.

—¿Cuán lento es «lentamente»?

—Quizá, no lo sé, unos veinte minutos.

«Halla soluciones.»

—¿Y esa cosa tiene dentro un mecanismo con temporizador?

—Podría ser. No estamos seguros.

—Bien, ¿cuál es la otra posibilidad?

—Que esté esperando una orden para ejecutarse. Que los virus de cada dispositivo infectado se estén comunicando entre sí. Uno de ellos enviaría el comando para que se ejecutaran, y todos lo harían, simultáneamente.

Miro a Augie.

—¿Cuál de las dos es?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Lo siento. Nina no compartió eso conmigo.

—Bueno, ¿y no podemos jugar con el reloj? —pregunto—. ¿No podemos cambiar la hora del ordenador para que sea un año distinto? Si está programado para activarse hoy, ¿no podemos retrasar un siglo la hora y la fecha para que piense que tiene que esperar cien años antes de dispararse? Lo que quiero decir es: ¿cómo demonios sabe el virus qué día es hoy y en qué año estamos si le decimos otra cosa distinta?

Augie hace un gesto negativo con la cabeza.

—Nina no lo habría vinculado al reloj del ordenador —dice—. Es demasiado impreciso y demasiado fácil de manipular. O bien tiene un control maestro, o bien ella le dio una cantidad específica de tiempo. Nina habría partido de la fecha y la hora deseadas, habría hecho los cálculos en segundos y le habría dicho al virus que detonara dentro de esos tantos segundos.

—¿Hizo eso hace tres años?

—Sí, señor presidente. Habría sido una simple multiplicación. Serían millones de segundos, pero bueno, lo que fuese. No deja de ser una simple cuestión matemática.

Me desinflo.

—Si no podéis cambiar el temporizador —les pregunto—, ¿cómo conseguisteis que se activara el virus?

—Intentamos eliminarlo o deshabilitarlo —dice Devin—, y detonó. Tiene una función disparadora, como una bomba trampa, que reconoce la actividad hostil.

—Nina no esperaba que nadie lo detectase jamás —comenta Augie—. Y acertó. Nadie lo detectó. Pero instaló ese disparador por si acaso alguien lo encontraba.

—Muy bien —digo, paseándome por la sala—. Trabajad conmigo. Pensad en el panorama global. Un panorama global pero simple.

Todos asienten, concentrados, como si reajustasen su manera de pensar. Esta gente está acostumbrada a la sofisticación, a los rompecabezas, a competir en ingenio con otros expertos.

—¿Podemos... podemos poner el virus en cuarentena de alguna manera, meterlo en una caja donde no vea lo que hay fuera?

Augie ya está negando con la cabeza antes de que yo haya terminado la frase.

—Sobrescribiría todos los archivos activos, señor presidente. Ninguna «caja» cambiaría eso.

—Ya lo hemos probado, créame —dice Casey—. Muchas versiones distintas de esa idea. No podemos aislar el virus del resto de los archivos.

—¿Y no podemos... no podemos desconectar de internet todos los dispositivos, sin más?

Casey inclina la cabeza.

—Quizá. Es posible que sea un sistema distributivo, lo que significaría que los virus se comunican de un dispositivo a otro, como hemos dicho hace un momento, y que uno de ellos enviara un comando «ejecutar» a los demás virus. Es posible que Nina lo dispusiera de ese modo, y si lo hizo, entonces sí, si desconectamos todo de internet, ese comando «ejecutar» no llegaría y el virus wiper no se activaría.

—Muy bien. Entonces... —me inclino hacia delante.

—Señor, si lo desconectamos todo de internet... entonces lo desconectamos todo de internet. Si damos la orden de cortar la conexión a todos los proveedores de internet del país...

—Entonces se caería todo lo que depende de internet.

—Y estaríamos haciéndoles el trabajo.

—Y lo estaríamos haciendo sin saber siquiera si serviría para algo, señor —dice Devin—. Por lo que sabemos, cada virus tiene su propio temporizador interno, independiente de internet. Es posible que los virus individuales no se estén comunicando entre sí. Simplemente lo ignoramos.

—Muy bien. —Me froto las manos—. Sigamos avanzando. Sigamos pensando. ¿Y... qué le pasa al virus que lo borra todo cuando ha terminado de borrar?

Devin abre las manos.

—Cuando ha terminado, el ordenador queda inservible. Una vez se sobrescriben los archivos vitales para su funcionamiento, el ordenador queda inservible para siempre.

—Pero ¿qué le pasa al virus?

Casey se encoge de hombros.

—¿Qué le pasa a una célula cancerosa cuando muere el cuerpo anfitrión? —pregunta.

—¿Me estás diciendo, entonces, que el virus muere cuando muere el ordenador?

—Pues... —Casey mira a Devin y después a Augie—. *Todo* muere.

—Bien, ¿y si el ordenador quedara inservible pero reinstalásemos el sistema operativo y lo volviésemos a encender? ¿Seguiría el virus ahí, esperándonos? ¿O estaría muerto? ¿O dormido para siempre, por lo menos?

Devin se lo piensa durante un segundo.

—Daría lo mismo, señor. Los archivos que nos importan ya se habrán sobrescrito. Se habrían perdido para siempre.

—¿Podríamos...? Digo yo que no podríamos apagar sin más todos los ordenadores y esperar a que pasara el tiempo, ¿no?

—No, señor.

Retrocedo y los miro a los tres, a Casey, a Devin y a Augie.

—Volved al trabajo. Sed creativos. Ponedlo todo patas arriba. Encontrad. Una. Solución.

Salgo airado de la habitación, casi me doy de bruces con Alex, y me dirijo a la sala de comunicaciones.

Será mi última posibilidad. Mi clavo ardiendo.

Los seis de mi círculo aparecen ante mí en la pantalla del ordenador. Uno de estos seis individuos —Brendan Mohan, director de la NSA; Rodrigo Sanchez, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor; Dominick Dayton, secretario de Defensa; Erica Beatty, directora de la CIA; Sam Haber, secretario de Seguridad Nacional; y la vicepresidenta, Katherine Brandt—, uno de ellos...

—¿Un traidor? —dice Sam Haber, que rompe el silencio.

—Tiene que ser uno de vosotros.

No puedo negar cierto alivio después de haberlo soltado por fin. Durante los últimos cuatro días en que he sabido que alguien de dentro trabajaba para el enemigo, esto ha teñido cualquiera de mis relaciones con este grupo. Qué bien sienta revelarles por fin la verdad.

—Y en este punto estamos —les digo—. Seas quien seas, no sé por qué lo has hecho. Dinero, supongo, porque no soy capaz de creer que ninguno de vosotros, que habéis dedicado vuestra vida al servicio público, odie tanto a este país como para desear verlo en llamas.

»Quizá te hayas metido en algo que te supera. A lo mejor pensaste que se trataba de un pirateo normal y corriente, un robo de información sensible o algo así. No te diste cuenta de que ibas a desatar la jauría del infierno contra tu país. Y cuando te percataste, ya era muy tarde para echarte atrás. Eso podría creérmelo. Podría creer que no pretendías que las cosas se pusieran tan mal.

Lo que estoy diciendo debe de ser verdad. No me puedo creer que nuestro traidor de verdad quiera destruir nuestro país. Sea quien sea podría haberse expuesto de alguna manera a un chantaje, o podría haber sucumbido a un soborno de los de toda la vida, pero no me puedo creer que una de estas seis personas actúe en secreto de agente de un gobierno extranjero que quiere destruir Estados Unidos.

Pero incluso si me equivoco, quiero que el traidor piense que veo las cosas de este modo. Que estoy tratando de darle una salida.

—Pero nada de eso importa ya —continúo—. Lo que importa es detener el virus antes de que detone y cause estragos, así que voy a hacer algo que jamás pensé que haría.

No me puedo creer que vaya a hacer esto, pero no me queda otra opción.

—Seas quien seas, si das un paso al frente y me ayudas a detener el virus, te concederé el indulto por todos los delitos que has cometido.

Estudio los rostros de los seis mientras pronuncio estas palabras, pero las pantallas son demasiado pequeñas para distinguir ninguna reacción en particular.

—Seas quien seas, los otros cinco son testigos de lo que acabo de decir. Te perdonaré todos los delitos que hayas cometido si cooperas conmigo, si me ayudas a detener el virus y me dices quién está detrás de esto.

»Y clasificaré la información. Dimitirás de tu puesto y abandonarás de inmediato el país para no volver nunca. Nadie sabrá por qué te marchaste. Nadie sabrá lo que hiciste. Si recibiste dinero de nuestros enemigos, podrás quedártelo. Abandonarás este país y jamás se te volverá a permitir la entrada. Serás libre. Y eso es muchísimo más de lo que te mereces.

»Si no sales ahora, que lo sepas: no te vas a librar de ésta. No descansaré hasta que descubra quién es el responsable. Se te procesará y se te condenará por tantos delitos que no terminaría de enumerarlos. Y uno de ellos sería el de traición a los Estados Unidos de América. Se te sentenciaría a muerte.

Respiro hondo.

—Y eso es todo —digo—. Puedes escoger la libertad, y probablemente la riqueza, con total encubrimiento de lo que has hecho. O se te recordará como los espías Ethel o Julius Rosenberg, o como el Robert Hanssen de esta generación. Ésta es la decisión más fácil que tendrás que tomar en toda tu vida.

»La oferta finaliza dentro de treinta minutos o cuando se active el virus, lo que suceda antes —les advierto—. Piénsatelo bien.

Corto la conexión y salgo de la sala.

Estoy de pie en la cocina, observando el jardín trasero, el bosque. La intensidad de la luz desciende con rapidez. Debe de faltar como una hora para que anochezca y el sol se ha escondido detrás de los árboles. Al «sábado en Norteamérica» sólo le quedan cinco horas.

Y han pasado once minutos y treinta segundos desde que hice mi oferta a los seis del círculo.

Noya Baram se acerca. Me coge la mano y entrelaza sus dedos huesudos y delicados con los míos.

—Quería darle un aire nuevo a mi país —le digo—. Quería que estuviésemos más cerca. Quería que tuviéramos la sensación de que todos estamos juntos en esto, o, al menos, que nos moviésemos en esa dirección. Pensé que podría. De verdad pensé que podría hacerlo.

—Todavía puedes —dice.

—Tendré suerte si soy capaz de mantenernos con vida —confieso— y de evitar que nos matemos los unos a los otros por una barra de pan o un bidón de gasolina.

Nuestro país sobrevivirá a esto. Estoy convencido de ello. Pero cuánto retrocederemos... Sufriremos mucho por el camino.

—¿Qué es lo que no he hecho, Noya? —le pregunto—. ¿Qué es lo que no estoy haciendo y debería estar haciendo?

Deja escapar un profundo suspiro.

—¿Te estás preparando para movilizar a todas las fuerzas activas y de la reserva por si fuera necesario mantener el orden?

—Sí.

—¿Has protegido a los líderes de los otros dos poderes del Estado?

—Sí.

—¿Estás preparando medidas de emergencia para estabilizar los mercados?

—Ya están redactadas —digo—. A lo que me refiero, Noya, es a qué estoy dejando de hacer para impedir esto.

—Ah. ¿Qué es lo que haces cuando sabes que un enemigo viene a por ti y no puedes impedirlo? —Se vuelve hacia mí—. Son muchos los líderes mundiales a lo largo de la historia a los que les hubiera gustado conocer la respuesta a esa pregunta.

—Incluye mi nombre en esa lista.

Se da la vuelta y me mira.

—¿Qué hiciste en Irak cuando derribaron tu avión?

En realidad fue un helicóptero, un Black Hawk en una misión de búsqueda y rescate del piloto de un F-16 que había caído cerca de Basora. El tiempo que pasó entre que el misil tierra-aire iraquí nos destrozó la sección de cola y la caída en espiral del pájaro hasta el suelo no pudo ser de más de cinco o diez segundos.

Me encojo de hombros.

—Recé por mí y por mi equipo y me dije que no revelaría ninguna información.

Ésa es mi frase estándar. Sólo Rachel y Danny saben la verdad.

No sé cómo pero salí despedido del aparato en su rápido descenso. Hasta hoy, es todo un borrón de volteretas en un movimiento que me revuelve el estómago, el humo y el olor del combustible del helicóptero que me ahogaba. Entonces apareció la arena del desierto para absorber gran parte del duro golpe entre contorsiones, pero me dejó sin respiración de todas formas.

Arena en los ojos, arena en la boca. No me podía mover. No veía nada. Pero sí oía. Podía oír los animados gritos de la Guardia Republicana, que se aproximaban dándose voces los unos a los otros en su idioma, unas voces que oía cada vez más cerca.

No veía mi fusil por ninguna parte. Intenté mover el brazo derecho. Intenté rodar por el suelo. Tenía mi arma corta metida debajo del cuerpo.

No me podía mover en absoluto. Tenía destrozada la clavícula, el hombro dislocado de mala manera, el brazo como si fuera el apéndice roto de un muñeco de juguete bajo el peso de mi cuerpo.

Así que lo siguiente que podía hacer —lo único que podía hacer, tan indefenso como estaba— era quedarme tirado absolutamente quieto y esperar que, cuando los iraquíes llegaran a reclamar su presa, creyesen que ya estaba...

Espera.

Agarro a Noya del brazo. Se sobresalta, sorprendida.

Sin decirle una palabra más, echo a correr escaleras abajo hacia la sala de guerra. Casey casi se cae de la silla cuando me ve, cuando ve la expresión de mi cara.

—¿Qué? —me pregunta.

—No podemos cargarnos esa cosa —le digo—. Y tampoco podemos arreglar sus daños después.

—Correcto...

—¿Y si le engañamos? —pregunto.

—Engañarle...

—Has dicho que cuando borras un archivo, se vuelve inactivo, ¿verdad?

—Sí.

—Y que el virus sólo sobrescribe los archivos activos, ¿no? Eso es lo que has dicho.

—Sí. ¿Y...?

—¿Y? —Me acerco a Casey corriendo y la cojo por los hombros—. ¿Y si nos hacemos los muertos? —le digo.

—Nos hacemos los muertos —dice Casey repitiendo mis palabras—. ¿Destruimos los datos antes de que el virus pueda destruirlos?

—A ver... Me guío por lo que tú me has contado —le explico—. Has dicho que cuando se borra un archivo, en realidad no se borra. Sólo se queda *marcado* como borrado. No desaparece para siempre, sino que está inactivo.

Asiente.

—Y has dicho que el virus sólo sobrescribe los archivos *activos* —prosigo—. De modo que no sobrescribirá los archivos inactivos, los que tienen la marca de borrados.

Augie, que ahora está de pie cerca de la pantalla inteligente, me hace un gesto de advertencia meneando el dedo.

—Está sugiriendo que borremos todos los archivos activos del ordenador.

—Sí —digo—. Cuando llegue la hora de que se active el virus, abrirá los ojos y no verá ningún archivo activo que eliminar. Es como..., a ver, mirad: es como si el virus fuera un asesino cuyo trabajo consiste en entrar en una habitación y matar a todos los que hay dentro, pero cuando entra, todos están muertos ya. O eso piensa él. Así que nunca llega a desenfundar su arma. Simplemente se da media vuelta y se va, porque alguien ya ha hecho el trabajo por él.

—Entonces marcamos como borrados todos los archivos activos —dice Casey—. A continuación, el virus se activa, pero no hace nada, porque no ve ningún archivo activo que sobrescribir.

Mira a Devin, que parece escéptico.

—¿Y después qué? —pregunta él—. En algún momento tendremos que recuperar esos archivos, ¿no? Quiero decir que la cuestión se reduce a eso, a salvar esos archivos, a salvar los datos. Entonces, cuando los recuperemos, cuando los desmarquemos y los volvamos a activar, el virus los sobrescribirá en ese momento. Sucederá más tarde en vez de suceder antes, pero seguirá sucediendo. Nos limitamos a retrasar lo inevitable.

Miro a todos los que están en la sala; me niego a dejar esto. Tengo una fracción infinitesimal de sus conocimientos, pero cuanto más me relaciono con ellos, más convencido estoy de que eso podría ser una ventaja. Están demasiado metidos entre los árboles para poder ver el bosque.

—¿Estás seguro? —digo—. Después de que el virus hace su trabajo, ¿estamos seguros de que no se vuelve a dormir, o se muere, o lo que sea? Ya os he preguntado eso antes y me habéis respondido preguntándome qué le pasa a una célula cancerosa

después de que se muera el cuerpo anfitrión. Pues utilizad mi analogía. El asesino entra en la habitación listo para matar a todo el mundo y se los encuentra a todos muertos. ¿Se marcha pensando que el trabajo ya está hecho, o se queda esperando en la habitación para siempre por si acaso alguien se despierta?

Casey, que se lo está pensando a fondo, comienza a asentir.

—Tiene razón —le dice a Devin—. No lo sabemos. En todos los modelos que hemos ejecutado, el virus ha sobrescrito los archivos operativos vitales y se ha cargado el ordenador. Nunca nos hemos preguntado qué sucede con el virus después. Nunca hemos ejecutado un modelo en el que el ordenador *sobrevive*. No podemos decir con certeza que el virus permanecería activo.

—Pero ¿por qué no iba a permanecer activo? —pregunta Devin—. No me cabe en la cabeza que Nina hubiese programado el virus Sulimán para que se detuviese en algún momento. ¿Lo habría hecho?

Todas las miradas se dirigen a Augie, que tiene las manos en los bolsillos y los ojos entornados en un gesto de concentración, con la mirada perdida en algún punto del presente o del pasado. Prácticamente oigo el tictac del reloj. Me dan ganas de agarrarlo y sacudirlo, pero lo está asimilando. Cuando abre la boca, es como si todos los presentes se inclinasen hacia él.

—Creo que su plan es posible —comenta—. Desde luego merece la pena probarlo.

Miro mi reloj. Han pasado dieciocho minutos desde que hice mi oferta de indulto. Nadie ha intentado ponerse en contacto conmigo.

¿Por qué no? Es el trato de su vida.

—Vamos a realizar la prueba ahora —sugiere Casey.

Devin cruza los brazos, no parece convencido.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Esto no va a funcionar —dice—. Y estamos desperdiciando un tiempo que no tenemos.

Un grupo de expertos informáticos despeinados, desaliñados y reventados observa la pantalla inteligente mientras Devin completa los preparativos.

—Muy bien —dice sin apartarse del teclado de uno de los ordenadores—. Hemos marcado como borrados todos los archivos de este ordenador. Incluso los archivos fundamentales del sistema.

—¿Podemos borrar esos archivos y aun así utilizar el ordenador?

—Normalmente no —aclara—, pero lo que hemos hecho es...

—Olvidalo. Me da igual —le digo—. Bien... Hagámoslo. Activemos el virus.

—Voy a borrar el virus, lo cual debería activarlo.

Me doy la vuelta hacia la pantalla inteligente mientras Devin lleva a cabo una de las pocas cosas que podría hacer hasta un dinosaurio como yo: clica en el archivo Sulimán.exe y pulsa la tecla Suprimir.

No sucede nada.

—Vale, se ha resistido a mi borrado —comenta Devin—. Ha iniciado el proceso de activación.

—Devin...

—El virus está activo, señor presidente —traduce Casey—. El asesino ha entrado en la habitación.

En la pantalla aparece una serie de archivos, igual que esos archivos aleatorios que me ha mostrado antes, una serie de cuadros con las propiedades en hileras descendentes para cada archivo.

—No los está sobrescribiendo —dice Casey.

El asesino no ha encontrado a nadie a quien matar. Todo bien de momento.

Me vuelvo hacia Casey.

—Has dicho que tardaría unos veinte minutos en buscar todos los archivos, así que tenemos veinte...

—No —me indica ella—. He dicho que tardaría veinte minutos en sobrescribirlos todos, uno por uno. Pero los encuentra mucho más rápido. Lo que...

—Mire. —Devin teclea y aparece una imagen del virus Sulimán.

Completando escaneo...

62 %



Tiene razón, avanza mucho más rápido.
Setenta por ciento... Ochenta por ciento...
Cierro los ojos, los abro, observo en la pantalla inteligente:

Escaneo completado
Número de archivos localizados: 0



—¡Perfecto! —exclama Devin—. Así que no ha sobrescrito nada. Ni un solo archivo afectado.

—Veamos ahora si el asesino se marcha una vez cumplida la misión —digo.

Augie, que ha permanecido en silencio en un rincón, dando golpecitos con el pie y con la mano en la barbilla, interviene:

—Ahora deberíamos eliminar el virus, otra vez, después de que ya ha ejecutado su función. Es posible que no se resista.

—O podría reactivarse —comenta Devin—. Volver a despertarse —me dice a mí.

—Si eso sucede —reconoce Augie—, entonces volveremos a ejecutar la prueba pero sin eliminarlo.

De repente empiezo a comprender por qué cada movimiento que hacen tiene sus consecuencias, por qué cada táctica que han empleado está sometida a múltiples repeticiones: por qué ha sido necesario contar con tantos ordenadores, por qué tantas pruebas.

—Primero deberíamos hacerlo a mi manera —dice Devin—. Es más probable que el virus coexista con el...

Estalla una discusión en la sala, en múltiples idiomas. Todo el mundo opina. Levanto la mano y grito por encima del jaleo.

—¡Eh! ¡Eh! Hacedlo como dice Augie —exclamo—. Borrad otra vez el virus, a ver qué pasa. —Hago un gesto de asentimiento hacia Devin—. Hazlo.

—Muy bien —responde.

En la pantalla inteligente, veo a Devin mover el cursor sobre el único archivo activo que hay en el ordenador, el virus Sulimán.exe. Entonces pulsa la tecla Suprimir.

El icono desaparece.

Una exhalación colectiva escapa de la sala cuando los mejores expertos del mundo en el campo de las ciberoperaciones lanzan un grito ahogado de asombro ante la pantalla vacía.

—¡Por todos los demonios! —suelta Casey—. ¿Sabe cuántas veces hemos intentado borrar la maldita cosa esa?

—¿Unas quinientas?

—Ésta es, literalmente, la primera vez que ha sucedido.

—¿Ha muerto la bruja malvada? —comenta Devin. Teclea con furia y la pantalla cambia tan rápido que no puedo ni mirarla—. ¡La bruja malvada ha muerto!

Contengo mi entusiasmo. Reprimo una oleada de alivio. No hemos terminado aún.

—Recuperemos el resto de los archivos —dice Casey—. Vamos a ver si de verdad el asesino se ha marchado de la habitación.

—Muy bien; recuperando los archivos marcados como borrados —interviene Devin con un tecleo que parece el picoteo de algún animalillo mientras trabaja a un ritmo febril para recuperar los archivos—. Excepto el virus, por supuesto.

Me doy la vuelta, incapaz de mirar. La sala está en silencio.

Le echo un vistazo al móvil para comprobar la hora. Han pasado veintiocho minutos desde que hice la oferta del indulto. No ha llamado nadie. No lo entiendo. No esperaba que nadie lo confesara de inmediato, por supuesto. Desde luego, sería un gran momento, reconocer algo como esto, algo tan monumental, el momento más grande en la vida de una persona. Quien fuese necesitaría unos minutos para considerarlo.

Pero por supuesto que lo consideraría: la enorme posibilidad de que te cojan en un acto de traición contra Estados Unidos y las horribles consecuencias que acarrearía. La cárcel, la deshonra, la ruina de su familia. Y aquí estoy yo, ofreciendo un salvoconducto, el mayor salvoconducto que podría ofrecer: no sólo evitar la cárcel o la pena de muerte, sino evitar también la infamia. He prometido mantener esto clasificado. Nadie sabrá jamás lo que hizo el traidor. Y si le han pagado, lo cual podemos suponer que ha sucedido, también se puede quedar con el dinero.

Sin cárcel, sin deshonra, sin confiscaciones..., ¿por qué rechazaría alguien tal oferta? ¿Es que nadie me cree?

—Señor presidente —dice Devin.

Me vuelvo hacia él. Hace un gesto con la barbilla para señalar la pantalla. Surgen un montón de archivos, los listados de sus propiedades en esas hileras descendentes.

—No hay ceros —digo.

—No hay ceros —advierte Devin—. Hemos recuperado y activado los archivos, ¡y el virus no los está tocando!

—¡Sí! —Casey lanza un puño cerrado al aire—. ¡Hemos engañado al puñetero virus!

Se abrazan, chocan las manos y liberan horas de frustración.

—¿Lo veis? Ya sabía yo que esto era una buena idea —bromea Devin.

Y me zumba el teléfono en la mano.

—¡Preparaos para hacerlo de verdad! —le grito a Devin, a Casey, a todos ellos—. Conectaos con el servidor del Pentágono.

—¡Sí, señor!

—¿Cuánto tardaréis, chicos? ¿Minutos?

—Unos minutos —confirma Casey—. Quizá veinte, ¿treinta? Nos llevará un tiempo...

—Rápido. Si no estoy aquí cuando estéis listos, buscadme.

Entonces salgo de la sala para coger el teléfono.

Han pasado veintinueve minutos desde que ofrecí el indulto. Quien sea ha utilizado hasta el último segundo de la media hora.

Saco el móvil del bolsillo y miro la pantalla, el nombre de quien llama.

Liz FBI, leo.

En el pasillo ante la puerta de la sala de guerra, respondo la llamada de alguien a quien ya había descartado...

—¿Señor presidente?

—Directora Greenfield —digo.

—Acabamos de desbloquear el segundo móvil de Nina, el que encontramos en la parte de atrás de la furgoneta.

—Eso es genial, ¿no?

—Esperemos que sí. Lo estamos volcando todo ahora mismo. No tardaremos en tenerlo listo para usted.

¿Por qué tendría Nina dos móviles? Ni idea.

—Tiene que haber algo bueno en ese móvil, Liz.

—Es posible, señor, sin duda.

—Tiene que haberlo —le comento mirando mi reloj.

Han pasado ya treinta y un minutos. Mi oferta de indulto ha expirado sin que nadie diga una palabra.

En lo alto del pino, Bach escucha y espera con la mira telescópica del rifle apuntando a la parte de atrás de la casa, entre las ramas.

«¿Dónde está? —se pregunta—. ¿Dónde está el helicóptero?»

Había perdido su oportunidad. Era ese hombre, ahora está segura... El joven escuálido y despeinado que entró en la cabaña detrás del presidente. De haber tenido unos pocos segundos más para confirmarlo, ahora el hombre estaría muerto y ella en un avión.

Sin embargo, según las palabras de Ranko en aquel verano, durante los tres meses en que la instruyó: «Un disparo fallido es mucho peor que no disparar».

La precaución era la mejor jugada. Podría haber vuelto a salir en el transcurso de las últimas horas y haberle dado otra oportunidad. El hecho de que no lo hiciera, de que no haya vuelto a salir de la cabaña, no convierte su decisión de entonces en algo ilógico, ni siquiera erróneo.

Suena leve en sus auriculares la Gavota en re mayor interpretada por Wilhelm Friedemann Herzog hace unos doce años, un tutorial para los alumnos del método Suzuki. No es, ni mucho menos, su preferida de la obra de Johann Sebastian: a decir verdad, nunca le había prestado una especial atención a esa pieza, y preferiría escucharla interpretada por un conjunto completo en vez de en un solo de violín.

Pero no puede desprenderse de ella. Recuerda cuando la tocaba con el violín de su madre, al principio tan entrecortada y torpe, para con el tiempo ir madurando y pasar de una serie de notas aisladas a algo elegante, en movimiento. Su madre encima de ella, dándole instrucciones sutiles, corrigiendo cada ataque. «¡La distribución del arco!... Ahora, ¡volumen!... El primero es fuerte: fuerte, suave, suave... Hazlo otra vez... Equilibra el arco, *draga*... Los dedos más despacio, pero no el arco; ¡el arco no! Mira, *draga*, deja que te lo enseñe.»

Su madre, que cogía el violín y tocaba la gavota de memoria con aquella confianza y pasión que tenía, que se perdía en la música y se aislaba de las bombas y del fuego de artillería en el exterior, protegía la casa con el delicado hechizo de la música.

Su hermano, muchísimo más talentoso con el violín, no sólo porque es dos años mayor, porque tiene dos años más de formación, sino porque la interpretaba de tal manera, sin esfuerzo, que parecía que el violín era una extensión de su ser y no un instrumento musical independiente, como si generar una música tan bella fuese algo tan natural como hablar o respirar.

Para él, un violín. Para ella, un rifle.

Sí, un rifle. Una última vez.
Mira el reloj. Es la hora. Pasa de la hora.
¿Por qué no ha ocurrido nada?
¿Dónde está el helicóptero?

—No puedo estar más agradecido —le digo al canciller Richter.

—Bueno, yo estoy de lo más decepcionado por nuestro fracaso en Berlín.

—No ha sido un fracaso suyo. Él ya sabía que iban a por él. —A continuación utilizo su nombre de pila, algo muy raro con el canciller, un hombre de tanta formalidad, y añado—: Juergen, su influencia en la OTAN será crítica, si es que llegamos a eso.

—Sí. —Asiente con la cabeza en un gesto grave.

Sabe que ése es el principal motivo de que lo haya traído aquí, para mirarlo directamente a los ojos y asegurarme de que nuestros socios de la OTAN estarán con Estados Unidos en caso de que sea necesario un conflicto militar. El artículo 5 y el propio acuerdo de la OTAN se verán puestos a prueba como nunca en caso de que los roles tradicionales se inviertan y sea la mayor superpotencia mundial la que necesite ayuda en lo que fácilmente se podría convertir en la Tercera Guerra Mundial.

—Noya. —Le doy un abrazo prolongado y disfruto de lo reconfortante que es su calidez.

—Podría quedarme, Jonny. —Me susurra al oído.

Me aparto.

—No. Ya son más de las siete. Ya te he retenido más de lo que pensaba. Si esto... sucede... Si lo peor... No quiero ser responsable de tu seguridad. Y tú querrás estar de vuelta en casa de todas formas.

No me lo discute. Sabe que tengo razón. Si este virus se activa y hace lo peor que nos tememos, las repercusiones se notarán en todo el mundo. Estos líderes querrán estar en sus países cuando eso suceda.

—Mis expertos podrían quedarse —me ofrece.

Niego con la cabeza.

—Ya han hecho todo lo que podían. Mi gente está trabajando ahora con el servidor del Pentágono, y tenemos que mantener esa tarea de forma interna, como te podrás imaginar.

—Por supuesto.

Me encojo de hombros.

—Además, Noya, esto se ha acabado. Es nuestra última oportunidad de detener el virus.

Me coge la mano y entrelaza las suyas, unas manos delicadas y arrugadas, con las mías.

—Israel no tiene un amigo mejor —me dice—. Y yo tampoco.

La decisión más acertada que he tomado hoy ha sido la de traer a Noya. Sin mis asesores aquí conmigo, siento que su presencia y su orientación me reconfortan de manera indescriptible. Pero al final no hay asistentes ni consejos, por numerosos que sean, que puedan cambiar el hecho de que todo esto acaba reduciéndose a mí. Esto está sucediendo mientras yo estoy al mando. Es mi responsabilidad.

—Señor primer ministro —le digo a Iván Volkóv mientras le estrecho la mano.

—Señor presidente, confío en que nuestros expertos hayan sido de ayuda.

—Sí, lo han sido. Por favor, transmítale mi gratitud al presidente Chernokev.

Por lo que mi gente me puede decir, los expertos en tecnología rusos han sido de fiar. Al menos, Casey y Devin no han visto señales de que trataran de sabotear el proceso, aunque eso no significa que no hayan podido guardarse algo. No hay manera de saberlo.

—Mis expertos me dicen que su plan para detener el virus podría tener éxito —dice Volkóv—. Tenemos todas nuestras esperanzas puestas en que así sea.

Espero a ver el rastro de una sonrisita, un dejo irónico en el pétreo rostro de este hombre de sangre fría.

—Todo el mundo debería tener sus esperanzas puestas en ello —le comento—, porque, si el virus nos daña a nosotros, dañará *a todos*. No obstante, los más preocupados deberían ser los responsables de esto, señor primer ministro, porque Estados Unidos tomará represalias contra cualquiera que sea el responsable, y nuestros aliados de la OTAN me han asegurado que estarán de nuestro lado.

Asiente con el ceño fruncido y una cara de profunda preocupación.

—En los próximos días —explica—, los líderes tendrán que tomar decisiones de manera meditada y cautelosa.

—En los próximos días —añado—, averiguaremos quiénes son los amigos de Estados Unidos y quiénes son sus enemigos. Y nadie querrá estar entre los enemigos.

Dicho eso, Volkóv se marcha.

Los tres líderes, sus asistentes y sus expertos informáticos descienden por las escaleras de atrás.

Un helicóptero de los Marines aterriza en el helipuerto del jardín trasero y se prepara para llevárselos rápidamente.

«Allá vamos.»

Desde su atalaya en el pino blanco, Bach observa el jardín trasero a través de la mira telescópica.

«Respira. Relájate. Apunta. Dispara.»

El helicóptero militar se posa en la plataforma con el sistema de anulación de ruido que reduce el rugir de la rotación de las palas a un leve suspiro.

Se abre la puerta de la cabaña. Bach se prepara.

Los líderes salen, las luces del porche los iluminan.

Bach va marcando a cada uno de ellos conforme salen y ve la oportunidad de un disparo limpio a la cabeza.

La primera ministra israelí.

El canciller alemán.

El primer ministro ruso.

Salen otros, además. Estudia sus facciones. Un segundo, eso es todo cuanto le hará falta para saber que está preparada...

«Respira. Relájate. Apunta. Dispara.»

Un hombre de cabello oscuro...

... el dedo acaricia el gatillo...

Negativo.

La adrenalina le corre por el cuerpo. Con esto ya está, y habrá terminado para siempre...

Hombre de pelo largo...

No. No es su objetivo.

La puerta de la cabaña permanece abierta.

Y se cierra.

—*Jebi ga*—maldice para sí.

No ha llegado a salir. Sigue dentro.

El helicóptero se eleva. Bach nota las ráfagas de aire cuando el aparato se alza y se aleja inclinado para desaparecer veloz en un relativo silencio.

El hombre no ha salido de la cabaña. No ha venido a ellos.

Así que ellos tendrán que ir a por él.

Deja el rifle y levanta los prismáticos. El servicio secreto norteamericano permanece en el césped y cubre también el porche trasero. Han colocado bengalas por el perímetro del jardín para aumentar la iluminación en la oscuridad.

Lo que sucede a continuación será mucho más arriesgado.

—Equipo 1 en posición —oye en su auricular.
—Equipo 2 en posición.
Y mucho más sangriento.

—Rápido —les digo a Casey y a Devin en el sótano mientras Devin, conectado a los sistemas del Pentágono, trabaja para marcar todos sus archivos como borrados.

Y conforme lo digo me percato de que lo hace tan rápido como puede y que ponerme a darle la lata no va a mejorar las cosas.

Me vibra el móvil.

—Liz —pronuncio al cogerlo.

—Señor presidente, hemos volcado el contenido del segundo teléfono de Nina. Tiene que verlo de inmediato.

—Muy bien. ¿Cómo?

—Se lo enviaré directo a su teléfono, ahora mismo.

—¿Todo? ¿Qué estoy buscando?

—Sólo había utilizado ese teléfono para una cosa —comenta Liz—. Una sola cosa. Es un móvil de prepago que empleaba para cruzar mensajes de texto con otro móvil de prepago. Nina estaba en contacto con nuestro topo, señor presidente. Cruzaba mensajes de texto con nuestro... nuestro traidor.

Se me hiel a la sangre. Siempre hubo una pequeña parte de mí que deseaba creer que no había ningún traidor, que Nina y Augie se habían enterado de las palabras en clave «Edad Media» de algún otro modo, que ninguno de los míos era capaz de hacer esto.

—Liz, dime quién es —le ruego con voz temblorosa—. ¿Quién ha sido?

—No hay nombres, señor. Se lo acabo de enviar.

—Lo leo y te vuelvo a llamar.

Corto la llamada.

—¡Devin, Casey! —los reclamo a voces—. Voy a la sala de comunicaciones. En cuanto estéis listos, avisadme.

—Sí, señor.

Un instante después suena un bip en mi móvil, un mensaje de Liz. Hay un documento adjunto, que abro conforme entro en la sala de comunicaciones con Alex a mi espalda.

El documento muestra una transcripción; los participantes en la comunicación vienen designados como «Nina» o como «D», de «Desconocido» —yo prefiero «traidor», «Judas» o «Benedict Arnold»—, y la transcripción viene dividida por fecha y hora.

El primer mensaje de texto procede del desconocido, el 4 de mayo. Eso fue un viernes. Fue el día después de que yo regresara de mi viaje por Europa, el día después de que saltara la noticia de que Estados Unidos había frustrado un intento de asesinato contra Sulimán Cindoruk y que la madre de un agente secreto muerto de la CIA estaba exigiendo respuestas.

Miro el primer conjunto de mensajes del 4 de mayo y me fijo en la localización del desconocido.

1600 de Pennsylvania Avenue

Los mensajes de texto proceden de la Casa Blanca. Quien sea se estaba comunicando desde dentro del edificio de la Casa Blanca. Es... incomprensible. Dejo eso a un lado y comienzo a leer:

Viernes 4 de mayo

D: 1600 de Pennsylvania Avenue



Nina: Localización desconocida

** Todas las horas según el horario oficial de la Costa Este **

D (7.52 h): He leído tu nota, obviamente. ¿Quién eres, y cómo sé yo que esto va en serio?

Nina (7.58 h): Sabes q hablo n serio. Cómo si no iba a saber el momento exacto, al segundo, n q apareció el virus n vuestro servidor del Pentágono?

Nina (8.29 h): No respondes? Nada q decir?


Nina (9.02 h): No m crees? Vale. Pues quédate mirando cómo tu país arde n  n vez de ser un héroe. S lo puedes explicar al presidente, q lo podías haber impedido pero no lo hiciste. De héroe a  expiatorio, q pena!!

Nina (9.43 h): X q iba a mentir n esto? Q tienes q perder? X q m ignoras??

Vuelvo a pensar en el día y la hora. Esa mañana teníamos una reunión del equipo de Seguridad Nacional. Mi círculo más próximo, todos en la Casa Blanca.

Fuera quien fuese, estaba enviando mensajes desde esa reunión.

Sigo leyendo. Nina continúa presionando al desconocido.

Nina (9.54 h): Supongo q no quieres ser un héroe, sólo meter la cabeza bajo tierra y hacer como si yo no existiese??? 

Nina (9.59 h): 

Nina (10.09 h): A ver si m crees después d lo d Toronto

Toronto. Cierto. Ese viernes fue el día en que el metro de Toronto se detuvo de golpe, la red entera, por un virus informático que dimos por sentado que era obra de los Hijos de la Yihad. Sucedió en plena hora punta. Nina estaba escribiendo mensajes

sobre eso aquella misma mañana, antes de que sucediera. Igual que me contó a mí lo del accidente del helicóptero en Dubái antes de que se produjese.

De manera que eso explica al menos cómo se produjo esto. Me he estado preguntando cómo empezó todo, cómo siquiera llegaron a ponerse en contacto una ciberterrorista y uno de los miembros de mi equipo de Seguridad Nacional. Fue *Nina* quien empezó la conversación. No sé cómo, pero le hizo llegar una nota al Judas de nuestro círculo más reducido.

Ahora bien, sea quien sea el topo, ¿por qué no me lo contó a mí de inmediato, sin más? En el momento en que recibió esa nota, ¿por qué no contármelo? ¿Por qué mantenerlo en secreto?

Qué diferente podría haber sido todo esto si el topo hubiera acudido a mí en ese instante.

Avanzo hacia abajo en la pantalla. Ya no hay más del 4 de mayo.

La siguiente comunicación es del día siguiente, el sábado 5 de mayo por la mañana. De nuevo, el desconocido escribe desde la Casa Blanca.

Qué listo, me doy cuenta. El traidor vio que se podría seguir el rastro de su localización hasta la dirección y el número de la calle, el 1600 de Pennsylvania Avenue, y se aseguró de estar en presencia de otros altos funcionarios de seguridad en ese momento. Escondido dentro del círculo más íntimo. Precavido. Muy listo.

Leo:

Sábado 5 de mayo

D: 1600 de Pennsylvania Avenue

Nina: Localización desconocida

** Todas las horas según el horario oficial de la Costa Este **

D (10.40 h): Así que vas en serio. ¿Es eso lo que les vas a hacer a nuestros sistemas militares, lo que le hiciste al metro de Toronto anoche?

Nina (10.58 h): Un millón d veces peor. Ahora m haces caso!!

D (10.59 h): Sí, ahora te creo. ¿Puedes parar el virus?

Nina (11.01 h): Sí, t puedo decir cómo pararlo

D (11.02 h): Decírmelo no ayudaría. No sé lo suficiente de ordenadores.

Nina (11.05 h): No tienes q saber nada. Yo t diré lo q necesitas. Fácil fácil

D (11.24 h): Entonces entrégate. Acude a la embajada estadounidense más cercana.

Nina (11.25 h): E ir de cabeza a Guantánamo? No gracias!!!

D (11.28 h): Entonces dime cómo detener el virus.

Nina (11.31 h): Q renuncie a mi posición d fuerza?? Ése es el único motivo por el que me indultaríais. Si voy y os digo yo primero cómo parar el virus, cómo sé q mantendréis vuestra parte del trato?? No, lo siento, es lo único q no voy a hacer. Nunca

D (11.34 h): Entonces no te puedo ayudar. Tendrás que hacerlo por tus propios medios.

Nina (11.36 h): X q no m puedes ayudar?????

D (11.49 h): Porque ahora estoy en un lío. Ayer me contaste lo de Toronto, antes de que sucediera, y no dije nada ni se lo conté a nadie.

Nina (11.51 h): X q no se lo contaste a nadie??

D (11.55 h): No te creí. Y ¿has leído los periódicos? Están crucificando al presidente sólo por llamar a Sulimán. Y aquí estoy yo, cruzando mensajes con alguien que trabaja con él. He cometido un error, pero ya no puedo hacer nada al respecto.

Pero ahora te creo. Déjame que resuelva esto, ¿ok? Espera a tener noticias mías, ¿ok? ¿Tenemos tiempo para eso? ¿Cuándo atacará el virus?

Nina (11.57 h): Dentro de una semana. Te doy hasta mañana. No más

Ahí termina la conversación del sábado 5 de mayo. Se me aceleran las ideas tratando de hallarle el sentido a todo esto. Así que no se trataba de una traición planificada durante mucho tiempo... No era un chantaje. No era por dinero. ¿Un error de juicio sin más? ¿Una mala decisión detrás de otra, y de repente estamos metidos en este lío? El siguiente mensaje procede de nuestro Judas, de nuevo desde la Casa Blanca, a la mañana siguiente, el domingo 6 de mayo:

D (7.04 h): Tengo una idea de cómo podemos hacer esto dejándome a mí al margen. ¿Te queda muy lejos París?

Una furgoneta blanca con el logotipo de Muelles y Embarcaciones Lee sale de una carretera secundaria en un condado de Virginia y toma un camino de tierra. Más adelante hay una barrera con un letrero que dice: PROPIEDAD PRIVADA. NO PASAR. Detrás, dos todoterrenos de color negro están aparcados en sentido perpendicular al camino.

El conductor de la furgoneta, que responde al nombre de Lojzik, detiene el vehículo y mira por el retrovisor a los ocho hombres de la parte de atrás, todos vestidos con protecciones de combate. Cuatro de ellos van armados con fusiles AK-47. Los otros cuatro manejan armas de asalto, misiles portátiles.

—Si me quito la gorra —les dice para recordarles la señal.

Lojzik se baja de la furgoneta. Lleva una gorra con la visera deshilachada, una camisa de franela y los vaqueros rotos, la típica pinta de un pescador del lago. Se acerca a los coches de la barricada y levanta una mano como si fuera a preguntar algo.

—¿Hola? —saluda—. Eh, tíos, ¿sabéis cómo puedo llegar a la carretera comarcal 20?

No hay respuesta. Los vehículos tienen las ventanillas tintadas, de modo que no puede ver el interior.

—¿Hay alguien ahí? —pregunta.

Pregunta de nuevo. Y vuelve a preguntar. Lo que pensaban: no hay nadie en esos coches. El servicio secreto se ha dispersado en exceso, en especial ahora, con los efectivos de seguridad que se marchan en un helicóptero de los Marines.

Así que Lojzik no se quita la gorra y los artilleros no salen en tromba para disparar sus misiles al convoy.

Bien. Los necesitarán para la cabaña.

Lojzik regresa al vehículo y hace un gesto con la barbilla a los hombres.

—Parece que está despejado hasta la cabaña —dice—. Esperad.

Mete marcha atrás y retrocede hasta el final del camino de tierra. Entonces frena, mete primera, pisa el acelerador a fondo y lanza la furgoneta a toda velocidad hacia la barricada.

Momentos después, una lancha motora se dirige despacio, a la deriva, hacia la pequeña bahía donde unos agentes del servicio secreto están sentados en una embarcación bien iluminada al anochecer. A diferencia de la furgoneta del equipo 1,

que entra por el norte, en la lancha sólo hay cuatro hombres, ya que las posibilidades de ocultarse son mucho menores.

Dos de ellos van de pie en la proa de la lancha. A sus pies, en la cubierta, van los otros dos, tumbados boca abajo, y cuatro fusiles de asalto AK-74 provistos de lanzagranadas bajo el cañón.

—¡Detengan la embarcación! —grita el agente del servicio secreto por un megáfono—. ¡Están en aguas restringidas!

El líder, un hombre llamado Hamid, ahueca las manos, se las lleva a la boca y grita a los agentes:

—¿Pueden remolcarnos hasta la orilla? ¡Nos hemos quedado sin motor!

—¡Den la vuelta a la embarcación!

Hamid se abre de brazos.

—No puedo. Nos hemos quedado sin motor.

El hombre que está de pie al lado de Hamid les dice a los hombres que tiene a sus pies, con la cabeza muy ligeramente inclinada hacia abajo:

—A mi orden.

—¡Entonces echen el ancla y pediremos ayuda!

—¿Quiere que...?

—¡No sigan avanzando! ¡Echen el ancla de inmediato!

Los agentes se mueven rápido, se dirigen uno a cada costado del barco y otro a proa, de un tirón apartan unas lonas y aparecen unas ametralladoras montadas en soportes.

—¡Ahora! —susurra Hamid, que baja el brazo para hacerse con una de las armas.

Los hombres ocultos se ponen en pie de un salto con sus AK-74, los lanzagranadas, y abren fuego contra el servicio secreto.

En la sala de comunicaciones, leyendo los mensajes de texto entre Nina y nuestro Benedict Arnold del domingo 6 de mayo, entiendo por fin cómo se vio implicada Lilly. Fue la manera que tuvo nuestro topo de proporcionarle a Nina un acceso directo a mí, sin pasar por nadie más, así evitaba dejar huellas en todo esto. La respuesta de Nina:

Nina (7.23 h): Quieres q s lo diga a la hija del presidente?

D (7.28 h): Sí. Si le das a ella la información, se la entregará directamente a su padre. Y el presidente tratará directamente contigo.

Nina (7.34 h): Crees q el presidente hará el trato conmigo?

D (7.35 h): Por supuesto que lo hará. ¿El indulto de tu gobierno a cambio de salvar a nuestro país? ¡Por supuesto que lo hará! Pero tendrás que ir a verle. ¿Puedes hacer eso? ¿Puedes entrar en EE.UU.?

Nina (7.38 h): Tengo q verle n persona?

D (7.41 h): Sí. No aceptará tu palabra por teléfono en algo como esto.

Nina (7.45 h): No sé. Y cómo sé q no m va a meter en un barco a Guantánamo y m va a torturar?

D (7.48 h): No lo hará. Confía en mí.

La verdad es que no sé qué habría estado dispuesto a hacer con tal de detener el virus. Habría interrogado a Nina si hubiera creído que eso me proporcionaría respuestas.

Pero nunca llegamos tan lejos, porque Nina ya dejó claro —a través de Lilly, y después, cuando vino a verme— que tenía un socio que estaba al tanto de la otra mitad del rompecabezas. Era un trato en conjunto, dijo Nina, y si la retenía a ella en la Casa Blanca, jamás conocería esa otra mitad del rompecabezas y jamás podría detener el virus.

Que es el punto en que nos encontramos ahora mismo.

Nina (7.54 h): Si hago esto y voy a ver a su hija a París, cómo sé yo q el presidente me va a tomar n serio?

D (7.59 h): Lo hará.

Nina (8.02 h): X q? Tú no lo hiciste

D (8.04 h): Porque te voy a dar unas palabras en clave que te otorgarán una credibilidad instantánea. En cuanto él oiga esas palabras, te tomará en serio. Sin ninguna duda.

Nina (8.09 h): OK dime las palabras

D (8.12 h): Tengo que confiar en ti. Lo que voy a revelar es información clasificada y codificada. No bastará con que dimita de mi puesto sin más. Iré a la cárcel. ¿Lo comprendes?

Nina (8.15 h): Claro. Edward Snowden y Chelsea Manning?

D (8.17 h): Básicamente. Lo estoy arriesgando todo por ayudarte. Estoy confiando en ti.

Nina (8.22 h): Tenemos q confiar MUTUAMENTE. Yo jamás le diré a nadie quién eres ni lo q m has dicho. Lo juro x Dios!!

D (9.01 h): Vale. Voy a asumir el mayor riesgo de mi vida. Espero que lo entiendas. Espero poder confiar en ti.

Nina (9.05 h): Lo entiendo. Puedes confiar.

De manera que es así como Nina se enteró de «Edad Media». Y el día después de este intercambio de mensajes —hace apenas cinco días, el lunes pasado—, Nina buscó a Lilly en París, en la Sorbona, y le susurró «Edad Media» al oído. Lilly me llamó, y yo me he pasado los últimos cuatro días y pico tratando de averiguar quién es el topo.

De momento no me veo más cerca de saberlo. Desplazo la pantalla hacia abajo hasta la siguiente página...

—¡Señor presidente! —Es la voz de Casey, que me llama—. ¡Estamos listos!

Salgo corriendo de la sala de comunicaciones con Alex detrás y encuentro a Casey, a Devin y a Augie en la sala de guerra.

—¿Preparados para activar el virus? —digo.

Dejo el teléfono en una mesa y me sitúo detrás de Devin.

Casey se vuelve hacia mí.

—Señor presidente, antes de que hagamos esto: ¿entiende usted que no sabemos si el virus se está comunicando entre diferentes dispositivos? Es posible que cada virus de cada dispositivo por todo el país tenga un temporizador independiente para activarse, pero también es posible que el virus de un ordenador dé la señal a los demás, que envíe un comando «ejecutar» para activar el virus de manera simultánea en todos los dispositivos infectados.

—Sí, ya me lo has contado.

—Lo que quiero decir, señor, es que espero que funcione..., pero si no funciona y el virus detona en el servidor del Pentágono podría activarse en los millones y quizá miles de millones de dispositivos del país. Si nuestro plan no funciona, se hará realidad el peor escenario que hemos contemplado.

—En la prueba ha funcionado —le digo.

—Sí, en efecto. Hemos hecho cuanto hemos podido por recrear el virus con ingeniería inversa para hacer nuestras pruebas, pero no le puedo decir con una certeza del cien por cien que nuestra recreación sea perfecta. Sólo hemos tenido unas horas para hacerlo y además rápidamente. De modo que no puedo asegurarle que vaya a funcionar con el virus real.

Respiro hondo.

—Si no hacemos nada, el virus no tardará en activarse de todas formas —añado—. Quizá dentro de un minuto, quizá dentro de unas horas como mucho, pero sucederá pronto. Y este plan que hemos ideado... es lo que más se parece a detener el virus que se nos ha ocurrido, ¿no?

—Sí, señor, es lo único que ha tenido el más mínimo éxito.

—¿Entonces? —Me encojo de hombros—. ¿Se os ocurre algo mejor?

—A mí no, señor. Sólo quiero que lo comprenda. Que si esto no funciona...

—Todo se podría ir a la mierda. Lo capto. Podría suponer una gran victoria para nosotros, o podría ser el armagedón. —Miro a Augie—. ¿Qué piensas tú, Augie?

—Estoy de acuerdo con lo que acaba de exponer usted, señor presidente. Ésta es nuestra mejor opción. Nuestra única opción.

—¿Casey?

—Estoy de acuerdo. Deberíamos probarlo.

—¿Devin?

—De acuerdo, señor.

Me froto las manos.

—Entonces hagámoslo.

Devin tiene los dedos suspendidos sobre el teclado.

—Allá vam...

—¿Qué? —Alex Trimble, de pie cerca de mí, salta al llevarse el dedo al pinganillo—. ¿Que hay una brecha de seguridad en la ruta norte? ¡Viper! —grita a la radio—. Viper, ¿me recibes, Viper? —En un movimiento acompasado, tengo a Alex encima, me agarra del brazo y tira de mí—. ¡A la sala de comunicaciones, señor presidente! Es necesario el confinamiento. Es lo más seguro...

—No. Me quedo aquí.

Alex tira de mí, no cede.

—No, señor. Tiene usted que venir conmigo ahora mismo.

—Pero ellos también —exijo.

—Perfecto. Pero vámonos.

Devin desenchufa el portátil. Todo el mundo echa a correr a la sala de comunicaciones.

Justo cuando el eco del fuego de artillería pesada resuena en la distancia.

Después de lanzar disparada la furgoneta y atravesar la barricada, Lojzik frena casi hasta detenerla mientras busca el camino sin señalizar. Ahí. Se lo ha pasado. Se detiene, mete la marcha atrás, retrocede hasta el camino y gira a la izquierda. Si no le hubieran dicho que estaba ahí, ni lo habría visto.

El sendero es lo bastante estrecho para que sólo quepa un vehículo. Y está oscuro, con el descenso del sol oculto por los árboles a ambos lados. Lojzik se aferra al volante y estira el cuello hacia el parabrisas, incapaz de coger mucha velocidad por aquel terreno irregular, pero acelerando poco a poco.

Sólo hay ochocientos metros hasta la cabaña.

En el lago, un tiroteo.

El equipo 2 lanza granadas de humo y acribilla la embarcación del servicio secreto con ráfagas de sus AK-74. El barco responde con fuego de ametralladora y obliga a los asaltantes a tirarse en la cubierta y utilizar el casco de la lancha a modo de refugio.

Los pocos agentes del servicio secreto que quedan se desplazan a pie y cubren el jardín de atrás. Corren hacia el embarcadero, levantan sus armas y también abren fuego sobre la lancha del equipo 2.

Cuando llegan al embarcadero con la atención fija en la lancha de los asaltantes, Bach echa a correr por el perímetro del jardín al amparo de la oscuridad y de la distracción, y salta al hueco que forma en el suelo el tragaluz del cuarto de la lavadora en el sótano.

Alex Trimble cierra y echa el pestillo de la pesada puerta de la sala de comunicaciones. Saca un teléfono del bolsillo y lo enciende.

Devin se sienta en el sillón con el portátil abierto, preparado para empezar.

—Vamos, Devin —le digo—. Activa el virus.

Miro por encima del hombro de Alex, a su móvil. El servicio secreto instaló cámaras en el tejado, y Alex y yo observamos las imágenes de la cámara orientada al norte: una furgoneta viene disparada hacia nosotros por un camino de tierra.

—¡Dónde estás, Viper! —grita Alex en su radio.

Como si respondiese al pie que le da un director de escena, un helicóptero de los Marines, parte de una nueva flota de helicópteros de ataque Viper, aparece como salido de la nada y desciende en picado para acercarse a la furgoneta por detrás. De su ala sale disparado un misil Hellfire aire-tierra que traza una espiral hacia la furgoneta.

La furgoneta explota en una bola de llamas anaranjadas y da vueltas de campana antes de acabar aterrizando sobre un costado. Unos agentes del servicio secreto avanzan deprisa con sus armas automáticas preparadas...

La pantalla cambia cuando Alex pulsa un botón: estamos mirando hacia el sudeste, observando un tiroteo en el lago; hay unos agentes en un barco y otros en el embarcadero que disparan a una lancha en un intento desesperado por evitar que llegue a la orilla.

Alex presiona con un dedo su pinganillo y dice por radio:

—¡Navegante, despeja una vía! ¡Despeja una vía! ¡Que todos los agentes se mantengan a cubierto para el Viper!

Entonces la embarcación del servicio secreto invierte la marcha y retrocede para alejarse de la lancha asaltante y los agentes del embarcadero regresan corriendo a la orilla y se lanzan cuerpo a tierra.

Llega el Viper, dispara otro misil Hellfire y abrasa por completo la lancha: una bola de fuego y una explosión de agua del lago. El barco del servicio secreto también vuelca.

—¡Montadme ahora un perímetro de marines! —grita Alex por su radio para pasar de inmediato a la siguiente fase.

Los marines, emplazados en el aeropuerto local con el Viper, fueron idea suya, así podíamos mantener un perfil bajo en la cabaña, tal y como yo le insistí, pero disponer de unos buenos refuerzos en las proximidades.

—¡Los agentes que hay en el agua! —le digo a Alex con un empujón en el hombro.

Alex baja la radio.

—Tienen salvavidas. Están bien. —Vuelve con la radio—. ¿Dónde están mis marines? ¡Y necesito un informe de bajas!

—Vale, el virus ya está activado en el servidor del Pentágono —comunica Devin.

Giro la cabeza de golpe y observo a Devin mientras Alex se dirige hacia la puerta de la sala de comunicaciones y continúa vociferando instrucciones por radio.

—Vamos a ver si funciona —suspira Devin—. Recemos.

Teclea en el ordenador. Apiñados como estamos en la sala de comunicaciones, no tenemos ya la pantalla inteligente, así que miro por encima de su hombro con Casey y Augie mientras él muestra las propiedades de los archivos, para ver si sobreviven los que están marcados como borrados.

—Eso es un cero —digo al fijarme en la última fila del cuadro de propiedades—. Un cero es malo, ¿no?

—Está... no... no —dice Devin—. Está sobrescribiendo los archivos.

—¿Los has borrado? —le pregunto—. ¿No los has marcado como si estuvieran borr...?

—Sí, sí, sí. —Devin se agarra al portátil en un gesto de frustración—. ¡Mierda!

Veo las mismas propiedades de archivo, los cuadros de hileras descendentes, pero veo ceros en las filas del final.

—¿Por qué no está funcionando? —pregunto—. ¿Qué ha...?

—No habremos reconstruido el virus por completo en nuestras pruebas —dice Augie—. Las partes que no pudimos descryptar.

—Hay algo que no vimos —señala Casey.

Se me hiela la sangre.

—¿Se va a borrar el servidor del Pentágono?

Casey se lleva una mano al oído.

—¡Repíte eso! —dice con los ojos cerrados por la concentración—. ¿Estás seguro?

—¿Qué, Casey?

Se vuelve hacia mí.

—Señor presidente, nuestro equipo del Pentágono... Están diciendo que el virus que acabamos de activar ha enviado un comando «ejecutar» por todo el sistema. El virus está detonando en el Departamento del Tesoro... —Se toca el oído—. En Seguridad Nacional. En Transporte. En... en todas partes, señor. —Mira su móvil—. En mi teléfono también.

Busco mi móvil.

—¿Dónde está mi teléfono?

—Oh, no —se queja Augie—. Oh, no, no, no.

—En mi móvil también —comenta Devin—. Está pasando. Cielo santo, ¿se está activando en todas partes! El virus lo está atacando todo.

Casey se pone en cuclillas y se agarra del pelo.

—Está pasando —dice—. Que Dios nos ayude.

Por un momento me quedo aturdido, incrédulo. En lo más hondo de mi ser, siempre había creído que jamás sucedería, que descubriríamos algo de alguna manera, no sé cómo.

Eso es, «que Dios nos ayude».

Edad Media ya está aquí.

El jet privado aterriza en una pista estrecha a las afueras de Zagreb. Sulimán Cindoruk se estira, se levanta y desciende por la escalerilla.

Le reciben dos hombres, cada uno con un fusil colgado del hombro. Unos tipos altos y morenos sin más expresión que un respetuoso saludo con la barbilla hacia Sulimán, que los sigue hasta un todoterreno. Los hombres se suben delante, y él detrás. No tardan en verse recorriendo una carretera de dos carriles que discurre paralela al magnífico monte Medvednica, tan majestuoso en su...

Se sobresalta al oír el tono que suena en su móvil. Un tono que había estado esperando. El sonido del estallido de una bomba. El tono que ha reservado para un solo suceso.

Se ha adelantado unas horas. Los norteamericanos deben de haber intentado borrarlo.

Saca el teléfono y lee esas palabras tan deliciosas: *Virus activado*.

Cierra los ojos y deja que le recorra el tibio calor de la satisfacción. No hay nada tan sexy como una buena y destructiva sobrescritura, el poder que él puede desplegar desde un teclado a miles de kilómetros de distancia.

Mientras el todoterreno continúa avanzando y el viento le lanza hacia atrás el pelo, Sulimán saborea la gloria. Lo ha hecho *él*.

Un hombre que ha cambiado el curso de la historia.

Un hombre que ha puesto de rodillas a la única superpotencia mundial.

Un hombre que pronto será lo bastante rico para disfrutarlo.

—¡No puede ser!

—No, Dios, no...

Pánico, maldiciones y gimoteos a mi alrededor. Con el temblor en el cuerpo, aún aturdido en un estado de incredulidad y a la espera de que me despierten de la pesadilla, me dirijo al ordenador de la sala de comunicaciones, conectado a una línea segura que Edad Media no puede tocar.

Hemos pasado a la fase de atenuación de la amenaza. Tengo que hablar con Carolyn.

Primero: informar a los líderes de ambas cámaras: hacer que la Cámara de Representantes y el Senado se reúnan lo antes posible para aprobar la legislación que autorice el uso del ejército en nuestras calles por todo el país, la suspensión del hábeas corpus, una amplia autoridad ejecutiva para imponer controles sobre los precios y racionamientos.

Segundo: presentar las órdenes ejecutivas...

—Un momento, ¿qué? —exclama Devin—. ¡Esperad, esperad, esperad! Casey, mira esto.

Corre a su lado. Yo hago lo mismo.

Devin trabaja con el ordenador y hace una especie de repaso acelerado en el que va saltando de un conjunto de archivos a otro.

—Ha... No lo entiendo... Ha...

—Ha «¿qué?» —le grito—. ¡Habla!

—Ha... —Devin teclea y aparecen y desaparecen varias pantallas—. Ha empezado... Ha sobrescrito varios archivos, como si estuviera intentando demostrarnos que podía... Pero ahora se ha detenido.

—¿Se ha detenido? ¿Que el virus se ha *detenido*?

Casey se asoma por detrás de mí para ver la pantalla del ordenador.

—¿Qué es eso? —pregunta.

Bach está de pie en el hueco del tragaluz mientras ruge el tiroteo en el lago.

—Equipo 1, situación —dice, y espera oír a Lojzik, el checo líder del equipo.

—Estamos avanzando... ¿Qué es... qué...?

—¡Equipo 1, situación! —dice ella entre dientes tratando de no levantar la voz.

—*Helikoptéra!* —exclama Lojzik en su idioma—. *Odkud pochází helikoptéra?*

¿Un helicóptero?

—Equipo 1...

Oye la explosión en estéreo, procedente del norte y también en sus auriculares a través del transmisor de Lojzik. Mira al norte, las llamas tiñen el cielo.

¿Un helicóptero de ataque? Algo se hunde en su interior.

Intenta abrir la ventana del tragaluz del cuarto de la lavadora. Cerrada.

—*Jebi ga* —balbucea entre dientes y nota cómo se filtra el pánico. Sujeta su arma corta por el silenciador, se inclina hacia el tragaluz...

—*Ularning vertolyotlari bor!* —grita Hamid, el líder del equipo 2, en los auriculares. Bach no habla uzbeko, pero le da la sensación de que...—: ¡Tienen un helicóptero! ¡Tienen...!

Esta vez la explosión es aún más ruidosa, una tremenda erupción que proviene del lago, le martillea el tímpano también a través de los auriculares y le provoca una pérdida momentánea de equilibrio.

Le resulta desconocido el temor que surge dentro de ella, que le eleva la temperatura, que le tiembla en el estómago. Desde Sarajevo no había sentido verdadero miedo ante nada ni ante nadie. No sabía que aún era capaz de sentirlo.

Golpea la ventana con la culata de la pistola y hace añicos el cristal. Mete la mano y abre el cerrojo, espera por si se produce alguna reacción al cristal roto en el interior, su precaución habitual. Cinco segundos. Diez segundos. Ningún ruido.

Empuja la ventana para abrirla y se desliza dentro con los pies por delante.

—¿Qué? —pregunto—. Decidme qué está pasando.

—Es un... —Devin hace un gesto negativo con la cabeza—. Nina le puso un mecanismo de interrupción.

—¿Un qué?

—Un... Le puso un freno y le instaló una anulación del automatismo por contraseña.

—¿Pero qué narices está pasando?

Augie me toca el brazo.

—Al parecer —me dice con voz nerviosa—, Nina instaló un mecanismo que suspende la ejecución del virus después de haber comenzado a activarse. Como ha dicho Devin, ha empezado a sobrescribir una pequeña cantidad de archivos para demostrar que puede hacerlo, pero ahora está suspendido, y nos está dando la oportunidad de detenerlo.

—Eso no lo replicamos cuando reconstruimos el virus —dice Casey—. No sabíamos que estaba ahí.

—¿Qué pasa con los virus de los demás dispositivos del país? —pregunto—. Decís que se comunica con ellos. ¿También se han detenido?

Casey habla con urgencia a través del micrófono de sus auriculares.

—Jared, hay un mecanismo de interrupción que tiene suspendido el virus..., ¿os sale a vosotros también? Os debería salir...

La miro fijamente, a la espera.

Jamás veinte segundos han transcurrido con mayor lentitud.

Se le ilumina la cara, levanta la mano para indicarnos que se ha detenido.

—Sí —dice—. ¡Sí! El virus del servidor del Pentágono debe de haber enviado un comando «suspender» por todo su sistema de distribución.

—Entonces... ¿el virus está suspendido en todas partes?

—Sí, señor. Tenemos otro soplo de vida.

—Déjame ver esa cosa, la que interrumpe y anula el automatismo con una contraseña.

Aparto a Augie y observo la pantalla del ordenador.

Introduzca palabra clave: _____ 28.47

—El reloj —observo—, es una cuenta atrás desde, no sé, treinta minutos.

28.41... 28.33... 28.28...

—Entonces ¿el virus estará suspendido durante veintiocho minutos y pico?

—Sí —dice Augie—. Tenemos veintiocho minutos para introducir la palabra clave o el virus se activará por completo, en todo el sistema de dispositivos.

—Tiene que ser una broma —comento mientras me agarro el pelo—. No, esto es bueno, esto es bueno, seguimos jugando. Tenemos una última oportunidad. Muy bien, una palabra clave. —Me doy la vuelta hacia Casey—. ¿No tenemos un software capaz de decodificar contraseñas?

—Pues... sí, pero no tenemos uno que podamos instalar y utilizar en veintiocho minutos, en especial con este virus. Tardaría horas, más bien días o semanas...

—Vale, entonces tenemos que adivinarla. Tenemos que adivinarla.

«Fácil», había escrito Nina en su mensaje de texto cuando decía que podía explicar cómo detener el virus. Dijo que no hacía falta ser un experto.

«Fácil.» Es fácil si sabes la palabra clave.

—¿Cuál es esa maldita palabra clave? —Me vuelvo hacia Augie—. ¿Nunca te mencionó nada?

—Yo no sabía absolutamente nada de esto —me comenta—. Supongo que fue su manera de protegerme, mantener por separado lo que sabíamos...

—Pero a lo mejor te explicó algo. Como si, visto ahora, te estuviese dando alguna pista, ¿no? Piensa, Augie, *piensa*.

—Pues... —Augie se lleva la mano a la frente—. Yo...

Intento pensar en cualquier cosa que Nina me hubiese dicho en el Despacho Oval. Me dijo que el país iba a arder, que el trato incluía a Augie. Me dio una entrada para el partido de los Nationals. El helicóptero en Dubái...

Podría ser cualquier cosa.

—Teclea «Sulimán» —le digo a Devin.

Escribe la palabra y pulsa Intro. La palabra desaparece.

Introduzca palabra clave: _____ 27.46

—Ponla en mayúsculas —sugiere Casey—. Podría distinguir entre mayúsculas y minúsculas.

Devin lo hace. Nada.

—Todo en minúsculas.

—Nada.

—Escribe el nombre entero: Sulimán Cindoruk —le digo.

«Fácil», dijo Nina en su mensaje de texto.

Me palpo los bolsillos. Echo un vistazo por la habitación.

—¿Dónde está mi móvil? ¿Dónde demonios está mi móvil?

—Prueba «Nina» —propone Augie.

—Nada. Tampoco con todo en mayúsculas —indica Devin después de probar ambas opciones—. Ni en minúsculas.

—Prueba «Nina Shinkuba», de todas las formas.

—¿Cómo se escribe Shinkuba?

Todos miran a Augie, que se encoge de hombros.

—Nunca supe cuál era su apellido hasta que usted me lo dijo —me dice a mí.

Yo jamás lo he visto escrito. La información me la dio Liz. Tengo que llamarla.
Vuelvo a palparme los bolsillos, echo otro vistazo por la sala.

—¿Dónde está mi teléfono?

—Quizá s-h-i-n-k-u-b-a —sugiere Casey.

Devin prueba de unas cuantas maneras:

Nina Shinkuba
nina shinkuba
NINA SHINKUBA
NINASHINKUBA
ninashinkuba

No hay suerte. Miro el temporizador.

26.35

—¿Dónde demonios está mi móvil? —vuelvo a decir—. ¿Alguien ha...?

Entonces me acuerdo. Me lo he dejado en la sala de guerra. Lo solté cuando Devin estaba a punto de activar el virus. Me lo he dejado allí cuando Alex ha recibido el aviso del ataque en el exterior y me ha traído a toda prisa a la sala de comunicaciones.

—Vuelvo enseguida —digo.

Alex, que aún habla por radio para supervisar lo que está sucediendo fuera, ve mi movimiento y corre a bloquearme el paso hacia la puerta.

—¡No, señor! Estamos en confinamiento. No tenemos confirmación de que todo esté despejado.

—Mi teléfono, Alex. Lo necesito...

—No, señor presidente.

Lo agarro de la camisa y le sorprendo.

—Le estoy dando una orden directa, agente. Ese teléfono es más importante que mi vida.

—Entonces iré yo a por él —me indica.

Se mete la mano en el bolsillo.

—¡Entonces ve, Alex! ¡Ve!

—Un momento, señor —me dice, y se saca algo del bolsillo.

—¡Seguid intentándolo! —grito a mi equipo—. ¡Probad con el nombre de Augie! ¡Augie Koslenko!

Bach, sentada sobre el conjunto apilable de lavadora y secadora, se empuja con las manos y se deja caer silenciosa al suelo de la habitación oscura. Se asoma por la puerta. Tal y como le han explicado, el sótano no es un laberinto de habitaciones, sino más bien un pasillo largo con varias estancias a cada lado y una escalera en el centro, a la izquierda.

A su espalda, oye algo en el exterior a través del tragaluz abierto: el golpe seco del aterrizaje de un aparato, el alboroto de las órdenes a voces, los golpes de los pies contra el suelo, los hombres que se despliegan.

De nuevo el helicóptero. Marines que llegan, quizá de las fuerzas especiales.

Pisadas. Están corriendo. Corren hacia el tragaluz abierto...

Bach se agacha y levanta el arma.

Los hombres pasan de largo y se detienen. Uno de ellos se queda cerca de la ventana.

¿Qué están...?

Entonces oye una voz:

—¡Equipo oeste, en posición!

«Equipo oeste.»

Está en el lado oeste de la cabaña. El equipo oeste. Es de suponer que también hay un equipo norte, sur y este.

Han rodeado el perímetro.

Justo en ese instante, piensa en su madre, Delilah, y en lo que soportó durante aquellas visitas nocturnas de los soldados, lo que hacía por sus hijos todas las noches, meterlos a los dos en una habitación lejos de su dormitorio, dentro del armario, y aislarlos con los cascos que les ponía en los oídos para que oyesen el Pasacalle o el Concierto para dos violines, y no los sonidos que surgían de su dormitorio. «Escuchad sólo la música», les decía a Bach y a su hermano.

Bach se arma de valor y sale del cuarto de la lavadora en dirección a la primera habitación a la izquierda. La sala de guerra, la llaman.

Se asoma. Una gran pantalla blanca muestra las palabras:

Introduzca palabra clave: _____ 26.54

Después, dos palabras tecleadas en el cuadro en blanco: Nina Shinkuba

Las palabras desaparecen. Otras dos palabras: nina shinkuba

Las palabras no dejan de aparecer para después desaparecer:

NINA SHINKUBA
NINASHINKUBA
ninashinkuba

Los números que hay a continuación del cuadro de texto... son una especie de temporizador.

26.42
26.39
26.35

Entra de un salto en la sala con el arma por delante. Barre la habitación y no ve nada. Rápidamente, mira detrás de un armario archivador, un montón de cajas. No hay nadie escondido.

La sala está vacía. Es aquí donde se suponía que él tenía que estar, pero no hay nadie.

Vuelve a mirar a la pantalla blanca, donde están tecleando palabras distintas:

Augie Koslenko
AugieKoslenko
augiekoslenko
Augustas Koslenko

Conoce ese nombre, por supuesto, pero no el motivo de que alguien lo esté tecleando en una pantalla.

Da un salto al oír el zumbido, el movimiento de un teléfono al vibrar sobre un escritorio de madera. En la pantalla del móvil dice: Liz FBI.

Entonces sus ojos miran hacia arriba.

Y, por primera vez, se fija en la cámara de seguridad que apunta hacia abajo, hacia ella, desde el rincón, en la luz roja que parpadea y no deja lugar a dudas de que está activada, observándola.

Se desplaza hacia la derecha. La cámara se mueve con ella. Siente un escalofrío por todo el cuerpo.

Oye un ruido procedente del cuarto de la lavadora, alguien que le da una patada a la ventana, intentando entrar desde el exterior.

Y pasos acelerados en el piso de arriba, tantos hombres que es incapaz de contarlos, que corren hacia la puerta que conduce al sótano. La puerta que se abre.

Más pisadas que aporrean la escalera al descender los hombres a toda prisa.

Bach se desplaza hacia la puerta de la sala de guerra, echa el pestillo y retrocede un paso detrás de otro hasta que se topa con la pared opuesta.

Desenrosca el silenciador de su pistola.

Coge aire con fuerza y combate el martilleo del pulso en la garganta. La vista se le empaña en un manto de cálidas lágrimas.

Con delicadeza, se lleva la mano al vientre.

—Tú eres mi regalo precioso, *draga* —susurra en su idioma con voz temblorosa—. Siempre estaré contigo.

Libera el teléfono de la cintura, desconecta los auriculares que serpentean bajo su body ajustado y llegan hasta sus oídos.

—Escucha, *draga* —le dice a la niña que lleva en su seno—. Escucha esto, mi ángel bonito.

Escoge la cantata *Selig ist der Mann*. La ternura de la sección de cuerda guiada por el violín de Wilhelm Friedemann Herzog; la delicada introducción del vox Christi; los apasionados gritos de la soprano.

*Ich ende behende
mein irdisches Leben,
mit Freuden zu scheiden
verlang ich itzt eben.*

Pronto finaliza
mi vida terrenal,
en este momento
anhelo partir con júbilo.

Desliza la espalda por la pared y desciende al suelo. Se coloca el teléfono sobre el vientre y sube el volumen.

—Escucha sólo la música, mi pequeña *draga* —dice.

Alex y yo observamos las imágenes en su monitor de mano cuando la asesina se hunde en el suelo con los ojos cerrados y una expresión de aparente paz en el rostro pintado de camuflaje.

Se coloca la pistola bajo la barbilla. Se pone el teléfono sobre el vientre.

—Sabe que está acorralada —digo.

—Por lo demás, lo tenemos despejado —me dice Alex—. El resto del piso de abajo y el resto de la cabaña está despejado. El equipo movilizado está justo ante su puerta, preparado para entrar. Es el momento de irnos, señor presidente.

—No podemos irnos, Alex, tenemos que...

—Esa mujer podría llevar explosivos, señor.

—Pero si lleva un body elástico y pegado a la piel.

—Podría llevarlos debajo. El teléfono podría ser un detonador. Se lo ha apoyado boca abajo en el vientre. ¿Por qué iba a hacer eso?

Vuelvo a mirar la pantalla. Ha desconectado los auriculares antes de ponerse el aparato sobre la tripa.

Un recuerdo de cuando le cantaba a Lilly, cuando mi hija estaba en el abultado vientre de Rachel.

—Tenemos que irnos ahora mismo, señor. —Alex me agarra del brazo, y me va a llevar a rastras si no salgo yo de manera voluntaria.

Devin, Casey y Augie continúan tratando de adivinar la palabra clave.

—¿Cuánto tiempo queda, Devin?

—Veintidós minutos.

—¿Puedes llevarte ese portátil en el Marine One? ¿Funcionará desde allí?

—Sí, por supuesto.

—Entonces nos vamos. Todos.

Hay un equipo de marines al otro lado de la puerta cuando Alex la abre. Nos escoltan escaleras arriba, a través de la casa, por la terraza, escaleras abajo y hasta el helipuerto, donde nos espera el Marine One. Alex casi me maltrata por el camino, Devin acuna el portátil como si fuera un bebé humano.

—Necesito mi teléfono —le digo a Alex cuando llegamos corriendo al helicóptero—. Despeguemos, situémonos a una distancia segura, pero no nos alejemos mucho. Necesito que alguien me traiga mi móvil.

Nos subimos al helicóptero y la sensación de familiaridad me reconforta; Devin se deja caer en uno de los asientos de piel de color crema y vuelve a teclear.

—Acabamos de llegar a los veinte minutos —dice cuando el Marine One se eleva del suelo y se inclina sobre los árboles, sobre el fuego en el lago con los restos de la lancha que el Viper ha borrado del mapa.

Mientras observo por encima del hombro de Alex el monitor que lleva en la mano, le digo a voces a Devin:

—Prueba «Hijos de la Yihad», «HY», variaciones de eso. A lo mejor sólo «Yihad».

—Sí, señor.

En el monitor de Alex, la asesina permanece inmóvil. El arma bajo la barbilla, el móvil contra el vientre.

Sobre su seno.

Alex se lleva la radio a la boca.

—Marines, hemos evacuado al presidente. Tomad la sala.

Le quito la radio a Alex.

—Habla el presidente Duncan —digo—. La quiero viva si es posible.

Cierra los ojos y tararea la música, y no hay nada en el mundo salvo su futura hija, Delilah, y el jugueteo de los instrumentos de cuerda, el conmovedor canto del coro.

Ni siquiera el sonido de la puerta al abrirse de golpe.

Ni siquiera las órdenes que le dan los soldados de que baje el arma, de que se rinda.

La pistola sigue presionada bajo su barbilla, y Bach observa el despliegue de los hombres, que la apuntan con sus armas. Deben de tener la orden de capturarla viva. De lo contrario, ya estaría muerta.

Ya no pueden hacerle daño. Se siente en paz con su decisión.

—Esto es lo mejor que puedo hacer por ti, *draga* —susurra.

Suelta el arma frente a ella y se inclina hacia delante mostrando las manos, se tumba boca abajo en la alfombra.

Los marines la levantan en un instante, como si fuera ingrávida, y la sacan corriendo de la sala.

—¡Bajadnos al suelo! —le digo a Alex—. ¡Necesito ese teléfono!

—Todavía no. —Alex eleva la radio—. ¡Avisadme cuando esté despejado!

Se refiere a cuando confirmen que no lleva explosivos o cuando la hayan alejado lo suficiente para eliminar la amenaza sobre mí. Los marines la sacan rápidamente de la sala, sujetos cada uno de sus miembros por un soldado, y desaparecen de la imagen de la cámara.

—¿Algo? —le pregunto a Devin aun sabiendo la respuesta.

—Nada con «HY», ni «Yihad» ni sus variaciones.

—Prueba con «Abjasia» o «Georgia» —sugiero.

—¿Cómo se escribe «Abjasia»?

—A-b... Tengo que escribirlo. ¿Dónde hay papel? ¡¿Dónde hay un papel y un bolígrafo?!

Casey me pone en la mano un bloc de notas pequeño y me ofrece un bolígrafo. Escribo la palabra y se la deletreo a Devin en voz alta.

La teclea.

—Nada con mayúscula inicial... Ni con todo en mayúsculas... Ni con todo en minúsculas...

—Prueba en minúscula y en masculino, «abjasio».

Lo hace.

—No.

—¿Estás seguro de que lo has escrito bien?

—Pues... creo que sí.

—¿Que *crees que sí*? ¡No creas que sí, Devin! —Ahora me doy paseos, y me acerco a la pantalla de su ordenador para echar un vistazo al tiempo...

18.01

17.58

... e intento recordar cualquier cosa que Nina me contase, cualquier cosa que haya visto en los mensajes de texto...

—¡Todo despejado! —grita Alex—. ¡Bajemos el helicóptero al suelo!

El piloto se mueve con más rapidez de la que yo haya experimentado nunca a bordo del Marine One, casi desciende en picado y endereza el aparato para tocar suavemente el helipuerto del que acabamos de despegar.

El agente Jacobson se asoma al interior del helicóptero y me entrega mi móvil.

Abro el documento, la transcripción de los mensajes de texto que aún tengo que terminar de leer por el caos de la última hora.

El teléfono me vibra en la mano. Liz FBI, dice la identificación de la llamada.

—Liz —respondo—. No hay tiempo, que sea rápido.

Llamo a Carolyn, mi jefa de gabinete, con la que he hablado hoy docenas de veces, pero es como si hubiera pasado un siglo desde la última vez, teniendo en cuenta todo lo que ha ocurrido entre medias: las pruebas de «hacerse el muerto»; el FBI, que ha desbloqueado el segundo móvil de Nina; el ataque contra la cabaña; el descubrimiento del mecanismo de interrupción con la palabra clave que Nina instaló en el virus.

—¡Señor presidente! ¡Gracias a Dios! Estaba...

—Escucha, Carrie, escucha. No tengo tiempo para explicártelo. Faltan menos de seis minutos para que el virus se active.

Oigo cómo coge aire por la boca en un gesto de sorpresa.

—Hay una palabra clave —continúo—. Nina creó una clave para detener el virus. Si somos capaces de averiguarla, lo deshabilitaremos en todos los sistemas. Si no, detonará en todos los sistemas... y Edad Media será una realidad. Lo he probado todo con nuestros expertos informáticos. Sólo nos queda adivinarla. Necesito a la gente más lista que conozco. Necesito a nuestro equipo de Seguridad Nacional. Reúnelos a todos.

—¿A todos? —me pregunta—. ¿Incluida la vicepresidenta?

—En especial la vicepresidenta —digo.

—Sí, señor.

—Fue ella, Carrie. Ya te lo explicaré más adelante. Tú también debes saberlo. Acabo de ordenar un registro de su despacho en el ala oeste. Cuando aparezca el FBI, lo más probable es que alguien te informe. Tú déjalos actuar.

—Sí, señor.

—Pon a todos en conferencia y conéctame a través del Marine One, que es donde estoy ahora.

—Sí, señor.

—Hazlo ya, Carrie. Quedan... cinco minutos.

Paso por delante de Devin y Casey. Están prácticamente hundidos en los lujosos asientos de piel del compartimento central del Marine One, con cara de agotamiento, el cabello apelmazado por el sudor y la mirada perdida en el techo. Han estado metidos en una olla a presión y han hecho todo cuanto podían. Ya no los necesito. Ahora nos toca a mí y al equipo de Seguridad Nacional.

Y a Augie, el vínculo más cercano que tenemos con Nina.

Entro en el compartimento posterior del helicóptero y cierro la puerta a mi espalda después de dejar entrar a Augie. Me tiemblan las manos al levantar el mando a distancia de la televisión plana, pulso el botón y aparecen de inmediato los rostros de las ocho personas: Liz, Carolyn y los «seis de mi círculo».

Augie se sienta en uno de los sillones de piel con el portátil en el regazo, preparado para teclear.

—¿Os ha informado Carolyn? —le digo a mi equipo en la televisión—. Tenemos una palabra clave, y disponemos de...

Miro mi móvil, que tiene su propio temporizador que he sincronizado con el del virus.

4.26

4.25

—... cuatro minutos y medio para adivinarla. Hemos probado con todas las variaciones de su nombre, del de Augie, del de Sulimán Cindoruk, de Abjasia, Georgia y los Hijos de la Yihad. Necesito ideas, señores, y las necesito ya.

—¿Cuándo es su cumpleaños? —pregunta Erica Beatty, la directora de la CIA.

Liz, que tiene el expediente de Nina, responde:

—Creemos que nació el 11 de agosto de 1992.

Señalo a Augie.

—Pruébalo. «Agosto 11», «Agosto 11, 1992» u «8-11-92».

—No —dice Erica—. Los europeos pondrían el día antes que el mes: «11-8-92».

—Cierto. —Me vuelvo hacia Augie y se me acelera el pulso—. Prueba de las dos maneras —le recomiendo.

Teclea con rapidez, sin levantar la cabeza y con el ceño fruncido en un gesto de concentración.

—No —dice con el primer intento.

»No. —Con el segundo.

»No. —Con el tercero.

»No. —Con el cuarto.

3.57

3.54

Tengo los ojos puestos en la vicepresidenta Kathy Brandt, que hasta ahora ha permanecido en silencio.

Entonces levanta la cabeza.

—¿Y con su familia? Los nombres de sus familiares. Madre, padre, hermanos —aconseja.

—¿Liz?

—Madre, Nadya, n-a-d-y-a, apellido de soltera desconocido. Padre, Mijail, m-i-j-a-i-l.

—Pruébalo, Augie, todas las variaciones: todo en mayúsculas, todo en minúsculas, con la inicial en mayúscula, lo que sea. Prueba también con los nombres juntos. —Y esto por supuesto significa probar todas las combinaciones de separaciones y de mayúsculas o minúsculas.

Cada idea tiene múltiples permutaciones, y cada permutación le resta más tiempo al reloj.

—Seguid mientras él escribe, señores. Los hermanos son una buena idea. ¿Qué me dices de...?

Chasqueo los dedos y me interrumpo a mí mismo.

—Nina tenía una sobrina, ¿verdad? Me contó que murió en un bombardeo. Nina recibió un impacto de metralla en la cabeza. ¿Sabemos cómo se llama la sobrina? ¿Liz? ¿Augie?

—No tengo esa información, señor —dice Liz.

—Los nombres de su familia no han funcionado —hace saber Augie—. He probado todas las combinaciones.

3.14

3.11

—¿Y la sobrina, Augie? ¿Te habló de ella alguna vez?

—Creo que su nombre empezaba por erre...

—¿Que empezaba por erre? Necesito algo más que un «empezaba por erre». ¡Vamos, señores!

—¿Qué motivaciones tenía? —pregunta Carolyn—. ¿Qué era lo más importante para ella?

Miro a Augie.

—¿Libertad? Pruébalo.

Augie lo teclea y hace un gesto negativo con la cabeza.

—Su número de pasaporte —dice el secretario de Defensa, Dominick Dayton.

Liz lo tiene. Augie lo escribe. No.

—¿Dónde nació? —pregunta Rod Sanchez, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor.

—Una mascota..., un perro o un gato —sugiere Sam Haber, del Departamento de Seguridad Nacional.

—El nombre de la estación de tren que voló —dice Brendan Mohan, asesor de Seguridad Nacional.

—¿Y virus, bomba con temporizador, bomba?

—Armagedón.

—Edad Media.

—Su nombre, el de usted, señor presidente.

—EE. UU. Estados Unidos.

Todas ellas son buenas ideas. Todas ellas se teclean en el ordenador en sus diversas variaciones de mayúsculas y similares.

Ninguna de ellas da resultado.

2.01

1.58

Hasta donde alcanzo a ver, la vicepresidenta mira al frente con una férrea concentración. ¿Qué estará pasando por esa cabeza ahora mismo?

—Estaba huyendo... ¿No es eso lo que sabemos? —Carolyn de nuevo.

—Sí.

—¿Podemos trabajar con eso? ¿Qué era lo más importante para ella?

Miro a Augie y asiento con la cabeza.

—Quería volver a casa —dice Augie.

—Eso es —digo—. Pero eso ya lo hemos probado.

—A lo mejor... Abjasia está en el mar Negro, ¿verdad? —argumenta Carolyn—. ¿Echaría de menos el mar Negro? ¿Algo como eso?

Señalo a Augie.

—Ésa es buena. Prueba con «mar Negro», todas las variaciones.

Mientras Augie escribe, mientras todo el mundo se suma con más ideas, yo sólo me fijo en mi vicepresidenta, la persona a la que elegí para ser mi compañera en la carrera presidencial por encima de muchas otras personas que habrían aceptado encantadas, que me habrían servido a mí y habrían servido al país con lealtad.

Se muestra estoica, pero sus ojos se mueven y recorren la habitación en la que se encuentra, dentro del centro de operaciones bajo la Casa Blanca. Ojalá pudiera verle mejor la cara. Ojalá pudiera saber si esto le está pesando lo más mínimo.

—Nada con «mar Negro» —señala Augie.

Llegan más sugerencias:

—Indulto.

—Libertad.

—Familia.

—Pero ¿dónde está su casa, exactamente? —pregunta Carolyn—. Si eso es lo único en lo que ella pensaba, si ésa era toda su meta... ¿De qué ciudad era?

—Tiene razón —digo—. Deberíamos mirarlo. ¿Dónde vivía, Augie? ¿Dónde exactamente? ¿Liz? ¿Alguien? ¿Sabemos dónde demonios vivía?

—Sus padres vivían en Sojumi —dice Liz—. Se considera la capital de la República de Abjasia.

—Bien, Liz. Deletréalo.

—S-o-j-u-m-i.

—Adelante, Augie... «Sojumi».

—¿Está seguro? —pregunta Carolyn.

Miro el teléfono con el latido del corazón en la garganta.

0.55

0.52

Observo a la vicepresidenta, abre los labios. Dice algo, pero queda enterrado bajo el resto de las sugerencias que están lanzando...

—Alto, parad todos —digo—. Kathy, ¿qué has dicho?

Parece coger fuerzas, sorprendida por el hecho de que me haya centrado en ella.

—He dicho que pruebe con «Lilly».

Me desinflo. No debería estar sorprendido, pero por algún motivo lo estoy.

Señalo a Augie.

—Hazlo. Prueba con el nombre de mi hija.

0.32

0.28

Augie lo escribe. Niega con la cabeza. Lo prueba de un modo distinto, todo en mayúsculas. Hace un gesto negativo con la cabeza. Lo prueba de otra forma...

—Señor presidente —dice Carolyn—, el nombre de la ciudad se puede escribir de más de una manera. Cuando estaba en el comité de inteligencia, siempre lo vi escrito con dos úes, «Sujumi».

Bajo la cabeza y cierro los ojos. Así es como lo recordaba escrito yo también.

—Nada con «Lilly» —dice Augie.

—S-u-j-u-m-i —le digo.

Lo escribe. La sala se queda en silencio.

0.10

0.09

Augie despega los dedos del teclado. Levanta las manos sin apartar la mirada de la pantalla.

0.04

0.03

—Ha aceptado la palabra clave —dice—. Se ha deshabilitado el virus.

Casey, que ahora está conmigo en el compartimento trasero con el portátil en las manos, me dice:

—Hemos confirmado que la orden de «detención» se ha transmitido por todo el sistema. El virus se ha detenido. En todas partes.

—¿Qué pasa con los ordenadores y los demás dispositivos que están desconectados ahora mismo, sin acceso a internet? —pregunto—. Ésos no han recibido el mensaje de «detención».

—Pero tampoco recibieron el mensaje de ejecutarse —comenta Devin—, y ya nunca lo recibirán. Es un mensaje de «detención» permanente.

—De todas formas —dice Casey—, yo no voy a perder de vista este portátil. Voy a vigilar esta pantalla como un halcón.

Acabo de respirar hondo: el oxígeno más delicioso y más dulce de toda mi vida.

—Entonces ¿el virus no dañará ni un solo dispositivo?

—Correcto, señor.

Y, por si acaso, por la remota posibilidad de que el virus Sulimán vuelva a la vida, el Departamento de Seguridad Nacional está emitiendo a los cuatro vientos la palabra clave «Sujumi» a través de un sistema de respuesta rápida creado por medio de una serie de órdenes ejecutivas firmadas bien por mí, bien por mi predecesor, como parte de un sistema mejorado para combatir el ciberterrorismo industrial. Básicamente, podemos transmitir información a un destinatario designado, un responsable en cada compañía, en cualquier momento del día o de la noche. Todos los proveedores de servicios de internet, todos los gobiernos locales y estatales, todos los miembros de todos los sectores industriales: bancos, hospitales, compañías de seguros y tantas pequeñas y medianas empresas como hemos podido convencer para que se integren, todos ellos recibirán la palabra clave en el transcurso de los próximos segundos.

También la difundiremos a través de nuestro sistema de alertas de emergencia, y llegará a todas las televisiones, a todos los ordenadores y smartphones.

Asiento, me enderezo y noto que surge dentro de mí una inesperada emoción. Miro por la ventanilla del Marine One y veo un cielo con los colores de un sorbete arcoíris al ponerse el sol del sábado.

No hemos perdido nuestro país.

Se salvarán los mercados financieros, los ahorros y los planes de pensiones de la gente, los registros de las aseguradoras, los hospitales y los servicios públicos. Las luces continuarán encendidas. Los balances de los fondos de inversión y las cuentas

bancarias seguirán reflejando los ahorros de la gente. No se interrumpirán los pagos de las pensiones ni los subsidios. Funcionarán las escaleras mecánicas y los ascensores. Los aviones no se quedarán en tierra. La comida no se estropeará. El agua seguirá siendo potable. No se producirá una gran depresión económica. No habrá caos. Ni saqueos ni disturbios.

Hemos evitado la Edad Media.

Paso al compartimento principal, donde me encuentro a Alex.

—Señor presidente —dice—. Nos estamos aproximando a la Casa Blanca.

Me vibra el teléfono. Liz.

—Señor presidente, lo han encontrado en el despacho de la vicepresidenta.

—El móvil —digo.

—Sí, señor, el otro móvil de Nina.

—Gracias, Liz. Ven a verme a la Casa Blanca. Y... Liz...

—Sí, señor.

—Tráete las esposas —indico.

Sulimán Cindoruk está sentado en el pequeño piso franco donde lo han metido, al pie del monte Medvednica, con los ojos clavados en su móvil, como si mirarlo fijamente fuera a hacer que cambiase.

Virus deshabilitado

Primero, el mensaje de «virus suspendido» que recibió mientras iba en el todoterreno, tan sólo unos instantes después de felicitarse satisfecho por destrozar Estados Unidos. Y, menos de media hora después, esto. Continúa mirándolo fijamente, como si hacerlo fuese a empujarlo a cambiar una vez más.

¿Cómo? Si el virus estaba blindado. Estaban seguros de ello. Augie... Pero Augie no era más que un hacker, al fin y al cabo. No podía haber ideado eso.

Nina, decide Sulimán. Nina ha debido de hacer algo para sabotearlo...

Llaman con brío a la puerta y ésta se abre. Entra uno de los soldados con una cesta de comida: una *baguette*, queso, una botella grande de agua.

—¿Cuánto tiempo me queda aquí? —pregunta Sulimán.

El hombre le mira.

—Me han dicho que cuatro horas más.

Cuatro horas más. Eso equivaldría, aproximadamente, a medianoche según la hora oficial de la Costa Este norteamericana: el momento en que el virus estaba programado para ejecutarse si es que los estadounidenses no lo activaban antes de tiempo.

Están esperando a que el virus tenga éxito antes de trasladarlo a su destino. Mira de nuevo su teléfono.

Virus deshabilitado

—¿Algún... problema? —pregunta el soldado.

—No, no —dice él—. Ningún problema.

Desciendo por la escalerilla del Marine One y saludo al soldado. Mantengo el saludo más tiempo del habitual. Que Dios bendiga al Cuerpo de Marines.

Carolyn está allí de pie, esperándome.

—Enhorabuena, señor presidente —dice.

—A ti también, Carrie. Tenemos mucho de lo que hablar, pero necesito un minuto.

—Por supuesto, señor.

Echo a correr, algo parecido a un esprint, hasta que llego a mi destino.

—Papá, oh, Dios mío...

Lilly sale de la cama de un salto y el libro que tiene en su regazo cae al suelo de su habitación. Está en mis brazos antes de poder terminar la frase.

—Estás bien —me susurra en el hombro mientras le acaricio el pelo—. Estaba tan preocupada, papá... Estaba segurísima de que iba a pasar algo malo. Pensaba que te iba a perder a ti también...

Su cuerpo tiembla mientras la abrazo, mientras le digo «Estoy aquí, estoy perfectamente» una y otra vez, percibiendo su olor único, sintiendo su calor. Estoy aquí y estoy mejor de lo que he estado en mucho tiempo. Tan agradecido, tan lleno de amor...

Todo lo demás se desvanece. Hay muchísimo por hacer, pero, en este preciso instante, todo lo demás se queda en nada, se emborrona en una niebla, y lo único que importa es mi preciosa, talentosa y dulce hija.

—Todavía la echo de menos —me dice—. La echo de menos más que nunca.

Yo también. Tanto que me parece que voy a explotar. Quiero tenerla aquí ahora mismo, para celebrarlo, para que me abrace con fuerza, para que haga algún chiste y me baje un poco los humos antes de que me lo crea demasiado.

—Siempre está con nosotros —confieso—. Estaba hoy conmigo.

Retrocedo, la aparto de mí y le seco una lágrima de la cara. Y esa cara que me mira se parece a Rachel más que nunca.

—Tengo que irme a hacer de presidente —digo.

Aliviado y exhausto, me siento en el sofá del Despacho Oval. Aún no puedo creerme que se haya terminado.

Claro que, en realidad, esto no se ha acabado todavía. En cierto modo, lo más duro está aún por llegar.

Sentado junto a mí está Danny, que me ha traído una copa de bourbon, la bebida que me debe por no llevar encima su moneda y yo sí. No habla mucho, consciente de que necesito bajar el ritmo después de todo lo que ha ocurrido. Ha venido sólo para estar aquí.

La vicepresidenta continúa en el centro de operaciones, sigue metida en esa sala bajo protección. Y no sabe por qué. Nadie le ha dicho por qué. Es probable que ahora mismo esté sudando.

No pasa nada. Que sude.

Sam Haber ha estado informándome constantemente. El viejo dicho de que «no tener noticias es buena noticia» nunca me ha parecido más cruel. El virus está deshabilitado. Sin sorpresas, sin repentinos ni dramáticos reinicios. Pero tenemos gente vigilándolo, pegados a los ordenadores como unos padres protectores.

Las cadenas de noticias por cable no hablan de nada que no sea el virus Sulimán. Todas ellas muestran una barra en la parte superior de la pantalla que reza: PALABRA CLAVE: SUJUMI.

—Todavía me queda algo pendiente —le comento a Danny—. Te voy a tener que echar.

—Claro. —Se empuja con las manos para levantarse del sofá—. Por cierto, pienso llevarme todo el mérito de esto. Esa charla motivadora que te solté es lo que ha marcado la diferencia.

—Sin duda.

—Así es como yo lo voy a recordar, digas lo que digas.

—Desde luego, Daniel. Desde luego.

Mantengo la sonrisa mientras Danny se marcha. Acto seguido, pulso el botón de mi teléfono y le digo a mi secretaria, JoAnn, que haga pasar a Carolyn.

Se asoma la jefa de gabinete. Parece hecha polvo, pero claro, es que todos lo parecemos. Nadie durmió anoche, y el estrés de las últimas veinticuatro horas... Considerando la situación, Carolyn tiene mejor aspecto que la mayoría de nosotros.

—La directora Greenfield está ahí fuera —anuncia.

—Lo sé. Le he pedido que espere. Quería hablar contigo primero.

—Muy bien, señor.

Entra y toma asiento en una de las sillas frente al sofá.

—Fuiste tú, Carrie —le digo—. Tú eres quien lo ha resuelto.

—Ha sido usted, señor presidente, no yo.

Bueno, así es como funciona esto. La responsabilidad acaba recayendo en el presidente para bien o para mal, en ambos casos. Si mi equipo consigue una victoria, es el presidente quien se lleva el mérito. Pero ambos sabemos quién adivinó la palabra clave.

Resoplo, con los nervios aún crispados.

—La fastidié, Carrie —le hago saber—. Al escoger a Kathy Brandt como compañera de candidatura.

No se apresura a llevarme la contraria.

—Tenía sentido políticamente hablando.

—Por eso lo hice, por motivos políticos. No debería haberlo hecho.

De nuevo, no me lleva la contraria.

—Debería haber escogido un vicepresidente en función del mérito, y creo que ambos sabemos a quién habría escogido según ese criterio. A la persona más inteligente que he conocido nunca. A la más disciplinada. La que más talento tiene.

Se ruboriza. Rechazando siempre los méritos, la atención.

—En lugar de eso, te di el puesto más duro de todo Washington. El más ingrato.

Me hace un gesto con la mano para restarle importancia, incómoda con los halagos, y su rubor se intensifica.

—Es un honor servirle, señor presidente, en el puesto que usted decida.

Doy un último sorbo, un buen trago al bourbon que me queda en la copa y la dejo en la mesa.

—¿Puedo preguntarle, señor..., qué va a hacer con la vicepresidenta?

—¿Qué crees tú que debería hacer con ella?

Lo estudia y niega con la cabeza.

—Por el bien del país —señala—, no la procesaría. Buscaría una salida discreta. Le exigiría su dimisión, le permitiría que adujese cualquier excusa y no le contaría a nadie lo que ha hecho. Cerraría todo el asunto con discreción. Ahora mismo, el pueblo estadounidense está oyendo que un extraordinario equipo de Seguridad Nacional, bajo su dirección, nos ha salvado de un desastre enorme. Nadie está hablando de traidores ni de traiciones. Es una historia positiva, un cuento con moraleja, pero con un final feliz. Deberíamos mantenerlo así.

Ya lo había pensado.

—La cuestión es que —le digo—, antes de hacer eso, quiero saber por qué.

—¿Por qué lo hizo, señor?

—No la sobornaron. No la estaban extorsionando. Tampoco quería destruir nuestro país. Ni siquiera fue idea suya. Fue idea de Nina y de Augie.

—¿Cómo sabemos eso con seguridad? —pregunta.

—Ah, claro —le contesto—. Es que tú no sabes lo del móvil.

—¿El móvil, señor?

—Sí, claro, en medio del caos del final de todo esto, el FBI desbloqueó el segundo móvil que encontraron en la furgoneta de Nina. Han sacado a la luz una pila de mensajes de texto. Mensajes que cruzaron Nina y nuestra Benedict Arnold.

—Oh, Dios mío —dice—. No, no lo sabía.

Le hago un gesto con la mano para restarle importancia.

—Nina y Augie se vieron metidos en algo mucho más grande de lo que ellos pretendían que fuese. Cuando se percataron de la brutal devastación que estaban a punto de provocar, se alejaron de Sulimán. Nos enviaron el señuelo para abrirnos los ojos ante el problema, y después vinieron aquí para hacer un trato: si conseguíamos que la República de Georgia indultara a Nina, ella desactivaba el virus.

»Nuestra traidora... ¿Nuestra Benedict Arnold? Ella no era más que un intermediario. No es más que la persona con la que contactaron. Esto no ha sido una trama que ella urdiese. Estaba intentando convencer a Nina de que se entregase en una embajada norteamericana. Le preguntaba cómo deshabilitar el virus.

—Pero no nos lo contó a los demás —dice Carolyn.

—Cierto. Por lo que he leído, yo creo que tenía la sensación de que, cuanto más se comunicaba con Nina sin contárselo a nadie, más profundo era el agujero que estaba cavando, de manera que quiso quedar fuera de la línea directa de comunicación. Le dio a Nina las palabras en clave «Edad Media» para que pudiera ponerse en contacto directamente conmigo, a través de Lilly, y yo me la tomara en serio.

—Eso... tiene cierto sentido, supongo —reconoce Carolyn.

—Pero ahí está la cuestión..., que *no* tiene sentido —le comento—. Porque en el instante en que Nina me dice a mí las palabras en clave «Edad Media», yo ya sé que hay un Judas en mi círculo de mayor confianza. Ella tenía que saber que removería cielo y tierra con tal de dar con el traidor. Ella era uno de los ocho sospechosos.

Carolyn asiente, está pensando.

—¿Por qué haría eso, Carrie? ¿Por qué dar pie a ese tipo de sospechas? Kathy Brandt podrá ser muchas cosas, pero no es tonta.

Carolyn abre las manos.

—A veces... la gente lista hace tonterías, ¿no?

Jamás ha habido unas palabras más ciertas.

—Deja que te enseñe algo —digo.

Alargo la mano hasta una carpeta con la insignia del FBI. Le pedí a Liz Greenfield que imprimiese dos copias de las transcripciones de los mensajes de texto. Le entrego a Carolyn la transcripción de los primeros tres días: el viernes, el sábado y el domingo de la semana pasada, los primeros días que leí.

—Léelo —le pido—, y dime cuán «tonta» es nuestra traidora.

—Es cierto. —La barbilla de Carolyn se eleva una vez ha leído entera la transcripción de los tres días—. Esto no ha sido algo que haya tramado ella. Pero... éstas no pueden ser todas las transcripciones. Esto termina el domingo, cuando le promete a Nina que le va a dar el nombre en clave.

—Así es, hay más. —Le entrego la siguiente página—. Aquí está el lunes 7 de mayo. Justo hace seis días, el día que Nina le susurró a Lilly al oído las palabras en clave «Edad Media».

Carolyn coge la transcripción y comienza a leerla. Yo voy leyendo mi copia.

Lunes 7 de mayo

D: 1600 de Pennsylvania Avenue

Nina: Localización desconocida

** Todas las horas según el horario oficial de la Costa Este **

Nina (7.43 h): Stoy n París. He venido aunque todavía no m hayas dado las palabras n clave!! Vas a hacerlo o no? Creo q alguien m seguía anoche. Ya sabes, Sulimán está intentando matarme

D (7.58 h): Me lo pensé mucho anoche, y creo que si vamos a confiar mutuamente, tenemos que hacerlo de verdad. Y eso significa que me tienes que decir cómo detener el virus.

Nina (7.59 h): Eso ya lo hemos hablado. A ver... QUE NO!! Cuántas veces tengo q decirlo?? Sabes lo q significa la palabra ventaja?!?

D (8.06 h): Has sido tú quien ha dicho que estabas en peligro. ¿Y si no llegas hasta aquí? ¿Y si te pasa algo? Entonces no podremos detener el virus.

Nina (8.11 h): En cuanto t diga cómo parar el virus, ya no t valgo para nada. Ésa es mi única ventaja.

D (8.15 h): ¿Es que no lo entiendes todavía? No le puedo contar a nadie que hemos hablado. ¿Cómo iba a explicar que sé cómo detener el virus sin revelar que he estado hablando contigo estos últimos días? En cuanto lo revele, todo se acabó para mí. Tendré que dimitir. La cárcel, probablemente.

Nina (8.17 h): Si es así, para q quieres saberlo? Si no lo vas a usar nunca??

D (8.22 h): Porque si te pasa algo a ti, y no hay otra manera de detener el virus, entonces lo haré. Para salvar nuestro país. No podría vivir con ello si no lo hiciese. Pero sería lo último, lo ultimísimo que haría. Preferiría que salieses tú, que vieras al presidente, que te encargases de ello y me dejases a mí al margen.

Nina (8.25 h): Ni d coña. Q no lo hago

D (8.28 h): Entonces adiós y buena suerte. O confías en mí o te olvidas de ello.

Después hay una larga pausa de no menos de tres horas. A continuación:

Nina (11.43 h): Stoy n la Sorbona. Veo a la hija dl presidente. Dime las palabras n clave o m largo para siempre

D (11.49 h): Dime cómo detener el virus y te daré la clave. Si no, no vuelvas a ponerte en contacto conmigo.

Nina (12.09 h): Tendréis la oportunidad d escribir una palabra clave antes d la detonación. Paréntesis d 30 minutos. Escribe la palabra y adiós virus. Si m jodes con esto, le diré a todo el mundo quién eres, t lo juro x dios

D (12.13 h): No te voy a joder. ¡Quiero que lo consigas! Queremos lo mismo.

D (12.16 h): Mira, ya sé que estás asumiendo un gran riesgo. Y yo también. Ya sé que tienes miedo. ¡Yo también lo tengo! Estamos juntos en esto, chica.

La zanahoria y el palo. Manipuló a Nina. Se dio cuenta de que Nina estaba sometida a una gran presión y la necesitaba a ella más de lo que ella necesitaba a Nina. Nina tenía grandes dotes como ciberterrorista, era una programadora de élite, pero no tenía nada que hacer con alguien acostumbrado a las negociaciones de alto nivel en el escenario de la política internacional. Lo siguiente llegó casi diez minutos más tarde:

Nina (12.25 h): La palabra clave es Sujumi.

D (12.26 h): Las palabras en clave son Edad Media.

Carolyn levanta la vista de la página.

—Ella lo sabía —dice—. Ha sabido la palabra clave desde el lunes.

No digo nada. Ojalá tuviera más bourbon, pero lo más probable es que la doctora Lane me reprendiese por haberme tomado una copa siquiera.

—Pero... un momento. ¿Cuándo leyó usted esto, señor presidente?

—¿Esa página..., la del lunes? No la he leído hasta que me he subido en el Marine One, cuando los marines me han traído mi móvil.

Aparta la mirada, está encajando las piezas.

—De manera que... esa última conferencia que hemos hecho, cuando usted estaba en el Marine One, cuando hemos reunido a todos para tratar de averiguar la palabra clave mientras el tiempo corría...

—Ah, claro —digo—. Yo ya sabía la palabra clave. Devin ya la había tecleado. La crisis ya había terminado. Devin y Casey estaban prácticamente desmayados del agotamiento y el alivio mientras yo estaba en el compartimento posterior con Augie, hablando con todos vosotros.

Carolyn me mira fijamente.

—¿Ya habían deshabilitado el virus?

—Sí, Carrie.

—Entonces, todo eso de la cuenta atrás y todo el mundo lanzando sugerencias para adivinar la palabra clave... ¿ha sido una farsa?

—Algo así.

Me ayudo con las manos para levantarme del sofá, me noto las piernas inestables y siento el calor que me sube por el rostro. Durante las últimas horas he estado metido en una montaña rusa de preocupación, de alivio y de gratitud.

Pero ahora mismo sólo estoy cabreado.

Me acerco hasta el escritorio *Resolute* y miro las fotos de Rachel, de Lilly, de mis padres, de las familias Duncan y Brock en Camp David, los niños de Carolyn con esos gorritos de marinero tan bobos.

Me sirvo dos dedos más de bourbon y me lo bebo de un trago.

—¿Se encuentra bien, señor?

Dejo el vaso en la mesa con más fuerza de la que pretendía.

—Estoy muy lejos de encontrarme bien, Carrie. Tan lejos que ahora mismo no sería capaz de ver ese «bien» ni con un telescopio. Mira, ésta es la cuestión.

Apretando los dientes, rodeo el escritorio y me apoyo en él.

—Tienes razón cuando dices que la gente lista hace tonterías —le digo—, pero Kathy habría tenido que estar loca de remate para filtrarle «Edad Media» a Nina y lanzar las sospechas de nuevo sobre sí misma. Las probabilidades de que la descubriesen eran demasiado altas. Podría haber encontrado otra manera de darle a Nina acceso a mí. Algo. Cualquiera cosa mejor que eso.

Carolyn arquea las cejas. Piensa en ello pero no parece haber llegado a una conclusión.

—Entonces... ¿qué es lo que quiere decir, señor?

—Lo que quiero decir... es que quien le filtró a Nina las palabras en clave «Edad Media» quería que las sospechas recayesen en mi círculo más próximo.

Carolyn hace una mueca de confusión.

—Pero ¿quién... querría que se sospechase de ellos? —pregunta—. ¿Y por qué?

—Ah, la parte del *por qué* no es tan difícil de entender, ¿no crees? O a lo mejor sí lo es. —Le hago un gesto con las manos y me paseo ahora por el Despacho Oval—. A mí, desde luego, se me escapa. ¿Quién sabe? A lo mejor soy el más tonto que haya ejercido este cargo.

O quizá en nuestra capital escasee lo único en lo que yo creo —la confianza—, algo que a mí me sobra. La confianza puede cegar. Y a mí me ha cegado.

Paso por delante de la mesa que hay junto al sofá, donde Nina estuvo ayer mirando esa foto que tengo con Lilly, los dos en el jardín de la Casa Blanca después de bajar del Marine One.

Carolyn tiene el ceño fruncido, y dice:

—No... no le sigo, señor. No me puedo imaginar por qué querría alguien que usted supiera que había un traidor.

Junto a esa imagen, una foto mía con Carolyn en la noche en la que fui elegido presidente, haciendo el bobo para la cámara, rodeándonos con los brazos el uno al otro. Cojo la foto y recuerdo lo embriagados que nos sentíamos, tan abrumados, tan dichosos.

Entonces estrello la foto contra la mesa, hago añicos el cristal y destrozo el marco.

Carolyn casi se cae de la silla.

—Entonces, a ver si sigues esto —le digo sin dejar de mirar la foto hecha pedazos de mi jefa de gabinete conmigo—. La filtración dirige las sospechas sobre el equipo de Seguridad Nacional. Se culpa a una de las personas de mi círculo más cerrado, alguien con un rango especialmente alto, digamos la vicepresidenta de Estados Unidos. Es un objetivo fácil. Ha sido desleal. Ha sido un grano en el culo, francamente. Así que la echamos. Fuera. Dimite en la ignominia. Quizá se la procese, quizá no, pero está fuera, ésa es la cuestión. Y claro, alguien tendrá que ocupar su lugar, ¿correcto? ¿Correcto? —ladro.

—Sí, señor —susurra Carolyn.

—¡Correcto! ¿Y bien? ¿Quién la va a sustituir? Bueno, ¿qué me dices de la heroína de la historia, la persona que adivinó la palabra clave cuando se acababa la cuenta atrás, alguien que sin duda piensa que debería haber sido la vicepresidenta desde un principio?

Carolyn Brock se levanta de la silla y me mira fijamente, como un ciervo ante los faros de un coche, boquiabierto. Pero no dice nada. No hay palabras para esto.

—La última conferencia con el equipo de Seguridad Nacional —digo—, ¿la farsa, la has llamado? Era una prueba. Quería ver a quién se le ocurría la palabra clave. Sabía que se le ocurriría a uno de vosotros.

Me llevo la mano a la cara y me pellizco el puente de la nariz.

—Se lo pedí a Dios. Te juro sobre la tumba de mi mujer que recé para suplicárselo en mis plegarias. Cualquiera menos Carrie, rogué.

Alex Trimble entra en el despacho con su ayudante, Jacobson, y se quedan firmes junto a la pared. Acto seguido entra la directora del FBI, Elizabeth Greenfield.

—Fuiste muy lista hasta el mismísimo final, Carrie —le digo—. Nos llevaste directos a la ciudad natal de Nina, prácticamente nos la diste sin mencionarla tú misma.

La expresión herida de Carolyn se quiebra. Parpadea con fuerza, busca en su memoria.

—La deletreó mal a propósito —susurra.

—Y allí estabas tú para corregirnos —le contesto—. Sujumi, con dos úes.

Carolyn cierra los ojos.

Hago un gesto de asentimiento a Liz Greenfield.

—Carolyn Brock —dice ella—, queda detenida bajo la sospecha de haber violado la Ley de Espionaje y haber conspirado para cometer traición. Tiene derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga puede ser utilizada y será utilizada en su contra...

—¡Espere un momento! ¡Espere!

La formalidad de la directora Greenfield, su mención del arresto y la lectura de sus derechos hacen saltar un mecanismo de defensa en Carolyn, que extiende las manos en un gesto que indica «alto».

Se vuelve hacia mí.

—Nina quería volver a casa. Era algo lógico. Y yo, porque sé cómo se escribe el nombre de una ciudad del Este de Europa, ¿me convierto de repente en una traidora? No puede usted... En serio, señor presidente, después de todo por lo que hemos pasado...

—No te atrevas —le gruño—. Nada por lo que «hemos pasado» te da derecho a hacer lo que has hecho.

—Por favor, señor presidente. ¿Podemos... podemos hablar los dos solos? Dos minutos. ¿Puedo disponer al menos de dos minutos? ¿No me merezco ni siquiera eso?

Liz Greenfield comienza a moverse hacia Carolyn, pero levanto una mano.

—Danos dos minutos. Cuéntalos, Liz. Ciento veinte segundos. Eso es todo lo que tiene.

Liz me mira.

—Señor presidente, eso no es una buena...

—Ciento veinte segundos. —Señalo hacia la puerta—. Déjanos a solas. Salid todos.

Observo a Carolyn mientras el servicio secreto y la directora del FBI salen del Despacho Oval. Puedo imaginarme lo que se le estará pasando ahora por la cabeza. Sus hijos; su marido, Morty. Un proceso penal. La deshonra. Una salida a esta situación, como sea.

—Adelante —le digo una vez nos encontramos a solas.

Carolyn respira hondo y estira las manos como si estuviera moldeando una solución.

—Piense en lo que ha pasado hoy. Ha salvado a nuestro país. Ha eliminado por completo la amenaza del proceso de destitución. Lester Rhodes se quedará chupándose el pulgar en un rincón. Sus índices de aceptación se van a disparar ahora como un cohete. Tendrá un mandato como nunca lo ha tenido. Piense en lo que podrá hacer en el próximo año y medio, en los siguientes cinco años y medio. Piense en su lugar en la historia.

Asiento con la cabeza.

—Pero...

—Pero imagínese lo que sucederá si hace usted esto, señor. Si me acusa. Si acaba conmigo de forma pública. ¿Piensa que me voy a limitar a tomarme la medicina como una niña obediente? —Se lleva una mano al pecho, ladea la cabeza y me hace una mueca—. ¿Piensa que no voy a contraatacar? El registro del despacho de la vicepresidenta... ¿qué tal ha ido? ¿Han dado con algo interesante?

La expresión apesadumbrada, la del ciervo ante los faros del coche, ha desaparecido hace mucho. Se han acabado las contemplaciones. Lo tiene todo bien pensado. Por supuesto que sí. Lo ha valorado desde todos los ángulos. Si algo es Carolyn Brock, es temible.

—Has tenido veinte oportunidades de colocarle ese móvil en su despacho —le expongo—. Kathy no habría sido tan estúpida como para dejar ese teléfono detrás de una estantería, por Dios. Ella lo habría hecho añicos.

—Eso lo dice usted —responde—. Mis abogados dicen otra cosa distinta. Lléveme a juicio por traición, y yo la llevaré a ella a juicio por traición. Señor presidente, fíjese en lo que tiene la oportunidad de hacer ahora mismo.

—No me importa —digo.

—Aaaah, sí que le importa —responde y rodea el escritorio—. Porque quiere hacer cosas buenas en este cargo. No quiere que se convierta en un escándalo algo que podría ser su mayor triunfo. «Traición en la Casa Blanca.» ¿Quién era el traidor, la consejera más cercana del presidente, o la actual vicepresidenta? ¿A quién le importa? Usted nos escogió a ambas. Se cuestionará su buen juicio. Este formidable éxito, sin precedentes, se convertirá en lo peor que le haya pasado. ¿He herido tus sentimientos, Jon? Pues supéralo de una maldita vez.

Camina hasta mí con las manos juntas como si estuviera rezando.

—Piensa en el país. Piensa en la gente de ahí fuera que necesita que seas un buen presidente..., qué demonios, un gran presidente.

No digo nada.

—Si me haces esto —añade—, se acabó tu presidencia.

Liz Greenfield vuelve a entrar en el Despacho Oval y me mira.

Yo miro a Carolyn.

—Danos otros dos minutos, Liz —digo.

Ahora me toca a mí.

—Te vas a declarar culpable —le digo a Carolyn cuando volvemos a estar solos—. Se criticará mi buen juicio, tal y como debe ser, por haberte nombrado a ti. Ya lo resolveré. Es un problema político. No voy a hacerte dimitir de manera discreta. Y tú te declararás culpable.

—Señor pres...

—Han muerto agentes del servicio secreto, Carrie. Nina está muerta. A mí podrían fácilmente haberme matado. Esto no es algo que barramos bajo la alfombra en este país.

—Señor...

—¿Quieres ir a juicio? Entonces podrás explicar cómo pudo Nina haberle entregado en mano aquella primera nota a Kathy Brandt cuando Nina estaba en Europa y Kathy estaba aquí, en Washington. ¿Qué, la envió por correo electrónico? ¿La metió en un paquete de un mensajero de FedEx? En ninguno de esos casos habría pasado nuestra seguridad. ¿Pero tú, la jefa de gabinete de la Casa Blanca, en la última etapa de nuestro viaje por Europa, en Sevilla? Nina podía haber entrado en el hotel y habértela entregado. ¿Piensas que no tenemos las grabaciones de las cámaras de seguridad? El gobierno español nos las ha enviado, las de aquel último día en España, pocas horas antes de marcharnos. Nina entrando en el hotel y marchándose una hora más tarde.

Parece que el fuego en su mirada pierde intensidad.

—¿Y cuánto tardaremos en conseguir interceptar y descifrar el mensaje que le enviaste a Sulimán Cindoruk?

Levanta la vista y me mira horrorizada.

—El FBI y el Mossad lo están buscando ahora mismo. Tú le diste el soplo, ¿verdad? Ninguno de tus planes habría funcionado si Nina sobrevivía. Si ella seguía viva y Augie y yo nos subíamos a su furgoneta en el estadio de béisbol, Nina y yo habríamos hecho un trato. Yo habría convencido a los georgianos de que la dejaran volver, ella me habría dado la palabra clave, tú no habrías sido la heroína y Kathy no habría sido el chivo expiatorio. Y ¿quién sabe? Quizá finalmente Nina te hubiese delatado.

Carolyn se lleva una mano a la cara, su peor pesadilla se ha hecho realidad.

—Tú sabías mejor que nadie cómo ponerte en contacto con Sulimán. Fuiste tú quien orquestó aquella primera llamada a través de nuestros intermediarios en Turquía. Podías hacerlo de nuevo. Ella te lo contó todo, Carrie. He leído el resto de

los mensajes de texto. Nina te expuso sus planes. Augie, el estadio de béisbol, la activación del virus a medianoche. Confió en ti. Ella confió en ti, Carrie, y tú la mataste.

Esto parece ser el golpe que resquebraja la pared de la presa. Carolyn pierde la compostura, rompe a llorar, se le estremece todo el cuerpo.

Y yo, al final, me encuentro con que estoy más triste que enfadado. Carolyn y yo hemos pasado por muchas cosas juntos. Ella trazó mi camino hacia la presidencia, me ayudó a atravesar los campos de minas de Washington, ha sacrificado incontables horas de sueño y de tiempo con su familia para asegurarse de que el Despacho Oval funcionaba con la máxima eficiencia. Es la mejor jefa de gabinete que podía haber soñado tener.

Pasado un rato cesan las lágrimas, se estremece y se restriega la cara, pero aún mantiene la cabeza baja, cubierta con la mano. No es capaz de mirarme a los ojos.

—Deja de comportarte como un vulgar sospechoso —le digo— y haz lo correcto. Esto no es la sala de un juicio, es el Despacho Oval. ¿Cómo has podido hacerlo, Carrie?

—Y eso lo dice el hombre que ha llegado a presidente.

Esas palabras surgen de una voz que no reconozco, una voz que no he oído nunca, una parte de Carolyn que ha conseguido ocultarme durante nuestros años juntos. Levanta la cabeza de entre las manos y me mira fijamente, con una mueca de sufrimiento y amargura, de un modo que no había visto jamás.

—Eso lo dice el hombre que no vio su carrera política hundida sólo porque un micrófono oculto captara una palabrota.

Nunca lo vi. Pasé por alto la envidia, el resentimiento, la amargura que se acumulaba en su interior. Es uno de los riesgos de esto, de presentar tu candidatura a la presidencia y después ser presidente. Siempre se trata de ti. Cada minuto de cada hora de cada día consiste en lo mejor para el candidato, en lo que necesita el candidato, en cómo podemos ayudar al candidato, la única persona cuyo nombre figura en la papeleta. Después, cuando te conviertes en presidente, es lo mismo todos los días pero intensificado. Por supuesto, nos hemos relacionado fuera del trabajo. Conozco a su familia, pero esto se me pasó por completo. Era buena en su trabajo. En realidad, yo pensaba que estaba orgullosa de las cosas buenas que hacíamos, que las dificultades le resultaban emocionantes, que disfrutaba del trabajo y que se sentía realizada laboralmente.

—Supongo que no... —Se interrumpe en una risa amarga—. Supongo que no sigue en pie esa oferta de indulto. —Parece avergonzada por sugerirlo siquiera.

Qué rápida ha sido la caída. Entrar en este despacho esperando que te ofrezcan ser la nueva vicepresidenta, la heroína del momento, y ahora rezar para evitar la cárcel.

Liz Greenfield regresa. Esta vez le hago un gesto para que entre.

Carolyn no ofrece resistencia mientras el FBI la detiene.

Carolyn vuelve la cabeza hacia mí cuando se la llevan del Despacho Oval, pero es incapaz de mirarme a los ojos.

—No. No.

Sulimán Cindoruk mira fijamente su móvil y lee la «última hora» en una web detrás de otra, variaciones del mismo titular.

HABRÍA DESTRUIDO NUESTRO PAÍS.

ESTADOS UNIDOS FRUSTRAN UN CIBERATAQUE LETAL.

ESTADOS UNIDOS APLASTA EL GRAVE ATAQUE DE UN VIRUS INFORMÁTICO.

FRUSTRADO EL ATAQUE DEL VIRUS «HIJOS DE LA YIHAD» CONTRA ESTADOS UNIDOS.

Todos y cada uno de los artículos dan la noticia de una palabra clave —«Sujumi»— que impedirá que se active el virus.

Sujumi. Ya no cabe la menor duda. Ha sido Nina. Instaló un sistema de anulación del automatismo por contraseña.

Gira la cabeza de golpe hacia la ventana del piso franco. Ve a los dos soldados, sentados en el exterior en su todoterreno, esperando sus siguientes instrucciones.

Pero la gente que lo ha traído hasta aquí no se va a quedar esperando hasta la medianoche según la hora oficial de la Costa Este para confirmar el éxito o el fracaso del virus. No si están leyendo las noticias.

Saca su pistola, metida en el calcetín y aún cargada con una sola bala.

Entonces encuentra una puerta con salida al jardín trasero, y de ahí a las montañas. Prueba con el pomo, pero está cerrada con llave. Tira de la única ventana, pero también tiene echado el pestillo. Da un vistazo por la habitación apenas amueblada y encuentra una mesita de cristal. La lanza contra la ventana. Utiliza la pistola para romper los cristales puntiagudos que quedan.

Oye la puerta principal, que se abre de golpe. Se lanza de cabeza por la ventana y se aferra a su pistola como si fuera un seguro de vida. Corre hacia unos árboles, hacia el follaje que le servirá para ponerse a cubierto en la oscuridad previa al amanecer.

Lo llaman a voces, pero no se detiene. Tropieza con algo —la raíz de un árbol—, cae rodando hacia delante y se queda sin aliento al golpearse contra el suelo, y suelta la pistola, que cae dando botes.

Grita de dolor cuando una bala le perfora la suela del zapato. Avanza a rastras hacia su derecha, y otra bala hace saltar unas hojas junto a su axila. Palpa con la mano a su alrededor, pero no encuentra la pistola.

Las voces se están acercando y le gritan para advertirle en un idioma que él no conoce.

No es capaz de encontrar la pistola con una sola bala que pondrá fin a todo esto. Sabe que ahora sí tiene el valor para hacerlo. No permitirá que lo cojan.

Pero no alcanza su pistola, no la localiza.

Respira hondo y toma una decisión.

Se pone de pie, se da la vuelta para enfrentarse a ellos con las manos juntas y vacías, apuntando a los dos hombres.

Y ellos le descargan sus fusiles en el pecho.

En el subsótano, abro la puerta y me quedo en el umbral de la habitación donde ha estado esperando la vicepresidenta. Cuando me ve, se levanta.

—Señor presidente —se dirige a mí con más inseguridad que cualquier otra cosa.

Tiene los ojos irritados. Parece cansada y agotada. Coge un mando a distancia y le quita el volumen a la televisión plana de la pared.

—He estado viendo...

Sí, las noticias por cable. No las ha estado viendo como el segundo cargo más alto del país, sino como un ciudadano común. Parece apagada por ese hecho.

—Enhorabuena —me dice.

No respondo, me limito a asentir con la cabeza.

—No he sido yo, señor —confiesa.

Vuelvo a fijarme en la televisión, las constantes actualizaciones de la información sobre el virus Sulimán y la palabra clave que hemos descubierto.

—Lo sé —le digo.

Se desinfla de alivio.

—¿Sigue en pie tu oferta de dimisión? —le pregunto.

Inclina la cabeza.

—Si quiere mi dimisión, señor presidente, la tendrá cuando usted lo desee.

—¿Es eso lo que tú deseas? ¿Dimitir?

—No, señor. No lo es. —Alza la vista y me mira—. Pero si usted no confía en mí...

—¿Qué harías tú si los papeles estuviesen invertidos? —le pregunto.

—Aceptaría la dimisión.

No era lo que yo me esperaba. Cruzo los brazos y me apoyo contra el marco de la puerta.

—Dije que no, señor presidente. Creo que ya lo sabrá si me puso micrófonos en la limusina.

No lo hicimos. El FBI no podía hacerlo sin delatarse ante su servicio secreto. Pero ella no lo sabe.

—De todas formas quiero oírlo de tus labios —digo.

—Le dije a Lester que no le buscaría los doce votos de nuestro partido que necesitaba en el Senado. Le dije que, al margen de lo demás, ésa era una línea que yo, simplemente, no iba a cruzar. Yo... aprendí algo sobre mí misma, la verdad.

—Eso es genial, Kathy, pero no estamos en un programa de la tele. Fuiste desleal sólo por aceptar esa reunión.

—Lo reconozco, lo reconozco. —Junta las manos y me mira—. No me preguntaron sobre Lester en el polígrafo.

—Porque las cuestiones políticas no importaban. No entonces. Ahora que la crisis ha quedado atrás, a mí sí me importa mucho si puedo confiar o no en mi vicepresidenta.

No hay nada más que ella pueda decir. Abre las manos.

—¿Acepta mi dimisión?

—¿Te quedarías hasta que pueda sustituirte?

—Sí, señor. Por supuesto. —Los hombros le bajan de golpe.

—¿A quién debería nombrar? —le pregunto.

Respira hondo.

—Me vienen a la cabeza varias personas, pero una por encima de todas. Me duele decirlo, la verdad. Me duele muchísimo, pero si yo estuviera en su situación, señor presidente, y si pudiera escoger a cualquiera... elegiría a Carolyn Brock.

Niego con la cabeza. Al menos no he sido el único.

—Kathy, no acepto tu dimisión. Ahora vuelve al trabajo.

Bach se balancea mientras escucha la *Pasión según san Mateo*. No hay música ni auriculares —se los han confiscado—, sólo tiene sus recuerdos de los coros complementarios, del solo de la soprano que ella solía cantar. Se imagina en la iglesia en el siglo XVIII, escuchándolo por primera vez.

La interrumpe la puerta de su celda al abrirse.

El hombre que entra es joven, rubio y va vestido con aire informal, con camisa y vaqueros. Trae una silla consigo, la sitúa cerca de la cama y se sienta.

Bach se incorpora, apoya la espalda contra la pared, los pies colgando. Sigue teniendo las muñecas encadenadas.

—Me llamo Randy —dice—. Yo soy el que hace las preguntas con amabilidad. Hay otros que no lo harán.

—Estoy... familiarizada con esa táctica —responde ella.

—Y tú eres... Catharina.

No está segura de cómo han averiguado su identidad, probablemente por la muestra de ADN que le han tomado. Quizá con algún software de reconocimiento facial, pero lo duda.

—Te llamas así, ¿verdad? Catharina Dorothea Ninković. Catharina Dorothea... Ésa fue la primera hija de Johann Sebastian, ¿verdad?

Ella no responde. Coge el vaso de papel y se bebe el resto del agua que le han traído.

—Déjame hacerte una pregunta, Catharina. ¿Crees que vamos a ser indulgentes contigo por el hecho de que estés embarazada?

Se mueve inquieta en la cama, una plancha de implacable acero.

—Has intentado asesinar a un presidente —dice él.

Ella entorna los ojos.

—Si hubiera querido asesinar a un presidente —le replica—, habría muerto asesinado.

Randy tiene aquí la mayoría de las cartas, y disfruta con ello. Asiente, casi divertido.

—Hay muchos otros países que estarían encantados de mantener una conversación contigo —le contesta—, y algunos de ellos no tienen una manera tan progresista de entender los derechos humanos. Quizá te traslademos a uno de ellos. Siempre estarán a tiempo de enviarte de vuelta después..., si es que queda algo de ti que enviar. ¿Qué tal suena eso, Bach? ¿Quieres jugártela y probar suerte con los

ugandeses? ¿Qué me dices de Nicaragua? Los jordanos están entusiasmados con la idea de charlar contigo. Parecen convencidos de que el año pasado le metiste una bala entre ceja y ceja a su jefe de seguridad.

Bach espera hasta que Randy ha terminado. Después, aguarda un poco más.

—Os contaré todo lo queréis saber —dice ella—. Tengo una única exigencia.

—¿Te consideras en situación de exigir nada?

—Como te llames...

—Randy.

—... ahora mismo deberías estar preguntándome qué es lo que quiero.

Randy se reclina en su silla.

—Vale, Catharina. ¿Qué quieres?

—Sé que voy a permanecer encerrada el resto de mi vida. No me hago ninguna... ilusión sobre eso.

—Es un buen comienzo.

—Quiero que mi hija nazca sana. Quiero que nazca en Estados Unidos y quiero que la adopte mi hermano.

—Tu hermano —dice Randy.

Surgió de detrás de la casa de al lado cuando ella estaba de pie cerca de los escombros de la suya, en el momento en que acariciaba el rostro de su madre golpeada, acuchillada y muerta, atada a un árbol.

—¿Es cierto? —dijo él mientras se aproximaba temblando y con la cara sucia de las lágrimas. La miró a ella, al rifle que sostenía, a la pistola en la cintura de los pantalones—. Sí que es cierto, ¿no? Los has matado. ¡Has matado a esos soldados!

—He matado a los soldados que mataron a papá.

—¡Y ellos ahora han matado a mamá! —le gritó—. ¿Cómo has podido hacer eso?

—Yo no..., lo siento..., yo... —Fue hacia él, su hermano mayor, pero él retrocedió, como si le repugnase.

—No —le dijo—. No te acerques a mí. Nunca. ¡Nunca!

Se dio la vuelta y echó a correr. Era más rápido que ella, que fue tras él suplicándole que regresara, llamándolo a voces, pero él desapareció.

Y jamás volvió a verlo.

Durante un tiempo, Bach pensó que su hermano no había sobrevivido, pero luego se enteró de que el orfanato había conseguido enviarlo fuera de Sarajevo. Los chicos lo tenían más fácil que las chicas.

Cuántas veces había querido ir a visitarlo... Hablar con él. Abrazarlo. Tuvo que contentarse con escucharlo.

—Wilhelm Friedemann Herzog —dice Randy—. Un violinista de Viena. Tomó el apellido de su familia adoptiva austriaca pero conservó sus dos nombres de pila, el primero y el segundo. Se los pusieron por el primer hijo de Johann Sebastian. Es evidente que se siguió un patrón.

Ella le mira fijamente; por su parte no hay ninguna prisa.

—Muy bien, quieres que tu hermano Wilhelm adopte a tu hija.

—Y quiero transferirle a él todos mis activos financieros. Y quiero que un abogado redacte y certifique toda la documentación necesaria.

—Ajá. ¿Crees que tu hermano va a querer quedarse con tu hija?

Bach siente que se le humedecen los ojos con esa pregunta, que ella se ha hecho muchas veces. Será una sacudida para Wil, sin duda. Pero es un buen hombre. Su hija llevará la misma sangre de Wil, y Wil no culpará a su sobrina recién nacida de los pecados de su madre. Los quince millones de dólares servirán para que Delilah y su nueva familia tengan seguridad económica.

Pero lo más importante es que Delilah nunca estará sola.

Randy niega con la cabeza.

—Mira, aquí el problema es que me estás hablando como si estuvieras en una posición de fuerza...

—Puedo daros información sobre docenas de sucesos internacionales de la última década. Asesinatos de numerosos funcionarios públicos. Puedo deciros quién me contrató para hacer cada trabajo. Os ayudaré en vuestras investigaciones. Testificaré ante el tribunal que sea. Haré todo eso si mi hija nace en Estados Unidos y mi hermano la adopta. Os hablaré sobre todos los trabajos que he realizado.

Randy sigue interpretando su papel de quien tiene el control, pero Bach observa un cambio en su expresión.

—Incluido *este* trabajo —dice ella.

Cruzo la puerta este del Despacho Oval y salgo al jardín de rosas de la Casa Blanca con Augie a mi lado. Hace bochorno aquí fuera a esta última hora del día y el ambiente huele a lluvia.

Rachel y yo solíamos pasear por el jardín todas las noches después de la cena. Fue en uno de esos paseos cuando me contó que el cáncer había vuelto.

—No estoy seguro de haberte dado las gracias como corresponde —le digo a Augie.

—No es necesario —comenta él.

—¿Qué vas a hacer ahora, Augie?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Nina y yo no habíamos hablado de nada que no fuese regresar a Sujumi.

De nuevo esa palabra. Ahora mismo, en internet, esa palabra es *trending topic*, como dicen. Seguro que la veo en mis pesadillas.

—Lo que resulta curioso —añade— es que los dos sabíamos que nuestro plan podría no funcionar. Sabíamos que Sulimán enviaría a alguien detrás de nosotros. No sabíamos qué iba a hacer usted. Había tantas...

—Variables.

—Sí, variables. Y, aun así, siempre hablábamos como si fuera a suceder. Ella hablaba de la casa que quería comprar, a menos de un kilómetro de la de sus padres, no muy lejos del mar. Hablaba de los nombres que les pondría a nuestros hijos algún día.

Percibo la emoción en su voz. El brillo de las lágrimas en sus ojos.

Le pongo la mano en el hombro.

—Podrías quedarte aquí —le animo—. Trabajar para nosotros.

Tuerce la boca.

—No tengo... papeles de inmigración. No he...

Me detengo y me vuelvo hacia él.

—Quizá yo pueda ayudar con eso —le confieso—. Tengo algunos contactos.

Me sonrío.

—Sí, por supuesto, pero...

—Augie, no puedo permitir que esto vuelva a suceder. Esta vez hemos tenido suerte. De ahora en adelante necesitamos algo más que suerte. Tenemos que estar mucho más preparados de lo que estamos. Necesito gente como tú. Te necesito a ti.

Aparta la mirada, hacia el jardín, hacia las rosas, los narcisos y los jacintos. Rachel conocía los nombres de todas y cada una de las flores de este jardín. Lo único que yo sé de ellas es que son hermosas. Ahora mismo, más hermosas que nunca.

—Estados Unidos —dice, como si lo estuviese valorando—. Me lo pasé bien en el combate de béisbol.

Es la primera vez que me río de verdad en mucho tiempo.

—El *partido* de béisbol —le corrijo.

DOMINGO

—Alteza —digo por teléfono al rey Saad bin Saúd de Arabia Saudí mientras me siento ante mi escritorio en el Despacho Oval.

Me llevo a los labios una taza de café. No es normal en mí tomar café por la tarde, pero después de haber dormido sólo dos horas y el viernes y el sábado que hemos tenido, la normalidad queda muy lejos.

—Señor presidente —me dice—, al parecer ha tenido usted unos días de lo más ajetreado.

—Igual que usted. ¿Cómo está?

—Supongo que podría decirse que me he escapado por los pelos, pero en mi caso es casi literalmente cierto. Afortunadamente, la conspiración fue descubierta antes de que pudiesen intentar contra mi vida. He tenido suerte. El orden se ha restablecido en nuestro reino.

—En condiciones normales —respondo—, le habría llamado a usted directamente después de enterarme de la conspiración. En las circunstancias...

—Señor presidente, no es necesario que dé explicaciones. Lo comprendo perfectamente. Doy por sentado que le han informado del motivo de mi llamada.

—La directora de la CIA me lo ha comentado, sí.

—Bien. Como usted ya sabe, señor presidente, la familia real saudí es muy extensa y diversa.

Eso es quedarse corto. La casa Saúd cuenta con miles de miembros y numerosas ramas. La mayoría de los familiares tienen poca o ninguna influencia, se limitan a recibir generosos cheques procedentes de los beneficios del petróleo, pero incluso dentro del núcleo de los líderes, que rondará los dos mil, hay ramas y jerarquías. Y todo tipo de resentimientos y de envidias como en cualquier familia y en cualquier jerarquía política. Cuando Saad bin Saúd pasó por encima de un buen número de cabezas para convertirse en el siguiente rey, hubo envidias y resentimientos más que de sobra para alimentar y financiar la conspiración que nos ha llevado a todos al borde del desastre.

—Los príncipes que intentaron el golpe estaban... descontentos con mi reinado.

—Enhorabuena, majestad, por quedarse tan impresionantemente corto y por haber atrapado a los conspiradores.

—Supone para mí una gran vergüenza que tales planes brotasen y florecieran sin mi conocimiento. Justo delante de mis narices, como ustedes dirían, y no fui consciente de ello. Un lapsus de nuestra inteligencia que será corregido, se lo puedo asegurar.

Conozco la sensación de haber pasado por alto algo que tienes justo delante de tus narices.

—¿Cuál era su plan, exactamente? ¿Qué querían?

—El retorno a una época diferente —dice—. Un mundo sin un Estados Unidos dominante y, por tanto, sin un Israel dominante. Querían gobernar el reino saudí y dominar Oriente Próximo. Sus intenciones, tal y como yo lo entiendo, no eran tanto destruir Estados Unidos como debilitarlo hasta el punto de que dejara de ser una superpotencia. Un retorno a una época diferente, como le he dicho. El dominio regional. Sin superpotencias globales.

—Tendríamos tantos problemas internos que no nos tomaríamos molestias con Oriente Próximo... ¿Era ésa la idea?

—Por poco realista que parezca, sí. Ésa es una acertada descripción de sus intenciones.

No estoy seguro de si era poco realista o no. Casi ha sucedido. Yo sigo pensando en lo impensable: ¿qué hubiera pasado si Nina no hubiese instalado el freno, la palabra clave para deshabilitar el virus; o, para el caso, si no nos hubiera lanzado el señuelo para ponernos sobre aviso? ¿Y si no hubiera habido una Nina y un Augie? Jamás habríamos sabido lo que se nos venía encima. Edad Media se habría hecho realidad. Nos habrían paralizado.

Paralizado, pero no matado. Aunque paralizarnos habría sido suficiente desde su perspectiva. Habríamos estado demasiado preocupados con nuestros problemas internos para prestar atención al resto del mundo.

No querían destruirnos. No querían borrarlos de la faz de la Tierra. Sólo querían tumbarnos lo suficiente para forzar nuestra retirada de su zona del mundo.

—Estamos teniendo éxito en nuestros interrogatorios de los sujetos —dice el rey.

Los saudíes se permiten un poco más de libertad de acción que nosotros en sus técnicas de «interrogatorio».

—¿Están hablando?

—Por supuesto —responde, como si fuera obvio—. Y, naturalmente, pondremos los resultados a su disposición.

—Se lo agradezco.

—En resumen, señor presidente, este grupo escindido de la familia real pagó a la organización terrorista, a los Hijos de la Yihad, una enorme suma de dinero para destruir las infraestructuras estadounidenses. Esto, al parecer, incluía la contratación de una asesina, para que eliminara a los miembros de los Hijos de la Yihad que habían desertado del grupo.

—Sí, tenemos a la asesina bajo custodia.

—¿Y está cooperando con la investigación?

—Sí —le cuento—. Hemos llegado a un acuerdo con ella.

—Entonces es posible que ya sepa usted lo que le voy a decir a continuación.

—Quizá sí, alteza. Pero me gustaría oírlo de usted, de todos modos.

—Tome asiento —digo en el Salón Roosevelt.

En condiciones normales haríamos esto en el Despacho Oval, pero me niego a mantener esta conversación allí.

Se desabrocha la chaqueta del traje y se sienta. Yo me siento presidiendo la mesa.

—Ni que decir tiene, señor presidente, que estamos eufóricos con el resultado del día de ayer. Y agradecidos por haber podido ser partícipes de su éxito en muy pequeña medida.

—Sí, señor embajador.

—Andréi, por favor.

Andréi Ivanenko podría hacer el papel de abuelo en un anuncio de cereales: la calva y las manchas en la coronilla, el cabello ralo y canoso a ambos lados de la cabeza y una pinta en general anticuada, pasada de moda.

Ese aire que tiene le va muy bien, porque bajo su aspecto inofensivo hay un espía de carrera, un producto de la escuela de modales rusa y un miembro de la élite del antiguo KGB, al que más adelante lanzarían al escenario diplomático y enviarían aquí, embajador en Estados Unidos.

—Podrían haber sido ustedes partícipes de nuestro éxito en una medida mucho mayor —le digo—, si nos hubieran advertido con antelación sobre el virus informático.

—¿Con... antelación? —Abre las manos—. No entiendo.

—Rusia lo sabía, Andréi. Ustedes estaban al tanto de lo que pretendían esos príncipes de la familia real saudí. Ustedes querían lo mismo que ellos, no destruirnos en sí, sino debilitarnos hasta el punto de que dejásemos de tener influencia. Ya no podríamos ser el freno de sus ambiciones. Mientras nos lamíamos las heridas, ustedes podrían reconstruir el imperio soviético.

—Señor presidente —dice con tal incredulidad que arrastra las palabras casi con acento sureño.

Este hombre podría mirarte a los ojos y decirte que la Tierra es plana, que el sol sale por el oeste y que la luna está hecha de queso azul y lo más probable es que pasase la prueba del polígrafo.

—Los saudíes los han delatado —digo.

—Una persona desesperada, señor presidente —responde sin inmutarse—, dirá prácticamente lo que...

—La asesina a la que ustedes contrataron nos ha dicho lo mismo a nosotros — confieso—. La coherencia entre ambos relatos es..., bueno, se parecen demasiado para ser falsos. Hemos seguido también la pista del dinero, el dinero que Rusia transfirió a los mercenarios, los Ratnici. Y a Bach.

—¿Ratnici? —pregunta—. ¿Bach?

—Resulta curioso —prosigo— que Bach y los mercenarios esperaran a que la delegación rusa se hubiera marchado de nuestra cabaña antes de asaltarla.

—Esto no... Esto no es creíble, esta acusación.

Asiento con la cabeza e incluso le ofrezco una fría sonrisa.

—Utilizaron hombres de paja que no llevasen hasta ustedes, por supuesto. Los rusos no son estúpidos. Tienen la posibilidad de una negación verosímil, pero no conmigo.

A partir de todo lo que nos contaron los saudíes detenidos, dedujimos que Sulimán les compró la idea y ellos le pagaron muy bien por sus servicios. Los rusos no empezaron esto, pero sí estaban al corriente. A los saudíes les aterrorizaba mover su propio dinero, así que se pusieron en contacto con intermediarios rusos, conscientes de que Rusia querría poner de rodillas a Estados Unidos tanto como ellos. Aparte de mover el dinero, los rusos proporcionaron los mercenarios y la asesina, Bach.

Me levanto.

—Andréi, ya va siendo hora de que se marche.

Hace un gesto negativo con la cabeza y se pone en pie.

—Señor presidente, en cuanto regrese a la embajada, me pondré en contacto con el presidente Chernokev, y confí...

—Andréi, esa conversación la mantendrá en persona.

Se queda de piedra.

—Le estamos expulsando —le suelto—. Voy a meterlo ahora mismo en un avión con destino a Moscú. El resto de la embajada dispone hasta la puesta de sol para marcharse.

Se queda boquiabierto. Es la primera señal de sudor en este hombre.

—¿Está... está usted clausurando la embajada rusa en Estados Unidos? ¿Cortando lazos diplomáticos...?

—Eso es sólo el principio —digo—. Cuando vean ustedes el paquete de sanciones que tenemos programado, van a lamentar el día en que hicieron ese trato con los disidentes saudíes. Ah, y ¿esos sistemas de defensa antimisiles que han pedido Letonia y Lituania? ¿Esos que nos han pedido ustedes que no les vendamos a los letones y a los lituanos? Pues no se preocupe, Andréi, que no se los venderemos.

Traga saliva con fuerza y suaviza su expresión.

—Bueno, al menos, señor pres...

—Se los vamos a entregar gratis —le digo.

—Yo... Señor presidente, debo... No puedo...

Me acerco más a él, tanto que lo único que necesito es un susurro. Aun así mantengo el volumen de mi voz.

—Dígale a Chernokev que tiene suerte de que hayamos detenido el virus antes de que causara algún daño —añado—. O Rusia estaría en guerra con la OTAN. Y la perdería.

»No vuelvan a ponerme a prueba nunca, Andréi —continúo—. Ah, y dejen en paz nuestras elecciones. Después de que hable mañana, tendrán ustedes suficiente con seguir amañando las suyas. Y ahora salga de mi país de una puñetera vez.

JoAnn entra en el Despacho Oval, donde estoy sentado con Sam Haber repasando el informe posterior a la operación del Departamento de Seguridad Nacional, su valoración de las consecuencias del virus Sulimán.

—Señor presidente, el presidente de la Cámara está al teléfono.

Miro a Sam, después a JoAnn.

—Ahora no —le digo.

—Ha cancelado la reunión de la comisión prevista para mañana, señor. Le solicita que se dirija a la sesión conjunta de ambas cámaras mañana por la noche.

No es ninguna sorpresa. Desde luego que Lester Rhodes ha cambiado su discurso de cara al público desde que detuvimos el virus.

—Dile que no me lo perdería por nada del mundo.

LUNES

—Señor presidente de la Cámara —dice el secretario del Congreso—, ¡el presidente de los Estados Unidos de América!

Los miembros de la Cámara de Representantes y del Senado están en pie cuando entro en el hemiciclo con mi equipo. Siempre me ha gustado asistir a una sesión conjunta del Congreso. Desciendo por el pasillo y disfruto más que nunca de la pompa y de las charlas políticas informales. Hace una semana, éste era el último lugar donde esperaba encontrarme esta noche. Y las últimas personas cuya mano esperaba estrechar son justo las dos cuyas manos sostengo ante el atril, la vicepresidenta Brandt y el presidente de la Cámara Rhodes.

Estoy ante el Congreso, con el teleprónter listo, y me tomo un instante para asimilarlo todo. La oportunidad que tengo ahora. La buena suerte de nuestra nación.

«Lo hemos conseguido —pienso para mis adentros—. Y si somos capaces de esto, no hay nada que no podamos lograr.»

Señora vicepresidenta, señor presidente de la Cámara, miembros del Congreso, compatriotas estadounidenses.

Anoche, un comprometido equipo de funcionarios norteamericanos, con la ayuda de dos buenos aliados y de un valiente ciudadano extranjero, frustró el ciberataque más peligroso jamás lanzado contra Estados Unidos o cualquier otro país.

De haber logrado su objetivo, el ciberataque habría paralizado nuestras fuerzas militares, borrado todos nuestros registros financieros y sus copias de seguridad, destruido nuestra red eléctrica y nuestras redes de transmisiones, interrumpido nuestros sistemas de suministro y de purificación del agua, deshabilitado nuestros sistemas de telefonía móvil y demás. Entre las probables consecuencias del ataque se habrían incluido una pérdida descomunal de vidas humanas, daños en la salud de millones de norteamericanos de todas las edades, una crisis económica mayor que la Gran Depresión, una anarquía de carácter violento en las calles de las comunidades grandes y pequeñas por todo el país. Los efectos habrían tenido repercusiones por todo el mundo. Habríamos tardado años en reparar los daños, y habríamos necesitado una década o más para recuperar nuestra posición económica, política y militar.

Ahora sabemos que la persona que organizó y lanzó este ataque fue Sulimán Cindoruk, un terrorista turco aunque no un hombre religioso, que lo hizo por una impresionante suma de dinero y, al parecer, por el deseo de herir a Estados Unidos. El dinero lo proporcionó un número relativamente pequeño de príncipes saudíes muy acaudalados que carecen de influencia en el gobierno de su país. Pretendían valerse de la retirada de Estados Unidos de la escena mundial para derrocar al rey saudí, expropiar las riquezas de su rama de la familia real y la de sus partidarios, reconciliarse con Irán y con Siria y establecer un califato tecnocrático moderno utilizando la ciencia y la tecnología para elevar la posición del mundo musulmán a unas cotas que no hemos visto en el último milenio.

Lamentablemente, hay otro villano en esta historia: Rusia. El sábado invité al presidente ruso, al canciller alemán y a la primera ministra israelí a una base de operaciones que establecí no muy lejos de aquí, en una zona rural de Virginia, dadas sus probadas capacidades en ciberseguridad, y, en el caso de Rusia, en ciberataques. Los dos últimos mandatarios acudieron y fueron de gran ayuda y apoyo. Todos los ciudadanos estadounidenses tienen una deuda de gratitud con Alemania y con Israel.

El presidente ruso no asistió, sino que envió a su primer ministro para que diese una imagen de solidaridad. Ahora sabemos lo que los rusos ya habían hecho para respaldar el ataque y por qué. Primero, lo sabían todo sobre dicho ataque con bastante

antelación y se negaron a informarnos, incluso cuando yo les pregunté. Después, para ayudar a los príncipes saudíes a mantener sus identidades en secreto, hicieron las transferencias de fondos que Sulimán exigía como pago por la conspiración y contrataron a mercenarios y a una asesina como apoyo. Querían valerse de nuestra debilidad, no para acabar con nosotros con armamento nuclear, sino con el objetivo de paralizarnos hasta tal punto que ellos disfrutasen de libertad para incrementar su dominio sobre sus países vecinos y afirmar su poder e influencia en cualquier otra región del mundo. El sábado por la noche, cuando el primer ministro ruso se marchaba, le comuniqué mis sospechas y le aseguré que habría una respuesta apropiada. Ayer di el primer paso, expulsé al embajador ruso y a todos los empleados de su embajada en Estados Unidos. Éste es el segundo paso: asegurarme de que todo el mundo sabe que son los peores extorsionadores del planeta.

Los saudíes han sido puntualmente informados y se están encargando de sus traidores.

Y Sulimán, fuera religioso o no, ha ido al encuentro de su creador.

El sábado no teníamos ninguna certeza sobre nada de esto, ya que en las últimas y frenéticas horas, cuando nos hallábamos en plena carrera contrarreloj, nuestro cuartel general sufrió el ataque de un grupo de asesinos profesionales bien entrenados, el tercer ataque de este tipo desde que salí de la Casa Blanca para ocuparme del problema. Muchos de los asaltantes fueron abatidos, pero también cayeron dos valientes miembros del servicio secreto que murieron para salvar mi vida y salvar al país cuando ambos estábamos en peligro. Son héroes.

Otra persona fue también asesinada, una extraordinaria joven que había sido el cerebro que estaba detrás de la ciberbomba pero quien, junto con su compañero —un joven que sin duda la amaba—, decidió que no podía seguir con aquello. Ambos escaparon de las actividades de Sulimán y dieron una serie de pasos poco habituales con el objeto de advertirnos y ayudarnos a prevenir el ataque mientras hacían cuanto podían para sobrevivir a la ira y los largos tentáculos de Sulimán. Sólo ha sobrevivido el joven. Si ambos no hubieran redescubierto su humanidad a tiempo, con toda probabilidad el resultado que hoy aplaudimos hubiera sido muy distinto.

De un modo inteligente e intrincado, la joven estableció un primer contacto con nosotros y nos proporcionó la suficiente información sobre el ataque para que nos lo tomásemos en serio, y nos dejó bien claro que sólo ella y su compañero podían detenerlo. A cambio querían quedar libres de cualquier procesamiento y regresar a salvo a su país.

El compañero de la joven, que había llegado aquí de manera independiente, albergaba profundas sospechas sobre nuestro gobierno, y se pusieron en contacto con nosotros para decirnos que sólo tratarían conmigo y que exigían que me reuniese con él, completamente a solas, en un lugar de lo más público.

Por ese motivo estuvo desaparecido vuestro presidente.

Teniendo en cuenta lo que había en juego, decidí que tenía que dar el arriesgado y casi fatal paso de acudir a dicho encuentro disfrazado y a solas. Sigo convencido de que fue la decisión correcta, pero rezo por que ninguna otra crisis en el futuro vuelva a obligar a otro presidente a hacer algo parecido.

Han sucedido muchas cosas en los dos últimos días. Iremos ofreciendo más detalles conforme podamos. Sigue habiendo cabos sueltos que debemos atar y preocupaciones de seguridad que debemos valorar.

Mientras estuve ilocalizable, la prensa se disparó, y con razón: ¿dónde estaba? ¿Por qué había desaparecido? ¿Qué estaba haciendo? Con antelación a esto, y en contra de la opinión de mis asesores, yo había accedido a presentarme ante el Comité Especial de la Cámara que se había formado con el fin de decidir si se iba a iniciar un proceso de destitución en mi contra.

En el vacío que dejé se ha producido una verdadera tormenta de especulaciones. Los medios más amables han sugerido que me había retirado porque me moría a causa de mi bien conocida enfermedad de la sangre o porque me había desmoronado a causa del estrés del cargo, de unos índices de popularidad en descenso y por la herida aún abierta por la muerte de mi esposa. Los medios menos amables se han lanzado de inmediato con teorías más oscuras: había huido con grandes cantidades de dinero en cuentas opacas después de traicionar a nuestra nación ante el terrorista más destacado del mundo y el país que trata de corromper nuestra democracia con mayor ahínco.

En honor a la verdad, yo mismo alimenté esas respuestas al no decirle a nadie lo que estaba haciendo y por qué, salvo a mi exjefa de gabinete. Ni siquiera informé a la vicepresidenta Brandt, quien me habría sucedido en el cargo de haber muerto yo anoche.

No informé a los líderes del Congreso porque no confiaba en que lo mantuviesen en secreto; de haber salido esta historia a la luz, habría desencadenado el pánico en todo el país y habría debilitado nuestros esfuerzos por detener el ataque. Y peor todavía: sospechábamos que había un traidor en el pequeño círculo de personas que tenían conocimiento de que sobre nosotros se cernía un ataque. Además de mi exjefa de gabinete y yo, sólo otras siete personas, incluida la vicepresidenta Brandt, lo podían haber sabido. Pero no habíamos averiguado aún quién era el traidor cuando llegó el momento de marcharme, de manera que no informé ni siquiera a la vicepresidenta.

Después de marcharme, el presidente de la Cámara se puso en contacto con ella para decirle que contaba con los votos necesarios para mi destitución en la Cámara de Representantes, pero que necesitaba unos cuantos más de nuestro partido para alcanzar los dos tercios necesarios para condenarme en el Senado. Le pidió a la vicepresidenta que le ayudase a conseguir dichos votos, y le dijo que le daba igual

que fuese ella quien ocupase la presidencia, porque si conseguía mi destitución, él tendría el control de la Cámara y del programa legislativo nacional durante mucho tiempo.

Quiero dejar constancia de la integridad de la vicepresidenta, que rechazó participar en ello.

No digo esto con la intención de reabrir mi ya duradero enfrentamiento con el presidente de esta Cámara, sino para aclarar la situación de forma que podamos volver a empezar. Deberíamos haber combatido juntos esta amenaza, más allá de las fronteras de los partidos.

Nuestra democracia no podrá sobrevivir a su actual deriva hacia el tribalismo, el extremismo y el resentimiento más furioso. En Estados Unidos vivimos hoy inmersos en un «nosotros contra ellos». La política ha quedado reducida a un deporte sangriento. En consecuencia, no ha hecho sino aumentar nuestra disposición a creer lo peor sobre todo aquel que se encuentre fuera de nuestra burbuja, no ha hecho sino disminuir nuestra capacidad para resolver problemas y aprovechar las oportunidades.

Hay que hacer mejor las cosas. Tenemos nuestras sinceras diferencias. Necesitamos debates enérgicos. El escepticismo sano es bueno, nos impide ser demasiado ingenuos o demasiado cínicos. Pero resulta imposible preservar la democracia cuando se seca por completo el pozo de la confianza.

Las libertades consagradas por la Declaración de Derechos y el sistema de pesos y contrapesos de nuestra Constitución fueron ideados para evitar las heridas autoinfligidas a las que nos enfrentamos hoy. Sin embargo, tal y como nuestra larga historia pone de manifiesto, la palabra escrita ha de ser aplicada por aquellos a los que se les encomienda el encargo de dotarla de vida en una nueva era. Así fue como los afroamericanos pasaron de la esclavitud a ser iguales ante la ley, y como partieron en el largo viaje hacia la igualdad de hecho, un trayecto que todos sabemos que no ha llegado aún a su fin. Lo mismo se puede decir de los derechos de la mujer, de los derechos de los trabajadores, de los inmigrantes, de los discapacitados, de las dificultades a la hora de definir y proteger la libertad religiosa y de garantizar la igualdad de las personas con independencia de su orientación o su identidad sexual.

Éstas han sido unas batallas reñidas que se han librado en un terreno incierto y cambiante, y cada avance ha prendido la llama de una fuerte reacción por parte de aquellos cuyas creencias e intereses se ven amenazados.

Hoy, los cambios se producen con tal rapidez y en medio de un vendaval de información y desinformación que nuestra propia identidad se ve puesta en entredicho.

¿Qué significa hoy en día ser estadounidense? Se trata de una pregunta que se responderá por sí sola si regresamos a aquello que nos ha traído hasta aquí: ampliar el círculo de oportunidades, profundizar en el significado de la libertad y fortalecer los vínculos de la comunidad. Reducir la definición del «ellos» y expandir la del «nosotros». No dejar a nadie atrás, no dejar a nadie fuera, no menospreciar a nadie.

Debemos regresar a esa misión, y debemos hacerlo tanto con energía como con humildad, conscientes de que nuestro tiempo es fugaz y nuestro poder no es un fin en sí mismo, sino un medio para alcanzar fines más nobles y más necesarios.

El sueño americano es válido cuando nuestra común condición humana pesa más que nuestras interesantes diferencias y cuando, juntas, éstas crean infinitas posibilidades.

Ése es el país por el que merece la pena luchar e incluso morir. Y lo que es más importante, es un país por el que merece la pena vivir y trabajar.

No he traicionado a nuestra nación ni he traicionado el deber que juré de defenderla y protegerla cuando he desaparecido para luchar contra lo que hemos denominado «Edad Media» por el mismo motivo por el que no la traicioné cuando fui torturado como prisionero de guerra en Irak. No lo hice porque no pude. Amo demasiado a mi país, y quiero que Estados Unidos sea un país libre y próspero, pacífico y seguro, y que no cese de mejorar para las generaciones futuras.

Y no digo esto para alardear. Creo que la mayoría de ustedes, de haber estado en mi situación, habría hecho lo mismo. Espero que esa confianza sea suficiente para que afrontemos un nuevo inicio.

Compatriotas estadounidenses, acabamos de esquivar el mayor ataque al que nos hemos enfrentado desde la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos goza de una segunda oportunidad. No debemos desperdiciarla. Y sólo juntos podremos sacarle el mayor partido.

Creo que deberíamos empezar por reformar y proteger nuestras elecciones. Todo ciudadano con derecho al voto debería poder ejercerlo sin incomodidades innecesarias, sin el temor de verse eliminado del censo o la preocupación de que unas máquinas que se pueden piratear en cinco o seis minutos no vayan a contar los votos de manera correcta. Y, allí donde sea posible, los distritos electorales nacionales y estatales deberían ser trazados por organismos ajenos a los partidos de manera que representen con mayor exactitud esa diversidad de opiniones e intereses que constituye uno de los grandes valores de nuestra nación.

Pensemos en lo diferente que sería si fuéramos más allá de nuestras propias bases para representar a un espectro más amplio de opiniones e intereses. Aprenderíamos a escucharnos más los unos a los otros y a atacarnos menos. Eso ayudaría a crear la confianza necesaria para hallar un lugar de encuentro de mayores dimensiones. Sobre esa base, podríamos incorporar la Norteamérica rural, la Norteamérica de los pueblos pequeños, la población de las áreas urbanas deprimidas y las comunidades de los pueblos nativos norteamericanos a una economía moderna: con una banda ancha asequible y agua sin plomo para todas nuestras familias; más energías limpias con unos puestos de trabajo repartidos por Estados Unidos de un modo más uniforme; unas bases imponibles fiscales que recompensen la inversión en las áreas subdesarrolladas y permitan que los ejecutivos y los grandes inversores ayuden a todo el mundo y no piensen sólo en sí mismos.

Podríamos lograr una verdadera reforma de la inmigración, con una mejor seguridad en las fronteras pero sin cerrarlas ante los que vienen buscando la seguridad o un futuro mejor para ellos y para sus familias. Nuestra tasa de natalidad apenas supe los decesos. Necesitamos a los que llegan de otros países y a los trabajadores, profesionales y emprendedores que crean nuevos negocios a un ritmo que dobla la media nacional.

Podríamos disponer de programas serios de formación y de apoyo a las fuerzas del orden y a los líderes de las comunidades con el fin de evitar la muerte injustificada de ciudadanos de a pie, para aumentar la seguridad de los agentes de policía y para reducir la delincuencia. Y unas leyes de control de armas que las aparten de las manos de aquellos que no deberían tenerlas, que reduzcan la cantidad casi inconcebible de asesinatos en masa y no dejen de proteger el derecho de poseer dichas armas para cazar, para los deportes de tiro o para la defensa personal.

Podríamos tener un verdadero debate sobre el cambio climático. ¿Quién tiene las mejores ideas para reducir la amenaza con más rapidez al tiempo que se crea la mayor cantidad de nuevos negocios y de empleos de calidad? Con los futuros avances en automatización e inteligencia artificial, serán muchos más los que necesitamos.

Podríamos trabajar mucho más para poner freno a la crisis de los opiáceos, para desestigmatizarla, para educar a esa extremadamente elevada cantidad de personas que aún no saben que se pueden estar matando, y para asegurarnos de que todo ciudadano estadounidense tiene a poca distancia un tratamiento eficaz y accesible.

Y podríamos redistribuir nuestro gasto en defensa a imagen de la amenaza de los ciberataques, una amenaza enorme y en constante evolución, de manera que nuestras defensas sean insuperables y nos encontremos en posición de convencer a las demás naciones para que trabajen con nosotros con el fin de reducir los peligros allá donde se encuentren antes de que nos enfrentemos a otro armagedón. La próxima vez no seremos tan afortunados como para contar con dos jóvenes genios huidos que vengan a rescatarnos.

Pensemos en cuán gratificante sería si todos fuésemos a trabajar cada día preguntándonos: ¿a quién puedo ayudar hoy y cómo puedo hacerlo?, en vez de: ¿a quién puedo causar algún daño hoy y cuánta atención seré capaz de recibir por haberlo hecho?

Nuestros fundadores nos dejaron una responsabilidad eterna: la de formar una unión más perfecta. Y nos legaron un Estado con la suficiente solidez para preservar nuestras libertades y la suficiente flexibilidad para estar a la altura de cada nueva época. Estos dos dones nos han hecho avanzar mucho y con mucha fuerza. Debemos dejar de darlos por sentados, e incluso dejar de ponerlos en peligro con tal de obtener una fugaz ventaja. Antes de la noche pasada, la mayoría de nuestras heridas eran autoinfligidas, incluido nuestro retraso en ciberseguridad.

Gracias a Dios, todavía tenemos ante nosotros un futuro pleno de posibilidades, y no el penoso deber de salir a rastras de la ruina.

Se lo debemos a nuestros hijos, a nosotros mismos y a miles de millones de personas decentes en todo el mundo que aún desean que seamos una fuente de inspiración, un ejemplo y un amigo con el que sacar el mayor partido a esta segunda oportunidad.

Que esta noche se recuerde como la celebración del desastre que hemos evitado y de una nueva dedicación de nuestras vidas, nuestras fortunas y nuestro sagrado honor de formar nuestra unión, una unión más perfecta.

Que Dios bendiga a los Estados Unidos de América y a todos aquellos que lo consideran su hogar.

Muchas gracias. Y buenas noches.

EPÍLOGO

Tras el discurso, mis índices de popularidad subieron desde menos de un treinta por ciento hasta más del ochenta por ciento. Sabía que no iba a durar, pero qué bien me sentó verme fuera de las mazmorras.

Recibí algunas críticas por utilizar el discurso para impulsar mi programa político, pero quería que los estadounidenses supieran lo que deseaba hacer por ellos y aun así abrir posibilidades para trabajar con los del otro lado.

El presidente de la Cámara ha colaborado a regañadientes. En el transcurso de dos semanas, las dos cámaras han aprobado con amplias mayorías una ley que exige unas elecciones más honestas, inclusivas y verificables y que cuenta con una partida económica para la transición a un sistema de voto que no se pueda piratear, empezando con las papeletas de papel de toda la vida. El resto del programa sigue pendiente, pero tengo la esperanza de que, con las concesiones y los incentivos apropiados, podremos sacar adelante muchas más cosas. Ha habido, incluso, algunos movimientos respecto a la prohibición de las armas de asalto y sobre una ley que establezca una comprobación de antecedentes penales verdaderamente exhaustiva.

El presidente de la Cámara sigue sin decidirse sobre su próxima jugada. Se enfadó conmigo por haber denunciado su conducta en público, pero también le quitó un peso de encima que no le contara al pueblo norteamericano que Rhodes quiso que la vicepresidenta Brandt nombrase a su hija para el Tribunal Supremo a cambio de convertirla a ella en presidenta.

A Carolyn Brock le cayó una lista de veinte cargos que la acusaban de diversas modalidades de traición, actos terroristas, uso indebido de información clasificada, asesinato, conspiración para cometer asesinato y obstrucción a la justicia. Sus abogados están negociando una declaración de culpabilidad con la esperanza de evitar la cadena perpetua. Es tan descorazonador en tantos aspectos... Su traición a todo aquello por lo que tanto trabajamos, el brillante futuro que podría haber tenido de no haber sucumbido a una ambición irresponsable, pero, sobre todo, el impacto sobre su familia. Todavía hay ocasiones en que me sorprende pronunciando su nombre cuando estoy perdido en mis pensamientos con alguna cuestión complicada.

Mientras tanto, por fin he dejado que la doctora Lane me recete el tratamiento de proteínas además de una inyección de esteroides. Mi recuento de plaquetas ronda tranquilamente las seis cifras. Me siento mejor, y no tengo que preocuparme por si voy a caerme muerto como se me pase un poco la hora de tomarme las pastillas. Además, también es agradable que no te disparen.

Y, gracias a Dios, mi hija ha retomado su vida y respira más tranquila.

La cobertura informativa de los medios generalistas, de derecha a izquierda, se ha vuelto más franca, no tanto a causa de mi discurso sino porque, al menos por ahora, los estadounidenses se están alejando de los medios extremistas hacia otros que les ofrecen más explicaciones y menos ataques personales.

Envié a alguien a ver al vagabundo, el veterano que conocí en la calle después de desaparecer. Ahora está en terapia de grupo y recibe ayuda para encontrar un trabajo decente y una vivienda asequible. Y parece que el Congreso apoyará un programa para reducir las muertes de ciudadanos desarmados, aumentar la seguridad de los agentes de policía y poner a las juntas vecinales a trabajar con las fuerzas del orden.

No sé qué nos deparará el futuro. Lo único que sé es que el país que yo amo ha recuperado la esperanza.

Al finalizar la Convención Constitucional de Filadelfia, un ciudadano le preguntó a Benjamin Franklin qué tipo de gobierno nos habían dado los fundadores, y él respondió: «Una república, si son ustedes capaces de conservarla». Eso es un trabajo que ningún presidente puede hacer solo. A todos nosotros nos corresponde conservarla. Y llevarla a su máxima expresión.

AGRADECIMIENTOS

Por su valiosa ayuda en cuestiones técnicas, queremos dar las gracias especialmente a John Melton, que sirvió en el 75.º Regimiento de los Rangers desde 1992 hasta 1994; a James Wagner; a Thomas Kinzler y a Richard Clarke, que sirvió a cuatro presidentes como asesor de seguridad y antiterrorismo.

Notas

* General estadounidense que, durante la guerra de la independencia, se pasó al bando británico. (*N. de los t.*)

* Crisis medioambiental en la que se contaminó de plomo el agua del suministro público. (*N. de los t.*)

* En inglés, WannaCry significa literalmente «QuieroLlorar». (*N. de los t.*)

